

The Project Gutenberg eBook, Un faccioso más y algunos frailes menos, by Benito Pérez Galdós

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: Un faccioso más y algunos frailes menos

Author: Benito Pérez Galdós

Release Date: January 2, 2006 [eBook #17443]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\*START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK UN FACCIOSO  
MÁS Y ALGUNOS FRAILES  
MENOS\*\*\*

E-text prepared by Chuck Greif from digital text and images generously made available by La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
(<http://www.cervantesvirtual.com/>)

Note: Project Gutenberg also has an HTML version of this file which includes the original illustrations.

See 17443-h.htm or 17443-h.zip:  
(<http://www.gutenberg.net/dirs/1/7/4/4/17443/17443-h/17443-h.htm>)  
or  
(<http://www.gutenberg.net/dirs/1/7/4/4/17443/17443-h.zip>)

The source material from which this e-book was taken can be seen at <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=4765>

UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS

Episodios nacionales. Segunda serie; 20

Por

BENITO PÉREZ GALDÓS

Madrid

1884

El 16 de Octubre de aquel año (y los lectores del libro precedente saben muy bien qué año era) fue un día que la historia no puede clasificar entre los desgraciados ni tampoco entre los felices, por haber ocurrido en él, juntamente con sucesos prósperos de esos que traen regocijo y bienestar a las naciones, otros muy lamentables que de seguro habrían afligido a todo el género humano si este hubiera tenido noticia de ellos.

No sabemos, pues, si batir palmas y cantar victoria o llorar a lágrima viva, porque si bien es cierto que en aquel día terminó para siempre el aborrecido poder de Calomarde, también lo es que nuestro buen amigo D. Benigno padeció un accidente que puso en gran peligro su preciosa existencia. Cómo sucedió esto es cosa que no se sabe a punto fijo. Unos dicen que fue al subir al coche para marchar a Riofrio en expedición de recreo; otros que la causa del percance fue un resbalón dado con muy mala fortuna en día lluvioso, y Pipaón, que es buen testimonio para todo lo que se refiere a la residencia del héroe de Boteiros en la Granja, asegura que cuando este supo la caída de Calomarde y la elevación de D. José Cafranga a la poltrona de Gracia y Justicia, dio tan fuerte brinco y manifestó su alegría en formas tan parecidas a las del arte de los volatineros, que perdiendo el equilibrio y cayendo con pesadez y estrépito se rompió una pierna. Pero no, no admitam

os esta versión que  
empequeñece a nuestro héroe haciéndole casquivano y  
pueril. El vuelco de  
un detestable coche que iba a Segovia cuando había  
personas que  
consentían en descalabrarse por ver un acueducto ro-  
mano, una catedral  
gótica y un alcázar arabesco, fue lo que puso a nue-  
stro amigo en estado  
de perecer. Y gracias que no hubo más percance que  
la pierna rota, el  
cual fue en tan buenas condiciones y por tan buena  
parte, al decir de  
los médicos, que el paciente debía estar muy satisfac-  
to y alabar la  
misericordia de Dios.

--Como todo es relativo en el mundo--decía Cordero  
en su lecho, cuando se  
convenció de que su curación sería pronta y segura-  
-, romperse una pierna  
sola es mejor que romperse las dos, y así, Sr. de M-  
onsalud, yo estoy  
contentísimo, mayormente viendo que el pesado negoc-  
io que me trajo a la  
Granja está ya resuelto, y que gracias a mi amigo e-  
l gran D. José de  
Cafranga (que mil años viva) no tendré más cuestio-  
nes con el hipogrifo,  
de D. Pedro Abarca (a quien vea yo sin hueso sano).  
Dígame usted, amigo,  
¿ha observado usted que en este mundo pícaro, cien  
veces pícaro, no hay  
alegría que no venga contrapesada con un dolor, ni  
dulzura que no traiga  
su acíbar? Pues bien: todo no ha de ser malo. El co-  
ntento que yo he  
tenido ¿no vale una pierna? ¿Qué significa un hueso  
roto de fácil  
soldadura, en comparación de las más puras satisfac-  
ciones del alma?  
Vengan averías de este jaez y cáigame yo, aunque se

a de lo alto del  
acueducto, con tal que en proporción de los chichones y de las fracturas  
sean los gustos del espíritu y los regocijos del corazón.

De esta manera un poco artificiosa y sutil se consolaba, y así, mientras  
duró su enfermedad, apenas perdió el buen humor ni la paz y dulzura de  
su condición sin igual. Deparole el cielo excelente compañía en Salvador  
Monsalud, que, a pesar de haber despachado también satisfactoriamente  
sus asuntos, no quiso salir de la Granja dejando solo y postrado en la  
cama a su honrado amigo. La corte se marchó, los cortesanos siguieron a  
la corte, el Real Sitio se quedó desierto, calladas las fuentes,  
desiertas las alamedas. Empezaron a despojarse de su follaje los  
árboles; enfriose el aire al compás del solemne y tristísimo crecimiento  
de las noches; soplaron céfiros asesinos, precursor es de aguaceros y  
tormentas; los remolinos de hojas secas corrían por el suelo húmedo  
murmurando tristezas, y sobre todo derramaron llanto sin fin las nubes  
pardas, en tal manera que no parecía sino que en la superficie de la  
tierra había algo que debía ser para siempre borrado.

Solos en su alojamiento, mal acompañados de una mediana lumbre, D.  
Benigno y su amigo pasaban los días. El enfermo, aunque postrado y sin  
movimiento, estaba casi siempre menos triste que el sano. Este,  
centinela en un sillón frente al hogar, reanimaba e

l fuego cuando se iba  
extinguendo, y D. Benigno hacía revivir la convers  
ación moribunda  
cuando Salvador la dejaba apagar con sus monosílabo  
s o con su silencio.

El tema más amado y más favorecido de Cordero era s  
u familia, y no  
pasaba una hora sin que dijese: «¡qué hará en este  
momento el tunante de  
Juanillo Jacobo!» o bien: «¿habrá comprendido Sola,  
a pesar de mis  
precauciones, que me ha pasado desgracia?». Debe ad  
vertirse que nuestro  
buen señor había puesto singular empeño en que sus  
queridos hijos, su  
hermana y su amiga no se enterasen del triste motiv  
o que en San  
Ildefonso le detenía, y por esto sus cartas todas p  
arecían novelas,  
según las invenciones y mentiras de que iban llenas  
. Unas decían:  
«Esperadme ocho días más, porque si bien nuestro as  
unto está terminado,  
no quiero marcharme sin hacer una pequeña contrata  
de pinos, pues desde  
aquí oigo los gritos de la casa de los Cigarrales p  
idiéndome que la  
ensanche». Más adelante escribía: «Con estos maldit  
os temporales no hay  
carricoche que se atreva con las Siete Revueltas»,  
y una semana después  
se disculpaba así: «Un excelente amigo, que vive en  
la misma posada, ha  
caído en cama con tan fuerte pulmonía que no me es  
posible abandonarle  
en este solitario pueblo. Esperadme unos pocos días  
y rogad a Dios por  
el enfermo».

Así les engañaba, dando tiempo al tiempo, hasta que  
llegara el de la

soldadura del hueso, la cual venía con la tardanza que es natural, impacientando tanto al buen hombre que a ratos no podía contener su impaciencia y daba puñadas sobre la cama diciendo: «Esto no se puede aguantar. Soldada o sin soldar, señora pierna, usted tendrá que ponerse en polvorosa para Madrid la semana que viene».

Salvador no se apartaba de su amigo ni de noche ni de día. Unas veces hablaban de política, empezando D. Benigno de este modo: «¿Cree usted que ese pobre Sr. Zea tendrá buena mano para el timón de la nave del Estado?».

La enojosa permanencia y quietud en el lecho le ocasionaba insomnios frecuentes, cuando no letargos breves y febriles, acompañados de pesadillas o alucinaciones. A veces despertaba de súbito bañado en sudor, y exclamaba pasándose la mano por los ojos: -Jesús me valga y la Santa Virgen del Sagrario, ¡qué sueño he tenido! Me parecía estar viendo a Juanillo Jacobo rodando por un precipicio negro, mientras la pobre Sola, atada por los cabellos a la cola de un brioso caballo.... No lo quiero contar porque me parece que lo veo otra vez. ... ¡Cuándo volveré a vuestro lado, queridos de mi corazón, para que con el placer de veros se acabe el suplicio de soñaros!

Una noche observó Salvador que daba el enfermo un gran suspiro, y despertando acongojadísimo parecía reconocer la realidad de las cosas,

medio seguro de espantar las embusteras percepciones del sueño.

--Es todo mentira, Sr. D. Benigno--le dijo Monsalud riendo--. Ánimo.

--¡Ay, Dios mío! ¡qué sueño!--exclamó el de Boteros --. Todavía me duran la angustia y el mortal frío que sentí. Figúrese usted, señor mío, que me acercaba a mi casa de los Cigarrales, y la visión era tan perfecta que todo estaba delante de mí claro, vivo, verdadero. Una soledad tristísima envolvía mi finca. Ni mis hijos, ni mis criados aparecían por ninguna parte.... Me acerco más, miro a las ventanas y las ventanas me miran con ceño. De pronto veo que aparece Sola por la puerta de la huerta; doy un paso hacia ella, me mira con semblante frío, serio como el de una estatua, mueve su cabeza como diciendo no, no. Luego, señor D. Salvador, me dice adiós con la mano derecha, y se aleja, huye, desaparece, se disipa como una sombra entre los almendros.... Me quedo yerto, miro a mi casa y mi casa... créalo usted... se echa a reír... yo no sé cómo era esto; pero lo cierto es que ella se reía, se reía.. ..

--Y ahora nos reímos nosotros.

--¡Bendito sea Dios! ¿qué será esto del soñar? ¿Anunciarán los sueños realidades? ¿Estas horribles mentiras traerán consigo algo que con la misma verdad se relacione? Ello es que la pobre Sola no se aparta de esta cabeza a ninguna hora de la noche ni del día..



.. Que será feliz  
rasándome con ella es indudable; que ella lo será t  
ambién no hay para  
qué decirlo.... Pienso muchas veces si el Señor hab  
rá decidido que yo me  
muera antes de que pueda realizar mi deseo, al cual  
va unido el mayor  
beneficio que se puede hacer a una huérfana pobre y  
sin amparo. ¿Qué  
sería entonces de esa infeliz?...

--La pobrecita tendría una gran pena--dijo Salvador  
.

--¿Se moriría de pena?--preguntó Cordero con ingenu  
idad pueril.

--Tanto como morirse....

--No se moriría, no.... ¡pero qué desamparada, qué  
sola se quedaría en el  
mundo! ¿Quién comprendería su mérito? ¿quién le ten  
dería una mano?

--No podría reemplazar sin duda dignamente el bien  
que perdía--dijo  
Monsalud, sentándose junto al perniquebrado Cordero  
--; pero parte del  
bien que merece lo hallaría tal vez... casándose co  
nmigo.

Los dos se miraron asombrados y con ligero ceño.

--¡Con usted!--exclamó el de Boteros volviendo de s  
u sorpresa....--¿Ha  
pensado usted en eso alguna vez?

--Muchas.

--¡Si yo no existiese!... ¿Y ella consentiría?...

--No lo aseguro. Pero pasado algún tiempo es fácil

que consintiese. Sólo  
Dios es eterno.

--Y usted desea....

Lanzado de improviso a un mar de confusiones, D. Benigno no pudo decir más. Su amigo, quizás arrepentido de haber hecho una declaración imprudente, trató de tranquilizarle hablándole de lo bien que dirigía Cristina la dichosa nave del Estado. Entonces la alegoría del barquichuelo estaba en todo su auge, y no se mentaban las dificultades del Gobierno sin sacar a relucir la consabida embarcación, el mar borrascoso de la política, y principalmente el timón ministerial, que algunos llamaban gubernalle. Después dijo que el decreto abriendo las universidades era un golpe maestro; la amnistía, aunque muy restringida, un levantado pensamiento digno de los más grandes políticos, y la destitución de Eguía y González Moreno una obra maestra de previsión; pero añadió que muchas y muy peregrinas dotes de ingenio y energía había de desplegar la Reina para someter a la plaga de humanos monstruos que con el nombre de voluntarios realistas asolaba el Reino. A todo esto atendía poco el enfermo, porque tenía su pensamiento harto distante de los disturbios de España. No será ocioso decir que en aquel momento sintió D. Benigno renacer en su pecho la antipatía que en otras ocasiones le inspirara su amigote; pero como en tan noble alma no cabía la ingratitud, pensó en las atenciones y cuidados q

ue al mismo debía  
durante la enfermedad, y con esto se le fue pasando  
el rencorillo. En  
las conversaciones de los días siguientes tuvo el b  
uen acuerdo de no  
nombrar a la familia ni los Cigarrales, ni mentar c  
osa alguna que  
pudiese relacionarse con el importuno asunto de sus  
futuras bodas.

Un día, no obstante, en ocasión que comía en su lec  
ho despaciosamente y  
gustando bien los manjares, como era en él costumbr  
e, quedose un buen  
rato a medio mascar, sin quitar los ojos de Salvado  
r; y volviendo luego  
a atender al plato, habló así:

--Mis distracciones son tan chuscas como mis sueños  
. Hace un momento  
hallábame tan abstraído, tan engolfado con el pensa  
miento en ideas y  
cosas de mi familia que sin saberlo, aparté en el p  
lato y corté con mi  
cuchillo los pedacitos con que suelo engolosinar a  
Juanillo Jacobo  
cuando come junto a mí. Me parecía que el pequeñuel  
o estaba a mi lado y  
que los demás distaban poco. Esto es tan frecuente  
en mí, Sr. D.  
Salvador, en el insoportable tedio de esta soldadur  
a, que a veces,  
cuando siento pasos, me parece que son ellos que va  
n a entrar, y cuando  
suena voz de mujer, si es bronca y regañona, me par  
ece la de mi hermana,  
si es dulce y apacible como la de la misma discreci  
ón, me parece la de  
Sola. Cuando despierto por las mañanitas, mi alucin  
ación es tal que con  
la propia evidencia se confunde, y siento que entra  
n y salen, oigo a

Cruz regañando con los chicos y haciendo mimos a los pájaros; oigo a Sola arreglando a los pequeñuelos para que vayan a la escuela, y me digo para mi sayo: «Tempranito se ha levantado mi gente. Ya, Sola ha puesto mi cuarto como el oro, y me ha preparado ese chocolate que, por lo exquisito, debe de caer en espesos chorros del mismo cielo».

Dando luego un gran suspiro se sonrió y dijo:

--Usted, solterón empedernido, no comprende estas delicias chocheces del alma. Diviértase usted con la política, con el conspirar, con la suerte de las monarquías, y derrítase los sesos pensando en si debe haber más o menos cantidad de Rey y tal o cual dosis de Constitución. Buen provecho, amiguito; yo me atengo a lo del poeta: denme \_mantequillas y pan tierno\_; sí señor, mantequillas, es decir amores puros y tranquilos: pan tierno, es decir, la sosegada compañía de una esposa honesta y casera, el besuqueo de los nenes, el trabajo y cien mil alegrías que cruzándose con algunas penillas van tejiendo nuestra vida.

--Bueno es el cuadro, bueno--dijo el otro, ocultando medianamente su disgusto--. Cuando sea realidad avise usted.... Me consolaré de mi tristeza viendo la alegría de los que con sus buenas acciones han merecido vivir en paz. Solamente los perversos padecen contemplando el bien ajeno. Yo, que no soy malo, pido un puesto, si quiera sea el último,

en ese festín de regocijos y felicidades.... Pero me ocurre preguntar:  
«¿Cerrará usted la puerta a los amigos después de su casamiento?».

D. Benigno no contestó nada, porque la afirmativa le pareció ridícula y la negación aventurada, bastante contraria, si se ha de decir verdad, a sus propósitos. El otro dio las buenas noches y se fue a su cuarto para acostarse. Aquella noche, que Cordero contó entre las más infaustas de su vida, no pudo este dignísimo sujeto conciliar el sueño, porque le asaltó, a causa de las últimas palabras de su amigo, un pensamiento tan mortificante que le cambiaría de buen grado por la quebradura de todos los huesos de su cuerpo; de tal modo padecía su espíritu. Incorporado en la cama, pasó largas horas en horrorosa cavilación. Allí fue el amenazador levantamiento de su conciencia, allí la reyerta encarnizada entre ciertas ilusiones suyas y ciertos temores que aparecieron de improviso como enemigos emboscados acechando la ocasión. El digno encajero no podía apartar de sí el licor amarguísimo que un demonio invisible le ponía en los labios; ya suspiraba, ya se golpeaba la cabeza venerable, ya por fin elevaba los brazos y los ojos al cielo pidiendo a Dios que le librara de aquel fiero tormento. «Ni un momento más puedo vivir en esta incertidumbre, gritó.--Sr. D. Salvador, venga usted al momento; necesito hablarle».

Golpeó fuertemente el tabique inmediato a su cama.

En la habitación  
próxima dormía Salvador; y durante los días crítico  
s de la enfermedad de  
D. Benigno, siempre que este necesitaba de la asist  
encia de su nuevo  
amigo le llamaba con un par de golpes suavemente da  
dos en la pared.

Era la media noche. Salvador, al oír aquel extraord  
inario ruido en el  
tabique, creyó, por la violencia del llamamiento, q  
ue a D. Benigno se le  
había roto la otra pierna cuando menos, o que había  
sido atacado de  
algún descomunal accidente. Levantose aprisa, y cor  
riendo al lado del  
enfermo, hallóle sentado en el lecho, pálido, con l  
as gafas caladas, los  
ojos chispeantes y las manos en movimiento como qui  
en acompaña de  
expresivos gestos las palabras que a sí mismo se di  
ce:

--¿Qué hay?--preguntó--¿se ha deshecho el entablill  
ado? ¿Qué es eso?...  
¿calentura, dolores?

--No, hombre de Dios o de cien Satanases; no es nad  
a de eso--replicó el de  
Boteros señalándole la silla--. Esto es muy serio,  
repito a usted que es  
muy serio. Ya en ello la tranquilidad, la vida toda  
, el honor de un  
hombre de bien que jamás ha hecho mal a nadie, porq  
ue sepa usted, Sr. D.  
Salvador o D. Condenador, que yo no he hecho daño a  
ningún ser nacido, y  
cuando Dios me tome cuentas, no se presentará ni un  
mosquito, ni un  
miserable mosquito, a decir: «ese hombre fue mi ene  
migo».

--Está bien.

--Esto es muy serio, y así yo quiero una explicación categórica, leal, terminante, para tranquilidad de mi espíritu.

--¿Y esa explicación debo darla yo?

--Usted, sí, que desde hace algún tiempo se me ha puesto delante echando sobre mí como una ligera sombra, sí, y ahora me ha dicho cosas que aumentan esa sombra y la hacen más negra. Hablemos con claridad. Yo tengo ciertos proyectos que usted conoce. Yo pienso casarme, yo debo casarme, yo he creído que Dios ha dispuesto que yo me case. La que escogí para ser mi compañera es de tal condición... en fin, excuso de hacer su elogio, porque usted la conoce... a eso voy, Sr. D. Salvador. Ella estuvo en un tiempo bajo el amparo y protección de usted; usted le escribía desde Francia. ¡Ay! Cuando estuvo mala, le nombró a usted en sus delirios. Después usted la vio en los Cigarrales, según me escribió ella misma; más tarde, ahora, se me muestra tan admirador de ella y tan afligido de mi felicidad, que no puedo menos de volverme caviloso y preguntarme si usted ha tenido o tiene proyectos iguales a los míos, y si esos proyectos se refieren a la misma persona, que es, digámoslo claro, la mitad o la principal parte de mi vida.

--Esos proyectos los tuve--replicó Salvador con firmeza--. No fui a los Cigarrales con otro objeto.

Detuvo D. Benigno su voz y sus manos, como alelado, y preguntó:

--¿Y ella?

--No quiso oírme. Mi situación al salir de los Cigarrales era bastante desairada.

--¿Y después?

--He pensado que por negligente y confiado perdí la partida.

--¿Y qué hay en usted ahora?

--Resignación.

--De modo que si yo no existiera....

--No deben fundarse cálculos sobre la muerte. En el mundo no es fácil asegurar quien ayuda o quien estorba. Es posible que sea yo el que está demás.

--¡Oh! Dios mío.... Pero usted no puede apreciar, como yo, sus infinitas cualidades, que la igualan a los ángeles--dijo D. Benigno con cierto desdén.

--Quizás las aprecie mejor; quizás yo esté en situación de ver en ella méritos de abnegación que usted no puede ver.

D. Benigno meditó breve rato. Había caído en un mar de cavilaciones que sin duda no tenía fondo.

--¡Ah!--exclamó dando un gran suspiro con el cual pudo salir de aquellas



honduras tenebrosas--, usted me confunde más, pero mucho más.

Diciendo esto clavó los ojos en Salvador examinándolo le prolija y atentamente de pies a cabeza. Después dio otro gran suspiro y bajando los ojos murmuró para sí:

--También él se va poniendo viejo.

--¿No se necesitan más explicaciones?--preguntó Mon salud.

--No--replicó Cordero brusca y desabridamente.

--Pues yo voy a dar una que creo necesaria. No soy perverso; reconozco en usted a uno de los hombres mejores que existen en el mundo. Seré un miserable si sale de mí, por irresistible efecto de las pasiones, la más ligera oposición a la felicidad de usted.... Es evidente, evidentísimo que yo soy el que está demás. Declaro que mi deber es no volver a pisar la casa del que posee lo que yo quisiera para mí.

--¡Barástolis!... Usted la ofende, señor mío.

--No la ofendo. Mi resolución no indica desconfianza de ninguno de los dos, sino respeto a entrambos, y además el deseo de ponerme a salvo de la envidia, porque yo tengo más de hombre que de santo, y la contemplación del bien perdido no me hará bailar de gozo.

Dijo esto en tono entre serio y festivo, y se retiró. Después de esta

breve conferencia no se disiparon las confesiones ni se calmaron las ansias del insigne Cordero, antes bien, se dio a cavilar más en el silencio de la noche, buscando entre sus recuerdos alguna sentencia del ginebrino que iluminase un poco sus tenebrosos pensamientos; pero Juan Jacobo no decía nada, y hasta de su querido filósofo y consejero se vio desamparado en tan tristes horas el hombre más bondadoso que por aquellos tiempos existía en el mundo.

-II-

Muy avanzado estaba el invierno cuando Cordero y su amigo, despidiéndose con no poca alegría del Real Sitio, emprendieron su penoso viaje a la Corte por entre nieves y hielos. Separáronse del modo más cordial en la posada del Dragón, y D. Benigno, desmejorado y cojo, se fue a su casa con toda la rapidez que lo permitía su detestable andadura, mientras Salvador buscaba donde alojarse. Pocos días después hallábase instalado en habitación propia que alquiló en la calle del Duque de Alba, no lejos de D. Felicísimo Carnicero, de felicísima recordación. En Madrid no encontró novedad alguna, pues no merece tal nombre el furor con que todo el mundo fraguaba levantamientos y sediciones. Conspiraban las infantas brasileñas con sin igual descaro; conspiraban los voluntarios realistas,

ayudados por la turbamulta de frailes y clérigos mal avenidos con la idea de perder su omnipotencia; conspiraban las monjas y los sacristanes, muchos militares que se habían hecho familiares de los obispos, y para que no faltase su lado cómico a esta comparsa nacional, también se agitaban en pro de D. Carlos muchos señores que habían sido rabiosos \_democratistas\_ y jacobinos en los tres \_llamados\_ años de la \_titulada\_ segunda época constitucional. Antes habían gritado por el \_sistema\_ y ahora suspiraban por los \_derechos de la soberanía en su inmemorial plenitud\_.

Oyó también Salvador los despropósitos del vulgo, a quien se había hecho creer que el Rey no vivía y que aquel buen señor que se salía en coche a paseo era el cadáver embalsamado de Fernando VII. Por un sencillo mecanismo, la \_napolitana\_, que a su lado iba, le hacía mover las manos y la cabeza para saludar. ¡Y con un Rey relleno de paja se estaba engañando a esta heroica Nación!

Vio un cambio de ministros fundado en que los del 16 de Octubre parecieron un poco dañados de liberalismo, pues la Corte deseaba un gobierno absolutamente agridulce que contentase a todos y conciliara el día con la noche, cosa en verdad más difícil que asar la manteca. También pudo ver la anulación del célebre codicilo, acto solemne de que se burlaron los carlistas, y oyó contar la fuga de Calomarde vestido de

fraile, y los desmanes del obispo de León, el cual, ensoberbecido como un cacique indio y no pudiendo sublevar el reino, puso en armas su diócesis, dando la comandancia de voluntarios realistas a la Purísima Concepción.

Otras muchas cosas supo y vio que no son para referidas a la ligera. Sus relaciones con gente de varias clases le informaban de todo. Pipaón, D. Felicísimo Carnicero y el marqués de Falfán no hacían misterio de los planes apostólicos, y Genara, furibunda sectaria del sistema del justo medio o de la conciliación, era el órgano más feliz que imaginarse puede de los pensamientos de aquel astuto Sr. Zea que gobernaba o aparentaba gobernar la nave (¡siempre la nave!), más cercana a los escollos que al deseado puerto.

Genara se había establecido en su antigua casa, notoria tres años antes por la tertulia a que concurrían literatos tiernos y políticos maduros; pero ya en el invierno de 1833 no se abrían las puertas de aquella feliz morada para el primer poeta que viniese de su provincia cargado de tragedias, ni para los tenores italianos, ni para los abogados oradores que empezaban a nacer en las aulas con una lozanía hasta cierto punto calamitosa. El círculo era mucho más estrecho y las amistades más escogidas, con lo que ganaba en consideración la casa. Y aquí viene bien decir que la interesante señora había perdido por completo su afición a

la poesía lírica (que no hay cosa durable en el mundo), y tanto caso hacía ya del prisionero de Cuéllar como de las nubes de antaño. Él era en verdad de un carácter poco a propósito para la constancia en los afectos. No se sabe si en la temporada a que nos vamos refiriendo había dado a conocer Genara preferencia o simpatía por alguna otra de las artes liberales, o por la artillería y la náutica, como se dijo. Careciendo de noticias ciertas, nos abstenemos de afirmar cosa alguna; que en casos dudosos vale más atenerse a la opinión buena, como mandan la moral de la historia y la caridad cristiana.

D. Luis Fernández de Córdova, militar brillantísimo, pasaba, cuando vino de Berlín para encargarse de la embajada de Portugal, largas horas en casa de Genara. También iban, aunque no con mucha frecuencia, D. Francisco Javier de Burgos y Martínez de la Rosa. Era de los asiduos un joven oficial granadino llamado Narváez, muy vivo de genio, ceceoso, pendenciero y expeditivo. Pero la persona más digna de mención entre los que visitaban a la hermosa señora era un jesuita del colegio Imperial, llamado el padre Gracián, hombre de mucha piedad y oración. Decían algunos que de la amistad del buen religioso con Genara iba a salir la conversión de esta, o sea su entrada en las buenas vías católicas. Otros declaraban haber notado en ella resabios de mojigatería; pero sea lo que quiera, lo cierto es que las intenciones del padre Gracián eran

altamente provechosas, porque (digámoslo de una vez)  
) se había propuesto  
reconciliar a la señora con su marido.

Que Pipaón visitaba casi diariamente a su antigua amiga y paisana no hay  
para qué decirlo. Por añadidura, el excelentísimo D.  
. Juan Bragas había  
simpatizado mucho con el jesuita Gracián. Ambos platicaban con seriedad  
pasmosa de los negocios de Estado y de la Iglesia,  
deplorando mucho la  
tibieza de creencias que tanto dañaba a la sociedad  
española en aquellos  
tiempos y concluían deseando que viniesen otros mejores en que marchasen  
las naciones por el camino de la piedad, dulcemente  
pastoreadas por los  
ministros del altar. Como Gracián se interesaba tanto por sus amigos y  
quería llevar todos los beneficios posibles al seno  
de las familias  
cristianas, tomó muy a pecho la realización del casamiento de Bragas con  
Micaelita, proyecto de que ya hay noticias en el libro anterior.

Acompañando a Pipaón iba Salvador algunas veces a casa de Genara; solían  
comer juntos los tres, y cuando se encontraban Monsalud y Gracián  
también hablaban largamente del Estado y de la Iglesia. Un día, después  
de hablar con él, el jesuita pidió informes a la señora de la casa sobre  
aquel desconocido amigo, quizás para ver si le podía  
reconciliar con  
alguien, porque el afán del buen discípulo de San Ignacio era la  
reconciliación. Genara respondió:

--Si quiere usted ganar la palma del buen pacificador

or, hágale usted amigo  
de mi marido.

--¿No se quieren bien?--preguntó Gracián con astucia.

--Nada bien.... Es enemistad que data desde la guerra con los franceses.  
Ambos son tercos, soberbios, y quizás en su juventud aconteciera alguna cosa de esas que siempre son motivo de rivalidad entre los hombres....

--Alguna mujer....

--Puede ser, puede ser que eso haya sido--dijo ella con serenidad que tiraba a indiferencia.

Algo más dijeron sobre esto; pero no nos importa todavía, y siendo más urgente seguir los pasos de la persona a quien aludían la dama y el sacerdote, vamos tras él sin pérdida de tiempo. Algunos días le vimos entrar en la casa de D. Felicísimo Carnicero, con quien aún tenía algunas cuentas pendientes. El agente le recibía como se recibe a todo aquel con quien se ha hecho un negocio muy lucrativo, y haciéndole sentar a su lado dábale palmaditas en el hombro y hasta se aventuraba a contarle cualquier sabrosa cosilla de la conspiración carlista.

Una mañana, al entrar en casa de Carnicero, encontró en la escalera a un coronel de ejército amigo suyo. Era D. Tomás Zumalacárregui. Iba acompañado del conde de Negri, y esto le hizo comprender que el valiente

vizcaíno, resistente hasta entonces a los halagos de la gente mojigata, se había dejado seducir al fin. Se saludaron y siguió adelante. Abrió la puerta Tablas. Al entrar pisó al gato, que escapó mayando, y luego, a causa de la oscuridad de los destartalados pasillos, tropezó con Doña María del Sagrario, que al choque dejó caer de las manos un enormísimo plato de puches. Puso el grito en el cielo la señora, y al ruido alarmose tanto D. Felicísimo, que se aventuró a salir de su nicho preguntando si había entrado en la casa un tropel de \_cristinos\_. Salvador se deshacía en excusas, y al acercarse a la pared, manchósele la negra ropa de tal modo que parecía un molinero. Al sacudirse, no sin comentar con algunas frases aquel rudimentario blanqueo de las paredes, hubo de tropezar con una de las vigas que sostenían la casa y pareció que toda la frágil fábrica se estremecía y que del techo caían pedazos de yeso, como si por entre las maderas superiores corriesen a paso de carga belicosos ejércitos de ratones. Por fin llegó a dar la mano a Carnicero y entraron juntos en el despacho.

--Parece que entra un temporal en mi casa--dijo el anciano colocándose en su nicho--. ¿Y qué tal? ¿Ha encontrado usted en la escalera a Zumalacárregui y al señor conde? Buen militar y buen diplomático, jé, jé...

--Zumalacárregui es una buena adquisición--respondió Salvador--. Tiene



valor y talento.

--Pues hay otras adquisiciones mucho mejores todavía  
a--dijo Carnicero  
frotándose las manos--. ¿Con que ese desdichado Gobierno del Sr. Zea ha emprendido el desarme de los voluntarios realistas? ... Sí, el fantasmón de Castroterreño en León y el mentecato de Llauder en Cataluña ponen despachos al Gobierno diciendo que han quitado las armas a los voluntarios realistas. ¿Usted lo cree? ¿Usted cree que se pueden quitar los rayos al sol? Jí, jí. ¡Y creará el bobillo que ha puesto una pica en Flandes!... Yo llamo el \_bobillo\_ a ese señor Zea, que es una especie de ministro embalsamado, como el Rey ha venido a ser un Rey de papelón.

--El Gobierno se cree fuerte, Sr. Carnicero, y parece decidido a echar una losa sobre el partido de D. Carlos. Mucho cuidado, amigo, que ahora parece que tiran a dar.

--¡Oh! por mí no temo nada--manifestó D. Felicísimo con énfasis, echándose atrás--. Pero vamos a lo que urge. Ya sé a lo que viene usted hoy.

--A lo mismo que vine ayer.

--Y anteayer y el martes y el sábado pasado. Hoy no ha venido usted en balde. Al fin, al fin....

--¿Llegó?

--Sí, sí, el Sr. D. Carlos Navarro, nuestro valiente amigo, llegó

anteanoche de su excursión por el reino de Navarra y por Álava y Vizcaya. Es un guapo sujeto. Dice que en todo aquel religioso país hasta las piedras tienen corazón para palpar por D. Carlos, hasta las calabazas echarán manos para coger fusiles. Las campanas allí, cuando tocan a misa dicen «no más masones» y el día en que haya guerra los hombres de aquella tierra serán capaces de conquistar a la Europa mientras las mujeres conquistan al resto de España. ... Bueno, muy bueno.... ¿Con que usted desea ver a ese señor? Le prevengo a usted que está oculto.

--No importa: sólo pienso hablarle de asuntos de familia. En el último verano estuvo en la Granja pero no le pude ver, por que siempre se negó a recibirme. Ahora me será más fácil, porque le escribirá usted dos palabras.

--Lo haré con mucho gusto; pero prevengo a usted también que el Sr. D. Carlos está enfermo del hígado. Ya se ve ¡ha trabajado tanto! Es un incansable campeón de las buenas doctrinas. Anoche se quejaba de atroces dolores, y, cosa rara en hombre tan religioso, ¡jé, jé, más invocaba a los demonios que a la Santísima Virgen. Si quiere usted tener segura la entrevista que desea, se lo diremos al padre Gracián, jesuita, excelente sujeto que viene aquí algunas tardes, y después solamente ir a tomar chocolate a casa de Maroto, adonde va también el Padre Carasa.... Pues

bien, Gracián es amigo del Sr. D. Carlos, y ya hace tiempo que se ha propuesto reconciliarle con su señora esposa.... ¡Oh! es un neblí para las reconciliaciones ese buen padre Gracián.

--Le conozco. Es un digno sacerdote que tiene las mejores intenciones del mundo, y si no consigue hacer feliz a la humanidad toda es porque Dios no quiere.... En conclusión, entiéndanse usted y el Padre Gracián para que yo pueda ver al Sr. Navarro y hablarle de un asunto que no es político y sólo a él y a mí nos interesa. ¿Él vive...?

--No sé si debo decírselo a usted en este momento, antes de que el mismo Sr. D. Carlos, bellísima persona, jí, jí... antes de que el mismo Sr. D. Carlos Navarro de licencia para que usted le vea. Y a lo arreglaré yo. Vuélvase mañana por esta su casa.

Luego que Salvador se fue, D. Felicísimo escribió una carta en cuyo sobre, después de trazar tres cruces, puso: \_A la Señora Doña María de la Paz Porreño, calle de Belén\_.

-III-

Las pobres señoras casi vivían en la misma estrechez que en 1822, porque las mudanzas políticas y sociales se detenían respetuosas en la puerta de aquella casa, que era sin duda uno de los mejores

s museos de fósiles  
que por entonces existían en España. Los períodos d  
e tiempo en que  
imperaba el absolutismo eran para el medro de la ca  
sa y abundancia de  
las despensas Porreñanas lo mismo que aquellos en q  
ue prevalecía la vil  
canalla de los \_clubs\_. De modo que en punto a como  
didades y vituallas  
el agonizante marquesado habría terminado con un de  
sastre igual al que  
han sufrido formidables imperios si no viniera en s  
u auxilio una  
industria que, si bien es algo prosaica, tiene algo  
de noble por estar  
emparentada con la hospitalidad. Las dos ilustres c  
uanto desgraciadas  
señoras aposentaban en su casa un caballero tan res  
petable como rico  
durante las temporadas, a veces muy largas, que dic  
ho sujeto pasaba en  
Madrid. El trato era excelente, la remuneración bue  
na, y la armonía  
entre el huésped y las damas tan perfecta que los t  
res parecían  
hermanos. La familiaridad realzada por el respeto y  
una llaneza decorosa  
reinaban en la silenciosa mansión que parecía habit  
ada por sombras.

Bueno es decir, para que lo sepan los historiadores  
, que con las módicas  
ventajas pecuniarias adquiridas por aquel medio hon  
estísimo habían  
renovado las señoras parte del mueblaje, aunque tod  
as las piezas de  
antaoño se conservaban, sostenidas por los remiendos  
y pulidas por el  
tiempo y el aseo. ¡Cosa admirable! el reló 2 había  
vuelto a andar; mas  
por malicia del relojero o por un misterio mecánico  
imposible de

penetrar, andaba para atrás, y así después de las doce daba las once, luego las diez y así sucesivamente. El cuadro de santos de la Orden Dominicana había sido restaurado por la misma Doña Paz, asistida de un hábil vejete carpintero, sacristán y encuadernador, y emplasto por aquí, pegote por allá, con media docena de brochazos negros en las sombras y una buena mano de barniz de coches por toda la superficie, había quedado como el día en que vino al mundo. Por el mismo estilo se habían salvado de completa ruina las urnas de santos y las cornucopias, que por no tener ya en sus cristales sino irregulares manchas de azogue parecían una colección de mapas geográficos. Lo nuevo, que era muy humilde, consistía en sillas de paja, cortinas de percal, ruedos de estera de colores; pero alegraba la casa y su vetusto matalotaje. Por tal manera aquella imagen cadavérica de los pasados siglos se reía en su tumba.

En la época en que nuevamente la encontramos, Doña María de la Paz se acercaba velozmente a una vejez apoplética, marchando a ella con los pies gotosos, la cabeza temblona, los hombros y el cuello crasos. Sus cabellos, no obstante, se conservaban negros lo mismo que el lunar, y era que ella perseguía las canas como si fueran liberales, y no daba cuartel a ninguna, siendo tan implacable con ellas, que cuando vinieron en tropel y no pudo arrancarlas por temor a quedarse en el puro casco, las disfrazó vistiéndolas de luto para que nadie la

s conociera. Así  
cuando esta operación no estaba hecha con habilidad  
(porque con las  
fuerzas había mermado la vista) aparecían las siene  
s y la frente  
empañadas con ciertas nubes negras por encima de la  
s cuales brillaba la  
nieve remedando un admirable paisaje de invierno.

Doña María Salomé estaba tan momificada que parecía  
haber sido remitida  
en aquellos días del Egipto y que la acababan de de  
sembalar para  
exponerla a la curiosidad de los amantes de la etno  
grafía. Fija en una  
silleta baja, que había llegado a ser parte de su p  
ersona, se ocupaba en  
arreglar perifollos para decorarse, y a su lado se  
veían, en diversas  
cestillas de mimbre, plumas apolilladas, cintas de  
matices mustios,  
trapos de seda arrugados y descoloridos como las ho  
jas de otoño, todo  
impregnado de un cierto olor de tumba mezclado de p  
erfume de alcanfor.  
Decían malas lenguas que al hacerse la ropa juntaba  
los pedazos y se los  
cosía en la misma piel; también decían que comía al  
canfor para  
conservarse, y que estaba, forrada en cabritilla. B  
oberías maliciosas  
son estas de que los historiadores serios no debemo  
s hacer caso.

Una mañana.... Olvidaba decir que en la casa había  
una gran pieza  
interior que daba a un patio o corralón muy espacio  
so, de donde recibía  
el sol casi todo el día. En dicha pieza tendía Doña  
Paz la ropa lavada  
en casa. De muro a muro todo era cuerdas, y cuando  
estaban llenas de

ropa, aquello parecía un bosque de trapos húmedos. Pues bien, una mañana se paseaba Doña María de la Paz por aquellas alamedas del aseo, cuando entró Doña María Salomé, y dándole una carta que acababan de traer a la casa, le dijo:

--Otra carta para el Sr. D. Carlos. Viene con sobre a ti; pero es para él. Mira las tres cruces. La letra parece del Sr. D. Felicísimo.

--Se la daremos cuando despierte--replicó Doña Paz--. El pobre señor ha pasado muy mala noche.

--Por cierto--manifestó Doña Salomé con semblante muy serio, en el cual se revelaba una aprensión escrupulosa--por cierto que no sé si será conveniente recibir cartas de esta manera. Esto puede dar lugar a interpretaciones contrarias a nuestro honor y buen nombre. Los vecinos se enteran de todo... ven que recibimos cartas... y en que entran aquí de noche muchos hombres.... No sé, no sé...

--Calla, mujer--dijo Doña Paz asomando la cabeza por entre el ramaje blanco--. ¿Qué pueden sospechar de nosotras?

--Puede caer alguna tacha, mujer, sobre nuestra reputación--afirmó Salomé de muy mal talante--. Bien sabes tú que no basta ser honrada, sino parecerlo, y dos señoras solas, como nosotras, han de tener mucho cuidado, para no andar en lenguas de maliciosos.

--¡Siempre tonta!--murmuró Doña María de la Paz des

apareciendo en lo más  
espeso del bosque de ropa.

--Yo estoy decidida a hablar claramente al Sr. D. Carlos--añadió la otra--.

Nadie le apreciaba más que yo; pero este entrar y salir de hombres a todas horas del día y de la noche no está en conformidad con lo que ha sido siempre nuestra casa. ¿Qué quieres? no me puedo acostumbrar: yo soy así.  
Lo digo y lo repito, hablaré al Sr. D. Carlos.

--No faltaba más sino marear al Sr. D. Carlos con semejante  
impertinencia--dijo Doña Paz reapareciendo en una alameda de lienzo.

--Lo digo y lo repito.... Además, los compañeros, ayudantes o lo que sean del Sr. D. Carlos, no nos guardan las consideraciones que merecemos.  
¿Qué más?... Ayer no me había acabado de peinar cuando ese bárbaro de Zugarramurdi entró en mi cuarto sin pedir permiso... ¡Y para qué! para decirme si había yo visto una de sus espuelas que no podía encontrar.

--Bobadas.... Habla más bajo.... Me parece que se ha despertado el Sr. Navarro.

Apareció en la puerta una enorme barba a la cual estaba pegado un hombre. De entre aquel enorme vellón castaño salió una voz seca y desabrida que dijo:--El chocolate.

--En seguida, Sr. Zugarramurdi. Tome usted esta carta que han traído para el Sr. D. Carlos. ¿Qué tal está hoy?



--Mal--respondió el de la barba dando media vuelta y desapareciendo por donde había venido.

--¡Qué modos!--murmuró Salomé dirigiéndose a su cuarto--. Ya no hay caballeros.

Navarro moraba en la misma habitación ocupada algunos años antes por una mujer que murió en olor de santidad. Poco o ningún cambio había tenido la pieza, que más que gabinete parecía capilla, o mejor un abreviado trasunto de la corte celestial, pues todo en ella era santicos pintados y de bulto, reliquias, estampas de santuarios y monasterios, corazones bordados, palmitos, y un altar completo con sus candeleros de estaño, sus arañas colgadas del techo, sus misales y sus tres curitas de cartón con casullas de papel, en actitud de celebrar misa cantada. Completaban la decoración una enorme espada pendiente del mismo clavo que sostenía un niño Jesús bordado en cañamazo, dos escopetas arimadas a un rincón, dos guantes y dos mascarillas de esgrima junto a dos pares de floretes, tres maletas muy usadas y un hombre.

Este hombre hallábase sentado o más bien sumergido en un sillón, con las piernas ocultas bajo gruesa manta que le llegaba a la cintura, la cabeza inclinada sobre el pecho y tan inmóvil que parecía dormido o muerto. Un brasero de cisco bien pasado mostraba su montoncillo de ceniza esmaltado de fuego cerca del envoltorio que debía contener lo

s pies del individuo,  
el cual si alguna vez daba señales de existencia era dándolas de frío.  
Su cara era morena tirando a verde a causa de la palidez, así como el  
blanco de los ojos no era blanco sino amarillo. El  
cabello negro y  
áspero tenía bastantes canas, y generalmente se veía la potente cabeza  
apoyada en una mano negra, tostada, cuyas venas retorcidas y tendones y  
músculos recordaban la mano que D. Quijote enseñó a Maritornes cuando lo  
colgaron del tragaluz de la venta.

En un velador cercano tenía el guerrillero medicina  
s que tomaba cartas  
que leía, tabaco, un libro, un rosario y una pistola. Beber y fumar:  
alternando con lecturas, era su ocupación en las aburridas horas del día  
precursoras de los insomnios de las noches. No gustaba de que los amigos  
le dieran conversación. Su mejor amigo era el más discreto de todos, el  
silencio.

Pero Zugarramurdi y Oricaín tenían un recurso para distraerle, aunque  
por poco tiempo. Tiraban al florete, y entonces los ojos del guerrillero  
se animaban; seguía con atención los movimientos de los fingidos  
duelistas y aun arrojaba alguna palabra picante o algún comentario de  
maestro entre los rechinantes aceros. Pero de repente decía «basta» y  
los dos atletas soltaban el florete y se quitaban la máscara, sacando a  
luz el rostro sudoroso. En aquel momento Zugarramurdi parecía el hombre  
prehistórico embutido en sus feroces barbas, y Orica

aín, el formidable  
oso navarro, perdía mucho en belleza, porque la más  
cara de alambre  
disimulaba su fealdad.

Aquel día (nos referimos al día de la carta de D. F  
elícísimo) D. Carlos  
se cansó más pronto que nunca.

--Basta de estocadas--dijo--. Zugarramurdi, pásate  
por casa de don Tomás  
Zumalacárregui y dile que le espero mañana. Oricaín  
, alcánzame mi  
rosario y voto. Cuando llegue el padre Gracián, ent  
ras y si duermo, me  
despiertas.... Hoy no como.

Pasada la hora de la siesta vino el padre Gracián.  
Era un mocetón de  
alta estatura, de treinta y ocho o cuarenta años de  
edad, moreno, los  
labios gruesos, la nariz aberenjenada, áspero el pe  
llejo y curtido, como  
formado expresamente por Dios para resistir a los a  
brasadores climas del  
trópico y a los hielos polares.

Su barba era tan negra y espesa que aun afeitada de  
l mismo día dejaba  
una mancha oscura en toda la parte inferior del ros  
tro. Debía tener  
fuerzas hercúleas aquel arrogante granadero de la I  
glesia, y si bajo el  
punto de vista corporal estaba admirablemente const  
ituido para las  
misiones, no lo estaba menos en el orden espiritual  
, por ser hombre de  
muchas sabidurías, eruditísimo en las letras sagrad  
as y bastante fuerte  
en las profanas, elocuente en el púlpito y persuasi  
vo en la  
conversación, águila en la cátedra y lince en el co

nfesionario. También  
sabía de medicina y había hecho curas que pasaron p  
or milagrosas. Era  
tan grandón que su manteo parecía tener una pieza d  
e tela, y cuando se  
embozaba no concluía nunca de echar paño al viento.  
Su sombrero de teja  
no medía menos de una vara, y como lo llevaba siemp  
re un poco echado  
atrás y su cuerpo se encorvaba hacia adelante, pare  
cía que iba cargando  
una pesada viga. Sus desmesurados pies, sepultados  
en zapatos de paño,  
pisaban con la pesadez y adherencia de la robusta p  
lanta calzada de  
alpargata, que golpea como una maza las baldosas de  
muelles y almacenes.

Después de saludar con escogida afabilidad al guerr  
illero enfermo, tomó  
asiento junto a él, y metiendo la mano por ciertas  
aberturas de la  
sotana tras de las cuales había bolsillos tan hondo  
s como el mar, empezó  
a sacar varios cucuruchos de papel semejantes en ta  
maño y forma a los  
que hacen en las tiendas para contener dos cuartos  
de azúcar, de café o  
de anises. Conforme los sacaba los iba poniendo sob  
re el velador y  
miraba el rotulillo que de su puño y letra estaba e  
scrito en cada uno.

--¿Qué es eso?--preguntó Navarro picado de curiosid  
ad, sospechando que su  
amigo había puesto tienda de comestibles o droguerí  
a.

--Esto es tierra de la ruta de San Ignacio en Manre  
sa, reliquia que  
solicitan mucho las personas devotas. He recibido h  
oy una pequeña

remesa, y la distribuyo entre las amigas que ha tiempo me la han pedido.... Si habré olvidado el cucurucho de Doña María de la Paz.... ¡Ah! no, aquí está. Me hará usted el favor de entregárselo. Estos otros son para la Excelentísima Señora Condesa de Rumblar, para las monjas de Góngora, para el Sr. D. Pedro Rey, que ha tenido a la muerte a su preciosa niña Perfectita, y para otras diversas familias....

En seguida guardó los cucuruchos en sus bolsillos insondables como la mar, y dando después violenta palmada en la rodilla del guerrillero, le dijo:

--Veo que está usted mejor.... Esa cara ya es otra. ... Pronto estará usted bien.

El guerrillero dio un suspiro y se sonrió. Ambas demostraciones indicaban incredulidad del pronóstico y gratitud por el consuelo.

--Pronto, muy pronto, cuando llegue el momento de dirigir en los campos de batalla la cuestión entablada entre el Altísimo y los masones, podrá contar el Altísimo con su más valiente Macabeo.

--Eso es lo que pido a Dios con todo el fervor de mi alma--dijo Navarro echando amargura por la boca y por los ojos--y lo que Dios no me concederá.

--Yo tengo para mí--manifestó el clérigo con mucha fe--, que Dios no se

amputará un brazo tan poderoso.... La enfermedad de usted no vale nada, repito que no vale nada. No hay lesión, repito que no hay lesión. Es un abatimiento producido por una acumulación biliosa, cuyo origen hemos de buscar en la trabajosa vida de usted y en los disgustos domésticos que han acibarado su alma. El alma, el alma, señor mío, es la que está enferma, y al alma se ha de aplicar la medicina. ¿Cuál es esta? Pues es un confortamiento dulce que se consigue mezclando la confianza con la paz y la indulgencia con la piedad.

Navarro manifestó en su semblante, sin decir palabra alguna, el disgusto que le causaba un tema planteado ya muchísimas veces, aunque, sin fruto, por el venerable padre Gracián.

--No, no frunza usted el entrecejo--dijo este, mostrándose decidido--. No cejaré sino cuando usted me retire su amistad y me arroje de su casa.

--Eso no....

--Pues si eso no, resígnese usted a sentir el moscón en su oído. ¿Y qué dirá el moscón? Dirá que usted no tendrá salud mientras no tenga paz en su espíritu, y no tendrá paz en su espíritu mientras no tenga familia. ¿Y cuándo tendrá usted familia? Cuando se reconcilie con su esposa, previo el arrepentimiento de ella y el perdón de usted. ¡Arrepentimiento, perdón! Sobre estos dos polos se mueve el mundo inmenso de las almas. Todo el saber moral se conden

sa en estas dos ideas  
que establecen el parentesco del hombre con Dios...  
.

Navarro quiso hablar.

--No, no admito réplica sobre esto. Lo digo yo y basta--manifestó el jesuita, fuerte en su autoridad--. Cuando yo he planteado a usted este problema incitándole a resolverlo, ya se comprende que no puede haber deshonra para usted. La verdadera deshonra es cerrar los oídos a las amonestaciones de la Iglesia que dice a los esposos : «amaos, uníos». Los juicios del mundo son pérfidos y vanos. ¿Debe hacer caso de ellos un hombre religioso y prudente? No. ¿Cuál es el peor consejero del hombre? El orgullo. ¿Y el mejor? La piedad. ¿Qué le dice a usted su orgullo? le dice: «no cedas y muere envenenado por el rencor antes que pronunciar una palabra indulgente». ¿Qué le dice la piedad? le dice: «perdona para que seas perdonado».... Sé que hay razones de aparente fuerza; pero yo he estudiado el asunto con cariño y he visto que lo que usted presenta como obstáculo no lo es.... Dios quiere sin duda que esta obra se realice, porque desde que la emprendí, estoy viendo con mucha claridad el camino de ella. ¿Y qué veo? Veo en esa señora el hastío de la soledad y un deseo muy vivo de establecer en su vida el orden interrumpido; veo que lejos de guardar a usted rencor lo respeta y lo ama. He podido llegar a vencer ciertas resistencias que en su alma había, y con poco

que usted me ayude....

--Padre, padre--dijo D. Carlos respirando fuerte, porque estaba abrumado bajo el insoportable peso del sermón--, eso no puede ser. Hay roturas que no pueden soldarse nunca, nunca, ni en el cielo. Suponga usted que yo me retiro a un desierto, hago penitencia, me santifico, muero, me salvo y entro en el reino de Dios como bienaventurado, más aún, como santo. Suponga usted también que ella se arrepiente de su mala conducta, que recibe de Dios aflicciones y justas calamidades, que se pudre en vida, que se retira a hacer vida claustral, que luego cae en poder de infieles, que la martirizan, que la queman, que la achicharran, que muere, que se salva, que es santa, que es pura como un ángel.... Bueno, suponga usted que nos encontramos en el cielo....

--Y ábrazados llorarán lágrimas de perdón--exclamó el padre muy conmovido y cruzando las manos.

--¡No!--gritó Navarro, y aquella sílaba sonó como un tiro.

El jesuita se quedó perplejo, mirando a su amigo con espanto. No se atrevía a insistir en su empeño ante la inalterable dureza de aquella roca en forma humana, que exteriormente tenía todas las escabrosidades de la peña y por dentro todos los amargores del mar; pero también él, el jesuita, tenía a falta de aparentes durezas, la constancia y persistente fuerza de la ola. No creyó prudente insistir por el



momento, y  
encalmándose sin esfuerzo, bajó la cabeza, echó un  
suspiro y murmuró en  
tono de paz estas suaves palabras:

--Todo sea por Dios. Hablemos de otra cosa.

--Hablemos de otra cosa--dijo Navarro con alegría--  
. Hábleme usted de otra  
cosa, aunque sea de los cucuruchos.

--Tenía que decir a usted no sé qué--indicó Gracián  
algo confuso; mas  
dándose una palmada en la frente añadió--: ¡Ah! ya  
me acuerdo.... Tengo  
aquí la apuntación. Un caballero amigo mío, mejor d  
icho, conocido, desea  
hablar con usted. Lo conocí en casa de Doña Genara.

--¡En su casa!--exclamó Navarro poniéndose más verd  
e, y clavando las uñas  
en los brazos del sillón.

--Sí; también D. Felicísimo me habló de él esta mañ  
ana.... No me acuerdo  
de su nombre... pero lo apunté y aquí debe de estar  
.

Diciendo esto el buen jesuita metía la mano y despu  
és el brazo hasta el  
codo en el infinito bolsillo.

--No se moleste usted--dijo Navarro tomando la cart  
a de D. Felicísimo que  
abierta sobre el velador estaba, y mostrándosela a  
su amigo--. ¿Es este  
su nombre?

--El mismo--replicó Gracián.

Y en el propio instante se abrió la puerta y aparec

ió la cara, mejor  
dicho, la zalea con ojos del Sr. Zugarramurdi, el cual no dijo más que una sola palabra:

--Ese....

Después de mirar un rato muy hoscamente al suelo, Carlos habló así:

--Que entre.... Usted, queridísimo padre, me hará el favor de dejarme solo.... Mañana tampoco puedo asistir a la junta, pero me representa el Padre Carasa. Deseo saber inmediatamente lo que se decida. ¿Vendrá usted a decírmelo?

Después de contestar afirmativamente con su afabilidad no estudiada, el dignísimo Padre Gracián salió para seguir repartiendo sus cucuruchos entre las damas piadosas que sabían apreciar tan interesante objeto devoto.

-IV-

Bien se le conocía a Salvador la emoción que sentía al verse delante del guerrillero, y este, que no esperaba hallar en el semblante de su mortal enemigo otra cosa que desconfianza y altanería, se sorprendió al mirarle cohibido y algo acobardado, mas no sospechó la razón de esta mudanza. Mandóle sentar y un buen rato estuvieron los dos mirándose, sin que

ninguno se decidiera a hablar el primero. Por fin Carlos rompió el silencio diciendo:

--No podía desairar a D. Felicísimo... por eso te he recibido, exponiéndome a las consecuencias de este mal rato. Ya sabes que estoy enfermo y el médico dice que no debo incomodarme.

--Eso depende de ti. Yo vengo con bandera de paz y decidido a no incomodarme. Has hecho bien en recibirme. Hace tiempo que te busco, y ahora que te encuentro te pregunto si crees que no me has perseguido y vejado bastante.

--¿Quieres que sea bastante ya?--dijo Garrote con sarcasmo--. Pues sea y déjame en paz. Si no me acuerdo de ti, si te desprecio....

--¡Pobre hombre!--exclamó Salvador--. Tu orgullo dice tan mal con tus alardes de piedad religiosa.... Yo vengo ahora a ponerte a prueba y a ver si tu alma rencorosa es, como parece, incapaz de todo sentimiento que no sea el de la venganza....

--¿Vienes a ponerme a prueba?... Con cien mil rábanos, hombre, que seas benigno--dijo Navarro empezando a enfurecerse--. ¡Y luego me dirá el médico que tenga paciencia, que no me sulfure, que no se me suba a la boca y a los ojos la hiel de mis entrañas!... Oye tú, menguado, por no darte otro nombre, ¿vienes a gozarte en mi desgracia, viéndome enfermo y sin fuerza para castigar un insulto, o vienes a esp

irme por encargo de  
los masones? Si es esta tu intención, no necesitas  
aguzar el ingenio  
para descubrir mis acciones. Puedes decir a esos se  
ñores que sí, que  
estoy conspirando ¡rábano! que hago lo que me da la  
gana, que trabajo  
como un negro por la causa del Rey legítimo y que y  
o y mis amigos nos  
reunimos y nos concertamos, despreciando a este Gob  
ierno estúpido, cuya  
policía hemos comprado. Al ejército lo seducimos y  
lo traemos  
habilitadosamente a nuestra causa; al Gobierno le eng  
añamos, y a vosotros  
los masones de bulla y gallardete os compramos a ra  
zón de dos pesetas  
por barba. Ea, ya lo sabes todo; ya puedes ir con e  
l cuento.

--Ya sé que conspiras--dijo Monsalud manteniéndose  
sereno--y no me  
importa.... Otro asunto me trae, asunto que es de m  
ucho interés para  
entrambos, al menos para mí. Dime, ¿no has pensado  
alguna vez,  
principalmente en estos días de dolencias, aislamie  
nto y tristeza, en la  
esterilidad de los infinitos medios que has emplead  
o para exterminarme?  
¿No te han venido a la mente consideraciones sobre  
esto, no te has  
sorprendido a ti mismo, en ciertos momentos, medita  
ndo, sin saber cómo  
ni por qué, sobre el hecho de que todos tus actos d  
e venganza han sido  
inútiles, y que Dios me ha preservado casi milagros  
amente de tus  
crueldades?

Mientras esto decía Salvador, le miraba Navarro con  
cierto asombro que

no carecía de estupidez, y era que, en efecto, había meditado no pocas veces sobre aquel problema. Sin embargo, por no declarar que su sombrío interior había sido descubierto, dijo bruscamente:

--Pues jamás he pensado en tal cosa. ¿A qué vienen esas sandeces?

--Estas sandeces--dijo Salvador creciéndose más--son para demostrarte que Dios, a quien tú, llevado de una piedad absurda, crees cómplice de tus violencias y de tus sañudas venganzas, es quien te ha burlado y me ha protegido. ¡Qué bien y con cuanta oportunidad ha deshecho tus combinaciones implacables, permitiendo que llegara un día como este, en el cual voy a desarmarte para siempre!

Navarro seguía mirándole con estupidez.

--Por muy malo que te suponga--añadió Salvador--no te creo capaz de conservar tus rencores después de saber que tú y yo somos hijos de un mismo padre.

El guerrillero saltó en su asiento, como quien oye un insulto. Su cara se congestionó a borbotones echó de su boca estas palabras:

--¡Es mentira, es mentira!

--¿Mentira, eh? ¿con que es mentira? Tengo de ello un testimonio para mí sagrado, escrito por la mano de la persona más querida para mí en el mundo, y ratificado en su lecho de muerte. Tú puedes creerlo o no, según

se te antoje: a tu conciencia lo dejo. Cumplo con mi deber diciéndotelo.

La mitad de este secreto te corresponde a ti, mal que te pese. Yo no puedo quedarme con él todo entero.

Inquieto en su asiento, Navarro vaciló entre la ira y la curiosidad.

--Esas cosas--dijo--no se pueden creer sin algo que lo pruebe.... ¿A ver, qué es eso? ¿Qué significa ese paquete atado con cintas encarnadas?

Salvador había sacado un paquete y escogía en él los papeles que quería mostrar a Carlos.

--Esta es la carta que mi madre me escribió poco antes de morir--dijo poniéndola en manos de Navarro--. Es la confesión de una falta redimida por una existencia de penas y oscuridad; es una declaración santa, que respira honradez, paciencia y bondad. Se necesita ser un monstruo para no inclinarse con respeto ante esa vida de abnegación y deberes trascurrída a la sombra de una vergüenza jamás repurada....

El otro leía, leía. Salvador le miraba leer y mentalmente seguía los conceptos de la carta. Concluida la lectura Navarro dio un suspiro y dijo:

--¡Qué sed tengo!... Si quisieras echar agua de la alcarraza en aquel vaso que allí está y alcanzármelo....

Monsalud le dio agua, y luego que le vio aplacar su

sed, dióle otros  
papeles diciéndole:

--¿Conoces esa letra?

--Son cartas de mi padre--murmuró Navarro, devorándolas con la vista.

--No es ocasión ahora--dijo Salvador--, de hacer comentarios sobre las promesas hechas en esas cartas y jamás cumplidas. Esas viejas cuentas se habrán arreglado en otra parte.

Callaron ambos, y Navarro, puesta su alma toda en los ojos, leía las pocas páginas de aquel drama oscuro, desenlazado ya por la muerte. Al concluir se quedó mirando al suelo por larguísimo espacio de tiempo, y luego, evitando el fijar los ojos en su hermano, le dijo lo siguiente:

--Bueno, convengo en que esto no tiene duda. Parece evidente que por la Naturaleza.... Pero no, la fraternidad no se improvisa. Eres hijo de mi padre; pero no eres ni serás mi hermano.

--Ni lo pretendo, ni me importa tu fraternidad--replicó Salvador devolviéndole su desvío--. No necesito de ti para nada. Sólo he querido que sepas cuán cerca nos puso la Naturaleza, mejor dicho Dios, para que comprendas que el papel de Caín es malo, y hasta de saíado.

--Una carta vieja no puede hacer de dos enemigos irreconciliables dos hermanos queridos.... Convengo en que no puedo perseguirte más: la

memoria de mi buen padre, aquel valiente caballero que murió por la patria, se interpone y te salva....

--Antes me salvaré yo con la ayuda de Dios--dijo Salvador con desprecio--.  
No he venido a solicitar la indulgencia, que no necesito.

--Pues yo te la doy, ¡cien rábanos!--exclamó el guerrillero sulfurándose--.  
Mira, dame agua otra vez; tengo mucha sed; tu secreto me sabe a hiel y vinagre.

Bebió, y después, cavilando un poco, dijo como si mastacara las palabras:

--Además, antes de hablar de reconciliación es preciso determinar bien quien es el ofendido y quien el ofensor. Te quejas de que te he perseguido y hablas de mis crueldades. Pues yo digo que tú eres el monstruo, tú el criminal, tú el indigno de perdón.

--Acuérdate de aquellos días del año 13, cuando se dio la batalla de Vitoria dijo Salvador con violencia--. ¡Oh! fuiste tú quien me provocó.

--¡Fuiste tú!.

--¡Tú!

--Repito que tú.

La disputa se agriaba. Salvador quiso calmarla con un ademán de conciliación. Navarro respiraba como quien se va a ahogar.



--Mira--dijo con desabrimiento--lo mejor es que te vayas.

--Antes has de oír lo que voy a decirte.

--Pues di.

--Sí, sostengo que fuiste tú quien primero entabló nuestra rivalidad, no por eso desconozco que cometí después faltas graves, que te ofendí...

--¡Lo confiesa el menguado!...

--Yo no soy como tú; yo no tengo el orgullo de mis crímenes, ni los defiendo, por ser míos, contra la razón y el derecho de los demás.

--¡Me has ofendido, y de qué modo!--exclamó Carlos que era todo acíbar--. Con cien vidas que tuvieras no pagarías tu delito.. .. ¡y vienes a amansarme ahora con la pamplina de que somos hermanos, hermanos por la casualidad, por el capricho!... Peor, peor mil veces para tu conciencia.

--Si fuéramos a hacer un análisis--manifestó Salvador--, de todo lo que ha pasado entre nosotros desde el año 13, asignando a cada uno la parte de responsabilidad y de culpa que le corresponde, creo que todos quedaríamos muy mal parados. Bien sé que hay culpas completamente irreparables en el mundo, y ofensas que no se pueden perdonar. Así, mal que le pese a nuestro flamante parentesco, no podemos ser nunca amigos. Pero....

--¿Pero qué?

--Pero debemos extinguir hasta donde sea posible nuestros odios,  
considerando que hay un tercer culpable a quien corresponde parte muy  
principal de esta enorme carga de faltas que tú y yo llevamos....

Navarro no le dejó concluir la frase; se levantó y alargando la mano  
como en ademán de tapar la boca a su hermano, gritó de este modo:

--No la nombres, no la nombres, porque volveremos a las andadas.... Has  
puesto el dedo en la herida de mi corazón, que aún mana sangre y la  
manará mientras yo viva.... ¡Desgraciado de ti, que al ponérteme delante  
no puedes excitar en mí la clemencia de la fraternidad sin excitar al  
mismo tiempo el bochorno de la deshonra! ¿Cómo he de acostumbrarme a ver  
con sentimientos cariñosos a la misma persona a quien he visto siempre  
con horror?... Déjame en paz. Ya sé que no te puedo matar. Esto basta  
para ti y para mí. Márchate.

Se quedó tan ronco que sus últimas palabras apenas se entendían....  
Después de hablar algo más con ronquidos y manotadas, pudo hacerse oír  
nuevamente.

--Aguarda.... La úlcera de mi vida, lo que me ha envenenado el cuerpo y  
ha transformado mi carácter haciéndole displicente y salvaje, ha sido mi  
deshonra. Este puñal, Dios poderoso, ¡cuándo se des

clavará de mis  
entrañas!... ¡Este cartel horrible que en mi frente  
llevo, cuando  
caerá!... Soy un menguado, porque no he sabido cast  
igar. ¡He cortado las  
ramas y he dejado crecer el tronco! Pero el tronco  
caerá: ese es mi  
afán, esa es mi locura.... Bien sabes que la infame  
--añadió expresándose  
con mucha rapidez en voz baja--, lejos de corregirs  
e, progresa  
horriblemente en el escándalo.... Me han dicho que  
tú también la  
desprecias.... Pues bien, unámonos para castigarla.  
... Merece la  
muerte.... Castiguémosla y después... después serem  
os hermanos.

--Veo--dijo Salvador horrorizado--que estás tan enf  
ermo de alma como de  
cuerpo. No me propongas tales monstruosidades. Está  
s demasiado embebido  
en los hábitos y en las ideas del guerrillero para  
pensar  
razonablemente.

Al furor sucedió el abatimiento en la irritable per  
sona de Carlos, y por  
largo rato no dio señales de vida. Salvador le dijo  
:

--Renuncia a toda idea de violencia y asesinato. Pe  
nsando en un castigo  
imposible, te envenenas el alma. Renuncia también a  
la agitación de la  
política y no conspiras, no seas instrumento de amb  
iciones de príncipes.  
Retírate a nuestro pueblo, busca en la paz la repar  
ación que necesitas y  
cúrate con la medicina del olvido.

--¡Retirarme al pueblo!...--exclamó Carlos alzando

los ojos para mirar de  
frente a su hermano--. ¿Para qué? ¿para sentir más  
el horrible vacío de  
mi alma y la soledad en que vivo? La agitación de e  
stas luchas civiles y  
el afán de hacer algo por una causa justa, me distr  
aen haciéndome  
llevadera la vida; pero la soledad del pueblo me ab  
ate y entristece de  
tal modo que si yo pudiera llorar, lloraría sobre l  
os muros de mi casa  
desierta. Si al menos encontrara allí familia, algú  
n pariente, amigos,  
antiguos criados... pero no; nadie. Mi casa parece  
un panteón; y las  
calles de la Puebla repiten mis pasos como ecos de  
cementerio. Los  
recuerdos son allí mi única compañía, y los recuerd  
os me asesinan.

--Lo mismo me pasa a mí--exclamó Salvador--. Sin fa  
milia, solo, privado de  
todo afecto, parece que estoy condenado, por mis cu  
lpas, a vivir sobre  
el hielo. También yo he visitado hace poco nuestra  
villa y se me han  
caído las alas del corazón al verme forastero en mi  
pueblo natal.

--A mí me perseguían de noche no sé qué sombras que  
salían de aquel negro  
caserío. Todos los perros del pueblo me ladraban ¡m  
il rábanos! con furia  
horripilante.

--También a mí. Encontré algunas personas y me reco  
nocieron; pero me  
miraban con mucho recelo, como si fuera a quitarles  
algo.

--Me pasó lo mismo. Entonces conocí cuán triste es  
no tener a nadie en el

mundo a quien confiar una pena del corazón, una alegría, una esperanza.

--Yo también. Y entonces me sentí viejo, muy viejo.

--Lo mismo yo. Y dije: «si yo tuviera junto a mí a un ser cualquiera, aunque fuese un niño, no saldría a los campos en busca de aventuras, ni me afanaría tanto porque reinase Juan o Pedro».

--Igual he pensado yo.... Si algo me consolaba en aquella soledad lúgubre era el recordar cosas de la niñez. ¡Y las veía tan claras cuando pasaba por los sitios donde solíamos jugar, por el sitio donde estuvo la escuela, por el atrio de la iglesia y el puente, y casa del tío Roque el herrero...!

--Pues yo me pasaba las horas muertas reproduciendo en mi memoria aquellos días.... ¡Cuántas veces me acordó de la pobre Doña Fermina tu madre! ¡Era tan buena!... ¿No se ponía a hacer media sentada junto a una puerta que hay a mano derecha como entramos en el patio?

--Sí, sí.

--Y me parece ver al Padre Respaldiza, contando chascarrillos, y a aquella Doña Perpetua que vivió más de cien años. Yo recuerdo que tu madre me agasajaba mucho cuando yo, jugando contigo y con otros chicuelos, me metía en el patio de tu casa. Me abrazaba, me besaba y me ponía sobre sus rodillas; pero yo me desasía de sus

brazos para correr y  
subirme a un montón de vigas.... ¿No había un montón  
de vigas en el  
patio?

--Sí, sí.

--¿Y no tenía tu madre muchas gallinas?

--Sí.

--Un día reñimos por un pollo y nos dimos de bofetada  
tú y yo. Otro día  
nos hicimos sangre a fuerza de darnos porrazos y quedamos  
como dos  
\_Ecce-homos\_.... Después....

Navarro dio un gran suspiro diciendo luego:

--Parecía que estábamos destinados a una rivalidad  
espantosa por toda la  
vida.... Un día, cuando ya éramos grandecitos, volvimos  
a componer un  
arco de hierro en casa del tío Roque, y encontramos  
a Genara que salía de  
la escuela....

Aquí concluyeron los recuerdos. Como una luz que se  
apaga al soplo del  
viento, Navarro cerró la boca, apretó los labios fuertemente  
cual si  
quisiera hacer de los dos un labio solo, frunció las  
cejas haciendo de  
ellas como un nudo encargado de contener y apretar  
toda la piel de la  
frente, y descargó al fin la mano con tanta fuerza  
sobre el brazo del  
sillón, que a punto estuvo este buen inválido de saltar  
en astillas.

--Parece imposible--dijo después--que basten algunos  
años para que los

ángeles se conviertan en demonios, y los hombres en fieras.... Tú, oye...--añadió con altanería--, no hagas caso de mis habladurías... dígolo por si se me ha escapado alguna frase que indique disposición a perdonar, blandurillas de corazón u otra cosa semejante, indigna de mi carácter entero y de mi honor. Ella será siempre para mí el tormento y la mala tentación de mi vida, y tú... un hombre a quien no veo ni podré ver nunca sin violentísima antipatía. Haz aprecio de mi rara franqueza, ya que no puedas apreciar en mí otra cosa.... ¿Quieres que te lo diga más claro? Pues lo mismo me quemas la sangre ahora que antes. Desconfío de tus palabras, desconfío de tus acciones, desconfío de nuestro parentesco, que bien puede ser tramoya inventada por ti, desconfío de tus arrepentimientos, y como ha de serte más difícil ganar mi voluntad que ganar el cielo, será bien que me dejes en paz y que no vengas acá con hermanazgos ni embajadas sentimentales, porque otra vez no tendré la santísima paciencia que ahora he tenido: ya me conoces, ya sabes mi genial. Esta enfermedad del demonio me ha echado cadenas y grillos; pero yo sanaré, con mil rábanos, sanará, y te juro que no habrá quien me sufra. ¿Has oído bien? no habrá quien me aguante... Las bromas que yo gasto pasan por barbaridades en el mundo.... No me busques, pues, y yo te prometo que no te buscaré. Es todo lo que puedo hacer.

Diciendo esto le señaló la puerta. Era ya casi de n

oche, y en la  
sacristanesca pieza oscura cada uno de los personaj  
es veía a su  
interlocutor como si fuera su propia sombra. Levant  
ose Salvador de su  
asiento y despidiose del guerrillero con esta lacón  
ica frase:

--Adiós. No te buscaré. Si llegas alguna vez a mi p  
uerta, según como  
llames a ella te responderé.

-V-

Salió, y cuando iba en busca de la puerta por el pa  
sillo, que oscurísimo  
como la caverna de Montesinos estaba, tropezó con u  
n bulto, el cual, por  
el agudo chillido que siguió al choque, demostró se  
r mujer y mujer muy  
sensible.

--Brutísimo, salvaje.... ¿no tiene usted ojos en la  
cara?--gritó la voz--.  
¿Qué modos son esos?

--Señora--dijo Salvador quitándose el sombrero, mas  
sin ver gota--,  
dispénseme usted. Ojos tengo, pero de nada me sirve  
n, pues no hay luz en  
el pasillo. Buscaba la puerta....

--¿Y soy yo acaso la puerta, señor majadero?... ¿Qu  
é consideraciones  
gastan con las señoras los hombres de esta casa!...

Hablando así la dama abrió la puerta y con la clari



dad indecisa que de  
la escalera venía pudo Salvador verla y advertir qu  
e parecía dispuesta a  
salir también. Llevaba mantilla negra y una dulleta  
en cuyo adorno  
habían entrado pieles de diversos animales domésti  
cos, hábilmente  
combinadas con galones que siglos antes lucieron en  
la túnica de algún  
santo o en el valiente pecho de algún oficial de gu  
ardias walonas.  
Salvador, que había visto algunas veces a la dama,  
la conoció.  
Acostumbraba a mirar con respeto aquella decadencia  
más lastimosa que  
risible.

--Vuelvo a pedir a usted mil perdones--le dijo--, p  
or mi torpeza.... Veo  
que también sale usted, señora, y si me lo permite  
tendrá mucho gusto en  
acompañarla.

--Gracias, muchas gracias--replicó la momia dando e  
n dirección a la  
escalera algunos pasos en los cuales se advertía ma  
rcado prurito de  
agilidad--. Yo también necesito excusarme por haber  
dicho a usted algunas  
palabras inconvenientes, confundiéndole con ese hom  
bre basto, ese  
Zugarramurdi, que es un mueble con andadura.

Salvador le ofreció el brazo que ella no tuvo incon  
veniente en aceptar.  
Bajando la momia, arrojó de sí esta pregunta, metid  
a dentro de un  
suspiro:

--¿Es usted amigo del Sr. D. Carlos?

--Sí, señora.

--Si no me engaño, es la primera vez que viene usted a casa. ¡Ah! esto parece la casa de Tócame Roque, según la gente que entra y sale. Y no es toda gente de principios, ni se nos guardan los miramientos que nos corresponden. No extrañe usted que me admire de su urbanidad, pues vivimos en una época en la cual se puede decir que no hay caballeros.... ¿Por ventura es usted el que estaban esperando?

--Sí, señora, me esperaban...--indicó Salvador por decir algo.

--El que esperaban de Cataluña, para empezar la danza.... ¡Pero ha visto usted, caballero, qué estupidez! pretender que esta nación heroica sea gobernada por una reina en mantillas.

--Una necedad, sí señora.

--Porque usted será indudablemente de los primeros espadas en esta sacratísima guerra que se prepara.

--De los primeros no... mas....

--No sea usted modesto. La modestia es compañera inseparable del verdadero mérito--dijo la dama trayendo a los labios con no poco trabajo, desde el fondo de su alma seca una gota de fiambre dulzura--. Quizás me equivoque, ¿pero no es usted D. José O'Donnell?

--No soy O'Donnell.

--¿No es usted comisionado de la Regencia secreta que se ha formado en

Cataluña, presidida por el prepósito de los Jesuitas? Yo estoy al tanto de todo, y conmigo, caballero, no valen los misterios.

--Juro a usted, señora, que no soy el que usted supone.

--¿Ni tampoco el coronel D. Juan Bautista 6 Campos, que tiene en el hueco de la mano, como quien dice, a los voluntarios realistas de media España?

--Tampoco.

--Mire usted que soy algo pícara--dijo la momia con trayendo de tal modo el amojamado rostro para sonreír, que Salvador, al mirarla, tuvo algo de miedo--. ¡Oh! no me falta penetración, y en punto a relaciones con personas comprometidas en la causa del trono legítimo, no habrá seguramente quien me gane.... Caballero, ¿sabe usted que hace un frío espantoso?

Salvador notó que la dama se agarraba más fuertemente a su brazo. Al sentir los puntiagudos dedos de esqueleto y el roce de los viejos tafetanes del vestido, así como el de las pieles impregnadas de olor de sepulcro, sintió que era una verdad aquel frío glacial de que la dama hablaba.

--Hace mucho frío, sí señora.

--Y las calles están muy solitarias. Si fuera usted tan bueno que

quisiera acompañarme hasta la casa adonde voy de visita....

--Con muchísimo gusto, señora.

--Es cerca: junto a San Sebastián.

--Media legua--dijo para sí Monsalud; pero no teniendo ocupaciones, dio por bien empleado el paseo en obsequio de una desvalida señora que tan bien parecía agradecerlo.

--Doy a usted otra vez las gracias--dijo esta--, por su amabilidad, que es más digna de aprecio en una época en que se han acabado los caballeros.... Pronto llegaremos: voy a casa de Paquita de Aransis, la señora del coronel D. Pedro Rey. ¿Conoce usted a esa digna familia?

--No tengo el honor de conocerla; pero ese apellido de Aransis no es extraño para mí.

--Es una alcurnia noble de Cataluña. ¿Ha estado usted en Cataluña?... Quizás haya usted conocido al conde de Miralcamp, que es Aransis, al alcalde de Cervera, que es D. Raimundo Aransis. También conozco yo en Solsona una monja Aransis, que es hermana de Paquita.

--¡Ah! sí, la conozco--dijo Salvador prontamente, herido por vivísimos recuerdos.

--Esa familia está emparentada con la nuestra--añadió la señora, que era harto redicha para ser momia--. Paquita es tan buen

a, tan cariñosa, tan  
excelente cristiana y tan mujer de su casa.... Tien  
e dos hijos que son  
dos pedazos de gloria, según dice el padre Gracián,  
Juanito que ahora va  
a Sevilla a estudiar leyes, al lado de sus tíos pat  
ernos, y Perfecta,  
que es un perfecto ángel de Dios. La pobre niña ha  
estado enferma hace  
poco con unas calenturas malignas que la han puesto  
al borde del  
sepulcro.... ¡Cuánto hemos sufrido! La condesa de R  
umblar y yo  
alternábamos para velarla... una noche ella, otra y  
o.... Usted conocerá  
seguramente a la condesa de Rumblar, y a su hija Pr  
esentacioncita, y a  
su yerno Gasparito Grijalva, ese tronera, liberalot  
e que concluirá en la  
horca....

--Si es liberal, no concluirá en bien.

Salvador tuvo que moderar el paso, al notar que su  
compañera se sofocaba  
bastante.

--Usted--dijo esta, aspirando el aire con celeridad  
, como un fuelle viejo  
que para nutrirse necesita agitarse mucho--, ha viv  
ido al parecer lo  
bastante, para conocer a mucha gente, tener muchos  
amigos y presenciar  
multitud de sucesos; pero no lo necesario para ver  
pasar épocas y  
familias, para ver extinguirse las amistades, mudar  
se las fortunas,  
morir las ilusiones y caer en ruinas las cosas más  
reales de la vida.

--Algo y aun algos de eso he visto por desgracia, s  
eñora--dijo Salvador

sorprendido de aquel sentimentalismo que por cierto modo artístico se avenía bien con el empaque funerario de su distinguida interlocutora.

--¡Oh! caballero--exclamó esta deteniéndose y clavando en él sus ojos que brillaron como las últimas ascuas de un hachón sepulcral--, ¿no es muy triste ver tanta cosa muerta en derredor nuestro, y sentir ese frío del alma que dan las memorias marchitas, cuando pasan? Hacen un murmullo triste como el remolino de hojas secas, y dan escalofríos como la llovizna de otoño ¿No es verdad, no es verdad esto?

--Es verdad--dijo Salvador participando de aquel escalofrío.

Y vio extinguirse la chispa funeraria en los ojos de Salomé, porque sus flacos párpados cayeron como apagadores de iglesia, y dejaron el amarillo semblante en su primitivo aspecto de cosa completamente acecinada y seca.

--¡Caballero, tengo un frío horrible!--murmuró la dama temblando--. Vamos a prisa.

El cielo estaba como suele verse en las noches de invierno, limpio, estrellado hasta la profusión, hasta el derroche, cual si saliesen a la bóveda del cielo más astros de los que caben y pugnasen por quitarse el puesto unos a otros. El aire quieto, sereno, tenía un no sé qué, sólo comparable al fulgor horripilante de la cuchilla ac

abada de afilar. Las  
estrellas alargaban sus fríos rayos atravesando la  
inmensa región de  
invisible hielo, y la luna, pues también había luna  
, difundía claridad  
verdosa por calles y plazas. El suelo parecía el le  
cho de un río que se  
acaba de secar, dejando al descubierto su limo llen  
o de fosforescencias.  
Tres o cuatro calles atravesó la pareja sin decir p  
alabra, y al llegar a  
un portal de mediano aspecto en la calle de las Hue  
rtas detúvose la  
muerta viva, y sin soltar el brazo del caballero, a  
nunció con una sola  
voz el fin de la jornada.

--Ya--dijo con expresión de lástima, y luego fue re  
tirando su mano poco a  
poco para llevarla a la cabeza, donde pedían repara  
ción los pliegues de  
la mantilla y una guedeja rubia, que desertaba de l  
as filas donde la  
había puesto el peine pocas horas antes--. Ya se ha  
moleestado usted  
bastante. Bueno ha sido el paseo... y debemos dar g  
racias a Dios de que  
no nos haya visto nadie, porque si nos hubieran vis  
to.... ¡Ah! no sabe  
usted hasta qué punto es atrevida la calumnia en es  
tos tiempos....  
¿Quién me asegura que mañana no dirán de mí herejía  
s sin cuento por  
haberme dejado acompañar de noche por usted?

--Señora, creo que no dirán nada--observó Salvador,  
reprimiendo la sonrisa  
que a sus labios venía.

--¡Oh! quién sabe.... Ahora todo se juzga por el as  
pecto malo. ¡Ah! ni la  
nieve misma está libre de mancharse o de ser mancha

da.... Retírese  
usted... yo comprendo que deseará prolongar la conversación en el portal; pero no puede ser, no puede ser de ningún modo.

Después de ofrecerle su casa con no pocas zalamerías, rogó al caballero tuviese la bondad de decirle su nombre para conocer mejor a la persona a quien debía agradecer galanterías inauditas en una época ¡ay! en una época calamitosa y estéril en que no había caballeros. Dicho el nombre, la momia lo repitió con agrado y después dijo:

--¿Militar?

--No, señora, paisano.

--¿Andaluz?

--Alavés.

--¿Y hasta la muerte defensor del trono legítimo...?

--Del trono de Isabel II.

--¿Pues qué? es usted....

--Masón, señora.

Al expresarse así, con la sonrisa en los labios, Salvador creyó que no merecía respuestas serias aquel interrogatorio impertinente. La momia estuvo a punto de deshacerse en polvo al oír la nefanda palabra. Estremecida dentro de sus apolilladas pieles y de sus ajados tafetanes, llevose las manos a la cabeza, lanzó una exclamación



n de lástima y  
desconsuelo, y por breve rato no apartó del cielo s  
us ojos fijos allí en  
demanda de misericordia.

--¡Masón!--repitió luego mirando al que, según ella  
, era un soldado de las  
milicias de Satanás--. ¡Quién lo diría!

Y señalando con su mano flaca, cubierta de guante c  
anelo, una luz que a  
cierta distancia se veía, como farolillo de taberna  
o café, dijo entre  
suspiros:

--En donde está aquella luz se reúnen sus amigos  
de usted....  
Caballero, si me permite usted que le dirija un rue  
go, le diré que por  
nada del mundo sea usted masón. Todo está preparado  
para el triunfo de  
la monarquía verdadera y legítima, y es una lástima  
que usted perezca,  
porque perecerán todos, no hay duda.... Cuando uste  
d me dijo que es  
masón, vi... yo siempre estoy viendo cosas extrañas  
que luego resultan  
verdaderas... vi un montón de muertos en medio de l  
os cuales asomaba una  
cabeza....

Le tomó una mano, y al contacto del guante canelo,  
que por su delgadez  
apenas disimulaba la dureza de los dedos fosilizado  
s, Salvador sintió  
que se le comunicaba un frío glacial, llegando hast  
a su corazón.

--Aquella cabeza era la de usted--prosiguió la momi  
a--. Usted se reirá;  
pero yo no; porque la experiencia me ha enseñado a  
dar un gran valor a

mis corazonadas, y en el tiempo escaso de nuestro conocimiento he podido apreciar las notables prendas de usted. ¡Oh! sí, todavía hay caballeros; pero pronto, muy pronto quizás no haya ninguno. Adiós.

Le estrechó un momento la mano y desapareció dentro del portal, oscuro y profundo como un sarcófago.

Salvador permaneció un rato en la puerta, mirando al hueco oscurísimo que se había tragado a su dama de aquella noche, y murmuró estas palabras:

--¡Pobre señora!... sin duda está loca.

Alejose despacio, sin poder echar de su mente tan pronto como quisiera la imagen de la fantasma a quien había dado el brazo y que parecía el duendecillo propio de las heladas y claras noches de Enero en el clima de Madrid. Después de andar un poco maquinalmente y sin dirección fija, hallose bajo el farol que poco antes le señalara la mano del guante canelo.

--El café de San Sebastián--pensó--. Ya que estoy aquí entraré. No faltarán amigos con quienes pasar un rato.

-VI-

El café no estaba lleno de gente, y en su pesada y

brumosa atmósfera se  
podían contar los grupos diseminados, y aun las per  
sonas. Algunos  
individuos, con el sombrero echado atrás, la capa c  
olgando de los dos  
hombros o de uno solo, charlaban a gritos entre sor  
bo y sorbo, sin tocar  
asuntos de política, por ser género que no se podía  
tratar a gritos.  
Otros en baja y temerosa voz, cual si pronunciaran  
algún conjuro sobre  
el líquido negro, a quién daban cierto carácter qui  
romántico los  
misteriosos ingredientes de que se componía. Estos  
señores de la capa  
arrastrada y de los codos sobre la mesa y del sombr  
ero hasta las cejas  
hundido, eran los arregladores de la cosa pública.  
Ya desde entonces se  
dedicaban con preferencia a esta patriótica tarea d  
e arreglar al país  
los hombres sin oficio ni ganas de aprenderlo, que  
sentían la  
irresistible vocación del empleo lucrativo. Algunos  
lo hacían también  
por cierta desavenencia ingénita con el poder públi  
co, y los menos por  
exaltación de ideas o por leal deseo de labrar el b  
ien de la  
muchedumbre. De todas estas especies de patricios h  
abía la noche aquella  
pocas aunque buenas muestras en el café de San Seba  
stían.

No había andado Monsalud cuatro pasos dentro del lo  
cal, cuando se sintió  
llamado desde lados opuestos. Acudió allí donde hab  
ía visto caras más de  
su gusto, y después de saludar a varios individuos  
sentose en la más  
apartada mesa en compañía de dos sujetos. Uno de el  
los parecía tener con

Salvador amistad antigua y estrecha porque se saludaron con mucho afecto. Era de edad mediana y buena presencia; llamábase don Eugenio Aviraneta: su patria era Guipúzcoa y tenía el especialísimo talento de la conversación, calidad no escasa en España, donde se han hecho grandes carreras por saber contar cuentos o referir bien o plantear con arte los asuntos y cuestiones de todas clases. El otro era más joven, de color pálido tirando a aceitunado, el pelo y cejas de grandísima negrura, la nariz afilada el bigote corto y espeso, modelado por la navaja de una manera singular con arreglo a la moda más ridícula que puede imaginarse, la cual consistía en trazar dos líneas rectas desde las ventanillas de la nariz a los extremos de la boca, dibujando así un pequeño mostacho rigurosamente triangular que llevó el nombre de \_bigotillo de moco\_. También llevaba el aceitunado personaje una perilla de rabo de conejo, y en los cachetes patillas o chuletas cortas, también modeladas por la navaja con un esmero tal que casi venía a confundirse el oficio de rapista con el arte del escultor. Esto y el breve tupé acompañado de mechoncillos sobre las orejas estaban declarando a gritos que el remate y coronamiento de tan singular cabeza había de ser uno de aquellos ingentes morriones de base estrecha y anchísima tapadera, visera menuda y carrilleras de cobre suspendidas a los lados de la placa frontal. El tal morrión inconmensurable se estaba viendo, sí, sobre la cabeza de aquel

buen señor por la fuerza de la analogía, aunque estaba descubierto y vestido de paisano. Pero si por un hilo se saca un ovillo, suele también sacarse por una cara un morrión, y así se podía decir a boca llena que nuestro individuo era militar y por más señas \_ayacucho\_.

--Te presento a mi amigo el capitán Rufete--dijo Aviraneta poniendo en relaciones a sus dos camaradas--. Y ahora cuéntenos algo, dínos qué es de tu vida, hombre. Después que eres rico no hay quien te vea.

Hablaron largo rato de cosas de la vida, de viajes, de caza, de enfermedades, y sin saber cómo pararon en la cuestión magna del día, a saber, que el Rey no se moría tan presto como algunos pillos quisieran, que se había decidido jurar solemnemente a Isabelita como heredera del trono, y que el buenazo de D. Carlos se marchaba a Portugal. Rodó la conversación de idea en idea, hasta que Aviraneta tocó a Salvador en el brazo y le dijo con misterio:

--Si quieres encargarte de una misión delicada, no hay ningún inconveniente en confiártela.

--Ya sé que conspiras, ¿pero por quién?--replicó Salvador riendo--¿Por Cristina, por D. Carlos o por ambos a la vez?

--Tú me conoces, y sabes que con alas mías no ha de volar ningún murciélago. Me ha comprometido a explorar los ánimos de la gente liberal

para saber en qué condiciones se podría contar con ella en caso de una guerra civil.

--Los libres--dijo el \_ayacucho\_ con énfasis--, están y estarán siempre al lado de la Princesa, si a la Princesa le ponen por almohada en su cuna \_el mejor de los códigos\_.

El llamar \_libres\_ a los liberales y \_el mejor de los códigos\_ a la Constitución del 12 constituía, con otras muchas frases, un estilo especial que por largo tiempo prevaleció en todas las manifestaciones literarias del partido avanzado.

--Calle usted, hombre, por amor de Dios--dijo Avirana neta reprendiendo con un gesto la espontaneidad del capitán--. Los \_libres\_, como usted dice, y los liberales, como los llamo yo, están tan divididos que no oye usted dos opiniones iguales si habla con ellos. Hay multitud de tontos a quienes no se puede arrancar de la cabeza lo \_del mejor de los códigos\_; hay algunos solemnes pillos que por malicia y por tener poder ante la canalla, gritarán, si les dejan, \_constitución o muerte\_; hay el grupo de los \_anilleros\_ o de los \_sabios\_, que reniegan de todo si no les dan las dos Cámaras con Carta, a la francesa, y aun creo que alguien quiere que haya tres Cámaras, por no parecerle bastante dos. Unos piden que haya mucha religión sin dejar de haber libertad, mientras los \_iluminados\_ desean acabar con la gente de cogulla y quemar los

conventos, para que \_suprimidos los nidos no haya m  
iedo de que vuelvan  
los pájaros\_. Yo he tanteado aquí y allí y he encon  
trado asperezas que  
no es fácil suavizar, y antagonismos que no es posi  
ble vencer. Martínez  
de la Rosa, Toreno, Burgos y comparsa se niegan a t  
odo lo que sea  
revolución, Palafox se aviene siempre con el parece  
r de Calvo de Rozas,  
y Calvo de Rozas, unido con Flores Estrada, ha hech  
o una constitución  
templadita. La quieren tanto, como buenos padres, q  
ue si no es  
preferida, dicen que no se cuente con ellos para na  
da. Romero Alpuente y  
los exaltados juran y perjuran que no hay más Const  
itución que la del 12  
en todo el globo terráqueo, y que ellos la harán tr  
iunfar, pese a quien  
pese. Vamos, esta es una casa de fieras, y yo digo  
que convendría que  
estallase la guerra y viniesen grandes peligros par  
a que entonces se  
unieran tantas voluntades y se llegara a un acuerdo  
en lo de la  
Constitución definitiva, aunque hubiese siete Cámar  
as y cuatrocientas  
alcobas.

--La Nación soberana--dijo el \_ayacucho\_ hablando c  
omo hablaría Solón--,  
decidirá en su día lo que mejor convenga. Un pueblo  
libre no se  
equivoca.

--Con sentencias sacadas de las \_Gacetas\_, amigo Ru  
fete, poco  
adelantamos. Yo veo que las divisiones son hondas,  
que el partido  
liberal, por estar disperso y perseguido, no tiene  
ya una idea fija y

común sobre nada. El ejército, que antes era amigo de la Constitución del 12, ahora va donde le llevan, y es realista con el conde de España y templado con Llauder. Pues bien, en vista de este desconcierto, ¿no es patriótico intentar la reconciliación de todos los que aborrecen la tiranía? ¿Qué te parece, Salvador, no es patriótico, altamente patriótico?

--Me parece tan patriótico como imposible--replicó el interrogado.

--Conozco a mi país, conozco a mis paisanos, he pulsado teclas de conspiración en distintas épocas; sé el valor que tienen las ideas, insignificante junto al valor de las pasiones; sé muy bien que a los políticos de nuestra tierra les gobierna casi siempre la envidia, y que la mayoría de ellos tienen una idea, sólo porque el vecino de enfrente tiene la idea contraria.

--Pesimista estás--dijo Aviraneta severamente.

Luego se llevó el dedo a la boca con cierto aire solemne, y levantándose ordenó con una seña a sus dos amigos que le siguiesen, lo que hicieron de buen grado Rufete y Salvador, el uno por disciplina de conspirador y el otro por curiosidad. Atravesando una puertecilla que junto al mostrador había, pasaron a un cuartucho estrecho y oscuro, formado en el anguloso hueco de la escalera que a las terulias conducía. Un ruinoso banco ofreció durísimo y no muy limpio asiento a lo



s tres individuos, y  
dábanle compañía algunas cafeteras de largo pico, c  
ajas vacías, escobas  
y enormes cangilones destinados a usos distintos. A  
quel era el  
laboratorio químico de donde salían las ingeniosas  
mezclas a qué debió  
su fortuna el amo del establecimiento (el cual, dic  
ho sea de paso, era  
fervientísimo patriota); allí era donde se verifica  
ba la multiplicación  
de las raciones de leche, gracias al agua que Dios  
crió; allí se  
fabricaba con diversas sustancias europeas y asiáti  
cas el café de Moka,  
y allí las libras de azúcar se convertían en arroba  
s de la noche a la  
mañana, lo mismo que un quidam se convierte en mini  
stro.

Sentáronse en aquello que más parecía nicho que cua  
rto, y como no tenían  
luz, no eran vistos de fuera y podían ver a todos l  
os que desde el café  
subían a las regiones altas.

--Aquí podemos hablar cómodamente--dijo el guipuzco  
ano--, y explicaré mi  
idea sin que nadie se entere. Para poner remedio al  
grave mal que antes  
indiqué, he determinado fundar una sociedad secreta  
....

--Ya pareció aquello--dijo Salvador interrumpiendo  
con su risa el grave  
exordio de su amigo--. En eso habíamos de parar.

--Cállate, no juzgues lo que no conoces todavía....  
Una sociedad secreta  
que se llamará \_La Isabelina\_ o \_de los Isabelinos\_  
.

--Insisto en mi opinión de que se llame de los \_Pat  
riotas  
isabelinos\_--dijo el ayacucho, demostrando en su ac  
ento y en la tiesura  
de su mano enérgica la importancia que daba al baut  
ismo de la sociedad  
proyectada.

--El nombre debe ser breve y sencillo.

--Ya tenemos el masonismo en planta--indicó Salvado  
r--, con sus irrisorios  
misterios, sus fórmulas y necedades.

--No, no, hijo, aquí no hay misterios.

--¿Ni iniciación, ni torres, ni orientes?...

--Nada de eso.

--¿Ni vocabulario especial, ni mandiles?

--Nada, nada.

--No habrá más que el juramento de someterse intenc  
ionalmente a la  
soberanía de la Nación--afirmó Rufete.

--Aquí es todo corriente. No hay misterios. La soci  
edad trabajará en  
silencio, pero sin fórmulas masónicas, y nos llamam  
os por nuestros  
nombres, si bien en los actos y documentos adoptamo  
s un signo  
convencional para designarnos.

--¿De modo que la sociedad funciona ya?

--Se está formando. Todavía no hemos tenido una reu  
nión total de  
asociados.... ¿Cuántos hay en la lista, querido Ruf  
ete?

--Trescientos veinte y uno--dijo el ayacucho, que por lo visto desempeñaba las funciones de secretario.

--No se ha hecho nada todavía, no ha ido a provincias ningún comisionado. Se necesita uno de toda confianza y muy listo, que vaya a París y Londres a entenderse con los emigrados que quedan por allá y con otras personas residentes en el extranjero, y que no nombro porque no puedo nombrarlas.

--Ya... y ese correveidile que se necesita....

--Correveidile no, sino agente; ese agente que se necesita eres tú.

--Pues te juro--dijo Salvador de la manera más jovial--, que si la sociedad \_Isabelina\_ o de los \_Patriotas isabelinos\_, como pretende el señor... y se me figura que lo pretende con razón....

--La idea del patriotismo--exclamó Rufete sin poderse contener--, es tan primordial, que debe ponerse al frente de todas las denominaciones, para que se grave más y más en la mente del pueblo.

--Pues, decía--prosiguió el otro--, que si la sociedad espera para extenderse y prosperar a que yo sea su agente, llegará el Juicio final sin que de todos los frutos que el país y tú esperáis de ella.

Aviraneta meditaba, la mejilla apoyada en la mano. A cada instante se oían los pasos de los que subían por la escalera 7,

y como esta era  
endeble y estaba tan cerca de las cabezas de los tres sujetos, parecía  
que se les venía la casa encima siempre que un patriota se encaramaba a  
los aposentos altos.

--¡Malditos!--exclamó Aviraneta, en ocasión que subían tres cuatro  
mozalbetes metiendo más ruido que los monaguillos en día de repicar  
recio--. Esos son los que todo lo echan a perder con sus inocentadas.  
Ahora los tiernos angelitos, en vez de chuparse el dedo, han dado en la  
flor de jugar a la masonería y al carbonarismo, y entre burlas y risas  
tienen arriba sus \_Cámaras de honor\_ y sus \_Hornos\_, donde hacen varias  
mojigangas, que es preciso denunciar a la policía. Son casi todos  
chicuelos con más ganas de hacer bulla que de estudiar. ¡Y qué discursos  
los suyos! Es esa una empolladura de oradores que, si no me engaño, ha  
de dar a España más peroratas que garbanzos dará Castilla.

--Estos pajarillos cantores--dijo Monsalud riendo--  
, vienen siempre delante  
de las tormentas políticas, anunciándolas con sus angelicales trinos. Es  
un fenómeno que observé en la tormenta pasada y que se repetirá, no lo  
duden ustedes, en las que han de venir; y así veremos siempre que toda  
transformación política de carácter progresivo viene precedida de grandes  
eflorescencias de sabiduría infantil y discursos en las aulas.

--Pues grande va a ser la transformación--manifestó

Aviraneta-- , si se ha de  
juzgar de ella por lo que chilla esta caterva de pa  
vipollos.... ¡Santa  
Mónica, cuántos suben ahora, y qué pico tienen! Esa  
voz... oigan ustedes  
qué órgano tan admirable: es González Bravo, un moz  
o terrorista, más  
listo que Cardona y con más veneno que un áspid....  
Pero, volviendo a  
nuestro asunto, nosotros, al fundar la sociedad isa  
belina, llevamos el  
objeto de unificar el pensamiento de los liberales  
y de traer al  
ejército a una idea común que sea precursora de una  
acción común.

--El ejército está profundamente dividido--dijo Sal  
vador--, pues me consta  
que el bando apostólico o \_carlino\_, como ahora se  
llama, ha hecho  
últimamente grandes adquisiciones en la Guardia Rea  
l.

--El ejército es liberal--exclamó Rufete, que no pu  
diendo estar por más  
tiempo callado tomó la palabra con estruendo en la  
primera coyuntura--.  
El ejército se compone de hombres libres que aman \_  
el más perfecto de  
los códigos\_ y aborrecen la tiranía. Dígase \_Consti  
tución\_, y el  
ejército responderá \_Constitución\_.

Y echando un poco atrás el sombrero, que debía ser  
morrión de los de  
tinaja invertida, se puso más amarillo y acompañó s  
u alteración facial  
de estas patrióticas palabras:

--Muchos hablan del ejército sin conocerlo, y yo, q  
ue lo conozco, que  
pertenezco a él, que me glorio de pertenecer a él,

digo que con  
excepción de media docena de traidores, todos somos  
liberalísimos, aquí  
y en América. Yo he estado en América, señores; me  
he batido en aquellos  
colosales combates de Chuquisaca y Cochabamba, y pu  
edo decir que nada  
nos consolaba de nuestras privaciones y trabajos co  
mo hablar de la  
Constitución, pensar en ella y poder escribirla en  
nuestras banderas  
para hacer doblar la rodilla a los indios más bravo  
s. Recuerdo bien que  
después de la famosa expedición de Jujuí, nos llegó  
la noticia del  
triunfo de la Constitución en las Cabezas de San Ju  
an, y nos volvimos  
locos de contento. Deseábamos, o que nos trajeran a  
España, o que nos  
llevaran allá al bendito Código, y no pudiendo ser  
ni una cosa ni otra,  
celebramos con fiestas, bailes, versos y meriendas  
aquel gran suceso. La  
alegría era general. Algunos tuvimos el proyecto de  
proclamar la  
Constitución en el Perú; pero el traidor de Maroto  
se opuso. Los  
\_libres\_ deseábamos que la América adoptase el \_sis  
tema\_, los traidores  
no querían sino hierro y sangre; y yo pregunto ahor  
a lo que he  
preguntado siempre: ¿quién es responsable de que se  
perdiera la tremenda  
batalla de Ayacucho? ¿Quién?...

--Esa cuestión, querido Rufete--observó Aviraneta v  
iendo con disgusto que  
la musa histórica de su secretario remontaba el vue  
lo en demasía--, ha  
perdido su oportunidad. Poco nos importa saber quie  
n lo hizo peor en  
América. En cuanto al ejército, ya sabemos que en s

u mayoría es liberal;  
pero usted mismo ha hablado de traidores: traidores  
hubo en América, y  
también los hay en España.

--Aquí tengo la lista--exclamó prontamente Rufete h  
aciendo ademán de sacar  
un papel.

--No, no saque usted la lista. Tampoco eso nos impo  
rta gran cosa  
ahora.... Nuestra sociedad cuenta ya con un brillan  
tísimo contingente de  
personajes civiles.

--Espere usted--insistió Rufete revolviendo sus pap  
eles--, aquí está.

--No.... ¡Con cien mil palitroques! tampoco nos hac  
e falta ahora la lista  
de isabelinos. Envaine usted sus listas, hombre.  
Lo que yo quiero es  
traer a nuestras filas a este buen amigo, para darl  
e una comisión que  
desempeñará bonitamente.

Salvador hizo con la cabeza repetidos signos negati  
vos.

--Eso lo veremos--dijo el guipuzcoano--. Peñas más  
duras he quebrantado yo.  
¿Tienes ocupaciones?

--Las de mis intereses, que no son muchas.

--Es verdad que casi eres rico; ¡mal negocio! ¿Te h  
as casado?

--No.

--¿No ambicionas una posición elevada?

--No ambiciono nada más alto que este banco, y lo que llaman aura popular me incomoda más que la tristeza de estar solo.

--A pesar de todo--dijo Aviraneta--, creo que te conquistaré.

Y calló después. De buena gana se habría desprendido en aquel momento de los servicios de su secretario Rufete, cargado de listas, para estar solo con Monsalud y hablarle franca y descubiertamente, pues bien se conocía que el astuto conspirador había manifestado su idea de un modo harto enigmático. Pero Rufete no se movía, y a la dudosa claridad que en el cuarto entraba se entretenía en revisar sus listas de traidores y sus listas de isabelinos.

-VII-

Hallábanse, pues, el uno aburridísimo, el otro ideando motivos para despedir al ayacucho, y el tercero discurrendo el modo de pasar algún nombre de un papel a otro, cuando entró en el café un jefe de caballería, haciendo con el sable rastrero, con las espuelas y los tacones tan grande estrépito, que no parecía sino que un escuadrón había asaltado el establecimiento. Traía fango en las botas y polvo en el traje, manifestando en esto, así como en la oficiosidad con que iba de mesa en mesa dando noticias, que acababa de llegar



de una expedición o  
quizás de un campo de batalla. Era D. Rafael Seudoquis, exaltado  
patriota primero, después indefinido, luego conspirador perseguido y  
condenado a horca, pero indultado otra vez y admitido en el servicio por  
influencias de parientes poderosos. Después que satisfizo la curiosidad  
de los del café, dirigióse arriba, y al entrar en el hueco de la  
escalera llamole Aviraneta desde su escondrijo. Entró Seudoquis,  
reconoció a Salvador, se abrazaron; pero tanta gana tenía el buen hombre  
de contar lo que sabía, que sin poder aguardar a que acabaran los  
saludos, habló así:

--¡Ya les hemos cogido! ¡buena caza hemos hecho!

--¿Qué? ¿qué ha sido?... ¿una batida de voluntarios realistas?

--Sí, y con media docena como esta pronto quedaba la Nación limpia de  
sacristanes.... Ya saben ustedes que salí con la columna de Bassa a  
perseguir la partida de aguiluchos que se levantó en Villaverde mandada  
por el traidor coronel Campos.... Al principio nos daba que hacer... que  
por aquí, que por allá.... Total, señores, en Alares a cinco leguas de  
Navahermosa les sorprendimos rezando el rosario, les copamos... no se  
escapó uno para simiente de monaguillos.

--¿Les arcabucearon?

--No hay órdenes para tanto. El Gobierno es conciliador, o por otro

hombre pastelero, y en una mano tiene las disciplin  
as y en otra el  
emplasto. Como no soy partidario de andar con mante  
cas tratándose de esa  
gente, yo les hubiera dado a todos un poco de tuéta  
no de fusil. En el  
otro barrio están mejor que aquí.... Pero no se tra  
ta ahora de fusilar:  
ellos lo harán cuando nos cojan debajo. Total, que  
les hemos traído codo  
con codo, y el bribón de Campos es tan cobarde que  
se echó a llorar, y  
sin que nadie se lo preguntara nos reveló todo el \_  
diebus ille\_ de la  
junta carlista de Madrid, citando nombres uno por u  
no. A estas horas el  
traidor habrá vomitado todas sus delaciones ante la  
policía y ya andará  
esta haciendo prisiones. Medio Madrid va calentito  
a la cárcel esta  
noche. He encontrado en la Puerta del Sol a un escu  
adrón, no miento, sí,  
un escuadrón de policías que iban a la calle de Bel  
én, donde parece hay  
un cabildo máximo de subdiáconos con puñal y de gue  
rrilleros de estola.  
Total, señores, que nos hemos lucido los de Bassa,  
y que esta noche van  
a ser ventiladas muchas madrigueras. Con que \_viva  
la angélica\_ y abur,  
señores, que me voy arriba a cenar.

--Y yo a ponerme el uniforme y a correr al cuartel-  
--dijo Rufete  
levantándose presuroso--. Es fácil que se altere la  
pública tranquilidad  
esta noche. Vamos a nuestro puesto, que cuando meno  
s se piensa, viene el  
desbordamiento carlino, y la patria necesita de tod  
os sus hijos.

--Vaya usted con Dios, valiente--dijo Aviraneta goz

oso de verle partir--.

Aquí nos quedamos nosotros procurando entendernos.

Luego que estuvieron solos, Aviraneta dijo a su amigo que pues arreciaba el calor dentro del café, harían bien en salir a la calle y dar un par de vueltas, con lo que además de respirar el aire libre, podían hablar sin recelo. Cuando se hallaron en la plazuela del Ángel, Salvador tomó el brazo de su amigo y burlonamente le dijo:

--¡Pillo!... ¿qué nueva farsa de sociedad secreta es esa? ¿qué trama traes tú ahora entre mano?

--Poco a poco... pase lo de trama; pero no lo de farsa.

--¿Quién te paga?

--Mucho ahondas, ¡palitroques! Has de comprar mi franqueza con tu benevolencia, no con tus burlas, y si persistes en negarme tu apoyo, no tendrás de mí ni una palabra. Cosas podría decirte que te dejarían pasmado; pero ya sabes... no se dan gratis los secretos como los buenos días. Venga tu voluntad y abriré el pico.

--Es que no puedo dar mi voluntad no conociendo a quién la doy ni por qué la doy.

Aviraneta insistió en que su pensamiento era unir a los liberales para preparar una acción común; pero esto, si no encerraba una intención distinta, era de lo más inocente que se podía ocurrir por aquellos días

a hombre nacido, y Aviraneta, justo es decirlo, tenía de todo menos de espíritu puro. Por más que el guipuzcoano se diera aires de inventor de aquel plan sapientísimo, se podía jurar que sólo era instrumento de una voluntad superior, maquinilla engrasada por el oro y movida por una mano misteriosa. Sobre esto no quiso decir una sola palabra que no fuese la misma confusión; pero Monsalud, que era listísimo y además tenía la experiencia de aquellos líos, supo sacar la verdad de entre tanta mentira. Su creencia era que D. Eugenio había recibido de altas regiones la misión de desunir a los liberales y enzarzarlos en disputas sin fin; pero no podía fácilmente averiguarse si el impulso partía del cuarto de María Cristina o del gabinete ministerial de Zea Bermúdez. Salvador hizo una y otra pregunta caprichosa para coger por sorpresa el principal secreto de su amigo; mas este era tan diestro en aquellas artes, que evadió los lazos con extremada gracia.

Este señor Aviraneta fue el que después adquirió celebridad fingiéndose carlista para penetrar en los círculos más familiares de la gente facciosa y enredarla en intrigas mil, sembrando entre ella discordias, sospechas y recelos, hasta que precipitó la defección de Maroto, preparando el convenio de Vergara y la ruina de las facciones. Admirablemente dotado para estas empresas, era aquel hombre un colosal genio de la intriga y un histrión inimitable para el gigantesco

escenario de los partidos. Las circunstancias y el tiempo hiciéronle un gran intrigante; otra época y otro lugar hubieran hecho de él quizás el primer diplomático del siglo. Ya desde 1829 venía metido en oscuros enredos y misteriosos trabajos, y por lo general su maquinación era doble, su juego combinado. Probablemente en la época de este encuentro que con él tenemos, durante el invierno de 1833, las incomprensibles diabluras de este juglar político constituían también una labor fina y doble, es decir, revolver los partidos en provecho del ministerio y vender el ministerio a los partidos.

La fundación de la sociedad \_isabelina\_ servíale de pretexto para entrar en tratos con gente diversa, con cándidos patriotas o políticos ladinos, poniéndose también en relación con militares bullangueros; y así, hablando del bueno del Sr. Rufete, dijo a Salvador:

--Este infeliz \_ayacucho\_ es una alhaja que no se paga con dinero. Él se presta desinteresadamente a entusiasmarse y a entusiasmar a un centenar de oficiales como él. Se morirá de hambre antes de cobrar un céntimo por sus servicios secretos al \_Sistema\_, y se dejará fusilar antes que hacer revelaciones que comprometan a la sociedad. Es un prodigio de inocencia y de lealtad. El pobre Rufete trabaja como un negro, y se pasa la vida haciendo listas de sospechosos, listas de traidores, listas de tibios y listas de calientes. En su compañía pasa por un Sén

eca empalmado en un  
Catón. Los sargentos lo adoran y son capaces de met  
erse con él en un  
horno encendido, si les dicen que es preciso salvar  
del fuego \_el  
precioso código\_. ¡Oh! amigo, respetemos y admiremo  
s la buena fe y la  
valentía de esta gente. ¡Si en todas las clases soc  
iales se encontraran  
muchos Rufetes!... ¡Pero hay tanta canalla indomest  
icable de esa que no  
sirve sino para hacer \_pueblo\_, para gritar, para m  
eter bulla, de esa  
que en los días solemnes desacredita las mejores ca  
usas, entregándose a  
la ferocidad que le inspiran su cobardía y su apeti  
to!...

Entre estos y otros dichos y observaciones, llegaro  
n a la calle del  
Duque de Alba, porque Salvador, no pudiendo sacar c  
osa limpia y concreta  
de las confusas indicaciones de D. Eugenio, había d  
ecidido retirarse a  
su casa. Echaban el último párrafo en el portal de  
esta, cuando del de  
la inmediata vieron salir a un hombre silbando el e  
stribillo de una  
canción político-tabernaria. A pesar del embozo, Av  
iraneta le reconoció al  
momento y Salvador también.

--Tablillas--dijo D. Eugenio--, cuartéate aquí, que  
somos amigos.

El atleta se acercó, examinando con atención recelo  
sa a los dos  
caballeros.

--Señor \_Vinagrete\_ y la compañía, buenas noches...  
. Estaba encandilado y  
no les conocía.

--¿Está durmiendo ya el Sr. D. Felicísimo?

--Todavía están en brega. Han venido tantos señores esta noche que aquello es la bóveda de San Ginés.

--¿Pues qué, se dan disciplinazos?

--Con la lengua... hablan por los codos, y todo se vuelve manotadas y \_perjuraciones\_.

--¿Qué entiendes tú por \_perjuraciones\_?

--Decir, pongo el caso, \_señores, muramos por el Trono legítimo\_.

--¿Y todavía están reunidos?

--Todavía.

--Pero di, ¿no ha venido esta noche la policía? Yo creí que a estas horas D. Felicísimo y su comunidad estaban echando \_perjuraciones\_ en la cárcel de Corte.

--Vino la policía, sí señor; vinieron tres y llamaron tan fuerte que la casa estuvo si cae o no cae. Los señores se asustaron, y D. Felicísimo les consolaba diciendo: «no hay nada que temer, la policía es la policía. Que entre el que llama». Yo bajé a abrir la puerta, y se colaron tres señores de cara de perro con bastones de porra. Subieron, y al entrar en la sala, se dejaron a un lado las porras y todo fue cortesía limpia y vengan esos cinco. D. Felicísimo me mandó traer vino y

bizcochos, y bebieron, cosa la más desacostumbrada que puede verse en esta casa; y uno de los de porra alzó el vaso y dijo: «Por el triunfo de la monarquía legítima y de la religión sacratísima» .

--Brindaron.

--Y los tres tomaron el olivo.

--¿Está Pipaón arriba?

--Es de los más lenguaraces. Cuando brindaron, D. Juan echó no sé cuantos \_loores\_...

--¿Y qué es eso?

--Que se sopló mucho, echando fuera toda la caja del pecho, y dijo \_loor\_ a esto, loor a lo otro\_.

--¿Se casa con Micaelita?

--Dios los cría y ellos se juntan.

--¿Y te retiras ya?

--Sí, porque yo he dicho a D. Felicísimo que estoy enfermo.

--¿A dónde vas?

--Allá--replicó Tablas manifestando en la mirada re celosa que a Salvador dirigió, que no debía hablar con más claridad.

--Bien--dijo Aviraneta--. Nos veremos luego. ¿Y la Pimentosa cómo está?

--Agria.



--¿Qué es eso?

--Enojada, porque le pica la despena.

--¿Qué quieres decir? ¿Qué despena es esa?

--El estómago.

--Es verdad que padece mi señora males de estómago.  
... Aguarda, que me  
voy contigo.

Tablas, que había dado ya algunos pasos hacia San Millán se detuvo,  
mientras el guipuzcoano, estrechando con el más vivo afecto la mano de  
su amigo, lo dijo estas palabras:

--Mañana... y quien dice mañana dice el mes que viene o el año que  
viene... estarás conmigo en la \_Isabelina\_.

-VIII-

Las escenas y conversaciones de aquella noche dejaron en el espíritu de  
Salvador un dejo de amargura, y así se esforzaba en apartarlas de su  
memoria, considerando que reproducían en pequeño cuadro lastimoso de la  
Nación española. La confusión de pareceres, el incesante conspirar con  
recursos misteriosos y fines mal determinados, las repugnantes  
connivencias de la policía con los conspiradores de todas clases, no  
eran cosa nueva para él; pero había cobrado tal odio

o a estos fenómenos  
políticos, manifestación morbosa de nuestra miseria  
, que de buena gana  
se marchara a los antípodas o a cualquier región ap  
artada dónde no oyera  
ni viera lo que allí mortificaba sus ojos y sus oíd  
os.

La experiencia, el profundo conocimiento de las per  
sonas, los viajes y  
la desgracia, habíanle dado elementos bastantes par  
a construir en su  
pensamiento una patria muy distinta de la que pisab  
a, y la inmensa  
superioridad de esta patria soñada en parangón con  
la auténtica era en  
él motivo constante de padecer y aburrimiento. Por  
eso decía:--«Mucho han  
de variar las cosas, mucho han de aprender los homb  
res para que la  
política de mi desventurado país pueda llegar a ser  
me simpática, y como  
yo, por muchos años que Dios me conceda, no he de v  
ivir lo bastante para  
ver a mis compatriotas instruidos en lo que es libe  
rtad, en lo que es  
ley y en lo que es gobernar, lo mejor será que no m  
e afane por esto, y  
que deje pasar, pasar, contemplando desde mi indife  
rencia los sucesos  
que han de venir, como se miran desde un balcón las  
figuras de una  
mascarada».

Estos propósitos no eran constantes, porque otras v  
eces meditaba sobre  
el mismo tema y hacía las siguientes consideracione  
s, llenas de buen  
sentido y de tolerancia.--«No puede sostenerse en l  
as acciones de la vida  
el criterio pesimista, que suele ser el disimulo de  
l egoísmo. ¿Quién

duda que existen en nuestro país, al lado de esa cáfila de alborotadores, cabecillas, intrigantes, charlatanes, aventureros, muchos caracteres nobilísimos, innumerables hombres de buena fe, patricios desinteresados, verdaderos y leales que se aplicarían a la política y serían discretos en la idea, enérgicos en la acción y honrados en la conducta? Pues bien, si yo me siento capaz de inculcar a esos hombres un pensamiento feliz y de ayudarles en el desempeño, ¿por qué no he de hacerlo?».

Después de vacilar un momento se contestaba con amargura,--«Porque no me creerían. ¿Cómo habrían de creermme y hacer caso de mí, si yo también he sido alborotador, cabecilla, intrigante, aventurero y hasta un poco charlatán? ¿Si he sido todo lo que condeno, cómo han de fiar de mí al verme condenar lo que he sido? ¿Si exploté la industria del pobre en este país, que es la conspiración, cómo han de ver en mí lo que realmente soy? No, yo he quedado inútil en esta refriega espantosa con la necesidad. Ha salido vivo, sí, pero sin autoridad, sin crédito para tomar en mis labios ese ideal noble, por donde van las vías rectas y francas del progreso de los pueblos. Mi destino es callar y arrinconarme, sopena de que me tengan por un Aviraneta, cuando no por un Rufete».

Al pensar esto, el propósito de condenarse a oscuridad perpetua

triunfaba en su ánimo de una manera completa. Pero esta oscuridad sin familia y sin afectos era el cenobitismo más triste que puede imaginarse. Y aquí, en esta lóbrega caverna sin salida, terminaban las excursiones mentales del misántropo. Pero la salida no era absolutamente imposible. Si hacía falta una familia, ¿por qué no la buscaba? Hay ciertos bienes que valen más encontrados al azar que buscados con cálculo, y es muy general que quien despreció la suerte cuando pasó a su lado, ande después a cabezadas tras ella, y no la encuentre ni siquiera pintada, o halle cualquier falsificación del bien y la coja gozoso y la abraze y se desengañe y rabie, deplorando su torpe indolencia.

Quería vencer su extraordinario tedio frecuentando la sociedad. Había renovado mucho sus amistades, dando un poco de mano a las que le recordaban su juventud de trapisondas y procurando contar entre sus íntimos a personas de mayor fuste. Su buena figura, su conducta intachable, su instrucción, su entretenida palabra, su trato, tratándose de referir viajes o verosímiles casos y peligros le dieron muchas simpatías en todas partes. Había dejado de visitar a Genara y a D. Benigno Cordero por razones poderosas; pero en cambio frecuentaba otras muchas casas decentes, a donde concurría en personal de ambos sexos lo más selecto de la Corte. Por las noches gustaba mucho de pasear un poco por las calles antes de retirarse a su casa, poniendo así entre la

tertulia y el sueño  
un trozo de meditación trans-urbana de más gusto pa  
ra él que la más  
entretenida y docta lectura. La soledad sospechosa  
de algunas calles, el  
bullicio de otras, el rumor báquico de la entreabie  
rta taberna, la  
canción que de una calleja salía con pretensiones d  
e trova amorosa, el  
cuchicheo de las rejas, el desfile de inesperados b  
ultos, indicio del  
robo perpetrado, del contrabando o quizás de una br  
oma furtiva; la  
disputa entre viejecillas terminada con estrépito d  
e bofetadas... por  
otra parte el rodar de magníficos coches; la salmod  
ia insufrible del  
dormido sereno que bostezaba la horas como un reló  
9 del sueño,  
funcionando por misterioso influjo del aguardiente;  
el rechinar de las  
puertas vidrieras de los cafés, por donde salían y  
entraban los  
patriotas; el triste agasajo de las castañeras que  
se abrigaban con lo  
que vendían tendiendo una mano helada para recibir  
los cuartos y otra  
mano caliente para dar las castañas; las singulares  
sombras que hacían  
las casas construidas sin orden, unas arrumbadas ha  
cia atrás, las otras  
alargando un ángulo ruinoso sobre la vía pública; l  
os caprichos de  
claridad y tinieblas que formaban las luces de acei  
te encendidas por el  
Ayuntamiento y que podían compararse a lágrimas ver  
tidas por la noche  
para ensuciar su manto negro; el peregrino efecto d  
e la escarcha en las  
calles empedradas, que parecían cubrirse de cristal  
esmerilado con  
reflejos tristes; el mismo efecto sobre los tejados

, en cuya superficie  
se veía como una capa de moho esmaltada por polvo d  
e diamante, el  
grandioso efecto de la helada, que en flechazos inv  
isibles se desprendía  
del cielo azul ante las miradas aterradoras de la l  
una, la deidad  
funesta de Enero; la consideración del frío general  
hecha dentro de una  
caliente pañosa; el estrépito de la diligencia al e  
ntrar en la calle,  
barquichuelo que navegaba sobre un mar de guijarros  
, espantando a los  
perros, ahuyentando a los chiquillos y a los curios  
os;... el buen paso  
marcial de los soldados que iban a llevar la orden  
prendida en lo alto  
del fusil; el coro sordo de los mercados al conclui  
r las transacciones,  
cuando se cuenta la calderilla, se barre el puesto  
y se recogen los  
restos; el olor de cenas y guisotes que salía por l  
as desvencijadas  
puertas de las casas a la malicia, y el rasgueo de  
guitarras que sonaba  
allá en lo profundo de moradas humildes; la puerta  
sobre la cual había  
un nombre de mujer groseramente tallado con navaja,  
o una cruz o un  
cartel de toros, o una insignia industrial, o una a  
menaza de asesinato,  
o una retahíla de palabras groseras, o una luz mort  
ecina indicando  
posada, o un macho de perdiz que cantará a la madru  
gada, o un cuadrito  
de vacas de leche, o un objeto negro algo semejante  
a un zapato, o una  
armadura de fuegos artificiales pregonando el arte  
de polvorista, o una  
alambrera cubierta con un guiñapo, señal de la indu  
stria de prendería, o  
una bacía de cobre, o un tarro de sanguijuelas... t

odo esto, en fin, y  
otros muchos accidentes de la fisonomía urbana dura  
nte la noche, páginas  
vivas y reales, abiertas entre la vulgaridad de la  
tertulia y el tedio  
de su casa solitaria, le cautivaban por todo extrem  
o.

Pero una noche tuvo un encuentro triste. Al entrar  
en la Plaza de  
Provincia vio una persona, dos, tres. Eran un hombr  
e cojo, bien envuelto  
en su capa, una mujer tan bien resguardada del frío  
, que sólo se le  
veían los ojos, y un niño con gabán y bufanda, most  
rando la nariz húmeda  
y los carrillos rojos de frío. Los tres iban en una  
misma fila: se  
detenían en todos los escaparates para ver las mant  
illas, los lujosos  
vestidos, las telas riquísimas, las joyas, y parecí  
an muy gozosos y  
entretenidos de lo que veían. En la esquina había u  
na castañera.  
Detuviéronse. El cojo sacó cuartos del bolsillo, la  
mujer un pañuelo,  
compraron, probó el chico y luego siguieron. La muj  
er agasajó el pañuelo  
lleno de castañas, como para calentarse las manos c  
on él....  
Avanzaron.... desaparecieron por una puerta.

Salvador se sintió estremecer de desesperación y en  
vidia. El hombre  
cojo, el niño, la placentera unión de los tres, los  
cuartos sacados del  
bolsillo, los saltos del chico cuando se estaba hac  
iendo el trato con la  
vendedora, las castañas, el pañuelo, las manos que  
tenían el pañuelo....  
En vista de las insolentes burlas del destino, juró  
no volver a pasar

por allí.

-IX-

El hombre cojo entró en su casa, como hemos dicho, y después de un ligero altercado entre la familia por saber cuál había de acostarse primero, retiráronse todos. La paz, el orden, el silencio, la quietud se ampararon de todo el ámbito de la vivienda, y bien pronto no hubo en ella un individuo que no durmiese, a excepción de aquel buen señor de la cojera, el cual, despierto en su lecho, daba vueltas a una idea como si la devanase, sacándola del enredado pensamiento al corriente ovillo del discurso.

--Cuanto más cerca veo el día--pensaba--, más indeciso y perplejo me encuentro. ¿Por qué dudo, decídmelo, Virgen Santa del Sagrario y tú, San Ildefonso bendito? ¿Por qué mi anhelo se ha trocado en vacilación y mi fe en temor de causar gravísimo daño? ¿Qué dices a esto, conciencia pura, qué razones me das? ¿Sale acaso de ti esa voz que siento y que me dice: «detente, ciego?...». Y tú, caviloso Benigno, ¿has notado, por ventura, frialdad en los afectos de ella, arrepentimiento en su voluntad o siquiera desvío? Nada: ella es siempre la misma. Aún me parece más cariñosa, más apegada a mis intereses, más amante, más diligente....



Entonces, mentecato, hombre bobísimo y pueril, digno de salir por esas calles con babero y chichonera, ¿por qué vacilas, por qué temes?... Adelante y cúmplase mi plan, que tiene algo, ¡barástolis! algo, sí, de inspiración divina.... ¡Ah! ya vienen los malditos dolores.... ¡todo sea por Dios! ¡Oh! ¿por qué te me has torcido en el camino del Cielo, oh pierna?...

Las historias están conformes en asegurar que D. Benigno, después de decir «¡oh, pierna!» lanzó un gran suspiro y se durmió como un santo. A la mañana siguiente tenía la cabeza despejada, el humor alegre. Lo primero que leyó cuando le trajeron la Gaceta fue el decreto convocando a la Nación en Cortes a la usanza antigua, para jurar a la princesa Isabel, por heredera de la corona de ambos mundos. Esto le dio mucho contento, y viendo la fecha del 20 de Junio marcada para aquel notable suceso, dijo así:

--Para entonces, ya estaremos casados.... Es preciso fijar definitivamente esta fecha que es mi martirio. Ella dice que cuando yo quiera, y yo digo que la semana que entra, y cuando entra la semana que entra, entran ¡ay! también mis escrúpulos como un tropel de acreedores, y así estamos y así vivimos.

Parte de los escrúpulos de hombre tan bueno provenían de sentirse achacoso. No era ya aquel hombre que engañaba al siglo con sus cincuenta

y ocho años disimulados por una salud de hierro, por alientos y espíritu dignos de un joven de treinta, con ilusiones y sin vicios. Aquella funesta rotura de la pierna había ocasionado en él pérdida brusca de la juventud que disfrutaba, y se sentía entrar, con paso vacilante y cojo, en una región fría y triste que hasta entonces no había conocido. Con las lluvias primaverales y los cambios de temperatura se le renovaron los dolores, complicándose con pertinaz afección reumática, y el pobre señor estuvo mes y medio sin poder moverse de un sillón.

«¿Apostamos, decía, a que llega también el 20 de Junio y se reúnen las Cortes y juran a la princesa, y yo no habrá soltado aún este grillete que Dios se ha servido ponerme? ¿Qué presidio es este? ¿Temes, oh, Dios mío, que marche muy a prisa? ¿Esto es acaso para bien de mí alma, amenazada de correr demasiado y estrellarse?».

¡Y qué pesadas habrían sido las horas de aquella temporada, que él llamaba su condena, si no las aligerasen con su cariño y con mil solicitudes y ternezas las seis personas que él designaba con el dulcísimo nombre de \_la sacra familia\_! Sola le cuidaba como podría cuidarse a un niño enfermo, y de su cuenta corría todo lo relativo a aquella dichosa pierna averiada que no se quería componer sino a medias. Ella parecía haber robado a los ángeles de la medicina el delicado arte del apósito, y sus dedos eran tan conocidos del dol

or que este les veía  
cerca de sí sin irritarse. Cumplida esta obligación  
suprema, la futura  
esposa del mejor de los hombres se ocupaba de todo  
lo de la casa con la  
diligencia de siempre, con más diligencia, si cabe,  
pues sin  
sospecharlo, se había ido acostumbrando a considera  
rse partícipe de  
aquel trono doméstico y co-propietaria de tan dulce  
s dominios.

Por las noches, la familia se reunía en el comedor,  
en torno del  
patriarca claudicante. Doña Crucita, que se había d  
edicado a bordar  
pájaros, despachaba semanalmente una bandada de aqu  
ellos preciosos  
seres, y a veces el comedor parecía una selva ameri  
cana, porque los  
había de todos colores, y además mariposas y florec  
illas, todo inventado  
por la señora que creaba las especies con su rica f  
antasía, de tal modo  
que se viera muy perplejo Buffón ante tal maravilla  
. Este interesante  
autor era leído algunos ratos en voz alta por uno d  
e los hijos mayores,  
pues no había lectura más sabrosa que aquella para  
D. Benigno, después  
de la de Rousseau; y todos se quedaban pasmados oye  
ndo la magnífica  
descripción del caballo, la pintura del león, o la  
peregrina industria  
de los castores. El mismo muchacho o su hermano sol  
ía leer también las  
\_Gacetas\_ para dar variedad a los conocimientos y s  
aber lo que pasaba en  
Hungria, Cracovia o Finlandia. Los sucesos de Españ  
a eran los que jamás  
se sabían por \_Gacetas\_ ni papelotes, y era preciso  
recibirlos por el

vehículo del padre Alelí, amigo fiel sobre todos los fieles amigos, cada vez más perturbado de caletre y más difuso de explicaderas. Por él supieron que D. Carlos se marchaba a Portugal, haciendo la comedia de que su esposa quería abrazar a D. Miguel (otro que tal) y a las infantas portuguesas; pero realmente por no verse en el caso de jurar a Isabelita. El mismo \_Tío Engarza Credos\_ les informó de que en una casa de la calle de Belén había sido sorprendida una junta carlista y presos todos los que la formaban. Si el interés político de las tertulias corderiles estaba en estas noticias, su amenidad dependía de las gracias y atrevimientos de Juanito Jacobo, que con su media lengua decía más que si la tuviera toda entera, y ya recitara fábulas o romances, ya se despachara a su gusto con frasecillas y observaciones de su propia cosecha, hacía morir de risa a toda la familia, menos cuando le daba por enojarse, hacer pucheros y tirar a la cabeza de su hermano un zapato, libro, palmatoria, tintero o cualquier otro proyectil mortífero.

La tienda había sido traspasada por Cordero a otro comerciante, amigo y pariente suyo, y con esto quedó retirado absolutamente del comercio. Su capital, si no muy grande, sólido como el que más, le aseguraba rentas modestas y saneadas. Tenía vastos proyectos de ensanche y mejoramiento en los Cigarrales, y no esperaba sino a que aclarase el tiempo para trasladarse allá con toda la familia.

En Mayo sintiose tan mejorado de su pierna que pensó era llegado el momento de poner fin a sus vacilaciones. Era una tarde hermosa. Habían concluido de comer en paz y en gracia de Dios. D. Benigno, dejando que Alelí se durmiera en el sillón del comedor y que Crucita hiciera lo mismo en su cuarto, envió a los muchachos a la escuela, y a su cuarto a Sola, entabló con ella una conversación de la cual es preciso no perder punto ni coma.

--Querida Sola--le dijo--, tengo que dar a usted explicaciones acerca de un hecho que le habrá sorprendido y que tal vez (y esto es lo que más siento) habrá lastimado su amor propio de usted.

Sola manifestaba grandísima sorpresa.

--El hecho es que, habiéndose resuelto desde que estuve en la Granja todas las dificultades que se oponían a nuestro matrimonio, haya aplazado yo varias veces desde aquella época un suceso tan lisonjero para mí. Como usted podría sospechar que estos aplazamientos significaban algo de mala gana, frialdad o escaso deseo de ser su marido, y como nada sería más contrario a la verdad que esa sospecha de usted, tengo que explicarme, hija, tengo que revelar ciertos pensamientos íntimos y ciertas cosillas.... ¿me entiende usted?

Con su verbosidad indicaba el héroe estar muy lleno de su asunto, como

dicen los oradores, y es probable que desde la noche anterior hubiese preparado en su cabeza y hasta construido algunas de las frases de aquel memorable discurso.

--Pues bien, la causa de esta poca prisa... darémosle este nombre, que es el que más le cuadra... ha sido cierto escrúpulo que me ha asaltado, cierto temor de que nuestro matrimonio hiciera a usted desgraciada en vez de hacerla feliz, como es mi deseo.

--¡Desgraciada!--exclamó Sola, recibiendo aquella idea como una ofensa.

--¡Oh! no apresurarse... falta mucho que decir. Estos escrúpulos y temores no se refieren a cosa alguna que pueda menoscabar los extraordinarios méritos de la que elegí por esposa; son cosa pura y exclusivamente mía. Ha llegado el momento de hablar con absoluta franqueza, y de no ocultar idea alguna por penosa que sea para mí. Pues bien, hay una persona, un hombre, hija mía, que la aprecia a usted en lo mucho que vale, que la conoce a usted desde su niñez, que la ha protegido, que la quiere, que la ama; hombre que tal vez, ¿por qué no? es amado de usted.... ¡Ah! querida Sola, hija mía, me parece que he puesto el dedo en una llaga antigua de ese corazón sin par, hecho a resistir y padecer como ninguno.... En su cara de usted veo....

Ella se había quedado pálida cual si tuviera por rostro una máscara de

cera, y miraba a su delantal, cuya punta tenía entre los dedos.

--Esa palidez--dijo D. Benigno conmovido--no indica en manera alguna que usted tenga que arrepentirse de nada, pues no se trata de faltas; indica que yo he despertado un sentimiento que dormía, ¿no es verdad?

La palidez de Sola se disipó como un velo que se rasga dejando ver la claridad que encubre, y así fue, por modo parecido al brusco descorrer de una cortina, como se encendió en ella un rubor vivísimo. Echándose a llorar, murmuró estas palabras:

--Es verdad, sí señor. Usted es más bueno que los ángeles.

El de Boteros estuvo callado un mediano rato contemplándola.

--Pero yo no he faltado, yo no he mentado...--balbució \_Doña Sola y Monda\_ entre suspiro y suspiro--. Lo que usted dice, muerto estaba y enterrado en mi corazón para no resucitar jamás.

--Lo sé, lo sé--dijo Cordero no menos turbado que su amiga--. ¡Oh! la voz aquella, la voz aquella blanda y un poco triste que hablaba aquí en mi conciencia, ¡qué bien me lo decía! Pues oiga usted todo. En este tiempo que ha pasado desde que vine de la Granja, se puede decir que no he vivido sino para pensar en esto y hacer comparaciones. Sí, he vivido comparándome, querida hija, he vivido atormentado por un análisis

comparativo de las cualidades que creo tener y las que reúne el hombre a quien usted conoce mejor que yo, resultando que él es extraordinariamente superior a mí.

--¡Oh! no, cien veces no--replicó Sola con energía--. Es todo lo contrario.

--No violentemos la naturaleza, hija mía; no violentemos tampoco la lógica. Concedo que en honradez y en prendas morales no me aventaje, si bien no hay motivo para no reconocer que me iguala, pero en cambio, ¡qué superioridad tan grande la suya en el exterior y los atractivos de la persona!... Las cosas claritas.... ¿eh?... ¿por qué no se ha de decir que él es un hombre que cautiva, un hombre que despierta simpatías en todo aquel que le trata, mientras yo...?

--Usted también, usted también--dijo Sola prontamente. D. Benigno movía la cabeza con triste ademán.

--No violentemos la naturaleza, querida, no violentemos la lógica--repitió--. Concedo que no sea yo enteramente antipático; pero usted, que siente y discurre muy bien, podrá decir si hay nada en la persona y en el alma de un viejo que pueda competir con la juventud, con el rostro alegre y expresivo de un hombre sano en la plenitud de sus afectos, de su fuerza, de su vida toda.

--Según como se mire, según como se mire--dijo Sola arrebatada de compasión por su amigo y anhelante de concederle to



das las ventajas.

--¡Oh!--exclamó D. Benigno sonriendo--, por más que usted se empeñe en echarme flores, no conseguirá que yo me enfatúe, ni que me obceque hasta el punto de no ver claramente lo que soy. La vejez tiene sus preeminencias, tiene sus bellezas; pero estas preeminencias y estas bellezas no son de gran valor para el caso de que tratamos. Yo me conozco bien, no me doy ni me quito ni un adarme de lo que realmente peso, puesto en la balanza del matrimonio; creo que no carezco de algunas cualidades que me harían apreciar y respetar y aun amar de una mujer joven; pero la comparación con otro me revela mis años, que no son floja cuenta para el caso; me revela mis achaques, que se han iniciado precisamente ahora como un aviso, como una advertencia que Dios me hace por conducto de la Naturaleza. En fin, querida mía, si se tratará de cualquiera extraño, de cualquier advenedizo que en esta ocasión se presentase, ni por el pensamiento me pasaría que usted pudiera preferirle a mí; pero ¡ay! se trata de una antigua amistad, de un cariño antiguo en él y antiguo en usted.... Usted me lo ha revelado, diciéndome con el acento más noble y leal: «es verdad, es verdad».

--Es cierto--replicó Sola--, y ahora, para que no quede en mi corazón ni un fondo siquiera de los secretos que he guardado en él por tantísimo tiempo, voy a confesarme con usted.... Delante de u

n sacerdote, delante  
de Dios mismo no sería más sincera, créamelo usted.  
... Si antes no hablé  
de esto, fue porque yo quería considerarlo como cosa  
muerta y sepultada.  
Creía que mientras más lo callara y menos lo pensara,  
mayor sería el  
olvido, y no me atrevía a confesarlo, por temor de  
que con la confesión  
renaciera y me atormentara otra vez.

Se había sentado en una silla baja y sus brazos tocaban  
las venerables  
rodillas del héroe. Quien no la viera de cerca, creería  
que estaba de  
hinojos.

--Mucha parte de lo que usted ha callado con tanto  
afán, por su empeño de  
echar tierra y más tierra sobre un sentimiento desg  
raciado--dijo  
Cordero--, me lo reveló él mismo.

--Habrás dicho a usted que me recogió a la muerte de  
mi padre, poniéndome  
al amparo de su madre, y mirándome como a hermana.  
Si se jactó de sus  
beneficios hizo bien, porque estos fueron grandes en  
aquella época.

--No se jactó. Adelante.

--Diría también que yo le cuidaba como una hermana  
y le servía como una  
esclava. Su voluntad me parecía una cosa de que no  
se podía dudar; sus  
palabras como el Evangelio.

--¿Y él?...

--Me trataba con consideración; pero....

--¿No tenía a usted más cariño que el de hermano?

--Ninguno más; pero aquel cariño me consolaba en mi tristeza.

--Tengo idea de que fue bastante calavera y que tuvo amores con algunas.... ¿Pero a usted jamás...?

--Jamás--dijo Sola ingenuamente--, quería a otras mujeres; pero a mí no me quería.

D. Benigno se sonrió.

--¿Pero usted--dijo--, le quería desde entonces?...

--Me da vergüenza decirlo--replicó Sola--, por el desairado papel que hice: pero puesta a confesar, no oculto nada. Le quería, sí, muchísimo.

--¿Cómo?

--Todo lo que se puede querer a una persona--dijo ella, inclinando la cabeza, que le pesó, sin duda, por una extraordinaria aglomeración de recuerdos.

Cordero sintió un nudo en su garganta. Necesitó tragar algo para quitar aquel estorbo y poder decir:

--¿Y siempre lo mismo?

--Siempre le quería lo mismo y no pensaba más que en él, a todas horas, dormida y despierta.

--¿Y cuando estaba ausente?

--Le quería más.

--¿Y cuando volvía?

--Más. Era una cosa superior a mí, una especie de enfermedad o desgracia que me enviaba Dios.

--¿No procuró usted librarse de ese tormento, pensando en otro?

--¡En otro hombre!--exclamó Sola como horrorizada-- . Eso no, eso era imposible.... Lo que yo sentía, aquel tormento mío me era necesario para vivir, como el aire y la luz.

--¿Nunca le demostró usted con acciones y palabras la grandísima afición que le tenía?

--¡Oh! no.... A veces hacía yo proyectos disparatados y me imaginaba no sé qué medios para hacérselo comprender; pero luego me daba mucha vergüenza.

--¡Qué horroroso tormento! ¡Qué agonía!

--Casi siempre, sí; pero a veces era feliz.

--¿Cómo, criatura?

--Pensando tonterías... y echándome a discurrir que de pronto se le antojaba quererme como yo le quería a él.

--¡Oh! barástolis--exclamó D. Benigno, cerrando el puño amenazador--, por vida de.... Estoy indignado contra ese hombre, y bien merecía que usted

lo despreciara.... Si usted viene a mí entonces y me cuenta lo que le pasa, como me lo cuenta ahora, juro a usted que voy derecho a ese hombre y le cojo, y le digo: «Oiga usted, caballero...».

Sola no pudo menos de reír un poco, y dijo:

--No tenía usted más que hacerle daño para ser mi mayor enemigo. Pues sí... que lo tomaba yo con poco tesón.... Ahora comprendo que era muy extremada y que yo misma me recalentaba la imaginación noche y día, como cuando se echa leña en un fuego que se teme ver apagado. Como no había nadie a quien yo pudiera contar tales cosas, me las contaba a mí misma. Yo me consolaba diciéndome tonterías y resignándome, pues las muchas desgracias que he tenido desde niña y el verme siempre privada de todo lo que más he querido, me acostumbraron a tener mucha paciencia, muchísima. Es un consuelo un poco triste este de la paciencia; pero usándolo mucho, concluye uno por quererle y familiarizarse con él.... Yo tenía... hasta mis alegrías, sí señor, alegrías a mi modo, ¡pues qué sería de nuestra alivia si no tuviese medios de sacar alguna vez de sí misma lo que los de fuera no quieren darle!... En fin, señor, así iba pasando el tiempo, pasando, él ausente, yo sin esperanza. Me parece que los días eran como unos velos que se corrían despacio, uno sobre otro, y estos velos caían sobre mi memoria, y poco a poco iban apagando y oscureciendo lo que en ella había. Al cabo de cierto tiempo empecé a

verle... así como entre brumas, lejos; y con las ocupaciones, todo lo que yo pensaba se interrumpió para dar lugar a otras cosas. A veces perdía bruscamente el terreno perdido, quiero decir, que por causa de algún sueño, de alguna conversación que me recordaba a las cosas pasadas, o por nada, por simpleza mía, volvía a sentirme atontadísima, y me parecía tenerle delante y oírle, ¡siempre tan cariñoso, siempre tan bueno, pero siempre hermano!... En fin, aquellas recaídas... porque eran como las recaídas de una enfermedad... pasaban también. Yo sentía que iba cayendo tierra sobre aquello, y si he de decir verdad, yo la echaba también a puñados, unas veces rezando, otras trabajando en demasía.... ¡Ay! al fin me encontré triunfante, y si pudiera valirme de una expresión rara....

--A ver, diga usted esa expresión rara, querida sepulturera.

--Pues diré que últimamente me paseaba sobre el grandísimo montón de tierra que yo había echado sobre aquellas penas sepultadas.... Algunas veces no iba segura, porque me parecía que sentía moverse debajo de mis pies la tierra... pero yo, valiente como debía serlo, daba golpes con los pies y todo se quedaba entonces quieto.... ¿Ve usted qué pamplinas?...

--Siga usted--exclamó Cordero con la voz entrecortada--. Estoy lelo de admiración.

--Pues en estas y otras cosas, llegué a tener conocimiento con una persona que me manifestó tanto interés, tanta consideración.... Yo no sabía cómo pagarle, y decía: «Es una desgracia para mí no tener algo de gran valor que ofrecer a este hombre generoso». ¡Qué lejos estaba entonces de suponer que mi hombre generoso, mi segundo padre había de querer cobrarse sus beneficios de un modo que me obligaba más a la gratitud! Yo trabajaba en su casa: hubiera deseado que se multiplicaran las obligaciones para poder esclavizarme más. Yo comprendí.... Dios y mis desgracias me han dado alguna penetración... comprendí que mi buen amigo había encontrado en esta pobre algunos méritos personales, y no estaba conforme con que yo fuera su criada, ni su pupila, ni tampoco su hija; quería llevar su generosidad hasta un extremo tal.... El agradecimiento llenaba mi corazón; ¡qué regocijo me causa el agradecer y el pagar, aunque sea con poco!... Yo acepté entonces los favores de mi protector, y me dije que debía hacer todo lo posible por merecer el bien inmenso que aquel hombre quería hacerme. ¡Ay! cómo luchó entonces por arrancarme lo que aún restaba de lo pasado.... Aún quedaba algo: negarlo sería mentir. Mi buen protector se apoderaba de mi alma de una manera dulce y lenta. Llegué a acostumbrarme a su compañía de tal modo, que si esta me faltara, faltaríame lo principal de la vida. La idea de ser su mujer se clavó en mí, echó raíces, y me prometí ent

onces a él sin  
escrúpulo y con la conciencia serena. Mi corazón, r  
econquistado por mí,  
podía ser ofrecido a quien mejor que nadie lo merec  
ía. ¿Qué mejor dueño  
podía desear que aquel hombre sin igual, por quien  
sentí además de la  
gratitud un afecto tan grande, tan grande que no sé  
cómo expresarlo?

D. Benigno hacía los imposibles por impedir que las  
lágrimas salieran de  
sus ojos, y ya miraba al lecho, sin dejar de atende  
r con toda su alma a  
lo que Sola decía, ya estiraba los músculos de su c  
ara, ya en fin ponía  
diques al llanto queriendo convertirlo en benévola  
risa. Por último,  
pudo más su emoción que su dignidad y se llevó la m  
ano a los ojos.

--Reconozco con mucho gusto, con muchísimo gusto--d  
ijo hablando con  
turbación, pero sin llanto--, que al aceptar usted  
mis ofrecimientos lo  
ha hecho con lealtad... sí, señora mía, lo reconozc  
o... estoy  
agradecido... yo no valgo nada... reconozco que ust  
ed, al responder  
afirmativamente a mis ruegos, echó el último puñado  
de tierra sobre un  
pasado triste; me ofreció su cariño y me consagró s  
u persona toda, su  
porvenir... yo lo agradezco... pero, pero... luego  
cambiaron las cosas,  
se presentó a usted de improviso aquel sobre quien  
había caído tanta,  
tantísima tierra....

--No--exclamó Sola enérgicamente, levantándose--. N  
ada puede alterar mi  
resolución. Cuando apareció, ya yo no me pertenecía



. Me considero tan ligada por mi palabra antes como después de aquella visita, y no debo, ni quiero... ni quiero, repito, volver atrás.

--No es posible que la presencia de ese señor lo fuera a usted indiferente.

--Indiferente no; pero quien tanto ha luchado y tanto ha vencido, no podía de ningún modo comprometer su victoria. Soy la misma ahora que cuando fui por primera vez a los Cigarrales a pasar los mejores días de mi vida.... La menor duda de usted sobre esto será para mí una ofensa. Soy toda en cuerpo y alma del que miró a esta huérfana sola y abandonada y tuvo la incomparable generosidad de querer hacerla su señora.

La actitud firme de Sola, la energía y la lealtad que en su semblante se pintaban, como la expresión más propia y adecuada de su alma hermosísima, tenían al buen Cordero sobrecogido de admiración, de gratitud, de entusiasmo, de amor.

--Una sola palabra--añadió--una sola pregunta quiero hacer. Lo que usted diga será para mí como declaración bajada del cielo y lo creeré, como se cree en Dios.... Una palabrita nada más. Somos dos, dos hombres, el uno joven, lleno de vida y salud, de inmejorable presencia, despejado, rico, honrado, con innumerables prendas que aumentará la imaginación de la que tanto supo amarle de niña; el otro viejo, enfermo, pesado....

--Pesado no--gritó Sola protestando con calor.

--Bueno, quitemos lo de pesado... enfermo, feo....

--En los hombres no hay fealdad.

--Enfermo--prosiguió Cordero contando por los dedos  
-- , poco agraciado,  
corto de vista, honrado sí, como el primero, de buen corazón.... En fin,  
voy al objeto. Los dos quieren casarse con una tal Sola, y esto parece  
fin de comedia. Una palabra de la dama va a decidir la cuestión, ¿a cuál  
de los dos quiero por marido?

¡Oh! quién tuviera pincel para pintar aquel destello de verdad suprema  
que brilló en los ojos de Sola, aquel gesto de heroína con que llevó la  
mano al pecho y elevó al cielo los ojos, bella por la verdad, sublime  
por lo que de abnegación había en el fondo de aquella verdad, y quién  
pudiera expresar el acento suyo cuando pronunció estas palabras:

--¡Como Dios es mi padre celestial, así es verdad que quiero casarme con  
el viejo!

D. Benigno no la había abrazado nunca. Aquel día la abrazó por primera  
vez, y aquel abrazo bien valía por mil.

Contaba el padre Alelí, historiador desmemoriado y chocho, que aquella noche estuvo D. Benigno durante seis horas seguidas sin moverse de su asiento, con los ojos fijos en las puntas de los pies, y el puño en la mejilla, y tal fue, añade, la duración de su éxtasis, cavilación o modorra, que al dejar aquella actitud tenía marcada las coyunturas en los rojos mofletes de su cara, y el codo había dejado un hoyo profundísimo en el cojín del brazo del sillón. Pero nuestro buen criterio no nos permite admitir ciegamente esta versión, y así reducimos a tres las seis horas de que habla Alelí, el cual como Herodoto era muy inclinado a exagerar y dar proporciones a lo que veía. Mejor sería aún, reducir a una hora nada más el plazo de aquella perplejidad de nuestro querido señor, y así lo haremos. Conste, pues, que meditó largo rato, y que después apareció como ensimismado y lleno de confusiones. ¿No se habían disipado sus recelos? Sin duda no. De su tal ante sólo puede decirse que tan pronto parecía muy alegre como muy triste.

Al día siguiente muy temprano, después de un sueño ni profundo ni largo, se levantó, y despachando a toda prisa el desayuno, salió y fue derecho en busca de un sujeto que vivía en la calle del Duque de Alba, junto a D. Felicísimo. Aquel era día de mala suerte para el de Boteros, porque el individuo a quien buscaba había salido más temprano que de costumbre, dejando dicho a sus criados que no le esperaran en

todo el día.

--¡Barástolis y más que barástolis! ya podía haber esperado un poco.

--Si llega usted cinco minutos antes--dijo el criado-- , le encuentra bajando la escalera.

--Cinco minutos.... ¿y cómo había de llegar cinco minutos antes, hombre de Dios? ¿No ve usted que soy cojo?... ¿no lo ve usted?

--No se incomode usted, caballero.

--¡Malaventurados los cojos--dijo el héroe para sí con tristeza-- , porque ellos llegaron siempre tarde!

El señor a quien D. Benigno buscaba con tanto empeño o no estaba lejos de su casa. Si Cordero, en vez de retroceder hacia la Merced y calle de Carretas con ánimo de encontrarle, hubiera seguido hacia San Millán y la calle de los Estudios, le habría de seguro hallado.

Estaba frente a una puerta de la citada calle, con la vista fija en un hombre y en un caldero, en una mesilla forrada de latón, en un enorme perol de masa y en un gancho. En el caldero que era grandísimo, ven trudo y negro, hervía un mediano mar amarillo con burbujas que parecían gotas de ámbar bailando sobre una superficie de oro.

Del líquido hirviente salía un chillón murmullo, como el reír de una vieja, y del hogar o rescoldo, profundo son como el resuello de un

demonio. La llama extendía sus lenguas, que más bien parecían manos con dedos de fuego y uñas de humo, las cuales acariciaban la convexidad del cazuelón, y ora se escondían, ora se alargaban resbalando por el hollín. El hombre que estaba junto al cazuelón y sobre él trabajaba, habría pasado en otro país por prestidigitador o por mono, pues sólo estos individuos podrían igualarle en la ligereza de sus brazos y blandura de sus manos. En el espacio de pocos segundos metía la izquierda en el cacharro de la masa, daba en ella un pellizco, sacaba un pedazo, que más parecía piltrafa; estrujaba ligerísimamente aquella piltrafa, haciendo entro sus dedos como un pequeño disco u oblea grande; arrojaba esto al hervidero amarillo, y en el mismo instante, con una varilla que en la mano tenía, agujereaba el disco, haciendo un movimiento circular como quien traza signo cabalístico. Unos cuantos segundos más y el disco se llenaba de viento y se convertía en aro. Con un brusco impulso de la varilla echábalo fuera para empezar de nuevo la operación. No será necesario decir que aquellos roscos amarillos, vidriados y tiesos como vejigas eran buñuelos. Una mujer flaca, bigotuda, con parches en las sienes, y las cejas como dos parches negros, se ocupaba en poner ordenadamente los buñuelos y en espolvorearles azúcar con un cacharrillo de lata, agujereado cual salvadera. La misma mujer de los parches era quien vendía, cuando alguien compraba, ensartando las docenas de

buñuelos en juncos verdes que a la mano tenía.

El prestidigitador buñuelista era un hombre pequeño  
, antipático, tirando  
a viejo. Sudaba tanto con aquel continuo y fatigoso  
ejercicio, que su  
cara parecía haber estado en remojo poco antes. Par  
a entretener el  
fastidio canturreaba 10 esta copla:

Reinará D Carlos  
con la Inquisición,  
cuando la naranja  
se vuelva limón.

Salvador reconoció la puerta de la casa que buscaba  
, y acercándose,  
preguntó si vivía allí el señor Pedro López, por ot  
ro nombre Tablas.  
Mientras el hombre se limpiaba el sudor, la hembra  
de los parches  
contestó que sí. La tiendecita ahumada donde estaba  
el puesto de  
buñuelos y aguardiente comunicábase con una lonja g  
rande y espaciosa,  
donde había espléndido comercio de carne y salchich  
ería. Ambos  
establecimientos eran, al parecer, de un mismo dueñ  
o: el pequeño tenía  
una puerta a la calle y el grande dos.

--Es en la tienda de al lado--dijo el buñuelero sin  
urbanidad--; pero se  
puede entrar por aquí. Pase usted, caballero.... Se  
ñá Nazaria, aquí  
preguntan por usted.

Cuando la naranja  
se vuelva limón.

Salvador penetró en la gran tienda donde podía admi  
rarse todo lo más

hermoso y rico que producen las industrias de Montá  
nchez y Candelario, y  
si no hubiera freno para las comparaciones, si todo  
lo visible pudiese  
entrar en el dominio del arte metafórico, bien podr  
ía llamarse a aquello  
el palacio de las morcillas o el templo del jamón.  
Además de la  
extraordinaria abundancia de lo que en el comercio  
se llama \_género\_,  
cautivaba en tal sitio el buen orden y, si se quier  
e, la elegancia con  
que todo estaba colocado y mostrando que había allí  
buen ojo y buena  
mano para que lo destinado a complacer al estómago  
embelesase primero a  
la vista. El techo era un portento, pues no parecía  
sino la convexidad  
de admirable gruta adornada de estalactitas, de cor  
ales, madréporas y  
raras especies de aquella parte del reino vegetal q  
ue con el mineral se  
confunden. Fijándose en los jamones que colgaban de  
un barrote de hierro  
y en las oscuras morcillas que les acompañaban, no  
se podía menos de  
pensar en algún inmenso árbol de Jauja, que había m  
etido allí una de sus  
ramas, completamente llena de gigantescas frutas, t  
an sabrosas como  
picantes. En graciosas cenefas y en madejas ondeada  
s pendían las  
salchichas rojas como el pimiento de quien tomaban  
su afectado colorete,  
y las sartas de chorizos se entremezclaban con los  
pernils,  
acariciándolos suavemente con su piel crasosa. Por  
una columna abajo  
descendían en cuelga millares de salchichones, los  
unos vestidos con  
coraza de plata, los otros desnudos y tiesos como g  
arrotes, en tal

número, que con ellos se podría armar un ejército, si los ejércitos se batieran a cachiporrazos. En el mostrador, de pinta da tabla, estaba el peso de metal amarillo, que como el más fino oro de Arabia relucía, y de unos ganchos que traían a la memoria las horcas alzadas por Chaperón en la vecina plazuela, colgaban las orondas reses puestas al despacho. Allí era de ver la hercúlea fiereza con que un fornido inocentón manejaba el hacha sobre el tajo, haciendo trizas a la víctima, que había sido un inocentísimo carnero manchego, o benemérita vaca de la sierra de Gredos. Insensible como un verdugo, había en él también algo de la estricta equidad de quien cumple justicias superiores, porque cortaba los pedazos de modo que resultasen conforme al peso pedido, y era muy comedido de huesos y escrupuloso de piltrafas. El tajo era quizás el objeto que menos conforme estaba con el aspecto ordenado y hasta bonito de la tienda. ¿Quién nos asegura que no salió del mismo tronco de donde sacaron el que sirvió para hacer justicia a los Comuneros? Cuando nuestro buen amigo Rufete le miraba, las edades ominosas acudían a su mente y con ellas la imagen de los terribles escarmientos aplicados al hombre por el hombre. Las rayas trazadas sobre el madero por el filo del hacha le parecían una página histórica.

Las pesas subían y bajaban golpeando el mostrador duro, y de mano en mano iba pasando el sustento de todo el barrio, aquí pobre y esquilado,



allá rico y sustancioso. Sobre la tabla caía una lluvia de cuartos negros manchados de verde, y con la música que estos hacían, se concordaba el choque de las medias libras y onzas de cobre, sin cesar dando sobre el platillo. La aguja de la balanza oscilaba constantemente como un péndulo invertido. Cuando se distribuía una res, dividiéndose en innumerables pedazos destinados a tan diversas necesidades humanas, se descolgaba otra. Tan continuado rasgar de fibras y estallido de huesos causaría horror a los que no lo presenciaran todos los días. Entre el murmullo se oía: «Señá Nazaria, péseme, bien, que soy parroquiana.... Señá Nazaria, córteme pierna de abajo.... Señá Nazaria, tenga conciencia y vea que eso es cordilla para los gatos.... Señá Nazaria, el solomillo limpio y mondo o no cobrado.... Señá Nazaria, tenga conciencia en las chuletas».

Y señá Nazaria atendía a todos los términos de esta baraúnda, demostrando actividad pasmosa, inteligencia múltiple y compleja. Unía al talento para distribuir la grandeza de alma para conceder siempre un poco más del peso. No era cicatera, pero cuando se creía engañada en el dinero, hacía justicia pronta y seca. En cierta ocasión agarró un moño como se podría coger una fruta, tiró de él y una copiosa cabellera negra se le quedó en la mano, por lo que se dijo que en sus grandezas imitaba a Julio César, y en su modo de guerrear a los salvajes. Era una mujer

alta y gorda, no tan gorda que llegara a ser repugnante, sino llena, redondeada y bien compartida. Si era verdad que parecía haber absorbido parte considerable de la infinita sustancia que en la tierra existe, también lo es que conservaba mucha ligereza en todo su cuerpo, y que no lo pesaban las mantecas. Su rostro era de admirable blancura, sus ojos garzos y negros, su nariz basta y respingada, abierta descaradamente al aire, como gran ventana, necesaria a la respiración de un grande y profundo edificio. El chorro de viento que entraba por aquella nariz modelada para el desparpajo, imponía miedo a los espectadores de su cólera. Nazaria tenía la hermosura que por extraña amalgama de los tipos humanos, hace simpático al descaro.

Lucía enormes amatistas montadas en pendientes de filigrana como relicarios, de modo que parecía llevar en cada oreja el pectoral de un obispo. Sus manos eran bonitas y gordezuelas, y los anillos que de antiguo llevaba no se le podían sacar, porque su carne había crecido y el oro no. Tenía treinta y tantos años y era viuda de un opulento negociante de Candelario.

Por qué la llamaban Pimentosa es cosa que no se sabe; pero algunos decían que picaba mucho y levantaba ampolla a la manera de guindilla. Se podía ir a la tienda por verla despachar. También ella era prestidigitadora como el de los buñuelos, y parecía que se le

multiplicaban milagrosamente las manos para coger p  
esar, cobrar, contar  
y devolver, todo sin dejar de charlar ni un solo mo  
mento. Enormes  
calderos de manteca blanca como espuma ocupaban un  
extremo del  
mostrador, y era bonito ver resbalando por aquellas  
blanduras de grasa  
las esmeraldas y los diamantes clavados en los dedo  
s de Nazaria. Otras  
veces aquellos dedos, en sangre tintos, ocupábanse  
en usos industriales  
del género de Candelario; pero pronto recobraban su  
belleza revolcándose  
en espuma de jabón y estrujándose en agua hasta que  
dar limpios como el  
oro y finos como la seda. Así y todo se pirraban po  
r dar una bofetada.

-XI-

--¿Qué se le ofrecía a usted, caballero?

--¿Está ese Sr. Tablas?

--Perico querrá usted decir. Esta no es hora.

--Eso es, D. Pedro López.

--No tan arriba. Pique más bajo.

--¿Se le puede ver, sí o no?

--Creo que está durmiendo. Suba usted.... Eh, tú, R  
umalda... ve con este  
caballero.... Di a Perico que si no tiene vergüenza  
de dormir a estas  
horas.

Romualda era una mujercita encanijada y vestida de harapos que en la tienda inmediata ayudaba a la mujer de los parches a ensartar buñuelos. La fisonomía de Romualda estaba de tal manera desvirtuada por la palidez y por la suciedad, que no se podía decir si era fea o bonita. Igual dificultad había para declararla niña o mujer, y así lo menos expuesto a equivocaciones será decir que no tenía edad ninguna.

El fenómeno (pues no de otro modo era llamada en el barrio) echó a andar delante de Salvador para guiarlo. Pero como el fenómeno cojeaba ninguno de los dos podía ir a prisa. Tardaron algunos minutos en vencer la escalera, cuya tortuosidad igualaba a las oscuras revueltas de la conciencia de un asesino. Por decir algo durante el fastidio de tan penosa ascensión, Salvador preguntó a su compañera si era de la familia del Sr. Tablas.

--Es mi padre--replicó la cojuela.

--Pues no lo parece--dijo el caballero--. El Sr. Tablas y la señora Nazaria están, según parece, en muy buena posición.

El fenómeno no dijo nada, y siguió subiendo. Parecía subir con un solo pie. Al llegar arriba detúvose para tomar aliento. Sin duda no respiraba más que con un pulmón.

--¿Se ha cansado usted, caballero?

--No tal... piso tercero. La escalera no es larga, y se subiría bien si no fuese tan oscura.... Tú sí estás cansada. ¿Cuántas veces al día subes?

El fenómeno se quedó pensando. Por último, dijo:

--Unas sesenta veces.

--Es buena renta, hija. Tres mil escalones diarios.

--Con poco más al cielo.

Romualda no dijo más, y entrando en la casa despertó a Pedro López, que dormía como un canto. Desde la sala en que esperaba entretenido en contemplar las estampas de santos y toreros que cubrían las paredes, oyó Salvador los gruñidos del atleta al ser arrancado de su dulce sueño por la mano áspera y aceitosa del fenómeno. Oyó después imprecaciones y desprecios, y luego una ronquísima voz que decía:

--Baja a la tienda y tráeme los cigarros que dejé en el cajón grande del mostrador.

Poco después Tablas y Salvador se saludaban en la sala. Hablaron con interés un largo rato, y al fin dijo López:

--Vámonos al café, y almorzando hablaremos de eso de espacito. Aquí no se puede hablar de nada. Nazaria es muy re-curiosa, y todo lo quiere saber.

Se fueron. En la escalera hallaron al fenómeno, que después de haber

subido para llevar los cigarros al Sr. Tablas, volvía a subir (¡oh Cristo de la cruz acuestas!) en busca de la sal para un huevo frito que se estaba comiendo la señora Nazaria.

Se comprenderá por este último y no insignificante detalle que la hermosa carnicera había concluido el despacho de la mañana. Al fin podía gozar algún descanso después de aquella espantosa brega de cortar, pesar, cobrar y devolver, y en el rescoldo de la buñolería le aderezaba la de los parches un ligero almuerzo. Detrás del mostrador ponía su mesa Nazaria; se lavaba manos y brazos hasta el codo; quitábase aquel horrible mandil que le sirviera poco antes, y acompañada de alguna discreta amiga que de la próxima tienda de lienzos venía o de la mujer del vinatero, restauraban sus fuerzas. Después solía tomar una almohadilla con algo de costura, y a cada instante volvía la cabeza hacia la otra tienda para decir:--«Rumalda, sube y tráeme el dedal...». Más tarde:--«Rumalda, la seda negra que está en mi costurero...».

En la buñolería, que a eso de las diez apagó sus fuegos, estaba la de los parches al frente de sus menguados despachillos de escarola, perejil y lechugas. Romualda se comía un pedazo de pan, engañado con los restos del almuerzo de Nazaria.

--Rumalda--dijo esta después de medio día--, sube y dile a Petrilla que no ponga las perdices.

Y media hora después Romualda subió a preguntar si estaba la comida. Siendo la respuesta negativa, volvió a subir para dar prisa, y cuando Nazaria se remontó despacio a su alojamiento para comer y dormir la siesta, el fenómeno bajó a buscar las tijeras que se habían quedado en la tienda, y más tarde a decir al cortador que cerrara, y luego fue por aceite a la lonja de la esquina.

La Pimentosa comió abundantemente, como solía hacerlo, y antes de dormir la siesta mandó al fenómeno que bajase para ver si Tablas estaba en la taberna de la calle de las Maldonadas. Malísimo humor tenía la señora por aquella tardanza de su hombre, aunque acostumbrada estaba a tales ausencias y a otras mayores. Del mal humor pasó a la furia, y después de poner como ropa de pascuas a Petrilla, a la mujer de los parches, al cortador, al lucero del alba, al Preste Juan de las Indias, al rey David, miró a Romualda con dictatorial ceño.

--¿Y tú qué haces ahí, holgazana? ¿En dónde está la media?

El fenómeno respondió temblando que la media estaba abajo.... ¿pues dónde había de estar?

--Pues correndito por ella.

Y se echó a dormir. Después de la siesta recibió varias visitas, a saber: el respetable vinatero que venía con importantísimos chismes de

la vecindad; la inquilina del segundo, que era pres tamista, con más conchas que un galápago y más dinero que la Real Ha cienda; una criada de la señora de D. Pedro Rey que vino a traer recados de su ama, (pues Nazaria era hija de una antigua sirvienta de los Re y), y el padre Carantoña, de la orden de Predicadores, que algunas veces solía ir a la casa para llevarse una cestilla repleta de ricos ch orizos y butifarras, con otras vituallas de consideración.

--Padre Carantoña--dijo Nazaria al despedir al frai le--. Hágame un favor. Si ve a Rumaldilla en la tienda o jugando en la cal le, díglele que suba.

Aquella tarde sintiose la insigne carnicera bastant e molestada de la dispepsia que padecía. Hallábase en disposición de abofetear a todo el género humano, porque las malas digestiones exacerb aban su carácter agrio y despótico. Desconfiando de los médicos, sól o se aplicaba remedios que llamaremos populares, recomendados por las comadres de la vecindad, los unos del orden supersticioso, los otr os del género terapéutico familiar; y como se los administraba to dos a la vez o \_in solidum\_, sin criterio, sin tino, la buena mujer es taba cada día peor. Por eso aquella tarde, se oyeron muchas veces sus v ehementes gritos de mando: «--Rumalda, a la botica.--Rumalda, a casa de la tía Pistacha... que te de aquellos polvos...».

En estos y otros lances, recibió una visita altamen



te honrosa. La sala  
se llenó de negro, quiero decir que entró en ella el  
padre Gracián  
acompañado de otro clérigo, no tan grande como Su R  
everencia, pero  
también bastante talludo. El padre Gracián era bien  
recibido en una y  
otra parte y muy querido del vecindario de Madrid,  
porque a todas las  
casas que se honraban con su presencia, y eran much  
as (aunque él no  
pecaba de pedigüeño ni de entrometido, como algunos  
individuos  
monacales), llevaba siempre una misión desinteresad  
a y evangélica. El  
palacio del rico y el cuarto numerado del pobre abr  
ían con igual amor  
sus puertas a aquel enemigo del escándalo, a aquel  
trabajador incansable  
de la viña del Señor, a aquel guerrero de la moral  
cristiana, a aquel  
perseguidor de las malas costumbres. Hacía la propa  
ganda de los  
matrimonios leales y bien acordados, de las familia  
s pacíficas; llevaba  
por todas partes el pabellón de las reconciliacione  
s y de la paz;  
perseguía sin tregua las irregularidades, los odios  
domésticos, los  
amancebamientos, los desórdenes, y su mayor gloria  
era encarrilar un  
marido extraviado, enderezar una esposa torcida, at  
raer un hijo pródigo,  
ablandar a un padre cruel. No abandonaba ni un punt  
o su arriesgado  
puesto de combate enfrente de las baterías de Satan  
ás, y exponía su  
noble pecho a las burlas, a las injurias, a la mala  
interpretación, con  
tal de defender el baluarte de Cristo en que asenta  
ba su planta, y no  
dejarse quitar un palmo de terreno, sino antes bien

ganar al pecado  
palmos, varas y leguas.

La Pimentosa se turbó al verle entrar. Ella, que no respetaba nada en el mundo, respetaba al clérigo por un sentimiento natural adquirido desde la cuna y, si se quiere, mamado con la leche. Ofreció una silla al Padre y otra al Hermano que acompañaba al Padre.

--No, no me siento--dijo con áspera voz Gracián, blandiendo su sombrero de teja, como si fuera un montante para cortar cabezas --; nos vamos enseguida. Yo no vengo aquí como el padre Carantoña a tomar chocolate y a recibir morcillas; vengo a arrojar una semilla fructífera en este erial; vengo a arrojar una palabra en este desierto, con esperanza de que alguna vez sea oída.... Me intereso por vosotros porque sois pecadores. El sano no necesita de médico, el leproso sí. Conocí a la señora Nazaria en casa de D. Pedro Rey, y allí supe su mala vida. Conocí a López en casa de D. Felicísimo, y allí supe su extravío. Pues bien, aquí vengo hoy con el mismo fin que me trajo la semana pasada; vengo a deciros: «Casaos, casaos, casaos, que estáis perdiendo vuestras almas y dando mal ejemplo». Soy misionero de Cristo, apóstol de gentiles, y veo que no es preciso ir al Asia ni al África para encontrar salvajes. Aquellos son mejores que vosotros, porque ellos son nacidos ciegos, y vosotros, que nacisteis con vista, cerráis los ojos a la luz. Vuestra unión ilícita es un pecado mortal para vosotros y u

n escándalo para los  
fieles. Casaos, almas de cántaro, y vivid como Dios  
manda y la sociedad  
desea.

En la cara de la Pimentosa parecían fluctuar batall  
ando la cólera y el  
respeto, y con turbada lengua se disculpó así:

--Bueno, ya lo sé.... ¡Caramba, qué trompeta de Pad  
re!... No soy sorda....  
Yo bien sé que Su Reverencia habla con razón. Pero  
yo me voy a separar  
de Tablas, yo reniego de Tablas, que es un holgazán  
, que me está  
comiendo lo que gano y lo que heredé de mi difunto.

--Pues separaos, por la Virgen Santísima--dijo Grac  
ián con más suaves  
modos--. Si él es un borracho, un haragán y un libe  
rtino, váyase  
enhoramala. Ayer lo calentó las orejas en casa del  
Sr. Carnicero. Pero  
él no desea romper esta unión ilícita, sino casarse  
. Tiene buen fondo.  
Decidid una cosa u otra; estáis llenos de pecados,  
vivís como fieras, no  
como cristianos.

--Padre, por amor de Dios--dijo Nazaria aterrada po  
r las palabras del  
clérigo--. No me caliente la cabeza. Estoy esta tar  
de que si me acercan a  
la lumbre, ardo. El mal que padezco....

--Sí, ya sé que padeces un mal insufrible. ¿Pero de  
qué proviene ese mal?  
Proviene de tus infames vicios, de la glotonería pr  
imero, de la cólera  
después y de otros grandes y deplorables pecados. L  
uego no quieres

atenerte a la medicina ni al dictamen de entendidos físicos, sino que te entregas a la superstición. Has de saber que es ultrajar a Dios y a los santos creer que con palitroques pasados por los pies de una imagen se curan las enfermedades, y que el romero guisado al compás de un credo sirve para hacer buen quilo. ¡Error, necedad, irreverencia, sacrilegio!... No veo en esta casa más que escándalo y profanación--añadió colérico, revolviendo sus ojos y mirando las estampas que llenaban las paredes--. ¿Qué significan estos retratos de toreros confundidos con los santos más venerables? ¿Qué significan esas muletas y esos estoques, banderillas y puyas, colocadas en pabellón y como al modo de ofrenda al pie de la Santísima Virgen? ¿Y esa cabeza de toro que tiene pendiente de cada cuerno un Niño Jesús de alcorza?... Mujer escandalosa, hasta en los adornos de esta casa se conoce que reinan aquí la profanación, el escándalo y el vicio.

--Así tenía mi marido la casa--dijo Nazaria alzando su nariz provocativa, por donde entró un chorro de aire que sonaba a resoplido de fragua.

--Bueno estaría también tu marido--dijo Gracián, haciendo un mohín de escarnio--. Los sentimientos de la gente de esta casa se revelan hasta en lo más insignificante. Pues si fuera a ocuparme de todo lo que hay aquí de reprehensible, ¿qué diría, señora Nazaria, qué diría de la bárbara crudeza con que es tratada esa pobre niña, o mujer

canija, hija del  
señor Tablas?... Os tratáis como duques, y ella se  
confunde con los más  
lastimosos pordioseros. ¿Qué tal? ¿Es esto cristian  
o, es esto honrado?  
Pero donde no hay verdadera familia no puede haber  
sentimientos  
humanitarios ni caridad. Casaos, casaos, reconcilia  
os con Dios y con la  
Iglesia, no me cansará de decírllo. Si así lo hacéis  
, después todo se os  
hará fácil. Salvad vuestra alma, y no contaminéis o  
tras almas que aún  
están puras. Curaos de vuestro daño, y así ninguno  
que esté próximo a  
vosotros se contaminará de él.... Os amonesto por t  
ercera vez, y os  
amonestaré la cuarta y la quinta, porque yo, que he  
despreciado tantas  
veces la muerte, ¿qué caso puedo hacer de vuestra r  
esistencia? Nazaria,  
vuelve en ti, oye mis consejos. Citando tu corazón  
de un grito, corre a  
la iglesia, no te detengas. Me hallarás en mi confe  
sionario. Adiós.

Sin hacer reverencia alguna, impávido, formidable,  
como el guerrero que  
ha cumplido su deber en lo más recio de un combate,  
salió seguido del  
Hermano. Cuando bajaba la escalera, Tablas subía.

-XII-

Abrió el gigante la puerta de la sala donde su giga  
nta estaba, y antes  
de entrar echó en redondo una mirada recelosa, baja  
ndo la barba al pecho

y escondiendo los ojos bajo las negras cejas. La am  
enazadora expresión  
de su ceño, la prominencia de su frente abultada y  
aquel mirar hosco  
daban a su cabeza semejanza con la espantable testa  
del toro jarameño  
cuando aparece en el circo, y reconoce con su mirar  
de fuego el ansioso  
público, y parece que él mismo, antes de empezar la  
lidia, se espanta de  
la barbarie que se prepara.

La nariz de Nazaria se infló hasta no poder más. En  
aquellos momentos  
necesitaba mucho aire. Tablas dio algunos pasos hac  
ia ella, y echándose  
ambas manos a la estrecha cintura, se meneó a un la  
do y otro como muñeco  
de goma, y escupió estas palabras:

--¡Cristo!... si habré dicho alguna vez que no quie  
ro clerigones en  
casa.... ¿Por qué los has recibido?

Pimentosa echó mano de un abanico y replicó así:

--Porque me ha dado la real gana.... En paz.

--En guerra.... Si les vuelvo a encontrar... van a  
la calle por el  
balcón... y tú detrás.

--¡Valiente papamoscas! Pero hombre, no mates tanta  
gente, que se acaba  
el mundo.

--¿Qué buscaban esos pillos?

--El pillo eres tú... salvaje. ¡Tanto rezar rosario  
s en casa de D.  
Felicísimo, y llama pillos a los señores sacerdotes  
!....

--¿A qué venían?

--A lo que nos ha dado la gana.

--Vamos, vamos--dijo Tablas contoneándose otra vez--  
-, que hoy estoy tan  
bromista, que si me tocan, por cada dedo me sale un  
tiro.

--Lo que a ti te sale es el aguardiente que has bebido.

--¡Nazaria!...

--Úrgame tanto así, y verás lo que es canela.

--¡Nazaria!...

--¿En dónde has estado hoy? dilo pronto--gritó la Pimentosa hablando a  
borbotones--. ¿Quién es ese \_futraque\_ que vino a buscarte?

--A ti no te importa eso.... Toma varas con los sayos negros y déjame a mí.

--¡Borracho!

--¡Pues y tú!!--exclamó Tablas, mascando su cólera--  
-. Vamos, no quiero  
incomodarme.... ¿Por qué has recibido a los clérigos?

--Porque es mi santa voluntad. Soy reina de mi casa.

--Reinita nada menos....

Tablas miró a un palo que en el rincón de la sala había, y que sin duda

iba a intervenir como tercer personaje en aquella escena.

--Sí, reina soy y ama de todo--bramó Nazaria pálida y furiosa, extendiendo los brazos--. Mío es el pan que comes, mía la ropa que vistes, mío el tabaco que fumas, y mías las copas, las copas....

No pudo decir más porque la ahogó la tos. Su abultado seno trepidaba saltando, como vejiga de payaso.

--Todo es de la señora, já, já...--dijo grotescamente López queriendo tornar en burlas afirmación que tanto le humillaba--. Después hablaremos de eso; pero ahora, dígame la reina por qué estaban aquí otra vez los sacripantes negros.

--Porque yo les llamé ¿estamos?... porque me gusta el sermón y quise dar para las ánimas.

--¡\_Anima mea\_!... Cristo.... Con que hay \_pedrique s\_ en mi casa.... Pues mira yo te voy a dar la \_Extrema\_. ¿No te pido el cuerpo \_hinsopo\_?... Pues verás.

Volvió a mirar el palo, que ya estaba, como si dijéramos, al paño, esperando el momento de salir al escenario.

--Ladrón, si te mueves, te como...--gritó Nazaria en voz tan imponente, que Tablas, ya en camino de traer al tercer personaje, se detuvo en medio de la sala--. Ponte en la puerta de la calle ahora mismo, holgazán, gorrón, que el pan que me has comido, mejor habría



sido echarlo a los  
perros.... ¿Pues no te contentas con gastarme mi di  
nero y arruinarme la  
casa, sino que me amenazas?... ¡Por vida del arpa d  
el tío David, yo  
tenía más dinero y más \_comenencia\_ que cuatro reye  
s, y tú me has  
llenado de trampas! Por ti y tus vicios estoy empeñ  
ada en más miles que  
pesas, trapalón, y cuando toquen a embargar, la viu  
da de Peribáñez el de  
Candelario tendrá que ponerse al buñuelo, a la cast  
aña, al aguardiente o  
al mondongo.... Sacados te vea yo los ojos, hi de m  
ujer mala. Dime,  
calzonazos, ¿en dónde están mis alhajas qué daban e  
nvidia a las de la  
Pilarica en Zaragoza? ¿en dónde están mis cuatro ma  
ntones de Manila que  
parecía que los habían bordado ángeles con manos de  
rosa?... ¡Ah! ¿dónde  
ha de estar todo aquel tesoro? En \_Peñíscola\_, para  
que el señor beba,  
para que el señor monte a caballo y vaya a derribar  
vacas, para que el  
muy mamarracho convide a los gorriones y tenga mozas  
.... Ea, fuera  
espantajos. Por aquella puerta se va a la calle....

--¿Sabes lo que te digo?... pues que eres una cotor  
ra charlatana y hay  
que cortarte el pescuezo.

--¿Sabes lo que te digo? pues que a otros de más hí  
gados que tú los he  
tendido yo de un soplamocos. Mejor tuvieras vergüen  
za y fueras persona  
decente como yo. ¿En dónde pasas las noches?... ¿en  
qué gastas el  
dinero?... Y luego viene diciendo el bobo que se tr  
ata con esos señores

de política, y que está armando un gatuperio como el de los tiempos en que cayó la Mamancia.... ¿Qué entiendes tú de eso, cafre, si andas en dos pies porque al Señor se le olvidó hacerte la cruz en el lomo?... Mira que no se ha acabado la madera de que hicieron las horcas en la plazuela. Allá te quisiera ver colgado como una butifarra para ir a tirarte de las piernazas y verte haciendo más visajes que un cómico con hambre. ¡Política el señor Tragacantos! ¿De cuándo acá tenemos esas sabidurías? Lo que tú harás será engañar al pobre D. Felicísimo que te dio la primer bazofia que comiste en el mundo, y venderle a los masones, contándoles lo que pasa en su casa. ¡Ah! bribonazo, si crearás embobarme a mí, que conozco tus mañas y sé dónde te aprieta la herradura.

--¡Ah!... ¡re-sangre! si digo que voy a echar al gato esa lengüecita...--dijo Tablas abalanzando sus pesadas manos hacia la cara de la Pimentosa.

--Quita allá esas aspas de molino--replicó ella rechazando con extraordinaria energía las manos de su hombre.

--Maldita sea la hora....

Bramando así con insensata ira, Tablas hizo un gesto, o instantáneamente enganchó en su garra el moño negro de la gigante. La gigante rugió como una leona, levantose, hubo formidable choque de cuerpos y cruzamiento horrible de brazos tiesos. Se balancearon, se oyó u

n doble gemido y un  
estertor siniestro, señal de violentos esfuerzos. Pero la gigantona  
logró desasirse, blandió sus fornidos brazos, echó un temporal por su  
nariz, y rápida como el pensamiento, dio un salto, dos, tres. El piso  
temblaba como si pasara un carro. Nazaria llegó a una mesa y cogió un  
objeto voluminoso que encima de ella había. ¿Qué era aquello? Era una  
urna de madera y cristal, alta de tres cuartas. Dentro de ella había una  
virgen de los Dolores, y encima un toro de yeso, dos toreros, un niño  
Jesús, una enormísima moña. Alzó en sus manos la mujerona todo aquel  
catafalco religioso-aurino, y en menos tiempo del que se necesita para  
pensarlo, cayó todo con estrépito formidable sobre la cabeza de Tablas.  
La increpación o voz felina que este lanzó al recibir el golpe no es  
para descrita. Los vidrios rotos sobre su cráneo rasgaron su frente. Sin  
sentir manar la sangre corrió en busca del palo; pero antes de llegar,  
ya se le interpuso la Pimentosa con una silla enarbolada en ambas manos.  
El gigante tomó otra silla. Se detuvieron un momento mirándose cara a  
cara; echándose mutuamente su ardiente resuello y cruzando los rayos de  
sus ojos llenos de ira. De repente la giganta soltó el mueble; había  
tenido una idea feliz, salvadora. Dio un paso atrás, revolvió en su  
cesto de costura, sacó una navaja enorme, y corriendo en seguimiento del  
gigante, que retrocedía espantado, exclamó con bramido:

--Te degüello....

Entraron algunos vecinos, para quienes no era nuevo aquel laberinto, aunque hasta entonces no había ocurrido pendencia tan ruidosa en casa de Nazaria; entró también Romualda dando gritos, y todos se dedicaron a la grande obra de la pacificación. Cada contendiente se vio rodeado de un grupo y oyó las exhortaciones más razonables. ¡Cosa extraordinaria! El primero en quien se notaron síntomas de aplacamiento fue el descalabrado López, el ofendido de palabra y de obra. Gruñendo como un mastín apaleado, dijo que él no quería perderse, que era demasiado hombre de bien para perderse, y que no había mujer alguna en el mundo merecedora de que se perdiera por ella un hombre. Nazaria no decía nada, pero con los resoplidos mostraba el desfogamiento de su cólera que parecía salir en mangas de aire desalojando el henchido seno. La navaja yacía en el suelo junto a los restos de lo que fue urna y a los pedacitos de toro de yeso que, pisados en la contienda, manchaban de blanco la fina estera.

--¡Y está sangrando el canalla!--dijo la Pimentosa lanzando de su boca esas chispas de risa que saltan entre las llamas de la ira iluminando el rostro--. Parece un \_Decehomo\_.

--No es nada, no es nada--dijo Tablas llevándose a la frente un pañuelo que le dio el fenómeno.

--Romualda--gritó la gigante--, baja y trae un poco

de vino y aceite.

Viendo que la furia de uno y otro se aplacaba poco a poco, los vecinos se fueron retirando.

--Se incomoda uno por cualquier majadería--murmuró López, dejando que Nazaria le aplicase el pañuelo a la frente--. Cuando uno va a reparar ya ha hecho una barbaridad... y hombre perdido.

--Le hablan a una con malos modos, y a una se le sube la mostaza a la nariz, y allá te vas lengua.

--Y gracias que uno es prudente y sabe las mañas de la fiera y le para los pies...--dijo López queriendo dar explicaciones de su cobardía.

--Y si a una le preguntaran con buen modo lo que buscaban los padres caros, una contestaría que venían a sus \_pedriques\_, y en paz. Pero se incomoda la gente por una palabra.... Hay lenguas que tiran coces.... No se puede remediar....

--Yo soy un ángel; pero cuando me solicitan, embisto. ¡Qué genio me ha dado Dios! Yo mismo me tengo miedo a veces.... Rumalda....

Rumalda había llegado con el aceite y con el vino, y Nazaria aprontaba el remedio que reclama toda cabeza sobre la cual se ha hecho pedazos una urna.

--Rumalda, no tengo tabaco--dijo el atleta--; bájate al estanco... pronto,

chica.... Pues como iba diciendo, si a un hombre como yo, que es todo pólvora, se le hubiera preguntado con decencia dónde había pasado el día y qué negocios traía con el \_futraque\_, el hombre habría contestado como un caballero. ¡Si aquí no hay misterio...! Que un señor, a quien conocí en casa de D. Felicísimo, viene a buscarme y me dice: «Sr. López, me va usted a hacer un favor muy grande.--Usted disponga, señor mío...--Pues hace dos meses, la policía registró una casa de la calle de Belén, donde se reunían unos cuantos partidarios de D. Carlos. La policía fue sobornada en aquella ocasión y no prendió a nadie. Pero el Gobierno ha cambiado los guindillas de soflama por otros, y anoche volvió la policía a registrar la casa de la calle de Belén, y pescó a cinco sujetos, y les puso en la cárcel de Villa.--De lo cual me alegro, Sr. D. Salvador.--Pues mire usted, Sr. Tablas, yo vengo a que usted me haga el favor de proporcionar a uno de esos cinco sujetos los medios de fugarse, porque corre el run run de que les van a fusilar.--¿Es pariente de usted?--Sí señor. ¿Usted ha estado empleado en la cárcel de Villa?--Sí señor.--Usted favoreció la escapatoria de Olózaga.--Sí, señor.--Usted podrá hacer ahora otro tanto.--Sí señor.--Pues es preciso hacerlo.--¿Cuánto vamos ganando?--Tanto.--Es poco.--Pues cuanto.--Nos arreglaremos.--¿Quién es el sujeto?--Pues es Fulano de Tal.--Adelante, empecemos a trabajar hoy mismo. Vamos al café y a la taberna; hablaremos con los chicos de la

cárcel...». Total, que hemos estado todo el día inventando diabluras, y luego fuimos a casa de don Felicísimo, que también está empeñado en poner en salvo a ese preso. Y de unos y de otros he de sacar metal, mujer, mucho metal, para desempeñar lo que hemos empeñado, y quitar trampas... fuera trampas, venga acá dinerazo de la gente carlina, y juntándolo con el dinerito de la gente masona, verá s como nuestra hacienda se pone otra vez de pie....

La reconciliación era ya segura, y los endurecidos ánimos se ablandaban rápidamente al calor de la confianza. La idea de que e Tablas ganase algún dinero, idea novísima y extravagante, produjo en el espíritu de Nazaria benéfica y reparadora reacción. Aunque no era tonta, se dejaba alucinar fácilmente por risueñas quimeras, como persona crédula y sin experiencia que había vivido siempre en el mayor desorden moral y económico, y ya le parecía estar viendo las talegas que entraban por la puerta, ganadas en la explotación de toda aquella caterva política que ya se llamaba carlina ya masónica. Tablas había derrochado sumas relativamente considerables. Si ahora traía a la casa otras sumas mayores, se trocaba de libertino y perdido en el hombre más allegador y apersonado de todo el barrio. ¡Bien, re-Cristo! Nazaria, que juntamente con la fiereza tenía la inocencia de la bestia cornúpeta a quien tan fácilmente engaña un vil trapo rojo, se calmó y sintió dolor muy vivo de haber ofendido a

su gigante. Así procede siempre, pasando de salvajes cóleras a vergonzosas condescendencias, toda esa gente desalmada, ignorante y tan incapaz de calcular sus intereses como de refrenar sus pasiones.

Se reconciliaron. El aceite juntó su pringosa suavidad con la acritud astringente del vino, y batidos y juntados sellaron el pacto, cuando los dedos gordezuelos de Nazaria vendaban aquella frente merecedora del yugo para tirar de un arado.

Dignos de lástima eran aquellos dos seres, pertenecientes a la clase más numerosa y más compleja del país, por la confusión de vicios y virtudes que en ella había; pero Nazaria merecía más que su cómplice la compasión, porque valía un poco más, valiendo muy poco. En ella la barbarie y la tosquedad eran tales, que ahogaban los sentimientos generosos que a veces brotaban en su corazón cual hierbecilla en la grieta húmeda. Una religiosidad sonora y supersticiosa no bastaba a suplir en ella la falta absoluta de luces y de ideas morales. Vivía en el escándalo, sostenida por el ejemplo de otros escándalos mayores, y aunque alguna vez nacía y se agitaba en su alma como un misterioso prurito del bien, una especie de adivinación que ella no podía precisar, eran tales las exigencias de la naturaleza en ella, que no podía, ni en pensamiento, separar su persona de la persona de aquel monstruo. ¡Irresistible atracción la de un gigante que ni era



listo, ni simpático,  
ni noble, ni siquiera guapo! Tan grande es la miseria humana, que allí  
donde aparentemente no hay cualidades que sirvan de base a un verdadero amor, suelen encontrar alguna las gigantas fogosas como la hermosa viuda de Peribáñez.

-XIII-

¡Qué lejos estaba el excelente padre Gracián de que su exhortación moral había motivado una reyerta que pudo ser drama sangriento! Él se retiró aquella tarde muy satisfecho después de haber predicado la unión, la concordia y la paz matrimonial en otras dos o tres casas. Al entrar en su celda pensó que el día había sido fecundo en resultados evangélicos, y que con muchas batallas semejantes, pronto había de verse el Enemigo muy mal y acorralado en las últimas trincheras del pecado.

Antes de dormir, consagró dos horas al estudio y a la ciencia de que era maestro en las aulas del Colegio Imperial, la profunda y enmarañada Ética. Después oró y meditó por espacio de otras dos horas largas, puesto de hinojos a ratos, y a ratos tendido boca abajo sobre el suelo. Lejos de haber en este las blanduras suntuarias con que los pecadores atienden al sibaritismo de los pies, era la dureza misma combinada con

la frialdad, para que la mortificación fuese conforme a la implacable  
saña con que varón tan santo trataba a su carne miserable. Allí no habla  
alfombra, ni estera, ni cosa que a tal se pareciese, sino ligera capa de  
tierra, rojiza extendida sobre los ladrillos, la cual era traída de la  
cueva de San Ignacio en Manresa y servía para producir en el espíritu  
del clérigo la piadosa ilusión de que en la misma santa cueva estaba.  
Últimamente había repartido entre sus buenos amigos tantas  
porcioncillas de aquella bendita y quizás milagrosa arcilla, que la  
celda se iba quedando limpia, y por varias partes pedía algunos  
escobazos que la acabaran de limpiar. Lo demás de la reducida estancia  
era insignificante y revelaba la humildad y el estudio, cosas en verdad  
que fraternizan perfectamente.

El jesuita durmió después de estudiar y de mortificarse, y abandonó de  
madrugada el lecho. Rezó, dijo misa, (y las suyas por lo tempranas y lo  
largas, eran muy elogiadas entre las personas piadosas de aquel populoso  
barrio) y después entró en su cátedra, seguido de muchedumbre de  
escolares. Esto se repetía diariamente, mes tras mes, año tras año. En  
sus explicaciones filosóficas, Gracián realizaba el prodigio de volver  
claro lo oscuro y de hacer ver las honduras de aquella ciencia,  
iluminando la superficie con la luz de un método admirable y de un decir  
ameno. Sus discípulos le querían por todo extremo, y era uno de esos

maestros siempre preferidos y siempre elogiados que hacen amable el estudio. En las horas de recreo veíase rodeado de enjambre de colegiales, que dejaban el escaso solaz de aquella hora para consultar con el Padre puntos oscuros de la conferencia señalada, y platicar sobre cualquier tema de humanidades o teología, pues en todo ello y aun en otra clase de sabidurías era muy versado el bendito clérigo.

En aquellos tiempos, ¡oh tiempos clásicos! todo se estudiaba en latín, incluso el latín mismo, y era de ver la gran confusión en que caía un alumno novel, cuando le ponían en la mano el Nebrija con sus reglas escritas en aquella misma lengua que no se había aprendido todavía. Poco a poco iba saliendo del paso con el admirable método de enseñanza adoptado por la Compañía, y acostumbrándose al manejo del Calepino para los significados castellanos, y del \_Thesaurus\_ para la operación inversa, pronto llegaba a explicarse como Quinto Curcio o Cornelio Nepote. Las lecciones se daban en latín, y para que los chicos se familiarizasen con la lengua que era llave maestra de todo el saber divino y humano, hasta se les exigía que hablasen latín en sus conversaciones privadas, de donde vino esa graciosa latinidad macarrónica, que ha producido inmenso centón de chistes, y hasta algunas piezas literarias, que no carecen de mérito, como la \_Metrificatio invectivalis\_ de Iriarte y las sátiras políticas qu

e se han hecho  
después. Si Horacio y Cicerón hubieran, por arte de  
l Demonio, salido de  
sus tumbas para oír como hablaban los malditos chicos  
del Colegio  
Imperial, habría sido curioso ver la cara que ponían  
aquellos dignos  
sujetos a cada instante se oía: \_Quantas habeo ganas  
manducandi!...  
Carissime, hodie castigavit me Pater Fernández (vel  
á Ferdinando),  
propter charlationem meam.... ¡Eheu, paupérrime! ¿Ibis  
in calabozum?...  
Non; sed fugit meriendicula mea. Dum tu chocolate bollisque  
amplificas  
barrigam tuam, ego meos soplabo dedos. Guarda mihi  
quamquam  
frioleritam.\_

El que así se expresaba era un muchacho despiertísimo,  
nombrado Calisto  
Rodríguez, aunque en el colegio, sin dada por lo diminuto  
de su persona  
y por su inquietud de ardilla, nadie le llamaba sino  
Don Rodriguín. Era  
tan bizco que, al mirar, un ojo se le metía detrás  
del otro, como  
malicioso flechero, que se esconde para hacer mejor  
la puntería de su  
dardo. Su travesura y charlatanismo daban no poco que  
hacer a los  
Padres, y si adelantaba en sus estudios era más bien  
por sus brillantes  
dotes que por su aplicación. El estrabismo daba  
cho  
carrera gracia a su  
rostro, y con el bonete terciado, como solía llevarlo,  
parecía un  
diablillo enmascarado de clérigo. Alborotaba mucho  
en las horas de  
recreo; sublevaba las masas escolares en las de estudio,  
y a pesar de  
pertenecer a una familia rabiosamente carlina, en l

a cual había muchos  
canónigos, frailes y hasta un obispo, sus inclinaciones eclesiásticas no  
eran muy decididas.

Por jácara, más que por espíritu de erudición, D. Rodríguez se había  
prohibido en absoluto la lengua castellana, y hasta  
las frases más  
familiares y las más insignificantes expresiones las latinizaba con  
zandunga, entremezclando siempre en su charla trozos de los clásicos y  
fragmentos de verso y prosa, vinieran o no a cuento.  
Así, cuando se  
escabullía de la sala de estudio para ir a fumar un  
cigarro a  
hurtadillas, decía: *«Eo in chupatorium, procul negotiis»*. El  
*«chupatorio»* era un rinconcillo del claustro alto, que daba al patio, y  
recibió este nombre por ser lugar a propósito para echar una fumada sin  
ser visto de los Padres. Para anunciar a sus compañeros en la sala de  
estudio que venía el Padre Fernández, varón pesado cuyos pies de plomo  
hacían temblar el pavimento, decía: *«Cavete Ferdinandum.... Ecce draco.... Exaudite... quatit ungula campum»*. En las  
horas de recreo, en  
el claustro bajo, no perdía ripio para motejar a los condiscípulos, y si  
algún extraño entraba en la casa para hablar con los jesuitas, Grijalva  
le había de echar su latín correspondiente, *«verbi gratia»*:

*«Videte Piaonem ad petendum Gratianum... arcades ambo»*.

El bueno de D. Juan iba muchas tardes en busca del

Padre Gracián para  
conferenciar con él de los últimos obstáculos que c  
onvenía allanar para  
casarse con Micaelita.

Hablando de la tierra con que el profesor de Ética  
alfombraba su celda,  
decía el estudiante: «\_Sunt quos pulverum manresian  
um collegisse  
jurat\_».

Durante las partidas de pelota, a que era muy afici  
onado, se le oía  
constantemente: «\_Bene... fortiter.... Italian cont  
ra... ego valeo....  
amen dico... vobis... fuerunt vel fuere... pasce ca  
pellas\_».

Era el capitán de todas las fechorías perpetradas e  
n el colegio, de  
noche, burlando la vigilancia de los Padres, bien p  
ara hacer un escalo  
en la despensa y proveerse de víveres, bien para ef  
ectuar un bromazo,  
eligiendo por víctima a un desdichado novato sin ex  
periencia. Si alguna  
tarde lograba escaparse y subir a las boardillas, s  
e entretenía en tirar  
cáscaras de nueces a los balcones de Nazaria que fr  
onteros de la fachada  
del colegio estaban, o en disparar peladillas contr  
a la cojuela, que  
solía sentarse por las tardes en la puerta de la ca  
rnecería, \_templum  
mantecationis\_.

Otras muchas barrabasadas hacía para matar el fasti  
dio y hacerse  
aplaudir de sus compañeros, pues le gustaba, como a  
todos los traviesos,  
oír los encomios de sus atrevimientos. Pero su mayo  
r lucimiento provino

de una memorable invención suya, con la cual alcanzó aplausos y lisonjas, que traspasando el círculo del colegio, llegaron al público. Fue que compuso un \_Discurso apologético macarrónico\_ sobre un suceso público de la más alta importancia en aquellos días, y lo hizo con tan gracioso desparpajo, tanta donosura en los disparates, tan grande agudeza en lo descriptivo y tan furibunda intención en la sátira personal, que la composición produjo en el colegio un verdadero escándalo.

Habiendo enfermado D. Rodriguín a principios de Junio, su familia le sacó del colegio. Restablecido en un par de semanas, no quiso volver a la clausura hasta no presenciar las grandiosas ceremonias de la jura de la Princesa Isabel, y las alegres fiestas de los tres días que siguieron al 20. Todo lo vio y en todo metió las narices el bullicioso estudiante, desde la imponente función de San Jerónimo, hasta la justa de los maestrantes fuera de la puerta de Alcalá; desde la fiesta nacional de toros con caballeros en plaza, en la Mayor, hasta el simulacro militar. Cansado de tanto correr, durante los tres días, entró en el colegio, tomó la pluma, y enjaretó su famoso \_Discurso apologético macarrónico\_. A medida que iba escribiéndolo, leía trozos de él en los corrillos de estudiantes, y bien pronto la fama de aquellos graciosos dislates se extendió por San Isidro, llegó a oídos de los Padres, y estos pidieron

el manuscrito 11. Negolo y no quiso darlo D. Rodriguín por temor a una reprimenda; pero como ya los escolares amigos del autor habían sacado varias copias, facilitaron una al Padre Fernández (\_vel a Ferdinando\_), el cual se regocijó mucho con la lectura. Enterados los demás jesuitas se rieron en coro y a todo trapo, porque además de las chuscadas de la forma, había en el discurso una intención satírica que les agradaba en extremo. Don Rodriguín no fue castigado por su traviesa latinizante; entregó a los Padres el manuscrito original donde se conservaba, según dijo, toda la pureza clásica del texto, libre de los múltiples errores de las copias, y gozó extraordinariamente con su triunfo literario.

Es lástima que no podamos dar a conocer en toda su extensión esta obra, que uno a sus gracias, el mérito de ser un precioso documento histórico, pues en ella está descrito con detalles mil el solemnísimo acto de la jura, y narradas las fiestas con que la monarquía quiso hacer memorable aquel suceso. Los personajes todos de la época, retratados en caricatura, dan mayor realce al discurso, y la intención perversa que en cada comentario campea, pinta el espíritu de un bando político que era en aquellos días, si no la mayoría, parte grande y granada de la Nación española. En la imposibilidad de transcribir la composición entera, daremos cuenta de ella según el arte y modo de la crítica ligera, haciendo resaltar algunas de sus caprichosas donosu



ras, y callando mucho de lo que contiene, por ser materia vedada a la publicidad.

Empezaba describiendo la comitiva que salió del palacio de San Juan para San Jerónimo, el aspecto de este templo, la corte y su servidumbre, los obispos, los procuradores de las ciudades con voto en Cortes y los treinta títulos de Castilla que representaban la nobleza del reino.

Luego venía el *\_Magister ceremoniarum\_*, el *\_Indiarum Patriarca\_*, el duque de Medinaceli (*\_Coelico-Metinensi dux\_*) presidiendo a los

nobles.... «*\_Concurrerant cortesani frailesque\_*, decía el texto,

*\_milites cum morrione atque canonici cum piporro. Turbamulta sequebat*

*\_guardiarum Corporis cum ban doleris, et damarum caterva inter mayordomos*

*\_miscuebatur\_*». Pintando al Rey, que en su trono presidía el acto, se

expresaba Rodríguez en estos irrespetuosos términos : «*\_Regium estafermum*

*\_in throno posuerunt. Inmovilis tanquam sacus furfuris lascivis oculis*

*\_circumspicebat danarum pectorem quasi nudum et caritas guapas\_*». A

Cristina y demás familia la nombraba en términos más irreverentes aún.

«*\_Venus Partenopea, graciositer fecebat perendengues inter caballeritos,*

*\_dum tenera Isabella pendebat a nodrizae\_ \_mamellis.*

Dominus

Francisquitus cum Carlota ejus sedebat in aureo rincón. ¡Oh quantum

erat inflammata Carlota propter vinum!\_».

*\_Conticuere omnes\_*, decía al narrar la ceremonia, y luego contaba cómo

había jurado D. Francisco poniéndose de rodillas y extendiendo la mano sobre el crucifijo; cómo le había abrazado el Rey, cómo había el Infante besado la mano de Cristina y de la Princesa. Al llegar aquí lanzaba el autor una larga epifonema y luego ariadía: *\_Sic itur ad astra\_*.

Describía el desfilar de los Procuradores, obispos y grandes, que uno tras otro se adelantaban lentamente para jurar, *\_sic ut recua\_*, y en el párrafo siguiente ponía la salida pública de la corte desde San Jerónimo hasta Palacio. *\_Cum repeto diem\_*, exclamaba parodiando a Ovidio, *\_agitantur in manibus castañuelae meis\_*. La famosa función de toros con caballeros en plaza, espectáculo nuevo en Madrid por aquel tiempo, era tratada por D. Rodriguín con la amplitud que el caso merecía. No se libraron de sus dardos los caballeros rejoneadores, ni las damas que les apadrinaron, ni los alcaldes de Corte que dirigían la fiesta. No se dejó en el tintero ninguna de las partes de la fiesta, y en toda su charla macarrónica se veía claramente la idea de representar en el pobre toro aburrido y pinchado por todas partes al partido cristino, de quien daban cuenta al fin, rematándolo, los apostólicos, representados en el simbólico circo por espadas, picadores y puntilleros. *\_Plaudite cives\_*, decía al fin, *\_et ruant masones, turba mentecatorum\_*. Concluía este párrafo diciendo que pronto empezaría la corrida en los campos de batalla, y exclamaba: *\_Cedant cornu armae\_*.

No nos ocuparemos del resto de la composición porque su contenido es demasiado extenso y quizás harto desenfadado. Para completar su obra, el pícaro estudiante satirizó también al Comisario de Cruzada, Sr. Varela, \_plena cruoris hirudo\_ (sanguijuela llena de sangre), que hizo cuantiosos donativos a los pobres para celebrar la jura; también flageló al general Castaños, nombrado duque de Bailén, y a todos los demás que recibieron mercedes en aquellos días. Y amenazándoles les decía en el último delirio macarrónico: \_Jam vobis dicabitur missis\_, ya os lo dirán de misas.

#### -XIV-

No marchaba muy bien el negocio que Salvador entre manos traía, porque la vigilancia en la cárcel de Villa era más estrecha y rigurosa que en los tiempos de la dramática evasión de Olózaga. En vano Tablas llenaba de aguardiente los cuerpos de uno y otro mandadero, sin olvidar la conquista de los alcaides por medio de merendonas y duros; en vano se hacían trabajos en esfera, más alta, dirigidos a ablandar o corromper a sujetos de mayor categoría. Con disimulo, pero también con brío gestionaba Genara, más que por afecto al preso, por librarse de la situación desagradable en que el encierro de su esp

oso la ponía; y  
Pipaón (\_patriarca zascandilorum\_, según el macarrónico), de acuerdo con  
Carnicero y otros compadres, manejaba también con arte sus considerables  
influencias. Tantos esfuerzos reunidos dieron al fin el resultado feliz  
que todos deseaban; pero hay indicios seguros de que el Sr. Navarro  
debió principalmente su venturosa escapatoria, a la condescendencia o  
complicidad de la gente menuda, siempre venal; de modo que Salvador no  
se arrepintió de haber recurrido al buenazo de Pedro López, ni este se  
arrepintió de servirle, porque, habiendo cobrado en moneda corriente sus  
estipendios y el importe de todos los gastos, pudo ofrecer a la iracunda  
Nazaria parte del caudal que le había derrochado. Después se verá en qué  
emplearon el dinero adquirido por tan extraña industria.

Los presos eran tres: D. Carlos, un fraile aragonés que pereció el año  
35 en Zaragoza cuando la célebre causa y conspiración de D. Vicente Ena,  
y un capitán de caballería que desde mucho antes andaba en aquellos  
trotes, y después de ser masón el 20 e indefinido el 24, había ingresado  
en los nacientes y aún no fogueados ejércitos del Infante. No habría  
sucedido nada si todos los señores congregados en casa de las de Porreño  
hubieran procedido con la discreción que se acostumbraba en tales  
reuniones ilícitas cuando las sorprendía la justicia. Seis de los  
conspiradores se escondieron en lo más hondo de la casa; el capitán y el

fraile se pusieron a rezar el rosario; mas D. Carlos Navarro, que era, por su genio díscolo y entero, enemigo de bajas comedias y de disimulos viles, afrentó a los polizontes, les dijo mil herejías, y no pudiendo contener su ira, abofeteó al que parecía principal entre ellos. Este acto de violencia, cuando lo que hacía falta era maña y dulzura, les llevó a los tres a la cárcel de Villa, donde habían estado todo el tiempo que exige una buena y voluminosa causa de mil folios, si no vinieran en auxilio de Navarro las tramas que hemos mencionado, en auxilio del fraile el fuero eclesiástico, y del capitán la muerte, que se le llevó a los seis meses de encierro.

La desolación que causó a las dignas señoras de Porreño aquel suceso, no se expresa con las frías palabras de la historia. El descrédito de su casa, la vergüenza y el azoramiento en que desde entonces vivían, y por último, la falta del auxilio pecuniario que D. Carlos les daba, precipitaron de tal modo su decadencia, que bien pronto se vieron en aquel término lastimoso en que la estrechez se confunde con la miseria.

El atroz Navarro, luego que se vio fuera de la cárcel no quiso averiguar el poder que le había salvado. Su orgullo le inclinaba a no atribuir su salvación a ninguna persona que le tuviera afecto. «A mí nadie me quiere, decía, nada tengo que agradecer a ningún hombre. Sólo Dios me ha salvado». Pasó algunas horas en casa de las señoras

, en cuya compañía  
había vivido, los dio una limosna con carácter de liquidación de  
atrasos, y acompañado de Oricaín y Zugarramurdi, que habían quedado  
libres y que siempre le eran fieles, partió disfrazado de arriero para  
las Provincias Vascongadas y Navarra. Nadie le vio.  
Se fue con su  
indignación crónica y su incurable soberbia, siempre enfermo, gruñón  
siempre. A nadie dio cuenta de sus planes, y parecía detestar a sus  
comilitones políticos lo mismo que a sus enemigos. No quería tratos con  
nadie, ni con su hermano, a quien no podía amar aunque lo intentase, ni  
con su mujer, a quien aborrecía de la manera extraña a que se aborrece lo  
amado. Aquel carácter tétrico, compuesto de orgullo y tenacidad,  
endurecido más por el tedio, la desconfianza y la lesión hepática,  
necesitaba manifestarse en una acción propia y libre. La disciplina  
había concluido para él. Sonaba en la historia la trompeta lúgubre de  
las guerrillas. El feroz soldado de partidas la oía resonar en su alma  
solitaria y sombría, y marchaba sin saber adonde ni por donde. Sólo  
aquel eco podía despertar en aquella alma el amor a la vida, evocar la  
fe, o infundirle el ardor de un trabajo glorioso. Como estos soldados  
misántropos de corazón entenebrecido son más dignos de lástima que de  
odio, y como tienen, en medio de sus graves errores, cierta nobleza y  
lealtad que infunde simpatías, saludamos con respeto al fugitivo  
guerrillero, diciéndole: «Dios vaya contigo, salvaj

e».

Entre tanto, el interés que Salvador había puesto en favorecer a su desagradecido hermano le ocasionó algunos disgustos, porque enterados de él algunos de sus antiguos amigos y no acertando a comprender la verdadera causa de tal protección a un furioso enemigo del \_Sistema\_, declararon a Monsalud inconsecuente y traidor. «Después que tiene dinero, decían, se ha afiliado en las banderas del absolutismo y de los frailuchos, para poner en seguridad sus fondos». Aviraneta, que no gustaba de perder amigos, y era en el fondo un escéptico glacial, no dejó de tratarle por esto; pero Rufete, hombrecillo de gran vehemencia, que había hecho de sus ideas políticas una superstición india, le manifestó en briosas frases que sería su irreconciliable enemigo, y que si él (Rufete), partidario de todas las libertades, tropezaba en un campo de batalla o en una barricada con quien se había hecho prosélito de todas las tiranías, no estaba decidido a perdonarle. De estas baladronadas y de otros desprecios y majaderías que oyó, se reía el buen hombre, porque hallándose seguro de su rectitud, y deseando vivir lejos de los manejos políticos, no quería dar explicaciones ni menos complacer a la turba de falsos patriotas.

El que siempre se le mostró leal y agradecido amigo fue Seudoquis, ascendido a coronel en los días de la jura, por los servicios prestados

en la persecución de la partida de Campos. Estrechó más aquella antigua amistad, originada en peligros y desgracias comunes, la generosidad con que Monsalud salvó por entonces al flamante coronel de sus ahogos pecuniarios, que le habían traído a un estado de horrible desesperación. Seudoquis fue destinado a servir en Vitoria. Los dos amigos se separaron después de algunos meses de vida común y de pesares y alegrías; fraternalmente confiados. Gozoso Salvador de una amistad que en parte atenuaba la aridez de su vida, abandonose al afecto que Seudoquis le inspiraba y le confió algunos secretos de los que más quería.

D. Benigno Cordero hizo a nuestro amigo algunas visitas, en todo el tiempo que medió desde Mayo hasta Setiembre. En la primera maravilloso Salvador de oírle decir que no se había casado todavía. En las sucesivas maravilloso más por la propia causa, y aún dijo algo acerca de lo mucho que pensaba y maduraba el insigne, cien veces insigne héroe de Boteros sus resoluciones. En estas visitas ocurría la particularidad inexplicable de que D. Benigno no hablaba de Solan ni de cosa alguna que con el cansado matrimonio tuviese relación. Hablaban de ocupaciones, de los negocios públicos, de las probabilidades de una guerra sangrienta, de la enfermedad de Su Majestad, la cual iba en tal manera creciendo, que pronto aquel animado muerto sería todo cadáver, entre el espanto de la monarquía huérfana. En las conversaciones de D.



Benigno notaba  
Salvador una particularidad extraña y que no acertaba a explicarse. Era  
que el buen encajero no hacía más que preguntas y más preguntas, cual si  
antes fuese inquisidor que amigo, y no llevase más propósito que indagar  
la vida, conducta y pensamientos de su compañero de casa en San  
Ildefonso. Después de la primera visita D. Benigno bajó cojeando la  
escalera; y ciñendo estrechamente al cuello el embozo para abrigarse  
bien, dijo dentro de su capa: «No sirve, no sirve para el caso».

En una de las visitas sucesivas (y entre unas y otras pasaban  
próximamente veinte días), dijo para sí: «No es digno, no, del  
incomparable regalo que he pensado hacerle». Más adelante aconteció que  
al compás de su trote cojo, murmuraba, marchando hacia su casa: «Quizás,  
quizás, sepa hacer buen uso de tan incomparable joya». Y por último,  
(allá por Julio o principios de 12 Agosto, el día antes de partir para  
los Cigarrales) salió de la visita, pensando así: «Bien va esto,  
Benigno, esto va bien».

Partió, pues, a los Cigarrales en compañía de Alelí, que ya casi no se  
podía tener derecho, y allí, en aquel delicioso edén de almendros,  
aconteció lo que pronto, muy pronto verá el juicio o lector.

Fue seguramente en aquellos mismos días cuando Pipa  
ón, deseando rematar  
convenientemente sus honestas relaciones con Micael  
ita, determinó  
echarse al cuello la soga del matrimonio. Exigíalo  
su posición social,  
ya considerable, y lo pedía a grito herido su pecul  
io, el cual con el  
acrecentamiento de los gastos y comodidades necesit  
aba refuerzos  
grandes. La idea de ver entrar en sus arcas dentro  
de poco tiempo las  
misteriosas sumas encarceladas por D. Felicísimo le  
quitaba los últimos  
escrúpulos que pudieran turbarle, y por ver aquella  
idea hecha realidad  
tangible y sonante se desposara él, no digo yo con  
Micaela, sino con el  
mismo individuo que está a los pies del patriarca S  
an Miguel.

Había pasado bastante tiempo para que el público di  
ese al olvido las  
manchas que empañaron el antes limpio cristal de la  
reputación de su  
novia. ¡Bendito olvido, que es la moneda falsa del  
perdón, y corre de  
mano en mano produciendo admirables efectos! Aquel  
olvido, su propia  
conveniencia y las exhortaciones del Padre Gracián,  
que había puesto en  
tal unión empeño particular, labraron el propósito  
del ilustrísimo D.  
Juan Bragas, y una mañana de Julio se levantó con  
la cabeza fresca y  
dijo frotándose las manos: «Boda tenemos; esto es h  
echo».

Visitó a Gracián, a quien halló en su celda, (\_ines

cobata célula\_, según  
la expresión del consabido macarronizante) y el buen jesuita le felicitó  
por su buen acuerdo, diciendo que, al casarse, D. Juan honraba a su  
novia y se honraba a sí mismo, que la sociedad y la Iglesia se alegraban  
juntamente de ver concluidos en boda los noviazgos largos, y por último  
que él (\_Gratianus horridus\_) pediría a Dios concediese a los dignos  
esposos prole robusta y numerosa para bien de la cristiandad. D.  
Felicísimo también recibió con alegría la noticia, porque la colocación  
de su nieta había llegado a parecerle problema poco menos difícil que la  
cuadratura del círculo, y Doña María del Sagrario echó un gran suspiro  
que interpretado libremente expresaba las infinitas gracias que daba a  
Dios la buena señora por verse libre pronto del inaguantable genio de su  
sobrina.

No hay que decir cuanto se regocijó la novia al ver próximo el término  
de la situación equívoca en que estaba, y al considerarse señora y dueña  
de una casa. Ella contaba con manejar al buenazo de Pipaón como a un  
dominguillo, y vivir a sus anchas gastando y triunfando. Pajarraco largo  
tiempo aprisionado y de no muy buenos instintos, ¿a dónde iría al salir  
de su jaula? De la esclavitud del matrimonio iba ella a hacer la  
libertad de sus apetitos vanos. Cuando vio asegurada la conquista de don  
Juan, empezó a hacer sus preparativos.

Quiso Pipaón que su boda fuese de mucho aparato y b

ullanga. Hasta llegó  
a imaginar que le apadrinaran los Reyes, o en su nombre algún  
empingorotado magnate, pero fue tan mal recibido en  
Palacio, al tantear  
la voluntad de las personas elegidas \_in mente\_ por  
el cortesano para  
aquel fin, que se trastornaron sus planes. Esto le  
ocasionó suma  
tristeza, pero fue causa de una importante determinación,  
que más tarde  
había de conceptuar como una de las más felices de  
su vida. Debe  
advertirse aquí que, aunque el \_patriarca zascandilorum\_  
asistía a las  
juntas carlistas del Sr. Carnicero, y en ellas trataba  
de hacerse pasar  
por uno de los más ardientes devotos de la causa de  
l Altísimo, no estaba  
resueltamente decidido a embarcarse de un modo definitivo  
en tan  
arriesgado golfo. Como hombre de grandísimo espíritu  
práctico y  
acostumbrado a no dar un paso sin estar seguro de la  
firmeza del suelo  
en que iba a poner el cauteloso pie, mantenía en su  
pecho una  
imparcialidad saludable, que era, si bien se mira,  
el colmo de la  
sabiduría. Con sagacidad finísima observaba los  
elementos de uno y otro  
partido, la calidad y número de las personas que en  
ellos militaban, el  
grado de fuerza y vitalidad que en el país tenían,  
y hallándolos casi  
iguales y contrapesados, esperaba a que el tiempo y  
la Providencia  
robusteciera al uno con detrimento y merma del otro.  
Es claro como la  
luz del mediodía que en el momento de declararse la  
desnivelación, el  
hábil cortesano se lanzaría con entusiasmo férvido

a las filas del  
partido mayor y más poderoso.

Hallábase en lo más perplejo de su perplejidad, cuando le entró, sin  
duda por inspiración divina, el deseo de casarse. ¡  
Oh, \_fortunate nate\_!  
como dirían Virgilio y D. Rodriguín. ¡Quién había de  
decir que de sus  
proyectos matrimoniales le vendría la profesión de  
fe política que le  
salvó, apartándole del partido guerrero y de una causa  
que no triunfó  
entonces ni había de triunfar en lo sucesivo! ¡Ay!  
en un tris estuvo que  
personaje de tanta valía se perdiera para siempre,  
privando a la  
Administración española de sus eminentes servicios.  
... Es el caso que  
aquel desprecio con que fue recibido en Palacio afligió  
mucho al  
cortesano; la pena lo hizo reflexionar profundamente,  
y... no parece  
sino que Dios y la Santísima Virgen le tocaron en el  
corazón, porque  
desde aquel día empezó a tener presentimientos de que  
no triunfarían  
jamás las ideas absolutistas. Tuvo, si se quiere, cierta  
presciencia o  
adivinación genial de los venideros sucesos. A nuestro  
juicio, debe  
tenerse por cierto que la inspiración divina alienta  
a no pocas veces a  
los cortesanos en todas las edades, y les ilumina y  
conduce para que no  
den esos terribles traspiés que a veces truncan lastimosamente  
las más  
brillantes carreras.

Pipaón, después de pasar algunas semanas apartado de  
las logias  
mojigatas (¿por qué no se han de llamar así?) volvió

ó a Palacio; hízose  
introducir con no pocas dificultades en la Cámara d  
e la Reina, y allí  
juró y perjuró que él no era ni había sido nunca ca  
rlino; que él tenía a  
Su Alteza por uno de los más desatinados locos naci  
dos de madre; que si  
sostenía amistades con algunos individuos del bando  
de la fe, Dios era  
testigo de las exhortaciones que él (Pipaón) les ha  
bía dirigido para  
desviarles de tan peligrosa y antipatriótica senda;  
\_item\_ más, que sin  
hacer gala de ello había trabajado como un negro (n  
os consta que empleó  
la misma frase) por la causa de su Reina niña, gana  
ndo voluntades,  
disuadiendo a este de sus herejías apostólicas, for  
taleciendo el  
desmayado espíritu de aquel, desbaratando planes, y  
preconizando en  
todas partes las excelencias de aquella Monarquía i  
deal, histórica y  
libre, generosa y fuerte. Dijo también, que la niña  
era muy bonita y que  
los españoles todos la querían mucho, lo mismo que  
a su interesante y  
bondadosa mamá, y, por último, que él (D. Juan) seg  
uía en sus propósitos  
de siempre, los cuales eran nada menos que derramar  
la última gota de su  
inútil sangre por la Reinita de tres arios, que hab  
ía de ser (en esto no  
tenía duda; era una corazonada, una nueva inspiraci  
ón divina) que había  
de ser, repetía, no sólo la segunda Isabel, sino la  
segunda Isabel la  
Católica.

Cuentan los testigos presenciales de la anterior ma  
nifestación  
Pipaónica, que las ilustres personas a quienes el c

ortetano se dirigía  
no le dieron todo el crédito a que por sus honrados  
antecedentes era  
acreedor D. Juan. Cuentan también que este sacó de  
su inagotable ingenio  
nuevas y más enérgicas razones, y hasta se asegura  
(no garantizamos la  
exactitud de este último dato) que en los ojos del  
cortesano brilló una  
lágrima. Mas, ¿por qué no hemos de admitir una vers  
ión que tanto honra  
al bueno de Bragas? Sí; recojamos aquella lágrima d  
e lealtad, vertida a  
los pies de una Reina, y guardémosla para engarzarl  
a veinte años más  
tarde en la corona del marquesado de Casa-Pipaón, c  
oncedido para premiar  
eminentes servicios al Tesoro y al Estado.

Dejando a un lado el testimonio de los presentes en  
aquella escena, a  
nosotros nos consta que antes de admitir al señor d  
e Bragas a la gracia  
soberana, se le exigieron pruebas de que su adhesió  
n no era una mentira.  
Que él se apresuró a darlas no hay para qué decirlo  
, y que estas pruebas  
consistieron en una delación circunstanciada de tod  
o lo ocurrido en dos  
años en casa de D. Felicísimo, fácilmente lo compre  
nderá quien haya  
penetrado, por estas fieles relaciones nuestras, aq  
uel carácter adornado  
de todas las virtudes de la serpiente. Y no pararon  
aquí los servicios  
prestados a la Monarquía infantil por el digno pers  
onaje, sino que  
reveló cosas muy hondas, sólo de él sabidas, y en l  
as cuales había  
tenido cooperación aparente, con el único fin de pr  
ofundizar el abismo  
de iniquidades del partido mil veces execrable (fra

se suya) que se  
aprestaba a escribir el nombre de Dios en las bande  
ras del asesinato.

Véase aquí cómo supo embarcarse en bajel seguro y m  
antener en su  
compañía a la veleidosa fortuna, su hermana querida  
y tutelar maestra.

El ministro de Hacienda, D. Antonio Martínez, que y  
a le tenía en capilla  
para dejarle cesante de su pingüe destino en el Con  
sejo, cejó en sus  
intenciones perversas. El ilustre funcionario adqui  
rió nuevamente el  
favor que había perdido en Palacio, y no pudiendo l  
ostrar que un Príncipe  
apadrinara sus felices bodas, encontró marqueses y  
condes que se  
ofrecieron con bonísimo talante a hacerlo. ¡Ejemplo  
admirable de las  
recompensas que el cielo da a la gente amaestrada e  
n el supino arte de  
la vida!

La boda se fijó para últimos de Setiembre. Mientras  
la anhelada fecha  
llegaba, Pipaón iba tres veces al día a Palacio a e  
nterarse de la salud,  
o mejor dicho de la enfermedad del Rey, la cual se  
agravaba con tanta  
rapidez, que el panteón del Escorial le tenía ya po  
r suyo. Su Majestad  
andaba con mucha dificultad, comía poco, dormía men  
os, y ya se le  
hinchaba una mano, ya una pierna. El vulgo, que le  
tenía por cadáver  
embalsamado, era en esta creencia menos necio de lo  
que a primera vista  
parecía, y en los ataques fuertes casi todo el Rey  
estaba dentro de  
vendas negras. Su mirada triste vagaba por los obje  
tos, como depositando



en ellos parte de aquella tristeza de que impregnado estaba. Su corpulencia era pesadez; su gordura hinchazón; su cara sonrosada de otros días, una máscara violácea y amarillenta que parecía llena de contusiones. La nariz colgante casi le tocaba a la boca, y en el pelo negro, como ala de cuervo, aparecían y se propagaban las canas rápidamente. Los negocios de Estado, en aquellos días más graves y espinosos que nunca, le aburrían y le preocupaban. La imagen de su hermano, que a veces le parecía un buen hombre a veces un hipócrita ambicioso, no se apartaba de su mente, sobreexcitado por el desvelo. Ya pensaba ablandarle con sus sentimientos fraternales, ya confundirle con las amenazas de Rey. Fue D. Carlos la persona a quien más quiso en el mundo, y había llegado a ser su espantajo, el martirio de su pensamiento, la fantasma de sus insomnios y el tema de sus berrinchines. Adivino de su próxima muerte, el Rey veía arrebatado a su sucesión directa aquel trono que quiso asegurar con el absolutismo. ¡Y era el absolutismo quien le destronaba! ¡La fiera a quien había alimentado con carne humana, para que le ayudara a dominar, se le tragaba a él, después de bien harta! ¡Cómo se reirían en sus tumbas, si posible fuera, los seis mil españoles que subieron al patíbulo para servir de cebo a la mencionada fierecita! Pues y los doscientos cincuenta mil que murieron en la guerra de la Independencia, en la del 23 y en la de los

agraviados, ¿qué dirían a esto? ¡Justicia divina! si la mente de Fernando VII se poblaba con estas cifras en aquel tristísimo fin de su reinado y de su vida, ¡qué horrible mareo para hacer juego con la gota! ¡Qué insoportable peso el de aquella corona carcomida! Ya no eran el pueblo descontento ni el ejército minado por la masoquería quienes atormentaban al tirano; eran el clero y los milicianos realistas, capitaneados por un hermano querido. La víctima antigua, inmolada sobre el libro de la Constitución con el cuchillo de la teocracia, no infundía cuidado; lo que perturbaba era el cuchillo mismo revolviéndose fiero contra el pecho del amo. ¡Oh, qué error tan grande haber sacado de su vaina aquella arma antigua cuando ya comenzaba a enmohecer!... El pobre Rey, a quien la Nación no amaba ni temía ya, debió, sin duda, los pocos consuelos de sus últimos meses al espíritu tolerante de su mujer, y si él no se dejaba arrastrar públicamente al liberalismo, sabía tener secretas alegrías cada vez que el Gobierno mortificaba a la gente apostólica. Su alma rencorosa hubiera llegado a la aceptación de las nuevas ideas, no por convencimiento sino por venganza, porque estaba harto de clérigos, harto de absolutismo, harto de camarillas, harto de su hermano, y si viviera más, hubiéramos visto un liberalismo verdugo, como antes vimos una teocracia cazadora de hombres.

El Rey empleaba largas horas escribiendo al Infante

. Creía que con cartas y amonestaciones podría convencer a aquella piedra viva que se llamó D. Carlos, piedra por la tenacidad y falta de inteligencia. En la célebre correspondencia de ambos hermanos, las frases más cariñosas envuelven amenazas terribles. Se ven ríos de sangre corriendo bajo aquellas flores de la zalamería fraternal. Fernando hacía alarde de su autoridad, de su prestigio de Rey y Señor; D. Carlos manifestaba en cada renglón profundo convencimiento de sus derechos, arraigado en la falsa piedad. En sus cartas se veía, bajo las protestas de honradez y buena fe, la ferocidad de la ambición de las infantas brasileñas. Ellas lo instigaban a desobedecer al Rey; ellas le sugerían fórmulas hábiles para disimular con razones y pretextos la rebeldía; ellas eran el alma, la acción, la furia y la iniciativa del partido, mientras D. Carlos era la pantalla de santurronería, que tan bien cuadraba a la causa para hacerse pasar por causa religiosa.

Cuando no escribía cartas, Fernando, comúnmente aburrido de su ordinaria tertulia, pasaba largas horas en el cuarto de las niñas. Era la primera vez en su vida que probaba los deleites puros de la familia. Aquel vicioso que tan mal había empleado su tiempo, se sorprendía ahora de verse ocupado en puerilidades, y bastaba cualquier síntoma de dolencia en Isabelita, para que se olvidase de los negocios de Estado y de los malos pasos en que andaba la corona. Preguntaba con

frecuencia por las  
más insignificantes cosas referentes a las niñas, y  
si Luisita Fernanda  
daba en no querer mamar, ya había motivo para grave  
s cuestiones,  
preguntas y comentarios. Cuando todo iba bien, cuan  
do las niñas parecían  
estar sanas y contentas, o Isabelita se quedaba dor  
mida abrazada a su  
muñeca, el Rey solía pasear por las anchas cámaras,  
dando el brazo a  
Cristina. Ambos marchaban despacio, porque la cojer  
a del Rey exigía un  
lento y cauteloso modo de sentar los pies. Cristina  
hablaba poco de  
negocios políticos, y hacía pronósticos alegres sob  
re la salud de su  
marido. La gota, según ella decía, iba cediendo, y  
era de esperar que en  
el próximo invierno no hubiese ataques fuertes. El  
Rey suspiraba  
incrédulo, y se acordaba de su conducta, que era la  
premisa lógica de su  
gota. De pronto cesaba el paseo: Su Majestad se det  
enía un rato ante el  
balcón por donde se veía la Plaza de Oriente, que e  
ntonces era un  
páramo. Miraba un rato las casas de Madrid, y dando  
un gran suspiro,  
tornaba al paseo lento y trabajoso. No se oían los  
pasos, sino el golpe  
del fuerte bastón en que se apoyaba el Rey, y que c  
on lúgubre compás  
sonaba en el alfombrado suelo.

Desde el 19 de Julio hasta el 27 de Setiembre el Re  
y sufrió mucho de un  
dolor en la cadera izquierda; pero no guardó cama.  
Sus comidas eran  
penosas por falta de apetito. Cristina le acompañab  
a incitándole a tomar  
alimento con las mil zalamerías que usan, para esto

s casos, las mujeres  
cariñosas. De este modo Fernando se engañaba a sí mismo algunas veces,  
creyendo que comía con gana.

El 27 el Rey quiso levantarse de la cama; pero advirtió que sus  
extremidades no le obedecían. Estaba débil, tan débil que no se podía  
mover. Vinieron los médicos y le llenaron de cantáridas. La mano derecha  
se hinchó de tal modo que parecía una cabeza. Su Majestad notaba dentro  
de sí un enorme volumen inexplicable, como si otro cuerpo entrase dentro  
de su cuerpo y le invadiese y ocupase poco a poco. Los dolores se  
apaciguaron, dejándole dormir con pesado y brumoso sueño. El 29 Su  
Majestad se encontró torpe para hablar, torpe para discurrir. Empezaba a  
reinar en él una indiferencia triste. Le pusieron cantáridas en la nuca.  
Con esto el Rey de España se reconoció otra vez Rey de España. La  
mostaza, prolongando un reinado, tomó parte en la historia. Los médicos  
parecían satisfechos y quisieron ver cenar al Rey. Cristina dispuso la  
comida y Fernando comió mejor que los días anteriores. Después dijo,  
«tengo sueño», y los médicos salieron para dejarle descansar. Era  
costumbre en él, durante los últimos tiempos de su enfermedad, dormir  
una breve siesta. Aquel día, Cristina, quedose con él en la estancia y  
se sentó al lado del lecho real. El Rey cerró los ojos sin decir nada, y  
pareció que se dormía con sueño tranquilo. Cristina le miraba. Una  
secreta intuición le decía que se estaba quedando v

iuda.... De repente observó en el rostro de su esposo un movimiento extraño y un cambio de color más extraño aún. Llamó con espanto, entraron los médicos que estaban de guardia y el capitán de guardias duque de Alagón. Los tres médicos, el duque y Cristina contemplaron la cara del Rey. El médico pulsaba, y luego dejaba de pulsar, como un piloto que abandona el timón cuando no hay esperanzas de evitar el naufragio. Cinco minutos duró aquel estado, en que cinco personas miraban un semblante. Pasados los cinco minutos Fernando VII no existía.

Fue una muerte breve, sin aparato, sin agonías tormentosas. Estaba muerto y nadie tenía la persuasión de que el Rey no vivía, porque aquel estado inerte podía ser un desmayo como otras veces. A pesar de que los médicos aseguraron que ya no había Rey, Cristina dispuso que no se tocara el cadáver hasta las veinticuatro horas. Retiráronse todos y en Palacio hubo el movimiento vertiginoso que acompaña a los grandes sucesos de las monarquías. Nadie lloraba. Los cortesanos que habían sido fieles a la persona, pero que no simpatizaban con las ideas, se preparaban a abandonar la casa. Las salas, las galerías, las cámaras, estaban llenas de corrillos. La curiosidad, el recelo, la desconfianza, el miedo, la duda, formaban aquel extraño duelo, en el cual había todo menos lágrimas. «Ahora sí que se ha muerto de veras», murmuraba el labio cortésano en pasillos y galerías, y tras esto surgió

an infinitos planes  
de conducta.

En la madrugada del 30 la descomposición selló la muerte del Rey, para que nadie pudiese dudar de ella. Estaba escrito que la conclusión de aquel reinado fuera en todo conforme al reinado mismo. Entregose el cuerpo a la etiqueta, que hizo con él lo que es de rigor en tales casos. Dejémosle en poder de la mayordomía, que le lleva de ceremonia en ceremonia hasta depositarle en el Escorial. La Corte, los pueblos, le veían pasar sin sentimiento. No ha habido Rey más amado en su juventud ni menos llorado en su muerte. Abierto su testamento se vio que dejaba veinticinco millones de duros, y que mandaba decir veinte mil misas por su alma... \_Requiescat\_...

-XVI-

No se le cocía el pan a D. Benigno Cordero hasta no ver realizado un pensamiento suyo de grandísima importancia. Desde aquella noche en que Sola se expresó con tanto calor, diciendo, «quiero casarme con el viejo», este, lejos de mostrarse ensoberbecido con declaración tan halagüeña, se volvió más taciturno. Fueron a pasar el verano a los Cigarrales, y dos tardes después de instalarse en su casa de campo, Cordero salió a paseo con Sola, bajando hacia la ma

rgen del río. El héroe se apoyaba en su bastón nudoso, y en los pasos difíciles, que eran los más, pedía auxilio al brazo de Sola. Esta no deseaba otra cosa que servirle y complacerle.

--Hijita--le dijo, cuando pasaron de las higueras del tío \_Reza-quedito\_, punto desde el cual ya no se veía la casa--, hoy tengo que decirte la última palabra acerca del asunto que hace tiempo me trae muy caviloso. Me he dado una batalla, querida Sola, me he dado una batalla y me he arrollado completamente, me he derrotado en toda la línea. Acaso no me entenderás.

--No mucho--dijo Sola, creyendo deber decir que no, aunque algo se le iba entendiendo de aquellas cosas, y aun algos había ella penetrado en días anteriores, con su natural agudeza.

--Pues se han concluido mis vacilaciones y a casarse tocan. Entre los dos se establecerá un parentesco de cariño, de agradecimiento y de amistad que no nos separará sino en el sepulcro. ¿Insiste usted en lo que manifestó aquella noche? Creo que no lo habrá olvidado usted, pues yo, si cien años viviera, no lo olvidaría.

--No lo he olvidado, y ahora repito lo que dije, y me confirmo en ello.

El héroe se detuvo y la miró con seriedad afable...

.

--Repárese usted bien que pronunció palabras muy cate



gónicas y muy graves--le dijo en tono de queja--. Grabadas están en mi memoria. «Como Dios es mi padre.... ¿no fue así?... como Dios es mi padre, juro que quiero casarme con el viejo».

--Así fue--afirmó Sola, repitiendo aquel eco de su alma--; con el viejo, con el viejo.

--Es decir, conmigo.

--Con usted.

D. Benigno anduvo algunos pasos, y deteniéndose luego, habló así entre turbado y festivo:

--Pues bien, hija de mi corazón, yo tengo ahora un antojo que quizás usted lleva a mal; a mí me ha entrado un capricho, una manía.... Qué quiere usted... siento decírselo... quizás se enfade.

--¿Qué?

--Pues es que... que ahora me tocan a mí los mimos. .. y, en una palabra, que ya no quiero casarme con usted.

Y echándose a reír, añadió:

--Nada, hijita, le doy a usted calabazas.... ¿no contaba con mis veleidades, eh? ¿No contaba usted con las coqueterías del viejo?

Y al decir esto abrió los brazos, derramó una lágrima, y riendo siempre, estrechó a Sola contra su corazón, en el cual se de

sbordaban los afectos  
más puros.

--Venga acá, hija de mi corazón--exclamó--, venga a  
cá y abrácame también.  
Dios me ha iluminado para hacerla el mayor bien que  
podría usted esperar  
de mí. Felicitémonos ambos de este triunfo de mi ra  
zón, y ahora  
entonemos un himno al sentido común que ha sido nue  
stro salvador.

Sola comprendía a medias.

--¿Quiere usted que nos sentemos en esta piedra?

--Sí--dijo Sola, ávida de hablar, de oír explicacio  
nes--, sentémonos. Usted  
aquí... que está más seco.

--Cuando me dijo usted aquellas palabras--manifestó  
D. Benigno, quitándose  
los anteojos para limpiar los vidrios que se habían  
empañado  
ligeramente--me quedó en el primer momento en éxtas  
is y como deslumbrado.  
Después tuve la suerte de no dejarme alucinar por l  
as pasiones, y de ver  
claro en un asunto tan expuesto al error. Parece qu  
e el buen sentido se  
redobló en mí, preparándose para la gran batalla qu  
e se iba a dar en el  
campo de mi espíritu, y que las pasiones se aterror  
izaron, anunciando su  
vencimiento. ¡Ah! hija de mi corazón, el viejo fue  
iluminado por Dios y  
pudo pesar sus escasos méritos, sus achaques, sus..  
. condiciones,  
poniendo todo esto al lado de tu lozana juventud, m  
erecedora de mejor  
destino. No sé cómo fue aquello; pero recuerdo que  
se agrandaban a mis

ojos los inconvenientes y se amenguaban las ventajas mutuas; comprendí que iba a hacer un disparate y a dar un resbalón más grave que el que me ocasionó la rotura de esta endiablada pierna: me sorprendí arrepentido, hija; no sé cómo fue aquello, sí, me sorprendí arrepentido, y sin saber cómo empecé a ver claro, clarísimo, y me dije: «la quiero demasiado para casarla conmigo».

Sola no sabía qué decir. Las palabras que oía revelaban tal convicción y D. Benigno le infundía tanto respeto, que no se atrevió a contestarle ni a defenderle contra su buen sentido. Pensó primero que debía insistir en lo del matrimonio; pero afortunadamente desistió de una idea que habría sido impropia. Su bondad lo inspiró la declaración más digna en sus labios, diciendo:

--No tengo más voluntad que la de usted.... Haga usted de mí lo que quiera.

--Barástolis, muy bien dicho. Pues yo quiero hacer de usted una hija.... Hasta ahora no había querido tener con usted esa familiaridad inocente que consiste en tratarla de tú. Pues ya que no hay nada de casorio, quiero tener contigo, contigo que eres mi hija, la familiaridad propia de un padre; quiero tutearte.... Y en este momento es preciso que sellemos nuestro parentesco dándonos un abrazo pero muy apretado.... así... no hay cuidado. Ya no somos novios, hijita.

Se abrazaron estrechamente, confundiendo la bondad de sus corazones.

--Ya no somos novios--repitió D. Benigno--. Aquello era una tontería. ¡Me lo ha revelado Dios por conducto de estos achaques míos, y mi razón me dijo tantas, tantas cosas!... No dudé, ni por un instante, de la sinceridad de tu consentimiento. Convencido estoy de que te habrías casado gustosamente con el viejo, de que le habrías querido, de que le habrías sido fiel, de que le habrías cuidado mucho cuando pasara, el pobre, de viejo a viejecito, cosa que no puede tardar.... Pero, hija mía, tu consentimiento y aquellas palabras admirables que me dijiste brotaban de tu gratitud, del afecto filial que me tienes. ¡Ay! No se hacen los buenos matrimonios, no, con estos ingredientes. Es preciso no forzar la naturaleza, no forzar los sentimientos naturales, haciendo de la gratitud amor; es preciso, sobre todo, dar a cada edad lo suyo y no empeñarse en reverdecir la venerable vejez, ni marchitar la hermosa juventud, uniendo una cosa con otra fuera de sazón. No, mil veces no. Tú, al querer ser mi esposa, domando un sentimiento robusto que vivía y vive en tu corazón, hacías un sacrificio sublime. Yo te lo agradezco, porque comprendo cuán sincero era aquel sacrificio; pero no quiero aceptarlo.... Dicen que yo fuí héroe en cierta ocasión; pues aquello de Boteros es tortas y pan pintado en comparación de este arranque de energía que acabas de ver, hija mía, porque esto me

ha costado más  
luchas, porque yo también sé hacer un sacrificio. No se renuncia sin  
trabajo a un bien seguro, a un bien tan delicioso, a todo lo que me  
prometían tu juventud, tu cariño leal, tus méritos inmensos, tu belleza,  
hija... pues ahora que no soy novio, puedo decirte que cada vez te vas  
poniendo más guapa.... En fin, hija, he creído amar te mejor y servirte  
mejor, y amar y servir mejor a Dios, dándome a ti por padre que por  
esposo.... Y aún me queda otra cosa mejor que decirte. Esto que he hecho  
sería incompleto, muy incompleto. Si quedara así... Pero no, yo no hago  
las cosas a medias. Mis heroísmos, cuando salen de mí, no son pamplinas.  
Al hacerte mi hija, quiero llenar el vacío que hay en tu existencia, y  
poner a tus sentimientos la corona que has ganado; quiero llenar de  
felicidad hasta los bordes ese vaso de tu vida que poco a poco se ha ido  
vaciando de sus antiguas tristezas; quiero casarte con el hombre que  
amas, con ese de quien ya puedo asegurar que te merece.

Sola se quedó espantada. Tan grande era la novedad de aquella idea, que  
necesitó algún tiempo para tenerla por lisonja. Se quedó pálida como una  
muerta, y tanto se trastornó su fisonomía, que teniendo vergüenza de que  
D. Benigno sorprendiera en ella la impresión hondísima que  
experimentaba, bajó la cabeza. Cordero puso las palmas de sus manos en  
las sienes de ella, y atrayéndola, le dio un beso en la frente,

diciendo:

--Gracias a Dios que te puedo dar este besillo, para demostrarte de un modo material el cariño honesto que te profeso, cariño de padre, que yo quise echar a perder tontamente. No te avergüences de lo que sientes al oír lo que acabo de decirte. Es natural.... Con este otro beso te quito la vergüenza. Que venga tu futuro esposo a impedirme que te bese.... Si alguien nos viera, ¿qué diría?... Pero nosotros, no se reiríamos y contestaríamos sin ponernos colorados: «Ya no somos novios, ya no somos novios».

Sola se echó a reír. Después se puso muy seria. En su trastorno no sabía qué manifestaciones serían más convenientes, y así dejó a su rostro que expresara lo que quisiera.

--Veo que te has puesto muy seria y como enojada--le dijo el héroe--. ¿No te gusta mi proyecto?

--Es, que...--balbució Sola, no disimulando el gran temor, que de improviso llenó su alma--. Es que... podría suceder.... Y ¿quién me asegura?...

--¿Qué podría suceder, tonta?

--Podría suceder que él no me quisiera ya.

--¡Bonita idea! ¿Me tienes por un necio? ¿Me crees capaz de inclinarte a ser esposa de un hombre, sin saber si ese hombre te quiere, y lo que es

más aún, que te merece?

--¡Entonces, ha hablado usted con él!... ¿le ha dicho?... y ¿él le ha dicho?... ¿ustedes se han ocupado de esto antes de hablarme a mí?... ¿Él sabe?... ¿usted y él?...

De este modo expresaba Sola su curiosidad, no acertando a interrogar sin que preguntas mil, inconexas y atropelladas, se enredaran en sus labios, queriendo salir todas a la vez.

--Todo se ha previsto...--afirmó con paternal reposo D. Benigno--. Calma, calma. No puedo decirte en pocas palabras lo que he hablado con ese buen señor; pero puedo asegurarte que tiene por ti un cariño bastante parecido a la idolatría.... Cuando este pensamiento mío empezó a atormentarme el cerebro fui a ver a mi hombre. No sé qué agitación, qué falta de asiento y aplomo encontré en él. Te juro que no me gustó nada, y al salir, dije para mí. «No la merece: no le entregaré yo el ángel de mi casa». Volví poco después y hablamos de varias cosas. Su conversación me encantó. Hallóle, como siempre, leal y discreto. Pero se me antojó que se ocupaba demasiado de política, y dije: «None s, están verdes para ti. No quiero que mi hija viva sobre ascuas, pensando si ahorcan o fusilan a su marido.... Guarda, Pablo». En una tercera visita... estas visitas mías fueron exploraciones habilidosas y tanteos para conocer si era digno o no del tesoro que yo le iba a regalar, y así jamás le revelé

mis planes... pues decía que en una tercera entrevista hablamos cordialmente, y él se espontaneó de tal modo conmigo, me abrió su corazón con tanta franqueza, me expuso sus ideas y planes de vida con tanta sinceridad, que al salir me dije para mi sayo : «Sí, es preciso dársela. Le corresponde de hecho y derecho». Después corrieron entre los amigos rumores malévolos respecto a él.... Dijeron que se había hecho carlista....

--¡Él!

--Calumnias y simplezas. Fui a verle, charlamos. Aquel día le hice indicaciones de mi proyecto. Él pareció comprenderlo y se puso pálido, muy pálido.

--¡Pálido!--repitió Sola, que tenía sus claros ojos fijos en D. Benigno, y no perdía ni la más ligera inflexión de sus labios elocuentes.

--Pues... pareció que se conmovía, y me abrazó, ¿entiendes? me abrazó. Yo le dije que nos volveríamos a ver pronto.

--¿Y eso fue...?

--La semana pasada, hija, en mi último viaje a Madrid. ¿Recuerdas que dije iba a comprar bisagras y fallebas para las puertas nuevas? En efecto, compró mucho hierro; pero el principal móvil de mi viaje fue saber de la propia boca, de ese señor novio tuyo... démosle este nombre... saber de su propia boca si era verdad que



se había hecho  
carlista.

--¡Qué asquerosa calumnia!--exclamó Sola con ardor,  
confundiendo con una  
frase a los inventores de tan maligno despropósito.

--Él me desengañó quitándome aquel escrúpulo.... po  
rque, a la verdad,  
hija de mi corazón, si mi yerno sale con la patocha  
da de afiliarse a esa  
bandera odiosa y se echa al campo a defender la rel  
igión a tiros.... No  
lo quiero pensar, ¡barástolis!... ¡Bonito negocio h  
abríamos hecho!  
Afortunadamente para él, quedé convencido de que no  
ha pensado nunca  
ingresar en la orden sacristanesca, y cuando salí d  
e la casa, dije:  
«¡Tuya es, bribón, te la has ganado, pillo! Dios me  
manda que te la  
entregue. Ahora, que San Pedro te la bendiga».

--¿Y tampoco ese día lo dijo usted claramente...?--  
preguntó Sola,  
deteniéndose a media pregunta, porque le quemaba un  
poco los labios la  
segunda mitad o el rabillo de la pregunta entera.

--No le dije nada claramente, porque no me pareció  
discreto abrirle de  
par en par las puertas del cielo sin contar antes c  
ontigo. Pero le abrí  
un resquicio, le di a entender mis intenciones, y e  
l bendito hombre  
parecía, como vulgarmente se dice, que veía el ciel  
o abierto; de tal  
modo le brillaban los negros ojos. Quedó envolver a  
principios de  
Octubre, y cuando me despedí, le dije: «volveré un  
día de estos. Vendré,

y quizás, o sin quizás, le traerá a usted noticias que le contenten mucho».

--Hoy es 1.º de Octubre--dijo Sola, con frase rápida, como centella de palabra que de sus labios saliera.

--No, que es mañana--apuntó Cordero riendo--; yo tengo el Calendario en el dedo. No quieras ahora que los días salten unos sobre otros. El tiempo es un señor a quien se ha de tratar con muchísimo respeto. Observa la calma y el método con que anda. A veces parece que va despacio, a veces que corre como un galgo; pero es ilusión nuestra: su señoría no sale nunca de su paso. Mañana, hija querida, iremos a Madrid.

--¡Yo también!

--Pues es claro. Quiero que os veáis, que os habléis. Luego vosotros os entenderéis, y mi papel quedará reducido a preparar algunas cosillas que para la boda sean necesarias....

Dio un suspiro, y estrechando luego entre sus manos las de Sola, que estaban frías, sin duda porque todo el calor se recogió en su corazón alborozado, dijo Cordero estas palabras:

--Te voy a dirigir un ruego. ¿Lo atenderás?

--¡Qué pregunta!--exclamó Sola, echándose a llorar antes de conocer el ruego.

--Pues quiero suplicarte, que después de casada, ya

que mis hijos no  
puedan ser tus hijos, como proyectábamos, les mires  
como tus hermanos.

Sola le contestó con el río de sus lágrimas, que no  
permitían palabras.  
Ni eran necesarias las palabras.

--Si me ves llorar--dijo D. Benigno, secándose una  
lágrima con gesto  
heroico--, no creas que estoy afligido ni desconsol  
ado. En mi pecho no  
cabén ni envidias de mozalbete ni el duelo de deseo  
s frustrados.  
Tranquilo estoy y contento, contentísimo. Si lloro  
es por la atracción  
de tus lágrimas que hacen correr las mías, sin sabe  
r por qué. Tuve un  
poquillo de pena, sí; pero me consuela el saber que  
si mis hijos han  
perdido su segunda madre, buena hermana se llevan,  
¿no es verdad?

Principiaba a caer la tarde y se sentía el fresco d  
el Tajo. D. Benigno  
propuso que se retiraran a casa, y dejando la perla  
dura, tomaron el  
camino áspero y tortuoso.

--Ya van creciendo las noches--dijo Sola, dando el  
brazo a su padre.

--Sí, hija mía--replicó este--, y el mañana tarda u  
n poco más; pero viene,  
no tengas cuidado.

--Ya no recuerdo cuánto se tarda de aquí a Madrid.

--Pues no es mucho. Tomaremos el coche de Peralvill  
o, que es el que va  
más pronto. ¿No sabes la novedad que hay en el mund  
o? Pues ahora han

inventado en Inglaterra unas máquinas para correr,  
un coche diabólico  
que va como el viento, y anda, anda.... No sé lo que  
anda; pero si  
hubiera uno desde Toledo a Madrid, iríamos en dos horas.

--¡En dos horas! Eso es fábula.

--¿Fábula? Me lo ha dicho D. Salvador, que lo ha visto.

--¿Él ha visto esa máquina?

--Y ha andado en ella.

--¿Él ha andado en ella? Será cosa magnífica.

--Figúrate....

D. Benigno se detuvo, y con la complacencia que producían en él las  
maravillas de la naciente industria del siglo, se reparó a dar a su  
hija explicaciones demostrativas, para lo cual puso  
horizontal el bastón  
y deslizó los dedos sobre él.

--Figúrate que hay en el suelo dos barras de hierro  
donde se ajustan las  
ruedas de unos enormes coches... así como casas. Estos coches van atados  
unos a otros. A poco que les empujen, como las ruedas se ajustan a las  
barras de hierro, ¡zás! aquello corre como una exhalación.

--Ya entiendo... las mulas....

--Si no hay mulas, tonta.... Ya te lo explicará D. Salvador, que ha  
montado en esos vehículos. Esa diablura la han pues

to los ingleses entre  
un pueblo que llaman Liverpool y otro que nombran Manchester. Dice D. Salvador que aquello es volar.

--¡Volar! ¡Soberbia cosa!...--exclamó Sola con entusiasmo--. Decir «quiero ir a tal parte ahora mismo» y....

--Y salirse uno con la suya. Pues, te dirá: no hay caballos. Todo aquel rosario de coches está movido por un endemoniado artificio o mecanismo, que tiene dentro fuego y vapor, y sopla que sopla, va andando. Yo no sé cómo es ello. Me lo ha explicado D. Salvador; pero no lo he podido entender.

--¿Y esa manera de ir acá y allá no se pondrá en otras partes?

--Sí, dice nuestro amigo que se va extendiendo; que en Inglaterra están haciendo más de esos benditos caminos de hierro, y que en Francia, van a empezar a ponerlos también.

--¿Y en España?, ¿no los pondrán?

Cordero dio un suspiro.

--Ahora va a empezar una guerra, si Dios no lo remedia--dijo con tristeza.

--Cuando concluya....

--Quizás empiece otra.... Pero, al fin y al cabo, también tendremos aquí esos caminitos, aunque sólo sea para muestra. D. Salvador dice que se extenderán por toda la tierra, y que hasta las regi

ones más incultas  
llegará esa máquina que corre a soplos.

--¿Y la veremos por aquí, por este caminejo?

--¿Por qué no?

--Y podremos decir: «A Madrid...».

--Sí; pero ese prodigio no acontecerá mañana, hija  
querida--dijo Cordero  
sonriendo--. Por ahora nos contentaremos con las tr  
es mulitas de  
Peralvillo.

Entraron la casa, donde hallaron a D. Primitivo Cor  
dero, sobrino de D.  
Benigno, que venía a pasar unos días en los Cigarra  
les, y traía  
estupendas nuevas de la Corte, entre ellas la muert  
e del Rey. Cenaron  
todos un poco tristes por la influencia melancólica  
de tales noticias,  
de los comentarios lúgubres con que las acompañó el  
ex-capitán  
miliciano, y de los presagios fatídicos que hizo.

Cuando D. Benigno manifestó su propósito de ir a Ma  
drid el día venidero,  
Primitivo le anunció con oficioso pesimismo que pro  
bablemente  
encontraría las tropas insurreccionadas en las call  
es, la anarquía  
imperante, y la villa entera, la Corte y la monarqu  
ía, dadas a todos los  
demonios.

Al despuntar la aurora del siguiente día Sola se le  
vantó, y abriendo de  
par en par la ventana de su cuarto, que daba al cam  
po, y a cuyo alféizar  
subían las ramas más altas de los almendros, aspiró

el aire balsámico de  
la mañana y miró los senderos, el suelo, la torre d  
e la catedral  
insigne, que a lo lejos y en medio del verdor oscur  
o del paisaje lucía  
como un ciprés de piedra, dejó correr luego sus mir  
adas por el suelo  
adelante hasta el horizonte, término de amarillentas  
lomas y de azulados  
pedregales; fue con su espíritu más allá del horizo  
nte mismo; volvió con  
tristeza. Se podría haber creído que echaba de meno  
s aquellas barras de  
hierro de que D. Benigno hablara la tarde anterior  
y que, de existir,  
permitirían a los hombres remedar el maravilloso vi  
ajar de los pájaros.  
Nada vio en los torcidos senderos que indicase que  
las hadas se habían  
ocupado la pasada noche en tender aquellas vías met  
álicas, milagro de la  
locomoción, increíble camino más propio para ser re  
corrido con las alas  
del espíritu, que con los pies de la materia.

Poco después se levantó Cordero. El coche de Peralv  
illo no podía tardar,  
y era preciso sustentarse de chocolate y bollos par  
a el largo y molesto  
viaje. Sola dio punto a las meditaciones para atend  
er a los diversos  
menesteres de aquella hora, y cuando D. Benigno y e  
lla se encontraron  
solos, el héroe no pudo menos de preguntarle por qu  
é había en sus ojos  
huellas de lágrimas, siendo las circunstancias más  
bien propicias que  
adversas. Sola contestó que no había podido dormir  
en toda la noche,  
porque las cosas tremendas que contó Primitivo y lo  
s augurios que hizo  
llenaron de misterioso pavor su espíritu. Verdad er

a esto que dijo; pero  
también había influido mucho en su insomnio doloroso  
o la brusca y radical  
mudanza en su destino, en sus ideas todas por la con-  
versación que ella y  
su dignísimo protector tuvieron a orillas del río.  
Sola no quiso ocultar  
a Cordero todo lo que sentía y pensaba.

--Estoy tan aturdida desde ayer tarde--le dijo--, que  
no sé lo que me pasa.  
He pasado toda la noche imaginando catástrofes o so-  
ñando tropiezos y  
caídas. No me puedo convencer de que Dios me lleve  
ahora por ese camino  
tan distinto del que antes seguía, sin que sea para  
ir derecha a una  
desventura muy grande. Yo nací con mala estrella.

--Patrañas, querida hija; cosas de la imaginación--  
replicó D. Benigno,  
apurando su chocolate--. No nos entreguemos a cavil-  
aciones huera y  
tengamos confianza en Dios. Eso de malas y buenas es-  
trellas no es muy  
cristiano que digamos.

--Es verdad; pero yo no puedo evitar el sospechar pe-  
ligros, el tener  
miedo de todo, y el presentir desgracias. Es una es-  
pecialidad mía. Si  
Primitivo no hubiera contado tantos horrores.... Ah  
ora, con la muerte  
del Rey, se va a encender una guerra tal, que Españ-  
a va a ser una Nación  
de huérfanos y viudas. Sí, así será.... Correrán rí-  
os de sangre, ríos  
caudalosos como los de agua, y los hermanos matarán  
a los hermanos....  
todo por saber si ha de reinar la sobrina del tío o  
el tío de la  
sobrina. ¡Qué horrorosos disparates! ¡Y estas cosas



pasan en reuniones  
de gente que se llaman países y naciones!... ¡Y esta es la decantada  
sabiduría de los hombres de Europa que se ríen de los salvajes! Yo,  
mujer ignorante, digo que esos sabios no tienen sentido común.

--Hija de mi alma--exclamó D. Benigno--, estás hablando como el patriarca  
de la filosofía, como Juan Jacobo Rousseau. Sí, el estado actual de las  
naciones y el sentido común son incompatibles.

En su entusiasmo, Cordero tremoló la servilleta que acababa de  
desprender del ojal de su levita. Aquel lienzo era la bandera del  
sentido común, pabellón sin colores y sin heráldica .

--No he podido apartar de mí en toda la noche--dijo Sola--, una idea que me  
hace estremecer de pena. ¿Quién nos asegura que el hombre a quien vamos  
a buscar, no estará ya comprometido en la guerra civil? ¿No será  
probable que esté disparando tiros en las calles? ¿No puede suceder que  
está ya muerto?

--Calla, tonta.... Un hombre tan juicioso.... ¿No comprendes tú...?

--Yo no comprendo nada, yo siento y nada más. El corazón suele tener unas  
adivinaciones tan raras.... A veces, el muy pícaro, se empeña en una  
cosa, y Dios se encarga después de darle gusto.... Ojalá me equivoque. Y  
ahora Dios no nos manda tan sólo el azote de la guerra civil, nos manda

también otro, esa terrible enfermedad.... ¿no oyó usted hablar a Primitivo de esto? Es un mal muy raro, por el cual se muere la gente en pocas horas, a veces en minutos; es una puñalada invisible que sorprende y mata, y nadie está seguro de vivir dentro de media hora.

--Sí--dijo D. Benigno, cayendo en sombría tristeza-- , es el \_Cólera morbo asiático\_.

Al oír este nombre repulsivo y espantoso, Sola sintió correr por su cuerpo un frío displicente. Cordero sintió lo mismo .

--Esa enfermedad--añadió--, ha aparecido en Andalucía. Las personas van muy tranquilas por la calle, y de repente ¡plaf! se caen al suelo y se mueren. Pero esta infección no llegará a Madrid.... Vamos, en marcha, ahí está el coche.

Oyeron las alegres campanillas de las mulas de Peralvillo. Sola se despidió de los niños llorando, y les prometió que volvería muy pronto. Al subir al coche, dijo:

--¿Tardaremos mucho?

--Volaremos--afirmó el héroe--. Peralvillo, llévans a prisa.... ¡Oh! ¡qué lástima que no tengamos ya por aquí esos carriles de Satanás!

Y tenía razón. ¡Lástima grande que en aquella ocasión crítica no existieran los carriles de Satanás!

-XVII-

La mañana del 29 y cuando nadie sospechaba que la muerte del Rey estuviese tan próxima, dejó de ser soltero Pipaón. Los tiernos esposos recibieron la bendición nupcial en la hermosa iglesia de San Cayetano, que hace esquina a la calle del Oso, y el encargado de darla fue el Padre Carantoña, de la orden dominica, grande amigo de los desposados. Asistieron personas de calidad, hubo mucha pompa eclesiástica y mundana, se repartieron limosnas, y todo fue dispuesto para que en los barrios del Sur quedara memoria del suceso por dilatados tiempos. La sordidez de D. Felicísimo no permitió que el almuerzo de rúbrica se diera, como parecía natural, en la casa de la desposada y diole en la suya Pipaón con mucho rumbo y magnificencia. Pero lo más notable del día fue el altercado que tuvo nuestro cortesano con D. Felicísimo. Los recién casados, creyendo que si el vejete no les daba de almorzar, no les negaría su bendición, fueron allá muy gozosos; pero el Demonio, que jamás descansa, hizo que Carnicero tuviese noticias ciertas aquella misma mañana de las traicioncillas de Pipaón y de los soplos infames que había llevado a la antecámara de Su Majestad la Reina Cristina. Estaba el buen señor trinando cuando llegaron los cónyuges

, y ojalá que no  
hubieran llegado jamás, porque así como estalla un  
volcán, reventó la  
cólera de D. Felicísimo, y no quedó dentro de su bo  
ca palabra mal  
sonante ni epíteto quemador. Púsose blanco el bendi  
to agente, como  
piedra caliza, y su rostro plano causaba terror, po  
rque parecía próximo  
a descomponerse en piezas, cayendo cada fracción po  
r su lado. En vano  
quiso disculparse Pipaón, en vano Micaelita intentó  
disculparle también,  
llevada del amor que aquel día le tuvo, y hasta Doña  
María del Sagrario  
arrojó con timidez una palabra de paz en medio de l  
a ardiente filípica.  
Aumentábase el furor del terco viejo con las réplic  
as, y para concluir  
echó a sus nietos a la calle, ordenándoles que no v  
olviesen a poner los  
pies en aquella \_casa de lealtad\_, y conminándoles  
con desheredarles del  
mejor modo que pudiese. Los esposos salieron cabizb  
ajos, y cuando se  
despedían de Doña Sagrario en la puerta, el condena  
do vejete agarró con  
su zarpa acerada el brazo de Tablas, que a su lado  
estaba, y con  
ardiente anhelo le dijo:

--Tablas, cuatro duros, cuatro duros para ti, si va  
s ahora y le das un  
puntapié a ese tunante y le arrojas rodando por la  
escaleras. No hagas  
daño a mi nieta, ¿entiendes? a mi nieta no.

El atleta no quiso desempeñar el indigno papel de c  
achetero que en  
aquella repugnante contienda doméstica se le design  
aba, y todo quedó en  
tal estado. Después riñó D. Felicísimo con Doña Mar

ía del Sagrario, con  
la criada, con Tablas, y a todos les mandó que se fuesen a la calle y le  
dejaran solo, pues para vivir entre espías o traidores, prefería estar  
solo con el leal y desinteresado gato. El buen señor desahogaba su  
cólera sonándose, sonándose fuerte y repetidamente,  
y aquel furioso  
trompeteo resonaba en la casa como las cornetas de un llamamiento  
militar. No era en verdad ilusión que los frágiles tabiques de la casa  
temblaran como las murallas de Jericó, porque durante el ir y venir de  
la gente en el momento del berrinchín, el piso se estremecía de tal modo  
y con tan amenazadora trepidación, que los expulsados tomaban con gusto  
la puerta.

Por la tarde, y cuando no se habían aplacado aún los irritados espíritus  
del agente eclesiástico, entró a verle Salvador Mon salud. D. Felicísimo  
lo recibió con desabrimiento.

--Le he mandado venir a usted--dijo tomando el pie de cabrón y dando con  
él fuerte porrazo sobre la mesa--, para comunicarle noticias muy  
desagradables acerca de nuestro amigo el Sr. D. Carlos Navarro. Usted,  
jé, jé, se tomó por él tanto interés cuando aquella diablura de su  
encierro en la cárcel de Villa, que no dudo en acudir a usted, ahora que  
el insigne guerrero del Altísimo se halla en un trance mucho más  
peligroso.

Oyó Salvador con notorio interés estas palabras, y

después de manifestar  
que no había favorecido a Navarro por simpatías car  
linas, sino por  
consideraciones de gratitud y de amistad absolutame  
nte personales, rogó  
a Carnicero no ocultara nada de lo que al digno sol  
dado del Altísimo  
ocurría. El vejete se revolvía en su asiento. Toman  
do y dejando con las  
inquietaas manos, este o el otro papel, porque estab  
an sus nervios en  
completa anarquía, dijo así:

--Ya llegará la hora de esos canallas, ya llegará,  
¡vive Cristo! Ahora,  
al amparo de esa sombra de Rey, bailan sobre nuestr  
as costillas; pero  
los papeles se truecan, jí.... Figúrese usted que e  
l bravo D. Carlos  
partió hacia Navarra para conferenciar con Santos L  
adrón y otros  
valientes capitanes, la buena gente, la gente sana,  
la gente de Dios.  
Pues bien, hubo una algarada de voluntarios realist  
as en Viana, por  
impaciencias tontas y celo mal entendido. El Virrey  
14 de Navarra mandó  
contra ellos una columna. La columna no derrotó a n  
adie... como siempre;  
pero cogió a D. Carlos, que estaba en el convento d  
e frailes franciscos,  
jí, jí, y juntamente con un sobrino de Santos Ladró  
n y un capuchino, a  
quien sorprendieron haciendo cartuchos, le llevaron  
a Estella. Se formó  
sumaria; dieron parte a Madrid, y este Gobierno cob  
arde y rastrero ha  
mandado hoy, hoy mismo, jí, ha mandado que sean pas  
ados por las armas el  
señor D. Carlos, el sobrino de Santos Ladrón y el c  
apuchinito de los  
cartuchos. He sabido todos estos pormenores por un

oficial del  
Ministerio de la Guerra, que nos pertenece en cuerpo  
o y alma, y no hay  
duda alguna, j́, de que la execrable orden del Mini  
stro irá, lo más  
tarde, por el correo de mañana.

--Es un deplorable incidente--dijo Salvador meditab  
undo--; pero no podemos  
negar al Gobierno el derecho de defensa. Usted, que  
tanto poder tiene,  
¿no podrá evitar esa catástrofe, aunque sólo sea en  
la parte que a  
nuestro desgraciado amigo corresponde?

--¿Yo?...--chilló Carnicero, en tono de lástima de  
sí mismo--. ¿Yo? Bueno  
está el ramo de Guerra en los tiempos que corren pa  
ra que yo pueda  
lograr.... Usted, usted....

--¿Yo?--dijo Salvador, condoliéndose de su impotenc  
ia política y militar--.  
Apenas tengo relaciones oficiales. ¿Qué caso han de  
hacer de mí? Para  
mayor desgracia, he sido tildado de apostólico por  
algunos necios, y en  
el ejército corren hoy vientos muy liberales. Yo no  
puedo nada.

Ambos meditaron breve rato, D. Felicísimo con los o  
jos fósiles puestos  
en el ensangrentado Cristo de la columna, Salvador  
leyendo en las rayas  
de la estera.

--¿En poder de quién está Navarro? ¿Conoce usted al  
jefe de la columna  
que lo aprehendió, o al gobernador de Estella?

--Pues, ya... el bribón que le capturó y el jefe mi  
litar de Estella son

una misma endemoniada persona, j́, j́, y esta persona es el perdido de los perdidos, el gran maestro de los canallas, Seudoquis, más masón que Caifás y más liberal que Caín.... ¿Le conoce usted?

--Mucho--replicó Salvador acabando de leer en la estera--. Tanta amistad tenemos, que seguramente lo que Seudoquis no haga por mí no lo hará por nadie.

--¡Qué lástima, Santo Cristo de la Vega! ¡qué lástima, Santísima Señora del Sagrario, que no está Navarra en Móstoles o que las leguas no se trocaran en varas!... porque en este caso la distancia nos mata. Ni valen para este delicado asunto las cartas de recomendación....

--Es verdad que nada de eso vale.

--¡La distancia, la distancia!... Si pudiéramos traer aquí a Navarra....

--Llevaremos allá a Madrid.

--¿Cómo?

--Sr. D. Felicísimo--dijo Salvador levantándose--, me marcho a Navarra.

--¡Usted!... ¿cuándo?

--Lo más pronto que pueda. Depende de los medios que encuentre. Si esta tarde hallo un coche, esta tarde me voy.

--¿Y confía usted sacar partido de su amistad con ese desollado masón?...



¡Pero qué amigos tiene usted!... Estoy asustado.

--Creo que podré conseguir algo.

--Pero ¿de veras va usted?...

--Ya está decidido. Yo soy así--afirmó el caballero dando algunos paseos de un ángulo a otro en la polvorosa estancia.

--¿Quiere usted cartas de recomendación?

--¿Para clérigos, canónigos, guerrilleros, frailes que hacen cartuchos, y abades que organizan partidas? Sí, sí, vengan cartas. Nada de eso es inútil para mi propósito.

--Entérese usted bien de lo que ha pasado--dijo D. Felicísimo, entregando a Salvador varias cartas, que este empezó a leer con avidez--. Vea usted lo que me escribe el guardián de franciscos de Estrella.... Vea usted también la relación detalladísima que del suceso me hace el prior de los descalzos de Viana. Ahí verá usted las lindezas de su amigo Seudoquis, que fuma en las iglesias, insulta a las monjas, y dice públicamente que Dios es isabelino.

--No creo que Seudoquis se haya vuelto tonto.

--Lea usted, lea usted.

Leyendo, el caballero se enteró del caso y tuvo anticipado conocimiento de personajes, cosas y lugares que ordenó en su mente con asombrosa presteza. Concluida la lectura, ya había imaginado un plan que no debía

sufrir gran variación con la marcha de los sucesos.  
Para poner en  
ejecución lo que pensaba, urgía aprovechar el tiempo  
o lo mejor posible.  
Su temperamento impaciente se adaptaba a las resoluciones  
rápidas y a un  
procedimiento ejecutivo y precipitado para realizar  
pronto la idea,  
anticipándose a las contrariedades y tomando la delantera a los  
peligros. Aquella tarde arregló sus cosas, buscó un  
cochecito y dio  
cuantos pasos preliminares creía menester para no hallar  
obstáculos en  
su largo viaje. Ya anocheecía cuando escribió una carta a don Benigno  
Cordero, manifestándole lo que más adelante sabrá el curioso lector.  
Esta carta la dejó en poder de D. Felicísimo, previa formal promesa de  
entregarla a Cordero, que vendría pronto de los Cigarrales y se  
encontraría en su casa de la subida a Santa Cruz. Despidiose del anciano  
y partió aquella misma noche. La noticia de la muerte del Rey, que ya  
sabía todo Madrid, lejos de hacerle desistir de su propósito, lo  
confirmó más en él, porque iba a empezarse el período de crueldades,  
amenazas y represalias, precursor del desencadenamiento de la hidra,  
cuyos broncos rugidos resonaban ya en toda la Península. No se nos  
quedará en el tintero un incidente ocurrido al partir Monsalud de la  
morada Carniceril. Iba a tientas por el pasillo lóbrego (pues razones  
económicas habían retrasado aquella noche, como otras muchas del año, la  
aparición de la luz), cuando del techo se desprendió un pedazo de yeso o

cascote, mucho mayor que los que a todas horas caía  
n. Afortunadamente,  
al chocar con los puntales se partió en dos o tres  
fragmentos, y  
Salvador no recibió en su cabeza sino uno de estos,  
que produjo un  
mediano porrazo, rozándole después la cara. Cualqui  
er supersticioso  
habría visto en tan insignificante suceso augurio a  
dverso o quizás  
favorable; pero Salvador sacudió del hombro el yeso  
y siguió adelante  
sin contestar a D. Felicísimo, que en la puerta de  
su cuarto decía:

--¿Qué es eso?... ¿se ha hecho usted daño?... ¿se c  
ae la casa?... ¡luz,  
luz!

-XVIII-

«El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey!».

Cuando Elías Orejón entró en casa de D. Felicísimo  
y pronunció esta  
frase con hiperbólico entusiasmo, el famoso Carnice  
ro estuvo a punto de  
perder el sentido; tan grande fueron su sorpresa y  
júbilo. Unidos ambos  
en estrecho abrazo, diéronse palmetadas en las espa  
ldas durante un par  
de minutos, sosteniéndose el uno al otro para no ca  
er al suelo con la  
fuerza del contento y la debilidad de las piernas.  
Esto ocurría poco  
después del fallecimiento del Monarca y tres horas  
más tarde del  
altercado con Pipaón, por donde se ve, que en un mi

smo día reservaba la  
Divina Providencia al señor de Carnicero impresione  
s totalmente  
contrarias, haciéndole pasar de la ira más atroz a  
un contento febril y  
casi rabioso. Los dos viejos expresaron con afán, y  
quitándose  
simultáneamente las palabras de la boca, opiniones  
diversas sobre el  
suceso, y proclamaron que Dios había concedido a la  
monarquía el más  
precioso de los dones, abriendo camino al soberano  
verdaderamente  
católico y al Rey de verdad. Orejón se despidió par  
a volver a la noche,  
trayendo las últimas noticias, y Carnicero se quedó  
solo, saboreando en  
deliciosas meditaciones su júbilo apostólico, idean  
do planes y  
considerando el triunfo rápido de la España religio  
sa sobre la España  
masónica. Después fue Salvador a despedirse y a lle  
var la carta para  
Cordero, y otra vez se quedó solo el anciano con la  
criada que le  
aprestó la cena. Doña María del Sagrario, que estab  
a muy a mal con su  
padre por el sofoco de Pipaón, le acompañó breve ra  
to y fuese después a  
la casa de su sobrino con intento de no volver hast  
a las diez de la  
noche.

Las ocho serían cuando volvió a aparecer Orejón aco  
mpañado del conde de  
Negri, y vieron cenar a D. Felicísimo, que entre bo  
cado y bocado había  
de incrustar una opinión, preguntilla, apóstrofe o  
interjección  
apostólica, todo entreverado de hipos que dividían  
en minúsculas  
porciones sus conceptos, dando idea de lo que sería

un discurso en  
mosaico o una oración en cañamazo.

--A poco de dar el último suspiro Su Majestad--dijo  
el conde--, el pobre  
Sr. Zea reunió en la Cámara Real a varios militares  
.... He oído hablar  
de Quesada, San Martín, Freire y otros muchos que n  
o recuerdo....  
Recibioles la napolitana llorando y gimiendo, y no  
de pesadumbre de  
quedarse viuda, no, sino porque la corona y el tron  
o de su hija van  
rodando ya como los juguetes de las niñas.... Pero  
vean ustedes lo que  
ha discurrido ese Sr. Zea, ese talentazo, ese inven  
tor de la pólvora y  
de los pasteles.... Pues nada: rogó a los militares  
que juraran defender  
la sucesión directa y el tronito de la titulada, Is  
abel II. Tenemos  
monarquía de muñecas.... Y ellos juraron, y tras de  
aquellos fueron  
otros y juraron también.

--¡Patarata!--exclamó Orejón--todo eso es música, m  
úsica. También se han  
reunido esta tarde muchos locos masones, con Aviran  
eta a la cabeza, y  
han deliberado.... ¡Deliberado los postes! ¿cuándo  
se ha visto eso?...  
Señores, llegó el momento de la gran barrida. Españ  
a ha resucitado. Ya  
nuestro Señor no puede tener el escrúpulo de conspi  
rar contra su  
hermano. El mejor día le veremos aparecer en la ray  
a de Portugal para  
ponerse al frente de nuestros ejércitos.... Pero si  
no se necesitarán  
ejércitos. Esto se cae, esto se hunde, esto se desm  
enuza. Esto no es  
monarquía, es una tienda de tirolese. Por nuestra

parte ya sabemos lo  
que nos corresponde hacer, porque tenemos las instrucciones dadas por  
Doña Francisca en presunción del caso que ya ha ocurrido.

--Aquí están las instrucciones--dijo Carnicero, soltando el tenedor para  
sacar un papel de su gaveta.

--Las sé de memoria--replicó Orejón--. Ahora, señor conde, no perdamos el  
tiempo y corramos a ver a los jefes de la guarnición a quienes hemos  
hablado del negocio, y que no han querido soltar prenda mientras viviera  
el Rey.

--Esta noche no hay junta.

--Esta noche no--dijo Elías, tomando el vaso de vino que sobre la mesa  
estaba y acercándolo a sus labios--. Pero, ¿qué aguachirle es este?

--Es lo que yo bebo. Es del propio cosechero de Esquivias.

--Esto es veneno puro.... Pero ¿no has de tener en tu despensa ni  
siquiera dos azumbres de blanquillo para que los amigos brinden por el  
triunfo de la mejor de las causas?

--¡Tablas, Tablas!--gritó Carnicero, y cuando el atleta apareció en la  
puerta, le dijo--: Gandul, ¿estás sordo?... Vete a la taberna de la calle  
del Burro y trae una botella de Jerez seco o de cosa que lo parezca.  
Anda pronto. Oye, ¿no hay bizcochos en casa? trae también bizcochos....

Jerez seco... pronto.

Tablas era siempre diligente para traer vino, porque la expectativa de las sobras le aligeraba los pies. Así volvió prontamente con la compra, y un instante después los dos furiosos evangelistas de D. Carlos mojaban un bizcocho en el dotado licor. Después bebieron con prudencia, por ser ambos como D. Felicísimo, varones de mucha sobriedad.

--Por la religión triunfante--dijo Elías, empinando con gravedad.

--Por los buenos principios de gobierno--apuntó Negri--.... Pero no bebe usted, Sr. D. Felicísimo.

--¿No bebes, Felicísimo? Eso no se puede consentir--manifestó Orejón con brío, apresurándose a ser Ganimedes del Júpiter de la agencia eclesiástica--. Verdad es que este Jerez quema como pimienta.

--Será viejo como yo--dijo Carnicero tomando la copa--. Pues brindo....

Las tres copas chocaron con alegre campanilleo, debido principalmente al temblor del pulso de D. Felicísimo.

--Brindo por la felicidad de España.

--Que ya está segura.

--Otra copa.

--Hombre....

--Otra.

Orejón llenó obra vez las tres copas, con no poco sentimiento de Tablas, que alejado por el respeto, contemplaba las mermas de la botella.

--Es buen vino--indicó Carnicero, en tono de conocedor--. Pero yo no sé si mi cabeza....

--¡Qué cobarde!... Felicísimo, otro trago.... Vamos, a la salud de la familia real.

Este brindis fue acogido con tanto entusiasmo, que Carnicero se levantó de su asiento para dar más solemnidad al acto de envasarse en el cuerpo el generoso vino.

--¡Viva Su Majestad el Rey, Su Majestad la Reina y los serenísimos señores infantes!--exclamó Negri--. De las ruinas del masonismo se levanta el legítimo trono de España.

--Y de Indias... porque se volverán a conquistar las Indias.

--Se volverán a conquistar--dijo Carnicero, que se notó ágil y dio algunos pasos con cierta ligereza relativa--. Adiós, mis queridos amigos. Hasta mañana.

--Hasta mañana.

Orejón y el conde se retiraron. En el pasillo, donde salió a despedirles el dueño de la casa, fueron sorprendidos, como otro visitante anterior,



por un gran desprendimiento de cascotes del techo.

--Llueven piedras, ¿o qué es esto?--gruñó Orejón de teniéndose.

--No es nada. Los ratones me tienen minado el techo . Ya os arreglaré, masoncillos.

El conde soltó una carcajada y se limpió la levita manchada de yeso.

--Pero ¿no tienes Inquisición en casa?

El gato saltó de un rincón, bufando, y subió por los maderos.

--Sí, allí veo la Suprema.... ¡cómo maya! ¿Qué ruido es este?

Los tres se detuvieron con recelo, poniendo atención a un rumor que se sintió instantáneo, y que no era fácil referir a las paredes, ni al techo, ni al suelo, pues en todas estas partes de la casa parece que sonaba a la vez.

--Hombre, juraría que vi moverse una de estas vigas --dijo Orejón.

--Y yo juraría que he sentido temblar el piso.

D. Felicísimo prorrumpió en risas, diciendo:

--¡Qué cabezas pone un vaso de vino! ¡Vaya un par de camaradas!... El uno ve visiones, y el otro oye terremotos....

--Abur, abur.

--Hasta mañana.

Cuando se fueron, D. Felicísimo se quedó solo. Tablas se había retirado a su casa, y la criada, no pudiendo resistir al deseo natural de hablar con su novio, de quien había recibido aquella tarde palabra de próximos desposorios, se fue a la carbonería del número 8. El anciano agente cerró bien la puerta y volvió a su cuarto, único de la casa que tenía luz. Nada de esto merece contarse; pero sí lo merece muy mucho el fenómeno de que D. Felicísimo vio las paredes del cuarto dando vueltas en torno suyo, primero con lento giro, después con rapidez mareante. En vano trataremos de dar explicación a este peregrino hecho pidiendo datos a la ciencia de los terremotos, o buscando su origen en la inseguridad del edificio, que era, por desgracia, bastante grande y notoria. Todo cuanto se diga en este sentido será contrario a las reglas de la sana crítica, y así nos resolvemos a explicar lógicamente aquel volteo de paredes por la detestable calidad del vino que bebieron poco antes los tres dignos señores. El vino era tal, que si le hubieran tomado juramento habría declarado francamente no haber visto en toda su vida las bodegas jerezanas. Su padre y creador era el tabernero, un gran artífice de vidueños que habría sido capaz de fabricar agua, si el agua no estuviera ya fabricada para provecho del gremio. El aguardiente disfrazado que Tablas trajo de la taberna, hizo tal efecto en el cuerpo de D. Felicísimo y de tal modo se aposentó en su fl

aco cerebro, que el  
buen viejo perdió el uso regular de sus perspicaces  
facultades. Como  
hacía tanto tiempo que no probaba licores fuertes,  
su incontinencia de  
aquella noche (disculpable por el motivo patriótico  
que la originó) le  
puso en estado de ver las paredes jugando al corro,  
y le sugirió  
extravagancias y puerilidades indignas de persona tan  
respetable. Dando  
fuerte golpe en el suelo con su pesado pie, exclamó  
bruscamente:

--¡Quieta, España, quieta!... ¿Bailas de gusto por  
la felicidad que te ha  
caído?... Ten calma, Nación, ten calma y espera tranquila  
el triunfo de  
tu Rey sacratísimo.

Carnicero creyó que su valiente exhortación al reino  
o danzante había  
hecho efecto, porque dejó de ver movimiento en las  
paredes.

--Así, así te quiero--dijo dando algunos pasos para  
llegar a su sillón y  
sentarse--pero en vez de andar hacia la mesa, dirigiose  
al testero  
opuesto. No paró hasta tropezar con la pared, y al  
sentir el choque,  
llenose de cólera y dijo:

--¿Quién me estorba el paso?... ¿Quién es el atrevido  
que no me deja  
llegar al sillón?

Esperó respuesta; puso atento oído a los rumores que  
e creía sentir. Todo,  
no obstante, era silencio. Pero a D. Felicísimo se  
lo antojó que oía  
fuertes golpes en la puerta de su casa. «¡Quién!» g

ritó tres veces  
poniendo entre cada grito larga pausa de espera. Mas un silencio lúgubre seguía reinando en la mansión desierta. De improviso sintiose por el techo como un aluvión de pisadas tenues, pero en tal número que formaban imponente estrépito. Eran los ratones que en tropel corrían por aquellas regiones baldías donde habían abierto con su habilidad y paciencia infinitos caminos y derroteros.

--¡Ah!--exclamó Carnicero riendo con lastimosa imbecilidad--. Son los reales ejércitos que van al combate. Adelante, bravos batallones. La hora del triunfo se acerca. Que no quede de masonismo ni el grueso de una uña.

Pasado algún tiempo, oyose reproducida a lo lejos la misma algazara en el techo. Parecía que reñían en la sombra de los pasillos los ejércitos de alimañas y que había retiradas tumultuosas, furibundas embestidas, victorias súbitas, heroicos choques y horribles desmayos. Carnicero dejó de atender a aquel fragor lejano y empujó la pared, queriendo vencer el obstáculo que, según él, le impedía llegar a su cómodo asiento.

--Digo que necesito llegar a mi sillón--repitió--. ¿Quién eres tú?

Alzó los alucinados ojos el anciano y vio lo que en la mitad de la pared había. Era un hermoso cuadro, retrato de Fernando VII, colgado allí treinta años antes, y que D. Felicísimo había conte

mplado desde su  
asiento muchas veces, recreándose en la perfección  
de la pintura y en la  
exactitud del parecido. El cuadro era bueno y repre  
sentaba a Su Majestad  
en gran uniforme, de medio cuerpo, con aire y bríos  
juveniles, nariz  
larga, cabellos negros, ojazos llenos de relámpago  
s y aquella expresión  
sensual y poco simpática que caracterizó al Deseado  
Aborrecido. Tan  
trastornado estaba Carnicero, que le parecía ver po  
r primera vez aquella  
figura en su gabinete, y retrocedió con cierto espa  
nto. Mas reponiéndose  
y haciéndole frente, como si también la figura haci  
a él caminase, se  
encaró con ella, amenazando con su semblante plano  
el pintado rostro del  
Rey, y le dirigió estas arrogantes palabras 16:

--¿Qué tal le va a Vuestra Majestad en los Infierno  
s?... ¡Ah!  
Perfectamente sin duda. Vuestra Majestad lo ha quer  
ido. ¿Qué tal saben  
los tizonazos? Yo me permito decir a Vuestra Majest  
ad con todo respeto  
que Vuestra Majestad está bien donde está. Las cosa  
s vuelven a su  
natural ser, y el Reino se ha salvado. España está  
libre de su monarca  
impuro y acepta el dulcísimo yugo de ese arcángel a  
quien Dios hizo  
nacer hermano de Vuestra Majestad Real.

Calló el viejo y siguió mirando la figura, que de a  
gradable se hizo  
repentinamente espantosa, porque sus ojos echaron l  
lamas, su nariz tomó  
las dimensiones de elefantina trompa, y su mano sol  
tó el bastón de mando  
para echarse fuera del cuadro.... La mano, sí, se e

chó fuera del cuadro,  
y todo el cuerpo del Rey salió en seguida cual si t  
raspasase el umbral  
de una puerta. D. Felicísimo retrocedió sintiendo q  
ue su valor se  
extinguía, que sus bríos se aplacaban, que toda su  
sangre se  
congestionaba en el corazón. Vio venir la horrenda  
estampa del Rey  
cubierto de galones y cruces; vio que el brazo se e  
xtendía, que la mano  
se alargaba y le cogía por la muñeca, a él, el pobr  
e anciano flaco y  
canijo; sintió que aquella mano pesada como el sueñ  
o y más fría, mucho  
más fría que el mármol apretaba sus huesos hasta de  
shacerlos, mientras  
los ojos fulgurantes del Deseado le traspasaban con  
mortífero rayo. El  
pobre anciano no podía gritar, ni desprenderse de a  
quella tenaza, ni  
siquiera encomendarse a Dios, porque había en su me  
nte una perturbación  
horrible y se volvía tonto. La imagen infernal no s  
ólo le atenazaba sino  
que se le llevaba consigo, empujándole a profunda  
des negras abiertas  
por el delirio y pobladas de feos demonios.

Y así pasó un rato sin que cesasen los efectos del  
licor que tan  
alevosamente tomara el nombre y la figura del Jerez  
. Mientras a D.  
Felicísimo se le antojaba realidad el desvarío que  
hemos descrito, la  
realidad era que el retrato estaba en su sitio y D.  
Felicísimo tendido  
en el suelo en completo trastorno físico y mental,  
sumergido en las  
tenebrosas honduras de la embriaguez. El buen señor  
no oyó, pues, los  
fúnebres maullidos del gato; no le vio entrar en la

estancia con los  
bigotes tiesos, el lomo erizado, los ojos como esme  
raldas atravesadas de  
rayos de oro, las uñas amenazantes: no le sintió sa  
ltar y hacer locuras  
cual si perdiera el juicio o estuviese tocado de ma  
l de amores; no oyó  
sus horribles lamentos, seguidos de rancos bramidos  
, ni presenció la  
ferocidad con que a la postre se lanzó fuera, escal  
ando la pared,  
cayendo, levantándose, subiendo por un poste, preci  
pitándose por oscuros  
agujeros, para reaparecer luego desesperado y jadea  
nte. El infeliz  
Carnicero no vio nada de esto, librándose así de un  
a impresión  
horrorosa; no oyó tampoco el estruendo de las alima  
ñas en el techo,  
retirándose al través de los tabiques y haciendo sa  
ltar bajo su paso  
débil innumerables pedazos de yeso; no pudo ver cómo  
o cayó de pronto  
enorme porción de cascote en medio del pasillo, ni  
cómo algunos de los  
puntales se movieron y otros se rompieron cediendo  
al fin al peso de la  
techumbre podrida; no vio la primera oscilación de  
esta sobre la sala,  
ni la inclinación del tabique medianero, ni el vaci  
lar de los de carga,  
ni la pavorosa lentitud con que las vigas del tejad  
o cayeron sobre las  
del techo plano, aplastando la bohardilla como un b  
izcocho; ni oyó los  
crujidos de las maderas resistiendo todo lo posible  
el peso, ni el  
quebrantamiento de algunos tabiques, ni el cuartear  
se de los yesos,  
salpicando chinitas menudas que luego fueron piedra  
s; ni vio  
desprenderse polvo de las alturas, precediendo a un

a lluvia de cal que  
luego fue pedrisco de guijarros; ni presencié la de  
siviación de la pared  
maestra, que empezó haciendo una cortesía a la pared  
frontera por la  
calle del Duque de Alba, y luego se rompió por las  
ventanas y en la  
parte más frágil. D. Felicísimo no vio nada de esto  
, y así, cuando  
aquella mole podrida se desplomó en una pieza con e  
struendo más grande  
que el de cien cañonazos, él se agitó un instante e  
n su sepulcro de  
ruinas, murmuró estas dos palabras: «suéltame ya»,  
y pasó a la  
eternidad, no como quien se duerme, sino como quien  
despierta.

El rico archivo eclesiástico, cuyos legajos asomaba  
n por las rejillas de  
los estantes excitando la veneración del espectador  
, estaba tan comido  
de la polilla, que al desplomarse la casa se desmor  
onó como seco amasijo  
de polvo, y parecía que todo entraba en el caos tra  
s la dispersión de  
tanta materia inútil, de tanta borrosa letra y de t  
anta ranciedad como  
se acumulaba en los podridos escritos. Así los sigl  
os y las  
instituciones caducadas entran como ríos de polvo e  
n el mar de ruinas de  
lo pasado, que se agita por algún tiempo y se embor  
rasca, hasta que al  
fin se asienta y se endurece, se petrifica y queda  
para siempre muerto.  
Nada sabríamos de lo que contiene este sepulcro inm  
enso en que tantas  
grandezas yacen, si no existiese el epitafio que se  
llama historia.

La noticia del desastre se extendió rápidamente por



todo el barrio. Vino  
Pipaón temblando de miedo y harto intranquilo por la  
suerte que en aquel  
inopinado hundimiento hubiese cabido a las gruesas  
cantidades que D.  
Felicísimo guardaba en su propia casa. Más tarde se  
congratulaba en lo  
íntimo de su pecho de una catástrofe que inutilizó  
en el díscolo viejo  
el perverso intento de privar, en lo posible, a su  
nieta de la herencia  
que le correspondía. Hasta en aquel deplorable acci-  
dente se manifestó la  
decidida protección que el cielo dispensaba al cort-  
esano de 1815,  
apartándole de todos los peligros y allanándole los  
caminos todos para  
que llegase a donde sin duda alguna debía llegar. P-  
or esto decía Don  
Rodriguín: \_Divisum cum Jove imperium Pipao habet\_.

En la tarde del día 1.º de Octubre D. Benigno Corde-  
ro contemplaba, con  
afligido semblante las ruinas de la casa del absolu-  
tismo. Una docena de  
ganapanes, vigilados por individuos de la policía y  
de la curia, removía  
los escombros, sacando cascote, podridas vigas, y m-  
uebles hechos  
astillas. El dinero y el cuerpo de D. Felicísimo ap-  
arecieron al fin como  
objetos extraídos de una excavación pompeyana, entr-  
e el pasmo y la  
consternación de los espectadores, movidos quien de  
curiosidad, quien de  
codicia. Él de Boteros tenía en aquella tarde ocupa-  
ciones que no le  
permitían estar como un bobo mirando la exhumación,  
y después de rezar  
un par de Padre-nuestros por el alma del que fue pa-  
isano y amigo, y de

encomendarle a Dios con devoción, entró en una casa próxima. Recibióle un criado, y aquí fue la sorpresa, aquí la suspensión de D. Benigno, que se tuvo por más hundido y aplastado que Carnicero, al oír lo que oía.

--¿Pero se ha ido, se ha ido de Madrid por mucho tiempo?--preguntó el buen señor, después de larga pausa, en que no supo lo que le pasaba.

--Para mucho tiempo, sí señor.

--Luego ha ido lejos.

--Muy lejos, aunque no dijo adonde.

--¿Pero usted está seguro de lo que dice? Usted está trastornado.

--El señor se ha ido y no volverá pronto.

--Entonces habrá dejado algún recado o carta....

--El señor escribió una carta; pero no la dejó en casa.

--¿Pues dónde, hombre de Dios, dónde?

--La dejó a D. Felicísimo Carnicero.

--¡Bendito Dios!--exclamó D. Benigno, golpeando en el suelo con un pie--.

¿Y a usted no le dejó recado verbal para mí?

--¿Para el Sr. de Cordero? Sí señor. Me dijo que D. Felicísimo enteraría a usted del motivo de su viaje y le daría una carta .

--¡Barástolis!... Hay cosas que parecen obra de Sat

anás.

Y reproduciendo en su mente el espectáculo de los escombros que había visto a dos pasos de allí, pensó que para encontrar la carta era preciso levantar muchas varas cúbicas de polvo y astillas, un cadáver y el pesadísimo pie de la curia, puesto sobre el tesoro, como el pie del pilluelo que pisa la moneda caída, mientras su dueño o la busca paseando los ojos por la tierra. Exhaló Cordero de su pecho un suspiro en que parecía que la mejor parte de su alma se escapaba en busca del fugitivo, y salió abrumado de pena. En la calle el gentío que se agolpaba junto a las ruinas le dio a entender que sacaban aquel precioso fósil que fue agente eclesiástico. Entonces dio un suspiro mayor, diciendo para sí:--También nosotros nos hundimos; también a nosotros se nos ha caído la casa encima.

Acordose entonces de Sola, a quien había dejado en su casa esperando el resultado de aquella visita, y no pudo menos de traer también a la memoria las corazonadas de la huérfana antes de salir de los Cigarrales. No queriendo dar a esta la desagradable noticia sin acompañarla de algún consuelo, hizo averiguaciones prolijas aquella misma tarde, y después de hablar con algunos amigos del fugitivo y de hacer mil preguntas en varios mesones y paradores, se retiró a su casa sino con la certidumbre, con la sospecha fundadísima de que Salvador había ido al

Norte. Esto, las voces que habían corrido acerca de las opiniones últimamente adoptadas por su amigo y la circunstancia de haber partido en el mismo día en que murió Su Majestad, llevaron a Cordero de cavilación en cavilación hasta ponerle en el trance de creer lo que el día anterior le parecía increíble.

--No--pensaba andando hacía su casa--, aquel tesoro no puede ser para un aventurero. Mi hija no se casará con un hombre que así juega con los santos principios, con un hombre que ayer fue exaltado liberal y hoy absolutista de tabuco y sobrepelliz. Ella misma apartará de él su espíritu y su corazón, y entonces....

El semblante del de Boteros se animó. Toda idea nueva y feliz produce como una llamarada interior, cuyo reflejo sube al rostro, cuando este no se ha educado en el disimulo y la hipocresía. Cordero avivó el paso y apretó fuertemente el puño del bastón, repitiendo:

--Entonces....

-XIX-

Como la vista del geógrafo se extiende sobre el mapa, así la imaginación del excelente D. Benigno volaba hacia el Norte en seguimiento del prófugo, buscándole por llanos y laderas, sendas y atajos. Veía media

Castilla, medio Aragón, el caudaloso Ebro, y luego las estribaciones pirenaicas cubiertas de verdura y plagadas de serpientes que de mil escondrijos salían. Y no será aventurado afirmar también que la imaginación del fugitivo se iba quedando atrás como un hilo desenvuelto del ovillo que rueda. Rodaba nuestro hombre con la prisa que tan cachazudos tiempos permitían, anhelando llegar pronto, y pues todo es relativo en el mundo, su tartana, galera o silla de postas (que en la categoría del vehículo no están conformes las referencias) llevaba un paso que en comparación del de la tortuga habría podido llamarse veloz. Cruzó el llano de Alcalá, la aromosa y pobre Alcarria, hacia donde cae el reino de las abejas; vio a Sigüenza donde hay colmenas de clérigos, y atravesó la estrecha cuenca del Jalón, que corre silbando por la angostura como una espada de agua que se envaina en montañas. La romana Bilblíis lo mostró ya la tierra aragonesa. En la feraz vega de Zaragoza, pasó por entre pilas de melocotones que parecían balas de fuego, y vio las lozanas viñas de uva retinta, cuyo zumo enardece la sangre de los paisanos de Lanuza. Sin detenerse pasó por la ciudad que lleva el nombre más preclaro en las justas militares del siglo, y que tuvo en los harapos de sus tapias rotas mejor defensa que otras en la coraza de sus murallas de piedra. En Tudela pasó el Ebro entrando en franca tierra de Navarra, semillero de gente brava, pues si Rioja fue hecha para criar

pimientos, Navarra fue hecha para criar soldados. H  
alló gran agitación  
en los pueblos del camino, y la gente detenía el co  
checillo para pedir  
noticias. Era preciso satisfacer a todos, diciendo:  
«Sí, es cierto que  
ha muerto el Rey».

«¿Pero es verdad que Madrid ha proclamado ya a D. C  
arlos? ¿Es verdad que  
Cristina se ha embarcado o va en camino de embarcar  
se? ¿Es cierto que el  
Infante ha vuelto de Portugal, y está al frente del  
ejército?». A estas  
preguntas no podía contestar el viajero porque nada  
sabía, pero bien se  
le alcanzaba que provenían de falsas noticias y emb  
ustes, semilla que  
hábilmente sembrada en tales países había de dar pr  
onto cosecha de  
tiros. Siguió su camino y al fin entró en Estella.  
Aunque eran las doce  
de un hermoso día cuando pisó la plaza Mayor, antoj  
ósele que las  
próximas alturas arrojaban sombra muy lúgubre sobre  
la ciudad y que esta  
se ahogaba en su cinturón de montañas. A cada paso  
hallaba pandillas de  
clérigos con capa de esclavina, paraguas y gorro de  
borla, charlando en  
lenguaje vivo sobre el asunto del día, que era la m  
uerte del Rey y el  
problema de la sucesión.

Dirigióse a uno de aquellos señores para preguntarl  
e por la residencia  
del coronel Seudoquis, a quien quería ver sin pérdi  
da de tiempo, y el  
clérigo, hombre gordito y lucio, le contestó de est  
a manera:

--Nuevo es usted en esta tierra. Si no lo fuera ust

ed, sabría que para encontrar al famoso Seudoquis no hay más que averiguar donde se juega y donde se bebe.

Apuntando con su paraguas a una esquina de la acera de enfrente, añadió el buen hombre lo que sigue:--¿Ve usted aquella casa donde dice en letras muy gordas Licores? Pues allí encontrará usted al borracho.

Y se marchó riendo y a prisa para reunirse a la cuadrilla que había seguido andando mientras él se detenía. Todos los demás individuos de paraguas encarnado y gorro negro eran también lucios y gorditos, señal indudable de no ser gente muy dada a la penitencia.

Pronto encontró Salvador a su amigo, y no le encontró embriagado ni jugando, sino en tertulia con otros tres militares y dos paisanos. La sorpresa y alegría del coronel fueron grandes. Después de abrazarse, retiráronse a un desvencijado cuarto del mesón (pues mesón, café, taberna y algo más era la tal casa) y hablaron a solas más de una hora. Cuando Salvador se retiró a descansar en la estancia que allí mismo le destinaron, creía haber ganado la partida y estaba satisfecho de su aventurado viaje, que ya tenía por venturoso. Pero Dios quiso que todos sus planes se trastornasen y que a cada dificultad vencida naciese otra imponente dificultad. Aquella misma tarde recibióse aviso de que don Santos Ladrón, el atrevido guerrillero riojano, ven

ía sobre Estella con quinientos voluntarios, al grito de \_España por Carlos V\_. Púsose en movimiento la escasa guarnición de la plaza, y Dios sabe lo que hubiera ocurrido si no llegara oportunamente el brigadier Lorenzo, mandado por el Virrey Solá con el regimiento de Córdoba y los provinciales de Sigüenza. Lorenzo no descansó en Estella. Aquella noche vio Salvador las calles Mayor y de Santiago atestadas de soldados, que se racionaban con pan y vino; habló con ellos y pudo notar que reinaba en la tropa buen espíritu, si bien su entusiasmo por la causa que empezaban a defender no era muy grande todavía.

Lorenzo salió a media noche. Al día siguiente se tuvo noticia del combate de los Arcos, en que fueron destrozados los voluntarios de Ladrón y este hecho prisionero. Salvador vio por segunda vez la tropa de Lorenzo, de regreso a Pamplona, llevando consigo al guerrillero don Santos y a Iribarren. Lo peor del caso para nuestro amigo, fue que Lorenzo se llevó también a Pamplona a los tres prisioneros que en la cárcel de Estella estaban, y con esta determinación vino a tierra el plan construido por Monsalud de concierto con Seudowis. Contrariedad tan inesperada parecía anunciar malísimo éxito a las tentativas generosas de Salvador, porque los prisioneros de Estella estaban ya condenados a muerte. Pero no desmayó por esto, y se puso en marcha para Pamplona, siguiendo a la brigada vencedora. Fue par



a él una ventaja  
relativa que le acompañara Seudoquis, con cuya cooperación humanitaria  
contaba, si bien lo sería muy difícil ejercerla en la misma residencia  
del Virrey.

Por el camino pudo Salvador ver a su hermano prisionero y en tal estado  
de extenuación y abatimiento que inspiraba lástima a cuantos le miraban.  
En un desvencijado carro de transportes iba tendido sobre jergones, cuya  
dureza con la de las piedras competía. Como el carro tenía toldo y unos  
palitroques laterales al modo de rejas, su semejanza con una jaula era  
grande, de donde resultaba que el Sr. Navarro, mirado desde fuera,  
escuálido, aburrido, entumecido y soñoliento, se pareciese algo a D.  
Quijote cuando le llevaban encantado desde la venta a su aldea. Salvador  
pudo acercarse, con la venia de la escolta, y cambió algunas palabras  
con el preso, el cual tardó mucho en reconocerle y le miró despacio con  
ojos semejantes a los de un demente.

--¿Qué haces tú por aquí?--dijo acercando su rostro a los palos--. ¿Eres tú  
el que parece o eres otro?

--Soy el que parece--replicó Salvador inclinándose lo más posible sobre el  
arzón de su cabalgadura--. ¿No esperabas verme por aquí?

--No habrás venido a nada bueno.

--He venido por ti.

--¡Ah!... eres de los ministriles del Virrey. ¿Te has hecho asesor de Su Excelencia? Mira, oye, acércate más.... Di al canal la de Su Excelencia que no tarde en fusilarme. Ya no puedo más.

--¿Te sientes mal? ¿Padeces mucho?

--¿A ti te importa algo que yo padezca o no? ¡Pues sí, padezco mucho, por vida del mismo rábano!... Tengo una lámpara encendida aquí.

Incorporándose dificultosamente, llevose ambas manos a los hijares. Su cara lívida causaba miedo, y cuando dilataba los labios morados con expresión equívoca y asomaban sus dientes blanquísimos, se veía en él clara y patente la sonrisa del dolor, o sea la casi imperceptible burla que el dolor hace de sí mismo cuando han concluido todos los consuelos y aun los sofismas del consuelo.

--Tú estás muy enfermo--le dijo Salvador con profunda pena--, y yo creo que el Virrey te perdonará la vida.

--¡Y al dejarme vivir llamas perdón!... vaya un perdón el tuyo.  
¡Indultarme!... No, por muy masón que sea el Virrey, no será tan cruel o inhumano.

--Estás alucinado, y el sufrimiento te enloquece un poco, haciéndote disparatar.

--Yo estoy cuerdo y sé lo que me digo. Tú estás tonto y hablas más de la cuenta.

--Yo sólo te diré que no te desesperes. Ta enfermed  
ad puede curarse  
todavía.

--Con cuatro tiros.... ¡Rábanos! no sufrirá que sea  
por la espalda.

--No serán por ninguna parte. Estás enfermo y exalt  
ado. Yo te juro que se  
harán esfuerzos grandes por salvarte.

--¿Y quién me salvará, tú? ¿tú?--dijo Garrote con d  
esprecio.

--Podrá ser. No he venido a otra cosa.

--¿Desde Madrid?

--Sí. Y a Pamplona voy.

--¡Salvarme tú!... ¡Conservarme la vida! Veo que ta  
mbién hay verdugos de  
la vida.

--Yo quiero ser contigo ese verdugo de vidas.

--Mira, mira, ¿quieres dejarme en paz, intruso, y v  
olverte otra vez a tu  
Madrid?

--Nos iremos

--Yo seré feliz mañana--dijo Navarro con hosca expr  
esión-- , en el foso de  
Pamplona. ¡Qué frío hará allí!

El prisionero temblaba.

--¿Tienes frío?--le preguntó su hermano.

--Hombre, sí, tengo frío. ¿No lo ves? ¿para qué lo

preguntas? Tus  
pesadeces acabarían con la paciencia de un santo.

--Te proporcionaré una manta.

Alejos Salvador y al poco rato volvió con lo que había ofrecido. El  
prisionero tomó la manta y arrebuja en ella, añadiéndola a la manta y  
al capote que ya sobre sí tenía; pero ni por esas entraba en calor.

--Veo que sigues tan helado como antes. Sin embargo  
, el día está bueno.  
Pica el sol.

--Mi frío no es el frío de todo el mundo. Cien  
soles no lo  
destruirían.... abur.

--No, todavía no. Tengo que hacerte una advertencia  
. Es indispensable que  
te vuelvas loco, quiero decir, que mañana, cuando te  
reconozcan los  
médicos, hallen en ti síntomas de locura.

--Hallarán el contento de morir--repuso Navarro, dando  
diente con diente--.  
¡Ah! ya te entiendo: me fingiré cuerdo para que me  
maten más pronto. Me  
fingiré cuerdo, gritaré: «¡Viva Carlos V, mueran los  
masones!...». Está  
bien, hombrecillo, adiós. Vete, que quiero echarme  
a dormir.

Y se tendió, envolviéndose todo y cubriéndose cara  
y manos, de modo que,  
si no fuera por el temblor, parecería un muerto a quien  
llevaban a  
enterrar.

Salvador se retiró muy desesperanzado. El convoy se

detuvo para  
distribuir raciones. Era la época de la vendimia, y  
el vino estaba poco  
menos que de balde, porque necesitaban desalojar la  
s tinajas para dar  
cabida al mosto, que era aquel año abundantísimo. A  
sí es que el convoy  
pasaba, según la expresión de Seudoquis, por una ca  
lle de borracheras. A  
cada instante hallaban grupos jaleadores; oíanse di  
charachos, cantorrios  
y pendencias. Bailes y jotas festejaban el pingüe O  
ctubre, y los mozos  
vendimiadores aparecían manchados de mosto, feos y  
soeces como  
sacristanes, que no sacerdotes, de un Baco pedestre  
y envilecido. Con la  
caída de la tarde se fue amortiguando el escándalo  
de aquella bacanal  
campesina; se extinguieron los ruidos de guitarras  
y panderetas, y al  
anohecer, las pandillas de clérigos aparecían pase  
ando en el camino a  
la entrada de las aldeas. Oscura, oscurísima era la  
noche cuando el  
convoy entró en la capital de Navarra. Y a pesar de  
ser tal que todo se  
veía negro, a Salvador le pareció que no había en e  
lla bastantes  
tinieblas para ocultar lo que hacer pensaba.

-XX-

Pero todo fue inútil por falta de elementos. Arreba  
tar sigilosamente un  
prisionero a la autoridad militar, dentro de una pl  
aza fuerte y en  
momentos en que el fanatismo de los partidos redobl

aba la vigilancia,  
era empresa demasiado temeraria y difícil para que  
saliera bien no  
contando con altos auxilios. Salvador no tenía amis-  
tad con el Virrey, y  
aunque la tuviera de nada le valdría por ser D. Ant-  
onio Solá hombre muy  
inflexible. De los jefes militares importantes trat-  
aba a algunos, y con  
varios de ellos tenía conocimiento que rayaba en am-  
istad, por antiguo  
compañerismo en el Grande Oriente masónico del 22.  
Pero no era a  
propósito la ocasión para corruptelas humanitarias.  
Seudoquis, con quien  
siempre contaba, le dio esperanza, asegurándole que  
si el prisionero  
perseveraba en sus locas extravagancias, era fácil  
que el Virrey, en vez  
de mandarle al foso, le enviase al hospital de orat-  
es.

El cuidado de reanudar sus relaciones antiguas, y p-  
rocurarse otras  
nuevas ocupaba a Salvador las mejores horas del día  
y de la noche. Los  
militares se reunían en una especie de casino, situ-  
ado junto a la fonda  
principal, y allí se jugaba, mezclando los entreten-  
imientos lícitos con  
los prohibidos; se bebía café, se vaciaban botellas  
y se charlaba de lo  
lindo. Fuera de aquel círculo halló nuestro amigo a  
algunos que, a pesar  
de pertenecer a la clase militar, se mantenían retr-  
aídos. Una mañana  
paseaba solo por la Taconera, cuando tropezó con un  
a persona cuyo rostro  
no era extraño para él. Detúvose, saludó, y el desc-  
onocido conocido le  
contestó fríamente. Era un hombre de alta estatura,  
moreno, de ojos

negros, bigote y patillas. Recortadas estas con esmero por la navaja formaban una curva sobre las mejillas y venían a unirse al bigote, resolviéndose en él, por decirlo así, de lo que resultaba como una carrillera de pelo. Su nariz aguileña de perfecta forma, el mirar penetrante, y un no sé qué de reserva, de seriedad profunda que en él había, indicaban que no era hombre vulgar aquel que en tal hora paseaba envuelto en capa de paisano, y calzado de altas botas, que el buen estado del piso hacía innecesarias. Al soltar el embozo dejó ver su cuerpo, vestido con zamarreta peluda, estrechamente ajustada con cordones negros. Las patillas, las botas, la zamarreta, la aguileña y delgada nariz, los ojos de cuervo y la gravedad taciturna son rasgos suficientes a trazar sobre el lienzo o sobre el papel la inequívoca figura de Zumalacárregui.

El que después fue el más grande de los cabecillas y el genio militar de D. Carlos, estaba a la sazón de cuartel en Pamplona, vigilado por la autoridad militar. Varias veces le había amonestado Solá. Se contaban sus pasos y se le había prohibido tener caballo. Vivía con su familia y era hombre muy morigerado. No daba a conocer fácilmente sus opiniones; pero pasaba por ferviente partidario de D. Carlos. Iba a misa todos los días y después de misa paseaba dos horas por la Tacónera, cualquiera que fuese el tiempo.

Salvador y D. Tomás hablaron breve rato. D. Tomás compadeció a su amigo D. Carlos Navarro, y después, como el otro sacara a relucir la guerra y el aspecto que tomaba, dijo con aparente candor, verdadera máscara de su marrullería, que, según su opinión, las cosas no pasarían adelante. Por no verse precisado a hablar más, apretó la mano de su amigo y siguió paseando por la muralla.

Al día siguiente fue pasado por las armas en el fosó de las fortificaciones D. Santos Ladrón, que murió valiente como español y resignado como cristiano. Después sufrió igual suerte Iribarren, cabecilla menos célebre que el primero. Ya estaba señalado el sacrificio de Garrote para el 15, cuando el Virrey, en vista del estado lastimoso del reo, difirió su muerte, mejor dicho, la encomendó a la Naturaleza. Los médicos habían dicho que Navarro no viviría dos semanas, y Solá tuvo ocasión de mostrar su humanidad. El enfermo fue trasladado al hospital, de lo que recibió su hermano mucho contento, porque algo más vale desahuciado que muerto.

Cada día llegaban a la ciudad noticias alarmantes del vuelo que tomaba la insurrección. En Oñate se echaba al campo Alzaá, en Salvatierra Uranga, en Toranzo Bárcena, Balmaseda en Fuentecén, y en Navarra, que era el centro de aquel motín semi-nacional fraguado por el absolutismo con la bandera de Cristo, se habían alzado Goñi y E raso, Iturraldo



y el cura de Irañeta. Eraso tenía por suyo a Roncesvalles, Goñi la Borunda, y el párroco asolaba la parte llana. Era un bravo soldado el de Irañeta y podía ocupar lugar excelso en esos extraños fastos eclesiástico-militares, donde están escritas con horribles letras negras las hazañas de Merino, Antón Coll y el Trapense.

Navarro fue trasladado al hospital, donde su hermano pudo verle con frecuencia. El áspero carácter, los bruscos modos y la amarguísima pena del enfermo no cambiaron nada pasando del poder de los carceleros al de los cirujanos, si bien su dolencia entró en un período de alivio por las ventajas higiénicas del cambio de vivienda. Postrado en la cama, pasaba a veces días enteros sin pronunciar una sola palabra, aunque Salvador hacía los imposibles por sacar una siquiera de aquel pecho que era un mar de melancolías. En cambio, otros días era tal su locuacidad que no podían seguirle la conversación incoherente y exaltada. Salvador y el cirujano procuraban con esfuerzos de gallardo ingenio llevar su charla a los términos de la discreción y del buen razonar; pero mientras más querían ir ellos por el camino del juicio, con más ahínco se arrojaba D. Carlos por los despeñaderos del desatino. Si ellos hablaban de las cosechas, del crudo invierno y entremezclaban donosos cuentos en su coloquio, a él no le sacaba nadie de la guerra, del empuje carlista y de la necesidad de que un jefe militar de prestigio y valor se pudiese al

frente de las partidas navarras para organizarlas y  
hacer con ellas un  
poderoso ejército reglado. Imaginaron hacerlo creer  
que no había ya tal  
guerra y que los rebeldes se habían sometido ya al  
Gobierno; pero esto  
dio resultado contrario al buen deseo de Salvador,  
porque oyendo Navarro  
lo del someterse, poníase furioso, echaba ternos y  
quería arrojarse del  
lecho. Más fácil era pacificar a Navarra que introd  
ucir en aquel cerebro  
insurreccionado la idea de la paz.

El sistema más eficaz para calmarle y hacerle tomar  
las medicinas era  
contarle las hazañas del cura de Irañeta y del cabe  
cilla Mongelos, dos  
tipos de la guerra de salteadores. Pero si le decía  
n que todo el furor  
religioso carlino de tales héroes no era más que un  
a pantalla para  
encubrir contrabando, entonces el enfermo sacaba lo  
s puños de entre las  
sábanas, llamaba al cirujano \_mequetrefe\_, y decía  
a su hermano:

--Tú eres un intrigante forrado en masón. Márchate  
de aquí y déjame solo.  
Me estorbas, te juro que me estorbas. Tus cuidados  
me cargan, porque no  
quiero agradecerte nada. ¿Lo oyes bien? no quiero a  
gradecerte nada, ni  
esto. Pesas sobre mí como una montaña, y creo que n  
o tendré salud  
mientras no estés lejos de mí y pueda yo decir: «no  
le debo nada, no es  
mi hermano, es un intruso».

De estas cosas se reía Salvador, y para captarse su  
voluntad y amansar  
un poco su arisco genio, hasta ideó afectar simpatí

as por el Infante y  
la apostólica insurrección. Una mañana le llevó la  
noticia que circulaba  
por la ciudad, dando motivo a infinitos comentarios  
. Zumalacárregui se  
había pasado al campo carlista. Según dijo quien le  
vio, dos días antes  
había salido muy de mañana, con capote militar, por  
la puerta del  
Carmen, y se había encaminado a pie hacia una venta  
próxima, donde le  
esperaban tres hombres con un caballo. A escape se  
dirigió el coronel  
cabecilla a Huarte Araquil, donde le aguardaban el  
cura Irañeta y  
Mongelos. Los tres partieron juntos hacia la sierra  
en busca de  
Iturralde, según se creía.

Mucho extrañó a Monsalud el ver que su hermano, en  
lugar de recibir esta  
noticia con la alegría que siempre mostraba, tratán  
dose de ventajas  
carlistas, la oyó con gran asombro, y después de la  
rguísima pausa, se  
afligió mucho y se dio un golpe en la frente como e  
n señal de  
abatimiento y desesperación. De pronto extendió una  
mano. Asiendo el  
brazo de su hermano, atrájole hacia sí y en voz baj  
a, con el acento más  
lúgubre que puede imaginarse, le dijo estas palabra  
s:

--¿Ves lo que hace Zumalacárregui? Pues eso debía h  
aberlo hecho yo. ¿No  
te dije que era necesario que un jefe militar se pu  
siese al frente de  
esta sagrada insurrección para organizarla? Pues es  
e jefe debía ser yo,  
yo. ¿Qué hace Zumalacárregui? Lo mismo que habría h  
echo yo. Su papel es

el mío, sus laureles los míos, su triunfo mi triunfo. Si yo no estuviera en esta aborrecida cama, estaría donde él está ahora, y lo que él piensa hacer y hará de seguro, ya estaría hecho.... ¡Qué desesperación, Dios de Dios!

Dicho esto, puso sus ojos fieros en los de su hermano tristes y serenos; le envolvió en una mirada aterradora y le apretó con más fuerza el brazo, diciendo:

--Oye tú, si me sacas de esta cama, si me sacas de Pamplona y me pones en salvo en Huarte Araquil o en Oricáin y me das un caballo, te juro que se acabará el odio que te tengo y serás mi hermano querido, y daré una interpretación buena a tus cuidados, agradeciéndolos en vez de rechazarlos. Hazlo, hazlo por mí y por nuestro padre, cuya memoria y cuyo nombre pongo ahora como lazo de reconciliación entre los dos....

Salvador sintió frío en el corazón. En el primer instante tuvo la idea de aparentar complacer a su hermano, dando cuerda a su demencia; pero consideró al punto que era muy peligroso el sistema de fomentar, siquiera fuese momentáneamente, tan descabelladas manías, y tan sólo dijo:--Si insistes en esa locura, te abandonaré y entonces sí que llamarás a tu querido hermano.

Navarro gritó: ¡\_Intruso\_! y al punto su cabeza y sus brazos desaparecieron entre las sábanas. Era aquel el movi-

miento final de su enfado y su manera genuina de romper con el mando.

Desde aquel día, si halló alivio en su enfermedad, declinó más por la pendiente de la locura, y tales disparates hizo, que el Virrey le absolvió en definitiva como indigno del patíbulo. Estaba incapacitado para morir a manos de los hombres. Una noche le hallaron medio desnudo en un desván del hospital buscando salida para salir al tejado. Dos días después dio de puñadas al cirujano, y frecuentemente se arrojaba del lecho para correr por la sala injuriando a imaginarios enemigos, sólo vistos de su extraviado entendimiento. Por último, pasados tres meses de hospital, y cuando mediaba Enero del 34, fue declarado baja en el ejército, y el Virrey dispuso que se hiciera cargo de él su familia, si alguna tenía. En tal resolución no tuvieron poca parte las buenas amistades de Salvador. Así vio colmados sus deseos, y llevándose consigo al enfermo, lo instaló en su casa cómodamente, decidido a llevárselo a Madrid cuando su estado lo permitiese y se apaciguaran los rigores de aquel crudo invierno.

El descenso de la temperatura había extendido sobre algunas partes de la nieve planchas de durísimo y resbaladizo cristal. Las fuentes, enmudecidas en su parlero rumor, parecían decoraciones de azúcar por la quietud de sus chorros helados de mil facetas. En las murallas las formidables piezas de gran calibre estaban arrebuja

das en la nieve, y  
por un pliegue del frío capote asomaban sus bosteza  
ntes bocas negras  
amenazando al campo. En los fosos, la inmaculada bl  
ancura casi cegaba la  
vista, y las alegres márgenes del Arga no se conocí  
an de puro vestidas.  
Los árboles con sus escuetas ramas perfiladas de bl  
anco no parecían  
árboles, sino urdimbres rotas de un tejido deshecho  
. Las casas medio  
sepultadas echaban a duras penas por su chimenea, c  
ubierta de finas  
cremas y cristalinos picachos, un chorro de humo qu  
e subía lentamente a  
manchar el cielo y se resolvía en el pesado gris de  
la atmósfera como  
masas de tinta arrojadas en un inmenso mar de almid  
ón. Dentro de las  
casas reinaban, por el contrario, la animación y el  
bullicio, por estar  
recogidos los habitantes todos al amor de los hogar  
es, donde ardían  
encinas enteras. Fuera, todo estaba congelado, incl  
uso la guerra, que  
había dejado de moverse en el campo para latir en e  
l corazón de las  
viviendas.

Contra lo que Salvador esperaba y temía, Navarro se  
dejó llevar, y  
después de instalado en vivienda tan distinta del l  
óbrego y tristísimo  
hospital en que antes moraba, su exaltación se troc  
ó en abatimiento y su  
aspereza en indiferencia, no exenta en algunos inst  
antes de suavidad y  
aun de discretas y sosegadas razones.

No contribuyó poco a su alivio la soledad en que es  
taba y el no permitir  
Salvador que le visitara persona alguna, porque en

el hospital los demás  
enfermos se complacían en calentarle los cascos, co  
ntradiciéndole en sus  
vehemencias o alentándole en sus majaderías. Una mu  
jer de carácter  
excelente, tan notable por su solicitud como por su  
paciencia, le  
asistía, y un clérigo pacífico le acompañaba alguno  
s ratos. Doña  
Hermenegilda, que así se llamaba la dueña, era viud  
a de un guarda-montes  
de la Borunda y había tenido siete hijos, de los cu  
ales, a excepción del  
más pequeño, que emigró a las Américas, no quedaba  
ninguno por haberlos  
absorbido todos sucesivamente las distintas guerras  
de la Península,  
desde la famosa de la Independencia hasta la de los  
agraviados en  
Cataluña. Tan guerreros eran, que en los pequeños c  
laros o intervalos de  
paz, ninguno supo hacer cosa de provecho, y la poca  
hacienda que tenían  
fue pasando a los prestamistas, disolviéndose toda  
en comilonas, timbas,  
inútiles viajes, cacerías y compras de armas para c  
amorras. De esto y  
del desastroso fin de todos ellos, nació en Doña He  
rmenegilda un  
aborrecimiento tan vivo de las guerras, que no se l  
e podía mentar nada  
de lo tocante al fiero Marte y su culto sangriento.  
Ella decía que una  
nación de cobardes sería la más feliz y próspera de  
l mundo, y cuando le  
objetaban que esa nación no sería dueña de sí misma  
porque la  
esclavizaría cualquier conquistador extraño, respon  
día que su bello  
ideal era que todas las naciones del mundo fueran i  
gualmente cobardes,  
para que resultara un globo terráqueo poblado en ab

soluto de seres  
prudentes. Doña Hermenegilda no era navarra.

No podía haber escogido Salvador persona más a propósito para cuidar a un hombre tocado, como se sabe, del mal de batallas. No tenía igual seguridad de acierto en la elección del Padre Zorraquín para acompañante y amigo espiritual del enfermo, porque si bien en ocasiones podría tenerse al tal clérigo por la persona más bondadosa y mansa del mundo, en otras parecía un si es no es levantisco y ambicioso. Era Zorraquín capellán de unas monjas pobres y no podía ocultar sus febriles ganas de llegar a otra posición eclesiástica más elevada. Ya no era joven el capellán y había dejado trascurrir lo más florido de su existencia sin hacer valer los méritos que creía poseer. Todas sus peroratas sobre este tema de la vanidad concluían diciendo: «Ya, ya vendrán tiempos de justicia, sí, ya vendrán.... Entonces no veremos los coros de las catedrales llenos de masones con sotana, mientras los buenos eclesiásticos perecen».

No pasaba ya Garrote la mayor parte del día en la cama. Había recobrado las fuerzas, y su mal, que antes parecía profundamente arraigado y dueño de la persona, le permitía ya algunas horas de completo bienestar. Muy sensible al frío, se acercaba con frecuencia a la lumbre, la observaba con fijeza, arrojando en medio de las ascuas su mirada, como si quisiera encenderla en ellas, y no se movía hasta que, infla



mándose su cara con los rojos reflejos, llegaba a un grado de irritación insoportable. Entonces se retiraba, conservando en su pupila la imagen de las brasas deslumbradoras. Después de dar algunos paseos por la estancia, hasta enfriarse, volvía junto a las llamas y se extasiaba contemplando otra vez las lenguas rojas de azulada punta, las quemadas astillas que caían del consumido leño con murmullo de hojas secas, y languidecían luego en la ceniza durmiéndose.

Comía poco. No leía nada, y su única distracción era tirar al florete con su hermano. Pero este entretenimiento duraba minutos nada más, por la escasa fuerza del convaleciente. Hablaba tan poco, que a veces hasta se privaba de lo necesario por no pedirlo. En el largo espacio de un mes no pasaron de tres las conversaciones tiradas que a ambos hermanos sostuvieron. En la primera hablaron de las condiciones de las casas de Pamplona, de la catedral, de la ciudadela, de las fortificaciones, de la Rochapea y de otros temas locales, en que Navarro mostró su prolijo conocimiento de la ciudad. En la segunda, Salvador le habló de la guerra, procurando poner a prueba el juicio de su hermano, y no tuvo poca sorpresa al observar que Garrote trató el asunto con un aplomo y una serenidad de ideas admirable. El tercer coloquio fue todo él expresión de sentimientos personales, y habría podido servir de base de concordia entre dos hombres que tanto se habían abo

rrecido. Por esto  
debe ser puesto entre lo más precioso que han habla  
do nuestros  
personajes, y reproducido con integridad para que s  
ea edificación de  
nuestros lectores, como lo fue de Doña Hermenegilda  
, que tuvo el honor  
de hallarse presente en aquel palique.

-XXI-

Una tarde, después de comer, hicieron ambos elogios  
muy ardientes de un  
exquisito guisado de palomas silvestres que les pus  
o Doña Hermenegilda.  
Después Navarro se acercó a la chimenea, cual si fu  
era a arrojar  
dentro de ella, y como Salvador le amonestara por a  
quel singular gusto  
de achicharrarse, Navarro se retiró, miró a su herm  
ano sin el  
acostumbrado fruncimiento de cejas, y le dijo estas  
blandas palabras:

--Acabarás por manejarme como a un chiquillo. ¿Qué  
más quieres? Poco a  
poco me has ido haciendo tu prisionero sin combatir  
, y con medicinas  
primero, con cuidados después, has ido venciéndome.  
Si no hay en todo  
esto una intención desconocida, desde ahora declaro  
que estoy agradecido  
del bien que me has hecho.

--Una intención y un plan hay en mí--replicó Salvad  
or--pero ambos son hart  
claros. He querido vencerte con las armas del bien  
y dominarte por la

fuerza de la caridad, emanada de un parentesco que no querías reconocer.  
¿Lo reconocerás ahora? ¿Se hace por un extraño lo que yo he hecho?

--No--dijo con noble decisión Garrote--. No se hace por un extraño lo que has hecho por mí. He tenido días de gran oscurecimiento en mi cabeza; pero ya veo claro, y aunque imagino sofismas y sutilezas para desvirtuar tu comportamiento conmigo, no puedo. La verdad es más fuerte que mis cavilaciones. Te me has ido imponiendo, imponiendo, y ahora estás encima de mí con un doble carácter, pues no puedo separar completamente en ti el hermano cariñoso del hombre aborrecido, ni creo que separarlos pueda mientras los dos vivamos.

--He sido más afortunado que tú--dijo Salvador, apartándole otra vez del fuego, que le atraía como a mariposa--, porque yo he ace tiempo que he olvidado todas las ofensas; hace tiempo que he cogido todos los rencores y arrancándolos de mí los he echado fuera, como se echa este papel al fuego.

Salvador arrojó al fuego un papel que ardió instantáneamente con llamarada juguetona. Instintivamente Navarro se acercó a la chimenea y quiso sacar el papel que ardía; pero retrocedió que mándose los dedos. Esto, que parecía un chispazo de locura, inspiró a Salvador lo siguiente:

--No metas tu mano en el fuego para sacar lo que ha

caído en él. Tú, como  
yo, necesitas hacerte perdonar para ser perdonado,  
necesitas comprar la  
generosidad con generosidad y el olvido con el olvi  
do.

--Si pudiera olvidar...--murmuró Navarro, embelesad  
o siempre en la  
contemplación de la llama--. Si pudiera borrar todo  
lo que no fuera  
presente.... ¡Qué tranquilo viviría!... Porque el p  
resente me agrada, y  
esta serenidad que ahora disfruto es un bien muy pr  
ecioso. Fáltame saber  
si lo debo a la casualidad, a la Providencia o a ti  
.

--A los tres--replicó el otro--. La Providencia y e  
l hombre, ya amigo ya  
enemigo, suelen obrar de acuerdo para salvarnos o p  
erdersnos. Tu memoria  
se ha aclarado lo bastante para recordarte, lo que  
has pasado, la ruina  
de tus descabellados planes de guerrillero, tu pris  
ión, tu enfermedad  
gravísima, tu condenación a muerte. Pero hay cosas  
que no puedes saber  
por tu memoria, y son la curiosidad interesada con  
que yo observaba tus  
pasos desde Madrid, y mí resuelto propósito de soco  
rrerte cuando caíste  
en el mayor peligro en que puede caer un hombre. Yo  
dejé mi casa,  
comodidades de esas que empiezan a valer mucho cuan  
do se nos va acabando  
la juventud, y quehaceres importantes; yo corrí a e  
ste país de Navarra  
decidido a emplear todo lo que en mí hubiera de act  
ividad, de celo y de  
ingenio para salvarte. He vivido algunos meses cons  
agrado a ti, velando  
por ti, y luchando contra tu mal, contra tu genio,

contra tu locura,  
contra los enemigos, contra la ley y contra todo, s  
in desmayar nunca,  
sin fatigarme un punto hasta conseguir mi objeto. S  
obre todos los  
enemigos me han resistido siempre tu carácter y tu  
antipatía. Pero esto,  
lejos de desanimarme, me encendía más, y más me est  
imulaba a pretender  
una victoria completa. Estoy satisfecho, te he salv  
ado de la muerte, te  
he cazado, te he domado, y ahora te tengo en mi pod  
er, no como enemigo  
prisionero, sino como podría tener un padre a su hi  
jo débil y pecador,  
sojuzgado y no sé si arrepentido. Yo conceptuaba co  
mo la mayor gloria  
apetecible esta victoria mía por la fraternidad cri  
stiana, y esa  
sumisión tuya por la gratitud. Ahora, cuando parece  
que recobras tu  
salud perdida y tu libertad, ¿qué harás? Desde el m  
omento en que yo me  
aleje, tu soledad será espantosa. ¿Irás a la guerra  
? No lo creo. Si te  
retiras a alguna parte a vivir pacífica y honradame  
nte, ¿a quién  
volverás los ojos para decir: «tú eres mío»? ¿Los v  
olverás a tu mujer?  
No. ¿Buscarás algún pariente en la Puebla? No los t  
ienes. ¿Buscarás  
amigos? Tu carácter rechaza las amistades nuevas. A  
bre los ojos y ve  
claro, desgraciado; no niegues la evidencia. Por má  
s que busques no  
hallarás más familia que yo. Yo soy el único que pu  
edo llenar tu vacío y  
hacer a tu lado un bulto, una sombra que indique la  
presencia de un  
amigo.

--Cállate--dijo Navarro, ya lejos de la chimenea--c

állate, que me haces  
daño. Insensiblemente te has atado a mí y has solda  
do la cadena. Está  
bien, te arrastraré conmigo. ¿Podrá separar algún d  
ía el hermano  
cuidadoso del hombre aborrecido? No lo sé. Deja que  
pase el tiempo, que  
pasen días. Yo tengo ahora ocupaciones graves, muy  
graves.

Esto de las ocupaciones graves hizo en Monsalud el  
efecto de un golpe.  
Tembló por el juicio de su hermano, que poco antes  
había visto  
manifestarse claro y hermoso, y que de repente se o  
scurecía. Como pasa  
una nube por delante del sol, así pasó aquella fras  
e por encima de la  
discreción del enfermo, ocultándola.

--Ocupaciones graves, gravísimas--repitió Navarro,  
frotándose las manos--.  
Por ahora sólo te diré que, si es verdad lo que me  
has dicho, resultará  
que eres digno de admiración. Yo no te la niego, y  
en cuanto a tenerte  
cariño. Yo me entenderé. El cariño no es cosa de qu  
ita y pon. Ya creo  
que siento un cierto interés por ti y que no me gus  
taría verte  
desgraciado. Pórtate bien, y veremos.

Este tono de protección, tan impropio del estado de  
ambos, chocó  
extraordinariamente a Salvador; pero su asombro y a  
larma subieron de  
punto cuando Navarro, después de tener un rato las  
palmas de las manos  
sobre la lumbre, fue hacia su hermano, y poniéndole  
sobre el rostro una  
de aquellas manos que quemaban como plancha de hier  
ro, le dijo

pausadamente:

--Deja que acabe esta gran campaña, y luego veremos  
.

Salvador no dijo nada. Sospechaba que en la cabeza de su hermano había una idea monstruosa, y no quiso perseguir aquella idea, temiendo ver confirmada la triste sospecha. Dejándole que se achicharrase otra vez las manos, se acercó a la ventana para ver la nevada, que aquel día era abundantísima. Parecía que el mundo navegaba por un piélago infinito de plumas de cisne.

Entró a la sazón el padre Zorraquín muerto de frío y se sentó a horcajadas en una silla, frente a la chimenea, extendiendo sus pies hacia el fuego. Poco después el vivo calor de la llama le obligó a apartarse. Empezó a oscurecer, por ser en aquella estación las tardes más cortas que la esperanza del pobre, y Doña Hermenegilda dio luz a un esplendoroso quinqué, competidor del sol de invierno. Cerradas las maderas, se prepararon los cuatro a echarse a pecho a la larguísima velada, que parecía un siglo, cuando no era conllevada de interesantes y variados entretenimientos. Doña Hermenegilda hacía media con ligereza suma. Aquella noche necesitó devanar madejas de hilo, y como no tenía devanadera, prestose, como otras veces, a suplirla el bendito Padre Zorraquín. Era hombre amabilísimo. El cura charla que charla, y la dueña devana que devana, parecía que de los labios de aqu

el salía la palabra,  
como de la madeja de sus manos el hilo, y que Doña  
Hermenegilda iba  
envolviendo el interminable discurso, haciendo de é  
l un corpulento  
ovillo, que bien podría pasar por abultado libro. E  
l cura hablaba,  
moviendo brazos y manos con lenta oscilación para q  
ue saliese la hebra,  
el ovillo crecía, pasando de nuez a manzana, de man  
zana a calabaza, y  
los dos hermanos oían y callaban, el uno inmóvil, e  
l otro marcando cada  
vuelta de la madeja con un golpecito dado con las t  
enazas en el borde de  
la chimenea. Cada vez que el hilo se deslizaba, roz  
ando con el dedo  
gordo de la mano derecha del cura, Navarro daba un  
golpe. Era como el  
ritmo de un reló 17. Creeríase que los cuatro indiv  
iduos formaban un  
mecanismo dentado construido para hablar ovillando,  
y para ovillar los  
segundos. Salvador habría podido pasar por la muest  
ra de aquel humano  
reló 18, pues su cara no expresaba nada, a no ser l  
a inmutable tristeza  
de un horario.

¿Qué contaba Zorraquín? Las hazañas de Zumalacárreg  
ui, que era el asunto  
obligado en Pamplona y en toda Navarra. La prolijid  
ad del buen cura no  
es para imitada aquí, pues él se había propuesto se  
r en lo futuro  
historiador de aquella gran guerra, y apuntaba toda  
s las noticias para  
reunir materiales. Aprovechándolo todo, lo mismo lo  
cierto que lo  
dudoso, y utilizando lo histórico así como lo anecd  
ótico, allegaba  
elementos para un colosal almacén literario que, po



r fortuna, pereció en  
un incendio años adelante.

Zorraquín refería las acciones, describía los lugares, reproducía las palabras, dando a las alocuciones el tono y tamaño de discursos a lo Tito Livio. Hasta imitaba los gestos de los guerreros, y al llegar un punto en que hubiese aclamaciones de la muchedumbre, lo hacía tan al vivo, que era preciso suplicarle que bajase la voz para no alarmar a la vecindad.

Abreviando todo lo posible la empalagosa narración, sólo diremos que Zumalacárregui había tropezado con el antagonismo de los díscolos jefes que se sublevaron antes que él. Aclamado por algunos como jefe de todos los voluntarios navarros, halló resistencia en Iturralde. El cura de Irañeta, y Mongelos no vacilaron en ponerse a sus órdenes. Dividiéronse los carlinos; pero una insurrección pequeña nacida dentro de la insurrección grande resolvió el problema. El cabecilla Sarasa se sublevó una mañana, y haciendo prisionero a Iturralde, proclamó a Zumalacárregui comandante general de Navarra. Por este procedimiento, que más que navarro era español puro, se unificó la insurrección, y los voluntarios carlistas no tuvieron ya sino un solo jefe. Este desplegó desde el primer momento energía colosal. Rebajó a un real la soldada de dos reales que percibían los voluntarios, y empezó a combatir con gran fortuna. Dictó aquellas célebres disposiciones que

tan extraordinario  
vigor infundieron a las armas carlistas, y en todo  
mostró ser insigne  
guerrillero, digno sucesor de los Viriatos, Empecinados y Merinos, con  
más saber militar que todos ellos. Sus terribles castigos revelaron un  
carácter de hierro tal como se necesitaba en aquella sangrienta ocasión.  
Condenó a muerte en un bando que hacía cumplir estrictamente, a todo el  
que volviera la espalda al enemigo durante el combate, a todo el que sin  
vacilar no se dirigiese al puesto designado por su jefe, aun cuando  
viese en él una muerte segura, y a todo el que pronunciase voces  
alarmantes, como \_que nos cortan\_, \_que viene la caballería\_, etc....

Todo esto lo oía Navarro sin decir nada, cejijunto y torvo, hasta que al fin rompió la palabra:

--Basta ya de charla, Sr. Zorraquín. Si eso ha de escribirse que se escriba; pero conste que no es por mandato mío, pues no tengo vanidad en ello.

Salvador y Doña Hermenegilda se miraron a las diez de la noche, cuando los dos hermanos se quedaron solos, después de cenar, Salvador rogó a Navarro que se acostase.

--No será malo--dijo este con mucha naturalidad--, pues fatiga sobre fatiga, se llega a un punto en que no hay cuerpo que resista. Sigo tu consejo, pues no ha sido mala la jornada de este día.

Salvador le acompañó a su alcoba. Acostose Navarro, y sumergido en el lecho con el rebozo de las sábanas en la boca, sin mostrar de su persona más que media cara y tres dedos de una mano, habló a su hermano de este modo:

--Natural era que se supiese ya en Navarra y aun en toda España la resistencia que hallé en Iturralde, la sublevación de Sarasa, y por último, la concentración de todas las fuerzas de este país bajo mi mando. Lo que extraño mucho es que se sepa ya, y aun que ande escrita y parlada, la orden del día que di en la Amezcoa, mandando fusilar a los que vuelvan la espalda, a los que pronuncien voces subversivas y a los que no acudan a los puestos de peligro.... Esta idea, que hace tiempo tenía yo y que acabo de poner en ejecución, será la clave de esta gran guerra y la base sobre que se forme el más temido y belicoso ejército que han visto las naciones.

Salvador no pudo contenerse.

--No eres tú--le dijo--, quien ha hecho esas cosas, sino Zumalacárregui.

Sonrió con desdén Navarro, y como si su hermano hubiese dicho una gran necedad, le contestó de este modo:

--¿Pero no sabes, pobre hombre, que ese infeliz Zumalacárregui fue hecho prisionero en la Rioja, conducido a Estella, en cuya cárcel se agravó su

enfermedad del hígado, y después trasportado en un carro a Pamplona? ¿No sabes que está en el hospital con un mal gravísimo, que algunos tienen por hepatitis y otros por locura? ¡Lástima de hombre! le aprecio mucho y deseo que sane.

Dijo, y volviéndose del otro lado se fue aletargando. Poco después dormía profundamente. Después de contemplarle un rato, considerando que era cosa perdida, Salvador se retiró con el alma llena de tristeza.

Pasaron tres días. Una mañana entró Salvador en su casa y halló a Doña Hermenegilda consternada, llorosa. La buena señora no se atrevía a darle la tristísima nueva del suceso ocurrido durante la ausencia del amo de la casa. Salvador creyó comprenderlo, corrió a la habitación de su hermano, pasó de una estancia a otra.... No estaba.

--Se escapó, sí señor, se escapó no hace media hora.... En un momento que me descuidé.... Salí a comprar varias cosas.... Le dejé paseando en el comedor con el capote puesto y la espada ceñida. Como otras veces andaba en el mismo empaque, no sospeché.... Todavía no habrá salido de la ciudad. Todavía se le podrá detener.... ¡Qué desgracia!... Cuando parecía curado.... ¡Esta mañana me hablaba con tan buen juicio!...

Sin perder un instante se empezaron las indagaciones. Algunos vecinos de la calle le vieron, y según la dirección que llevaba, debió de salir por la puerta de la Rochapea. Salvador preguntaba a todo el mundo, y como el pobre enfermo era bastante conocido en Pamplona, no tardó en tener noticias del rumbo que había tomado. En compañía del Padre Zorraquín, que se le unió desde que tuvo noticia del suceso, recorrió inmediatamente todo el arrabal de la Rochapea. Al principio las indicaciones que recibió eran vagas y contradictorias; pero al fin supo que Carlos había comprado un caballo y había partido a escape en dirección de Villaba. La circunstancia de estar el pobre Navarro en posesión de su dinero fue causa de esta fuga, porque si no tuviera oro no habría encontrado caballo, y a pie no hubiera podido alejarse mucho. En el acto trató Salvador de adquirir dos cabalgaduras, una para sí y otra para Zorraquín, que se brindó a acompañarle en la humanitaria empresa que iba a acometer; pero la escasez de caballería era tal con motivo de la guerra, que en toda aquella noche y en parte del siguiente día no pudieron obtener nada de provecho. Por fin, después de recorrer todos los arrabales exteriores y las cuadras de la ciudad, lograron obtener a precio muy alto dos cuartagos de desecho, veteranos del trabajo de arrastre, cuya presencia infundía 19 ven

eración y un vivo  
deseo de andar a pie. Al verse dueño de aquellas do  
s piezas, Salvador no  
pudo tener la risa; pero, pues no había otras mejor  
es, forzoso era  
tomarlas, y dispuso que antes de emprender la prime  
ra jornada se les  
diera una copiosa ración de cebada, a ver si de est  
e modo recordaban su  
mocedad. Hartáronse de tal manera, que después fue  
preciso darles igual  
ración de palos para hacerles abandonar la cuadra y  
el desusado  
sibaritismo que les permitió su nuevo dueño. Al fin  
aquellas  
desvencijadas máquinas se pusieron en movimiento, l  
levando a nuestros  
dos jinetes por el camino de Villaba. Era de noche  
y la helada dejábase  
sentir con intensidad. Iba Salvador en trajo de cam  
ino y Zorraquín en un  
pergenio mixto de viajero y eclesiástico, sin sotan  
a, con botas negras,  
capa de cura y un gorro de terciopelo negro, cuyo b  
orlón bailaba al duro  
compás de la caballería.

Durante las primeras horas de su expedición hablaro  
n del objeto de ella,  
discutiendo las probabilidades de éxito. Zorraquín  
opinaba que Navarro  
no había tomado el camino del Baztán, sino el de la  
s Amezcuas, donde a  
la sazón estaba empeñada la guerra, a lo que objetó  
Salvador que, siendo  
esta dirección la razonable, no debía creerse que l  
a había tomado el  
fugitivo, pues lo lógico parecía que este caminara  
siempre en contra del  
sentido común. Con todo, las noticias que adquirier  
on en la madrugada  
confirmaron la sospecha del buen cura. Antes de lle

gar a Villaba  
dijéronles que el demente había retrocedido y vuelto hasta cerca de Pamplona, tomando después, al parecer, el camino de Lecumberri.  
Volvieron grupas los dos jinetes y se encaminaron a la Amezcuá, sin hallar noticia alguna en seis días de molestísimo viaje, entre sustos y contrariedades. Frecuentemente tenían que apartarse del camino por no tropezar con una guerrilla que apostada en las alturas hacía fuego sobre todo viajante sospechoso, y las columnas isabelinas inspiraban tanto recelo al capellán, que no pasara cerca de ellas por nada de este mundo, temiendo infundir sospechas con su empaque de cura jinete. Los hospedajes eran infernales, pero los suplía con ventaja la caridad de los aldeanos, excitada por el Sr. Zorraquín. En algunas partes les trataron tan a cuerpo de rey, como si fueran familiares del Infante, y el astuto sacerdote no disimulaba sus opiniones para verse de este modo mejor agasajado y atendido.

Un día perdió Zorraquín su gorro negro, no se sabe cómo (aunque hay opiniones diversas sobre este suceso, sosteniendo algunos que el mismo cura lo arrojó a un muladar). Los dueños de la casa en que ambos amigos se habían hospedado le ofrecieron una boina blanca, también de borla, ancha, redonda, con aro de madera para sostener la forma de plato. Púsose el cura historiador, mirose al espejo, echóse a reír, y dijo que no se la había de quitar más, pues le caía que

ni pintada.

Partieron, y admitidos en el campo carlista corrieron toda la áspera sierra sin encontrar al individuo que buscaban, ni siquiera indicios de que hubiera estado por allí en ninguna época.

En todas estas andaduras y averiguaciones pasaron el mes de Febrero y parte de Marzo, Salvador muy contrariado y melancólico, Zorraquín contento y satisfecho de verse entre aquella gente.

Una mañana, regresando de visitar el caserío donde los carlistas tenían sus hospitales, se le enredó la capa en un espino y quedó en dos mitades como la de San Martín. Un oficial carlista le ofreció al punto una zamarreta de piel; púsosela nuestro cura y se encontró tan bien, tan ágil, tan a gusto con aquella prenda, propia para abrigar sin impedir los movimientos, que gustosísimo la tuvo por suya y prometió llevarla siempre de allí en adelante. Como le crecía la barba, y no había querido afeitarse, ya no parecía tal cura sino un capitán de malhechores, jefe de guerrilla o cosa así. Él se reía, se reía y estaba cada vez más contento.

Con la certidumbre de que Navarro no estaba en la Amézcuá, partieron para Levante. Pero el temor de encontrar alguna columna del ejército de Saarsfield les obligó a tomar precauciones. «Aunque son impropias de mí--dijo el cura--, no será malo que llevemos algún arma». Un guerrillero que les acompañaba, por ser amigo o hijo espiritual



de Zorraquín, dio a  
este un sable. Al ponérselo ¡cómo se reía el buen cura!... Salvador le  
regaló un cinto con dos pistolas que no necesitaba.

Cuando se vio con  
tales arreos el capellán, a quien ya no conocería ni la Iglesia su madre  
ni la madre que le parió, soltó tan gran carcajada,  
que las gentes  
salían al camino para verle. El mismo Salvador, que  
había asistido a su  
lenta transformación, casi no le reconocía bien.

--Sr. D. Salvador amigo--dijo el cura--. Según asegura un buen hombre que  
ayer llegó de Pamplona, allí corre la voz de que yo  
me he pasado a las  
facciones y estoy al frente de una compañía de escopeteros. Podrá ser  
mentira, ¿eh? pero parece que es verdad. El Señor ha guiado mis pasos,  
trayendome insensiblemente hasta aquí; ha mudado mi  
figura, me ha puesto  
en una vía de la que no puedo apartarme ya. Usted, como incrédulo, dirá  
que la casualidad es quien me ha dado esta guerrera facha, y yo digo que  
es Dios, el mismísimo Dios quien se ha servido dármela.... Por tanto,  
amigo, es llegado el momento de que nos separemos. Usted se irá tras su  
humanitario objeto, y yo me quedo aquí en cumplimiento de la voluntad de  
Dios, que de seguro no me destina a soldado de combate, sino a otras  
funciones modestas, tales como a la intendencia militar, a la sanidad, a  
cuidar la impedimenta o a cualquier otro empleo modesto. Dígolo, porque,  
si bien siento en mí cierto ardorcillo, no puedo menos de asustarme  
cuando oigo muy de cerca los tiros.... Pero eso pas

ará; que a todo se hacen los hombres.... Voy a presentarme al general, para que disponga de mí. Adiós... buena suerte y cuente usted con un amigo. Venga un abrazo.

Salvador le abrazó riendo. Después de augurarle un brillante porvenir en la nueva carrera que emprendía, se despidió para tomar la senda de Pamplona. Por el camino iba pensando que debía dar por suficientemente apurados los medios de investigar el paradero del pobre enfermo fugitivo, pues no daban noticias de él en todo el territorio de la Amezcuá. De seguirlo buscando, era preciso recorrer minuciosamente la Navarra entera, para lo que no bastarían dos ni tres años. Pero Dios que lo había dispuesto de otra manera, hizo que cuando había perdido la esperanza de tener noticias del desgraciado Navarro, las tuviese auténticas por un testigo de vista. Loado sea Dios.

El Sr. Garrote vivía, aunque en estado deplorable, pues había llegado a servir de diversión a los chicos. Hallábase cerca de Elizondo en un caserío, al cual bajó desde los Alduides a mediados de Marzo. Era ya evidente que el fugitivo al escaparse de Pamplona había salido a Villaba, y tomando el valle del Arga había subido a la sierra, en cuyos riscos y espesuras pasó, no se sabe cómo, la mayor parte del tiempo de su misteriosa peregrinación.

Saber el otro estas noticias y ponerse en camino para el Baztán fue todo

uno. Las facciones de Eraso, que operaban por aquel la parte, le impidieron la marcha muchas veces, deteniéndole días y más días, a veces no sin riesgo de su vida; pero al fin, a principios de Mayo vio las casas de Elizondo. Hallábase en tierra carlista, absolutamente dominada por las facciones.

La casa en que le dijeron hallarse su hermano estaba a tres cuartos de legua de Elizondo por el camino de Urdax. Presentose en ella y su asombro fue grande al ver que el demente, lejos de servir de diversión a los chicos, pasaba en el país por un hombre pacífico y hasta razonable. La casa era viejísima y ruinosa, de esas que después de haber sido palacio de ricos pasan a ser morada de labradores miserables. Habitábala una mujer con cuatro chicos menores. El esposo y dos hijos adolescentes estaban en la acción. Personas, vivienda, mueblaje, animales domésticos, todo allí tenía un triste sello de abandono, indigencia y atraso. Cuando Salvador preguntó por su hermano, la mujer refirió que el Sr. Navarro había sido hallado una noche sobre la nieve, como muerto; que le habían conducido en hombros a aquella casa, donde aún seguía por no poder moverse, a causa de la parálisis que le cogía medio cuerpo. Salvador subió, y vio a su hermano arrojado en el más desigual y abominable jergón que ha sostenido cuerpos en el mundo. El cuarto correspondía a la cama y el enfermo no desmerecía de tan atroz conjunto. Tendido a lo

largo, D. Carlos se apoyaba en el codo izquierdo. Delante tenía una silla, sobre la cual había un papel, y en aquel papel fijaba los ojos y la mano vacilante, trazando, al parecer líneas o puntos. Aquello, que tenía aspecto de mapa, absorbía tan profundamente su atención, que no alzó los ojos de la silla cuando sintió los pasos de su hermano cerca de sí:

--¿Quién es? ¿quién me interrumpe?--dijo sin apartar la mirada del papel--.

No quiero que me interrumpa nadie ahora. No he encontrado todavía el sitio más a propósito para dar la batalla; pero ya me parece que le tengo, ya le tengo.... ¿Sr. Eraso, ve usted esta línea?

Como no recibiera contestación volvió a decir:

--¿Ve usted esta línea? Pues las fuerzas de usted no me han de pasar de esta línea... aquí.

Alzando entonces los ojos vio a su hermano, y fue tal su sorpresa que se le cayó el lápiz de la mano y estuvo como lelo bastante tiempo.

--¿Ya estás aquí otra vez?--dijo con ahogada voz.

Parecía tener miedo. Salvador observaba en la fisonomía de su hermano los estragos de la enfermedad. Estaba cadavérico. Sólo la mitad de su cuerpo se movía difícil y temblorosamente, y a veces la lengua no le obedecía bien y trituraba las palabras.

--Sí--dijo Salvador--. Me dijeron que estabas muy solo, y he venido a hacerte compañía.

--No la necesito--replicó Carlos con desprecio--. Yo creía estar ya libre de tus beneficios, y vienes otra vez con ellos.

--No los aceptes si no quieres. Cuando me lo mandes me marcharé.

Diciendo esto Salvador buscó con sus ojos una silla ; pero como no era fácil que la encontrase aunque la buscase con los ojos de todo el género humano, sentose a los pies de la cama.

--Bueno, pues ahora mismo. Temo que tu presencia me estorbe para encontrar el sitio más a propósito para la batalla. ... Vete, ya estoy turbado, ya se me han ido las ideas, ya no sé lo que pasa en mí. Tú tienes la culpa, tú, que hace tiempo te has propuesto trastornar todas mis ideas.

--¿Sabes--dijo Salvador--que estás muy mal alojado?

--Me encuentro bien aquí. Cuando mejore de mi herida....

--¿Estás herido?

--Sí... el lado izquierdo... poca cosa.... Cuando mejore, seguiré mi camino, y hallado el sitio más a propósito....

--Ven conmigo, y yo te aseguro que encontraremos juntos el mejor sitio para esa batalla.

Esto decía cuando empezó a llover. El agua entraba por el techo, que tenía más agujeros que una criba, y después que las gotas salpicaron de agua el suelo polvoroso, siguieron menudos chorros que formaban charcos en diversos puntos.

--Esto es vivir en campo raso--dijo Salvador con es calofrío--. ¿Sabes que me parece has encontrado el sitio de la batalla?

--¿Cuál?

--Este páramo.... Es indispensable que salgas de aquí.

--Choza o palacio--dijo el enfermo en tono solemne y sentencioso--son iguales para mí.

--Es que estás muy enfermo.

--No importa.

--Y estarás peor cada día.

--No importa.

--Y en este sitio no podrás restablecerte.

--Te digo que no importa--gritó Navarro exaltándose--. Harías bien en dejarme solo.

Salvador pensó que no había más remedio que recurrir a la fuerza. Sin embargo, trató de apurar todos los recursos de su ingenio para dominarle.

--¡Estábamos tan bien en nuestra casa de Pamplona!.  
..--dijo con pena--.  
Nada faltaba allí.

--Pero sobraban muchas cosas.

--¿Qué?

--¡Tus beneficios tus cuidados, tu... tú!...--gritó  
agrandando la voz a  
cada palabra--. Como me llamo Zumalacárregui, así e  
s verdad que me  
incomodan tus beneficios. No quiero nada tuyo.

Salvador calló. Un hilo de agua que cayó del techo  
sobre su cabeza,  
obligole a apartarse de allí. El viento entraba por  
distintos lados  
formando pequeñas tempestades que arrebataron de la  
silla el papel en  
que Navarro trazaba sus garabatos, llevándolo al ot  
ro extremo de la  
titulada habitación.

--¡Mi plano...!--dijo Carlos extendiendo su brazo.

Salvador se lo alcanzó.

En la desvencijada escalera de la casa hacían tal r  
uido los cuatro  
chicos, hijos de la aldeana propietaria de tan sing  
ular edificio, que  
bastara aquella música para volver loco a cualquier  
a que en tales  
regiones habitase.

Monsalud decidió buscar inmediatamente mejor albergue. Salió, recorrió todo Elizondo. Al fin tuvo la bondad de proporcionarle alojamiento en su propio domicilio el cura del pueblo, anciano muy respetable y sencillito. Por la noche, aprovechando la ocasión en que el enfermo dormía profundamente, tomaronle en brazos cuatro robustas mujeres y le condujeron a la nueva vivienda, no sin que se resistiese en el camino, aunque sin lograr soltarse, por haber sido fuertemente sujeto. El motivo de ser llevado por manos femeninas fue que en Elizondo, como en todo el territorio del Baztán, escaseaban los hombres, hasta el punto de que las faenas más rudas eran desempeñadas por niños y mujeres. Durante los cuarenta días que pasaron ambos hermanos en casa del cura de Elizondo, nada ocurrió de memorable, si no es un ligero alivio de Carlos y la constante humanidad de Salvador, que preparaba lo necesario para sacar al enfermo de aquel país y conducirlo a un asilo de orates. Necesitaba un buen coche, dos o tres personas, que le acompañaran y sirvieran, y un permiso de las autoridades carlistas para recorrer toda Navarra sin ser molestados ni detenidos. Todo esto era de difícilísima adquisición; pero al fin, con paciencia, actividad y repetidos desembolsos, venció las contrariedades y se dispuso a partir.

Una noche del mes de Julio las facciones se presentaron en Elizondo. Bajaban por aquellos cerros, como bestias hambrientas, y sus gestos, sus



pisadas, la viveza de su andar, el estrépito de las armas ponían miedo en el corazón más esforzado. Por todas las entradas del valle aparecían cuadrillas de facciosos, vestidos de zamarra, cubiertos con la boina blanca o azul y calzados con alpargatas o zapatos rotos. Al anochecer, Elizondo estaba lleno, y aún entraban más. La ferocidad pintada en los semblantes no excluía la expresión de sufrimiento por las privaciones y trabajos; pero estaban alegres, cantaban, reían y se las prometían muy felices. En las filas se codeaban los muchachos con los viejos, y al lado del niño, precoz guerrero lleno de ilusiones de gloria, estaba el veterano que se había batido en las campañas heroicas del año 8. Las estaturas eran tan desacordes, que la bayoneta del enano tocaba los doblados hombros del gigante. Por la desigualdad, por la irregularidad, por el valor ciego y salvaje, por la fe estúpida y la sobriedad casi inverosímil, a ningún ejército conocido podrían compararse, como no fuera a los ejércitos de Mahoma.

A la mañana siguiente salieron muchos para Urdax. Los demás tomaron posiciones en las alturas. Se les vela subir como gatos, escalando los empinados cerros con agilidad increíble. El calor les hacía tan poca impresión como les habla hecho el frío. Tenían cara de pergamino, músculos de acero, corazón de piedra y sesos de algodón, que ni el sol derretía ni el pensamiento inflamaba jamás. La guerra había llegado a

ser en ellos fenómeno de costumbre, un estado normal, admirablemente conformado con su naturaleza agreste, dura, sufrida, refractaria a las fatigas como a las ideas, y con especialidad inclinada al movimiento. Si no hubiera habido montañas, las habrían hecho para subir y esconderse en ellas.

Por la noche, tres jinetes llegaron a casa del cura. Seguía numerosa escolta. Se apearon y los tres entraron. Uno de ellos era de buena estatura y a todos infundía un respeto que más bien parecía miedo o superstición. El cura se arrodilló delante de él y le besó la mano. Su Majestad (pues no era otro) manifestó deseos de descansar. Tenía mucha jaqueca y ningún apetito. Subió, encerróse en la habitación que se lo tenía preparada. Ordenóse el mayor silencio para no molestar a Su Majestad, que no quiso tomar más que un huevo cocido y un poco de chocolate claro. Pidió agua helada; pero en esto no le podían complacer. Quedó solo, y al poco rato llamó pidiendo le llevaran una venda y un poco de sebo para ponérselo en la frente. Uno de los que le habían acompañado entró a darle lo que pedía, y después Su Real Majestad se acostó y apagó la luz. Durante dos horas reinó el más profundo silencio, y el cura andaba casi a gatas por no hacer ruido que pudiera turbar el sueño del primero de los facciosos. Pero de repente sonó en las calles de Elizondo estrépito de caballería; llegaron muchos jinetes a la casa

del párroco; se apearon y el jefe de ellos entró en la casa sin pedir permiso ni hacer caso del cura, que salió trinando y bufando a pedir cuenta de tan irreverentes ruidos. A pesar de esto, la calidad del personaje exigía que se pasase recado a Su Majestad. Hiciéronlo así y el Soberano mandó que entrase al momento Zumalacárregui. Oyose la voz del Rey que decía:

--Traigan una luz.

Zumalacárregui estaba en el pasillo, boina en mano.

--Venga la luz--dijo, cogiéndola de las manos del cura que con ella venía presuroso.

Era una vela, puesta no muy gallardamente en un candelero de barro. Se acercó Zumalacárregui y entró en el cuarto oscuro. Su Majestad se había incorporado en el lecho. Aún tenía puesta la venda. El general avanzó lentamente, con respeto y cortedad. Extendió la mano con el candelero. La luz iluminó de lleno el semblante de D. Carlos, en el cual no resplandecía ningún destello ni aun chispa leve de inteligencia. Con la venda, la palidez, el bigote afeitado (a causa del disfraz del viaje), si no era una cara estúpida estaba muy cerca de serlo. Zumalacárregui dijo con voz ahogada por la emoción:--«Señor»: y se inclinó. Parecía un pino que se dobla.

--Acércate--dijo el Rey alargando su mano.

El general dejó el candelero de barro sobre la mesa  
, y acercándose al  
lecho puso una rodilla en tierra. Seguía conmovido.  
El Rey recibió, con  
júbilo que no podría definirse, aquel primer homena  
je tributado a su  
reciente majestad por el más ilustre y más poderoso  
de sus vasallos.

Zumalacárregui encendió después en la vela que habí  
a traído la que  
apagada estaba en la real estancia. Las dos luces,  
a pesar de aumentar  
la claridad, hacían más lúgubre el desmantelado rec  
into. El Rey y el  
general hablaron.

En tanto dos hombres que en un apartado y estrecho  
cuarto del piso bajo  
de la casa parroquial estaban, entretenían el insom  
nio charlando acerca  
del suceso que motivaba tanto ruido y tan extremosa  
s entradas y salidas  
de gente.

--¿Quién anda por ahí, que tanto ruido hace?--pregu  
ntó Navarro a su  
hermano.

--No es cosa que deba desvelarte, porque ni a ti ni  
a mí nos interesa.  
Esta noche duerme en casa del señor cura un desgrac  
iado loco que va de  
paso.

--¿Para donde?... ¿Y cuál es su manía?

--La más extraña y disparatada que puedes imaginar.  
Ha dado en creer y  
sostener que es Rey de España.

--¿Y quién lo conduce?

--Otros tan locos como él.

--Eso no puede ser--dijo Navarro prontamente--, por que los locos no conducen a los locos.... Alguien habrá entre ellos que tenga razón.

Aquella tarde había hablado el anciano cura de la probable entrada de D. Carlos en el Baztán y de la aproximación de las tropas de Zumalacárregui y Eraso para proteger la entrada del Rey y hacerle los primeros honores. Recordándolo, dijo Navarro con cierta exaltación que encandilaba sus extraviados ojos.

--Este ruido, este ir y venir, este pisar de caballos, no pueden ser otra cosa más que la entrada de Su Majestad, y como yo he venido aquí con mi ejército para esperarle, conferenciar con él y recibir sus reales órdenes, voy a vestirme al momento y a subir, porque no conviene que aguarde nuestro señor.

Arrojose del lecho, y no poco trabajo costó a Salvador detenerle. Empleando argumentos ingeniosos, y a ratos la fuerza, pudo calmarle repitiendo lo del loco conducido por locos.

--Su Majestad no vendrá todavía--añadió--. Yo te juro por el nombre que llevas que serás el primero que sepa su llegada.

Poco después Navarro dormía, y en su febril sueño recibió a Su Majestad, le rindió pleito homenaje; oídas sus órdenes, le ll

evó consigo al teatro  
de la guerra. Al despertar, su decaimiento era tan  
grande como si  
acabara de ganar treinta batallas y de recorrer a c  
aballo sin descanso  
toda Navarra. Ardiente fiebre le consumía, y la ine  
rcia de la mitad de  
su cuerpo era casi absoluta. Salvador tenía ya disp  
uesto todo lo  
necesario para llevárselo. No le faltaba más que un  
salvo-conduto para  
recorrer sin tropiezo el territorio dominado por lo  
s carlistas, y  
Zumalacárregui se lo dio aquella noche de muy buena  
voluntad. Pero un  
médico que acompañaba al General en jefe vio a Nava  
rro y examinándole  
cuidadosamente, aseguró que, si bien el cambio de c  
lima le sería de  
grandísima ventaja, no estaba en situación de empre  
nder un viaje. Sus  
días estaban contados. La parálisis haría pronto nu  
evas invasiones y los  
centros nerviosos no tenían poder para defenderse.  
En vista de esto  
resolvió Salvador esperar allí el triste desenlace,  
aunque tardara algún  
tiempo; pero no quiso Dios que el martirio del uno  
y la dolorosa  
expectación del otro se prolongasen mucho, porque a  
la tarde siguiente  
Navarro fue acometido de un accidente convulsivo, d  
espués del cual quedó  
sin conocimiento. Toda la noche la pasó así, de lo  
que Salvador y el  
cura coligieron que entregaba su alma al Señor, sin  
decir ni hacer más  
locuras. Pero por la mañana volvió en su acuerdo, y  
dando una gran voz  
llamó a su hermano y le rogó que se sentara junto a  
la cama para  
responder a las preguntas que a hacerle iba. Garrot

e empezó por  
desperezarse, estirándose tanto que cada remo parec  
ía dispuesto a  
arrancarse por sí mismo del tronco y a caer al suel  
o por los lados de la  
cama. Las contracciones de la cara y el crujir de h  
uesos eran como si el  
hombre despertase, más que del sueño de una noche,  
de un encantamiento  
de siglos. Luego clavó los ojos en su hermano y le  
dijo:

--Vas a hablarme con franqueza. ¿He hecho muchos di  
sparates? ¿he dicho  
muchas necedades?

--Ni una cosa ni otra--replicó caritativamente Mons  
alud--. Todos están  
acordes en juzgarte bien y es cosa indudable que di  
riges admirablemente  
la guerra, llevando la bandera absolutista de victo  
ria en victoria.

--No, no, no--dijo Navarro demostrando grandísimo d  
olor--, yo no soy  
Zumalacárregui, yo no soy lo que mi cerebro abrasad  
o y enfermo me  
fingió. De repente, lo mismo que se rasga un velo,  
se ha roto en mi  
cerebro no sé qué cortina de telarañas, y aquí me t  
ienes con una  
claridad en el pensar y un tino en el discurrir cua  
l creo no los he  
tenido en mi vida. Pasmado estoy de que un hombre c  
omo yo, jamás  
inclinado a fantasías ni figuraciones, haya estado  
por tanto tiempo... y  
a propósito de tiempo.... ¿en qué día vivimos? Vuel  
vo del país de la  
necedad, donde no rigen almanaques.

Salvador le dijo la fecha, y Navarro prosiguió:

--No se han borrado de mi mente estos días tristes,  
pero la noción que  
tengo de ellos es muy oscura. Sé que he creído ser  
Zumalacárregui,  
aunque si he de decirte verdad, aún en los momentos  
de más exaltada  
demencia había en el fondo de mi alma ciertas dudas  
... quiero decir, que  
no estaba yo completamente seguro de ser lo que dec  
ía, y mis dos  
personas, la verídica y la falsa se confundían y se  
separaban por  
momentos.... La manía de ser Zumalacárregui nació e  
n mí del deseo de  
emularle. Yo vine al Norte convencido de mi valer y  
seguro de formar con  
las facciones de este país un ejército irresistible  
. En suma, yo pensaba  
hacer todo lo que hace Zumalacárregui, y dicho sea  
sin jactancia ni  
locura, creo firmemente que lo habría hecho lo mism  
o y quizás mejor, si  
Dios no hubiera dispuesto que se trocaran los papel  
es; que todas mis  
ideas las pusiese él en práctica y mis planes todos  
pasasen a ser obra y  
provecho suyo.... Ya es tarde; pasa el tiempo y yo  
me muero, porque  
seguramente esta vuelta mía a la razón, es como en  
D. Quijote, señal de  
muerte próxima.

No lo creyó así Salvador, viéndole con tan buenas e  
xplicaderas, sereno  
de aspecto y fácil de palabra. Contento de este cam  
bio que parecía  
milagro, le reanimó con palabras cariñosas y le hiz  
o un resumen del  
estado de la guerra y de la política. Pero Navarro  
no pareció  
interesarse mucho en estas cosas profanas, y dando



un gran suspiro, dijo  
así:

--La salvación de mi alma es lo que me interesa; que lo demás, como cosa del mundo, acabó para mí. Venga un cura, que me quiero confesar.

Salvador pensó en el cura de Elizondo, a cuya generosidad debían su asilo; pero como Navarro se enterase de que había venido con las tropas el padre Zorraquín, su antiguo amigo, quiso verle y que fuese él quien le ayudara a bien morir oyendo la confesión sincera de sus culpas. Salvador le buscó por todo el pueblo y al fin halló al cura historiador y guerrero en una taberna, escanciando con marcial donaire una azumbre de vino, ganada al juego de las damas la noche antes.

Acudió Zorraquín al llamamiento de su amigo. Cuando este salía del segundo desmayo, que fue más profundo y grave que el primero, vio entrar en la alcoba, anunciándose antes con rechinar de espuelas y resoplidos de cansancio, un figurón inverosímil y que en otras circunstancias habría traído al moribundo, en vez de consuelo, una agonía mayor que la de la misma muerte. También vinieron a verle Oricáin y Zugarramurdi, que le habían abandonado cuando cayó prisionero. Recibidos con indiferencia, y ellos se retiraron pronto.

La cara de Zorraquín, que rapada era bondadosa, desaparecía ya entre un vellón áspero, negro y erizado, como bala de lana s

in cardar. Los ojos  
pequeños, la nariz agarbanzada y la desabrida sonri  
sa del capellán  
apenas se abrían paso por tan enmarañado bosque de  
pelos. La boina  
blanca caída de un lado parecía impedir con su peso  
que el cabello, no  
menos áspero que la barba, tomase la dirección del  
techo, como un  
escobillón que se cree ciprés. En la zamarreta del  
cura veíanse diversos  
cintajos que manifestaban sus grados y condecoracio  
nes. El sable le  
arrastraba por el suelo, sonando a pandereta rota.  
Las botas  
desaparecían bajo salpicaduras de fango; las pistol  
as eran negras como  
la zamarra, y las manos de color de hierro viejo. P  
or donde quiera que  
iba el guerrero, difundía en torno suyo un complejo  
olor a pólvora, a  
cuadra y a vino.

--Vamos, vamos, Sr. D. Carlos--dijo Zorraquín abraz  
ando al enfermo--. Ahora  
que los dedos se nos hacen triunfos, y tenemos a nu  
estro Rey con  
nosotros, y nos preparamos para ir sobre Madrid ¿se  
le antoja a usted  
morirse? Eso no se puede consentir.

Navarro se acongojó mucho y dijo que la voluntad de  
Dios no le permitía  
guerrear en aquella grande y sublime campaña. Habla  
ron un momento del  
alma y de la bondad de Dios. Zorraquín halló en su  
espíritu cierta  
dificultad para retrotraerse a su antiguo oficio, t  
an distinto del que  
entonces tenía; pero al fin pudo vencer su desgana  
de oír pecados.  
Quitose la boina, sentose, apoyó el codo izquierdo

en la cama, y  
acariciando con la derecha mano el sable, preparose  
a escuchar la  
confesión de su infeliz amigo.

Navarro no fue breve en aquella ocasión, y los escrúpulos sucedían a los  
escrúpulos, las consultas a las consultas. Al principio le oyó con  
paciencia y bondad Zorraquín, dirigiendo al penitente los más  
edificantes consuelos; pero tanto y tanto machacaba Navarro, y  
dimensiones tales daba al acto de limpiar su conciencia, que el buen  
clérigo no pudo menos de considerar cuán incompatibles eran en aquel  
caso las funciones de comandante de armas y las de pastor de almas.  
Empezó a sonar en el pueblo ruido de tambores tocando llamada. El  
ejército se iba a poner en marcha, y héteme aquí a uno de los más  
importantes jefes clavado al lecho de un moribundo.  
Abandonar a este  
cuando más contrito parecía y más necesitado de consuelos, era  
imposible, y dejar de acudir a donde el honor militar y el deber le  
llamaban también era imposible para Zorraquín. Colocado él entre estos  
dos imposibles, padeció horribilmente en breves instantes. Los toques de  
clarín y tambor arreciaban y se sentían pasar las tropas por la calle  
con algazara y gritos. Las pisadas de tantos hombres producían hondo  
rumor, como mugido lejanísimo de la tierra por tantos pies herida.  
Cuando Zorraquín oyó el piafar de los caballos, no supo lo que por sí  
pasaba y un sudor se le iba y otro se le venía, mie

ntras D. Carlos  
Garrote, charla que charla, no se contentaba con ha  
blar de sí y de su  
conciencia, sino que se entraba en ciertos laberint  
os de teologías. No  
le hacía ya maldito caso Zorraquín, y acariciaba el  
sable, como si fuera  
aquella arma necesaria para encaminar almas al ciel  
o; movía  
alternativamente una y otra pierna, resollaba fuert  
e, se acariciaba la  
cerdosa barba, hasta que una destemplada voz sonó e  
n la calle,  
gritando... «¡Zorraquín!» y tras esta palabra otra  
no muy edificante ni  
cult. Como si estallara dentro de su cuerpo un pet  
ardo, se levantó el  
confesor. No se había podido contener.

--Usted me... dispensará, Sr. D. Carlos--dijo con t  
orpe lengua--, pero mis  
deberes militares.... No se pertenece uno desde que  
se mete en ciertos  
troles.

--Sí, sí... vaya usted.... ¿Cuántos hombres hay en  
Elizondo?

--Doce mil y ochenta caballos. Con permiso de usted  
....

Y extendiendo su brazo, murmuró muy a prisa latines  
que más bien  
parecían escupidos que hablados. Desde la puerta di  
jo \_ego te absolvo\_;  
hizo la señal de la cruz como quien da bofetadas en  
el aire, y echó a  
correr, arrastrando el sable y tropezando contra to  
do lo que se hallaba  
a su paso. Parecía una bestia recién escapada de la  
jaula, que busca su  
libertad entre la muchedumbre. Navarro, al verle sa

lir, dio un gran  
suspiro. ¿Era porque su conciencia estaba aún algo  
turbada o por  
desconsuelo de que sus amigos guerrearán mientras él  
se moría?

Dejemos a Zorraquín subiendo a su caballo, cosa para  
él bien distinta de  
subir al púlpito. La tropa carlista salía de Elizondo. En el centro iba  
D. Carlos con su Estado Mayor de clérigos y generales, y a la cola  
algunos carros con vituallas y coches con damas y palaciegos de la corte  
que empezaba a formarse. El reino apócrifo no se habría creído con visos  
de verdadero, si no tuviera su cola de rabillos de lagartija.

Navarro empezó a decaer después de la confesión, y se aplanó tanto  
aquella noche, que no podía moverse y hablaba con mucha dificultad. Su  
hermano no se movía de su lado.

--Tengo que hablarte--le dijo Carlos, esforzándose en sacar del pecho la  
voz--. Yo me muero y no quiero morirme sin confesar  
que te debo inmensos  
beneficios, que te has conducido cristianamente conmigo. Si viviera más,  
¿podría llegar a quererte?

--Si vives (y no debemos perder la esperanza de ello), nos separaremos, y  
no tendrás tú el enojo de agradecerme ni yo la necesidad de servirte.

--Pues bien, por más que se empeñen en unirnos la Naturaleza y el mundo,  
tienes unas cosas.... Dame agua....

Salvador le dio agua. El beber reanimó un tanto al enfermo, que pudo decir esto:

--¡Qué habría sido de mí sin tu ayuda, sin tu generosidad en estos meses de locura y abandono!... Mucho te debo, mucho. Se me viene a la boca la palabra hermano, las palabras hermano querido, y sin embargo.... Dame más agua.

--No te sofoques. Tiempo tendrás de decirme lo que quieras.... No necesitas darme satisfacción de nada. Lo que he hecho contigo, por deber lo hice, no por jactancia, por impulso de mi conciencia, no por humillarte con beneficios que contrastaran con tus crueldades. Si vives, no quiero de ti más que olvido, olvido de todo.

--Sé que debo perdón a todos los que me han ofendido; pero hay ofensas que no se pueden perdonar. No está en nuestro poder perdonar, por más que lo digan Zorraquín y todos los clérigos juntos.... Yo me muero--añadió haciendo un esfuerzo para detener la palabra que se iba, abriendo paso a la vida que se iba también--, yo me acabo. Tú vivirás, volverás a Madrid, verás a la que fue tormento y bochorno de mi vida. Dile... dile que no la perdono, que no la puedo perdonar.

Salvador le dio la mano. Navarro, tomándola, la apretó en la suya fuertemente. Le miró con espanto. En aquel momento postrero parecía que se reproducían en su alma todas las amarguras de su

vida y que  
espantosas imágenes le turbaban la vista. Con voz que  
parecía un  
suspiro, pronunció estas palabras, aflojando los músculos  
de la mano con  
que estrechaba la de su hermano:

--¡Ni a ti tampoco!

Y dejando caer la cabeza sobre el pecho, dejó de existir.

¡Extraña cosa! Cuando llegó el momento de dar sepultura al valiente  
soldado, víctima de una dolencia nacida de sus propias  
melancolías y de  
su irritable carácter, no se encontraron hombres que  
cargarán aquel  
desfigurado y un tiempo hermoso cuerpo. Todos los  
hombres de Elizondo  
estaban en la facción. Las mujeres prestáronse gustosas  
a conducir el  
cadáver; pero como el cementerio estaba muy cerca de  
la casa del cura,  
Salvador tomó en sus brazos el cuerpo frío, y acompañado  
del cura y  
sacristán, precedido de una turba de chiquillos y seguido  
de dos docenas  
de mujeres curiosas, le depositó junto al hoyo. Con  
ayuda de femeninas  
manos fue bajado a lo profundo y se le echó mucha  
tierra encima. El día  
estaba húmedo, la tierra blanda, el cielo triste y  
lacrimoso.

Aquella misma tarde partió Salvador de Elizondo, deseando  
huir de un  
país que le infundía repugnancia y miedo, a causa de  
las muchas locuras  
que en él había visto; y así como el que visita una  
casa de orates se  
siente tocado de enajenación y con cierto misterio

o impulso de imitar  
los disparates que ve, sentía nuestro hombre en sí  
cierta levadura  
recóndita de demencia, por lo cual se echó fuera a  
toda prisa. Un hombre  
que se cree Zumalacárregui, un Zumalacárregui autén  
tico que sacrifica su  
genio y su dignidad militar a ambicioso príncipe si  
n más talento que su  
fatuidad ni más idea que su ambición; un país que a  
bandona en masa  
hogares, trabajo, campo y familia por conquistar un  
a soberanía que no es  
la suya y una corona que no ha de aumentar sus dere  
chos; ríos de sangre  
derramados diariamente entre hombres de una misma N  
ación; clérigos que  
esgrimen espadas, moribundos que se confiesen con c  
apitanes, villas  
pobladas por mujeres y chiquillos; cerros erizados  
de frailes y poblados  
de hombres lobos, que deliran con la matanza y el p  
illaje, son  
incongruencias que repetidas y condensadas en un so  
lo día y lugar pueden  
hacer perder el juicio a la mejor templada cabeza y  
hacer dudar de que  
habitamos un país cristiano y de que el Rey de la c  
ivilización es el  
hombre. Así lo pensaba Salvador, huyendo de Elizond  
o y de Navarra, como  
el que huye de una epidemia, Deseando perder de vis  
ta pronto a la gente  
facciosa y el sangriento teatro de sus hazañas, tom  
ó el camino de Urdax  
con ánimo de salir de Navarra por los Pirineos y en  
trar en la España  
Isabelina por la Francia Orleanista.



-XXIV-

\_Rodfriguine, ¿vidiste hodie ceremoniam in capella Dolorosae?\_

\_--¡Eheu! amice. Vidi (et invideo) satisfactionem Agni Benedictinei (vel Benigni Corderi) in desposorium suum cum puella.\_

\_--¿Quid tibi videtur?\_

\_--Ille senex, superlative frescachona illa. ¡Matrimonius slultus! Acababerit sicut rosarium albae matutinae.\_

\_--¡Oh fortunate senex!\_

\_--¡Oh terque quaterque beatus! Ille laetificat senectutem suam cum moza matrimoniale (vel uxore) dum nobis nulla res amatoria licet. ¡Miserere nobis, Domine, miserere nobis, qui Thesaurum Calepinum et horridos mamotretos desposamus! Gramatica muchacha nostra est.\_

\_--¡Eheu!... ¡pergaminosa et frigidissima uxor semper nobiscum in aula, in mensa, in thoro!...\_

Al oír este diálogo se comprenderá que anda por aquí el maligno y siempre macarrónico D. Rodriguín. En efecto, él era quien sostenía esta conversación latina con otro colegial no menos travieso, valiéndose para ello de una especie de comunicación postal establecida debajo de las carpetas por medio de un hilo corredizo que funcionaba de un puesto a otro a escondidas de los demás colegiales y de los

padres. Ambos amigos  
afectaban hallarse muy ocupados en sus tareas estudiantiles. Ni con  
rumor, ni con miradas, turbaban el silencio plácido  
de la sala de  
estudio. Los asientos de uno y otro estaban cerca.  
El hilo corría  
suavemente por debajo de las mesas, llevando y trayendo un papelito, en  
el cual cada uno escribía su macarrón, referente por lo común a los  
sucesos del día, y así pasaban las horas dulcemente  
entretenidos con  
gran detrimento de la lección señalada. A veces funcionaba el telégrafo  
sub--carpetano tan sólo para observar que al padre  
Fernández se le caía  
la baba o que al padre Solís se le rodaba el bonete.  
. Por poco versado  
que el lector esté en humanidades macarrónicas, habrá deducido del  
diálogo transcrito que aquella mañana se había casado D. Benigno Cordero  
en la capilla de los Dolores de San Isidro. Este gran suceso se verificó  
a fines de Junio.

Estuvo D. Benigno en aquella ocasión sereno y grave,  
como hombre que da  
cumplimiento al más importante de los deberes. Sola parecía contenta sin  
afectación, los muchachos estaban alegres y Crucita renegando. La  
bendición fue dada por el padre Gracián, con quien celebró Cordero larga  
conferencia en la tarde de aquel día cien veces fausto.

Dejemos ahora a esta digna familia, para quien parecerán siempre pocas  
todas las bendiciones del cielo, y sigamos al venerable jesuita, cuyos

pasos son ahora del mayor interés. Acompañado del j  
oven que solía pasear  
con él, salió del Colegio Imperial, tomó por la cal  
le de los Estudios, y  
entrando en la de las Maldonadas, detuvo sus pasos  
en la puerta de un  
llamado establecimiento, cuyo nombre más propio fue  
ra tenducho. Miró  
adentro, no vio a nadie, volvió a mirar, llamando,  
y al conjuro de la  
voz, moviose un enorme tinajón de hacer buñuelos qu  
e arrinconado estaba.  
Cayó de él una estera vieja, apartáronse dos escoba  
s, y por el hueco que  
del movimiento de estas piezas resultara, viose apa  
recer una figura de  
mujercilla raquítica, que se adelantó cojeando.

--Romualda, ¿qué hacías ahí?

La muchacha se restregó los ojos.

--Estaba durmiendo--replicó.

--¿Y así cuidas tú la tienda?

¡La tienda! Sólo por prurito de hacer hipérboles po  
día darse este nombre  
al mezquino aguaducho, consistente en media docena  
de botellas, un gran  
tarro de cerezas en aguardiente, caja de latón con  
delantera de vidrio,  
medio llena de bollos y azucarillos, y un par de bo  
tijos de agua de la  
Arganzuela.

--Tenía mucho sueño--dijo Romualda--. Anoche me tuv  
ieron en vela esperando  
a padre López, que vino entre dos luces.

--Embriagado tal vez.... ¡Bendito Dios!... ¿Y ahora  
está tu padre en

casa?

--No lo sé... subiré. Mi madrastra está en la cama.

--Sube, y si está tu padre, dile que baje al momento. Necesito darle un recado.

Mientras Romualda sube, dejando al buen clérigo y su acompañante en la puerta del establecimiento, digamos cómo de la opulencia y desahogo de la carnicería pasó aquella desmoralizada familia a la estrechez de un miserable comercio de agua y vino. En casa donde no existen ni los vínculos ni los afectos que constituyen la familia, donde la paz deja su puesto a la discordia y los vicios ocupan el lugar de la economía y la sobriedad, no pueden de modo alguno afincar las prosperidades. La actividad de Nazaria y su inteligencia no bastaban a atenuar los malos efectos de la holgazanería de López, el cual no sólo derrochaba en torpes fraucachelas lo adquirido con sus malas artes y conexiones políticas, sino que también sabía apurar, dejándolos en las puras tablas, los cajones del mostrador, llenos del pingüe esquilmo de la mañana. Nazaria no gastaba en liviandades, pero sí en lujo y ruinosos caprichos. Empeñaba una joya para comprar otra, y a ninguna prenda dejaba salir de su casa sin quitarle de las manos, a cambio de buen dinero, el rico mantón de Manila, la peineta de concha, el abanico de marfil, los soberbios encajes flamencos y otras pre

ndas valiosas que las  
casas ricas de Madrid arrojan diariamente al oscuro  
mercado de lance. La  
carnecería producía mucho; pero el género de Mortan  
chez y Candelario no  
cae llovido del cielo, por lo que pronto empezó a d  
eclinar la casa, y  
dando tumbos y traspiés cayó, a la vuelta de un año  
, en el abismo del  
descrédito. Los acreedores se repartieron el botín  
y hubo una desbandada  
de chorizos y una dispersión de jamones, que dieron  
mucho que hablar a  
todo el barrio de San Millán. Los muebles de la cas  
a fueron embargados,  
y salieron en busca de más seguro domicilio las imá  
genes y santicos,  
juntamente con los toreros. Tres o cuatro puestos d  
el Rastro lucieron  
durante una semana parte muy principal del ajuar de  
la Pimentosa, que  
sólo pudo retener lo indispensable para no pedir un  
hueco en San  
Bernardino, fundado por Pontejos en aquel mismo año  
. Ciertos dineros no  
muy lucidos que se salvaron del desastre casi por m  
ilagro sirvieron a la  
viuda de Peralvillo para poner la tienda acuática a  
ntes descrita; y  
entre aquellos cuatro fementidos trastos la infeliz  
mujer se mecía otra  
vez en locas ilusiones, pensando en volver a ser fa  
vorecida de la  
fortuna, para sacar del comercio pequeñito un tráfi  
co grande y rico.  
Ella tenía genio, sabía comprar, sabía vender, pero  
ignoraba el arte de  
guardar, que es el arte de enriquecer. Su mala estr  
ella o su naturaleza  
física y moral (que esto no está bien averiguado) l  
e agravaron el mal  
que ha tiempo padecía, llegando al extremo de no te

ner hora de completo  
sosiego; y si los duelos con pan son menos, la enfe  
rmedad acompañada de  
duelos y quebrantos cierra la puerta a todo remedio  
. A la escasez se  
unían las continuas reyertas domésticas para abatir  
más el espíritu de  
la pobre viuda de Peralvillo y poner su estómago má  
s dolorido. Un hecho  
importante ocurrió poco después de la ruina. No lo  
pasemos en silencio  
por lo mucho que a ambos favorece. Se casaron; pero  
la legalización de  
aquella inmoral alianza no la hizo más pacífica, y  
después de los  
desposorios llevó López más arañazos en su rostro y  
ella mayor número de  
cardenales en su hermoso cuerpo.

El desastroso acabamiento de D. Felicísimo y el des  
plome de la casa en  
que vivía pusieron a Tablas en gran desesperación,  
porque él creía  
segura una buena manda en el testamento de su prote  
ctor. Como el  
testamento no se encontró entre los escombros, o si  
se encontró lo  
inutilizaron hábilmente Bragas y los de la curia, q  
uedáronse en ayunas  
López y los señores eclesiásticos, que también tení  
an sus cinco sentidos  
en las mandas de misas y legados piadosos. Del abin  
testato del Sr. de  
Carnicero se había aprovechado a sus anchas, sin el  
estorbo de repartir,  
el siempre venturosísimo Pipaón, a quien el cielo d  
eparó un vástago a  
los nueve meses (día más día menos) de su matrimoni  
o.

Chasqueado por aquella parte, Tablas se obstinó más  
y más en apretar los

lazos que le unían a las sociedades secretas y al conventículo formado por Aviraneta, Rufete y comparsa. Bien se comprende que López, hombre sin letras ni palabra, incapaz de formular discretamente un juicio ni de aposentar una idea en la espesura de su cerebro, no podía ser en el club populachero más que un instrumento brutal para funcionar en días de escándalo y griterío. Todos cuantos han tenido la desgracia de trabajar en conspiraciones burdas saben perfectamente que los despabilados y parlanchines forman a sus espaldas una guardia de hombres soeces y brutales, que sirven para dar a la idea, en la ocasión precisa, su voz estentórea, su brazo salvaje y su representación apasionadamente popular. Tablas era de esta guardia, mejor dicho, era el jefe de ella, y había conseguido llevar al club a otros mocetones, que ni desmerecían de él en fuerzas corporales, ni le ganaban un ardite en talento.

Pero, desgraciadamente para él, las conspiraciones de aquel tiempo carecían de fondos. Eran conspiraciones pobres, no por esto honradas. Se esperaban auxilios; pero los auxilios no venían, porque los destinados a darlos no habían llegado aún a ese grado de candidez en que la ambición cierra los ojos y abre la mano.

Para atender a sus gastos, que no había sabido disminuir después de la miseria, Tablas se colocó en el establecimiento de coches de la posada del Dragón, con cuyo dueño tenía amistad antigua. P

ero su holgazanería  
le vedaba siempre entrar en faenas duras, y sólo se  
ocupaba de cuidar el  
almacén de equipajes y encargos. En destino tan poco  
brillante aguardaba  
el imaginario triunfo de aquellos buenos señores de  
l club, tan sabios,  
según él, o la señal de armar camorra a las autoridades. El majadero de  
López estaba dispuesto a todo, apretado por la miseria, la envidia y los  
apetitos que devoraban su alma.

-XXV-

Ya se cansaba de esperar el venerable Gracián, cuando apareció Romualda, jadeante y sofocada. Por su conducto la señora Nazaria suplicaba al  
Padre tuviera la bondad de subir, porque se encontraba muy mala. No  
desoía jamás esta clase de ruegos Gracián, que además de eclesiástico  
bondadoso era médico hábil, y precedido de la coja, llevando tras sí al  
cleriguito joven que le acompañaba, acometidos cien escalones que  
conducían a la morada del infeliz matrimonio. Esta era muy humilde; pero  
Nazaria, que tenía instintos de embellecimiento doméstico, la había  
arreglado de modo que pareciese menos fea de lo que realmente era.  
Estaba la Pimentosa postrada en desvencijado sofá. Había desmerecido  
tanto su persona desde el año anterior que no parecía la misma. Aquel  
continente de matrona, aquel aire simpático, aquel



rostro lleno de  
atractivos no eran ya sino sombra de sí mismos. Gordura fofa en su  
cuerpo, languidez en su semblante y un decaimiento general en su persona  
toda anunciaban que la maja no volvería a ser lo que fue. A su lado  
estaba la mujer demacrada, pálida y huesuda que vimos en la buñolería  
algunos meses antes, y que había permanecido al lado de su ama, como uno  
de esos cortesanos de la desgracia que con menos mérito alardean de  
fidelidad en esferas más altas. A primera vista la mujer aquella parecía  
imagen de la Muerte esperando su presa. Su brazo, que no debía de tener  
más que el hueso seco, se extendía oscilando con lúgubre cadencia. Su  
mano empuñaba una rama de acacia, para espantar con ella las moscas que  
molestaban a Nazaria.

Gracián y el otro clérigo se sentaron después de saludar a la enferma  
con mucho interés. Nazaria agradeció mucho la visita y estuvo quejándose  
durante diez minutos, dando cuenta prolija de los distintos dolores que  
sentía, en partes diversas, los unos afilados como cuchillos, los otros  
duros como pedradas, y algunos múltiples y horripilantes como el rasgar  
de una sierra. Después calló. Gracián dijo solemnemente que más, mucho  
más había padecido Cristo por nosotros, y luego reinó un silencio  
tristísimo, durante el cual no se oía más que el rumor de las hojuelas  
de acacia, batiendo el aire y desconcertando las bandadas de moscas. Al  
punto que estas vieron a los dos clérigos, se fueron

n derechas a ellos,  
manifestando singular preferencia por el joven acom  
pañante.

--Lo pasaría menos mal--dijo Nazaria--, si no tuvie  
ra miedo, muchísimo  
miedo a esa enfermedad que ha entrado ahora, y que,  
según dicen, mata a  
la gente en un abrir y cerrar de ojos.

--Se llama el \_Cólera\_--dijo la flaca con vocecilla  
ronca que hizo  
estremecer al curita.

Al decir esto Maricadalso (que así la llamaban) se  
asemejó más que nunca  
a la madre Muerte, nombrando a una de las más fúneb  
res herramientas de  
su oficio.

--El cólera, sí--dijo Gracián--. Esta epidemia vien  
e del Ganges, de donde  
saca su apellido de \_asiática\_. Ha empezado a hacer  
grandes estragos en  
Europa, y Dios no ha querido librar a España de tan  
tremendo azote.  
Tengamos paciencia. Hasta ahora Madrid va librando  
bien. Las invasiones  
no son muchas. Empezó en Vallecas y parece como que  
va pasando de Norte  
a Sur.

Nazaria le preguntó por los remedios que para tan a  
troz dolencia habían  
descubierto las facultades, y Gracián, con aparienc  
ias de no creer mucho  
en ellos, habló de varios, tales como friegas, infu  
siones teínas y  
revulsivos. El mejor antídoto contra el mal era, a  
su juicio, el valor y  
el desprecio del mal mismo.

--Entonces--dijo Nazaria con temblor y abatimiento--  
-, esa maldita \_cólera  
de Dios\_ no me perdonará a mí, porque le tengo más  
miedo que a una  
centella, y si miro a la puerta me parece que entra  
en figura de gente,  
si miro a la ventana me parece que entra con el air  
e, con el sol y con  
el polvo de la calle. No como, por miedo a que entr  
e en mi cuerpo con la  
comida, ni duermo temiendo que me coja en sueños y  
me lleve antes de  
despertar.

Gracián se rió de estos pueriles temores, y también  
se habría reído el  
subdiácono si no estuviera muy ocupado en ahuyentar  
las moscas que  
invadían su cara. Maricadalso le vio dando manotada  
s. Alargando la rama,  
diole un escobazo en el rostro para librarle de la  
ferocidad insectil.

--Confianza en Dios y no dar a esta miserable exist  
encia mundana más  
valor del que tiene, son los más eficaces remedios--  
-afirmó Gracián con  
autorizada voz.

La vocecilla ronca de Maricadalso se dejó oír. Pare  
cía una corneja que  
cantaba en la propia rama de acacia. Moviendo su ca  
beza con aire de  
incredulidad, cantó estas palabras:

--A mí no me emboban. Esto no es epidemia que venga  
de las Asias, sino  
\_malos quereres\_.

--¿Y a qué llama malos quereres, buena mujer?--preg  
untó Gracián riendo, no  
tan fuerte como el subdiácono, que soltó una carcaj

ada.

--Al mal tercio que hacen algunos, los malos... los pillos que quieren que se acabe medio mundo para quedarse ellos solos.

--¿Y qué pillos son esos?

--Yo me lo sé--dijo la imagen de la Muerte, cuyos ojos lucían en el amarillo casco como agujeros de calavera--. ¡Llaman cólera al mal querer!... ya, ya.... Más vale que nos lleven a la horca que no acabarnos de esta manera.

Estas misteriosas apreciaciones sobre cosa tan notoria como la existencia de la epidemia no llamó la atención de Gracián, porque su trato frecuente con el pueblo bajo de Madrid le había acostumbrado a oír sin sorpresa los despropósitos del vulgo. Todo lo que es razonable y conforme al sentido común se resiste a la mente del vulgo. Para que en él halle resonancia y acogida una idea es necesario que sea perfectamente absurda.

--Señora Cadahalso--manifestó con bondad el jesuita --, usted es de las que ponen en duda que vuelan los pájaros, y creerá que los bueyes se pasean por los aires. Muy bien, con su pan se lo coma.

--Otros se comen nuestro pan, que no yo--dijo la espantosa mujer, enseñando sus dos filas de dientes iguales y puntiagudos--. Yo me sé lo que creo, y creo lo que yo me sé.... Y toque su pat

ernidad a otra  
puerta, que ya vamos abriendo el ojo.

--Todo sea por Dios....

--Más respeto, canalla, más respeto--añadió Nazaria  
, tomando a su vez la  
rama y azotando suavemente a la estampa de la Muerte--.... Señor cura, no  
haga su merced caso, y dígame si para mi mal debo tomar una medicina que  
me han recomendado.

--¿Cuál es?...

--No es cosa de la botica, sino del cielo.

--No entiendo.

--Es cosa santa. Es un polvillo que dicen se saca de la cueva en que hizo  
oración San Ignacio.

--¡Ave María Purísima!--dijo Gracián llevándose las  
manos a la cabeza.

--¿Se espanta su merced?... Ese polvillo lo tiene, como gran reliquia, mi  
señora Doña Josefa, la mujer de D. Pedro Rey. Dice que su niña  
Perfectita sanó con él.

--¡Sacrilegio, profanación!--exclamó el jesuita--.  
¡Abuso nefando de las  
cosas piadosas! Esa tierra bendita es un objeto de  
piedad que debe  
venerarse como recuerdo de uno de los varones más insignes que ha habido  
en el mundo. Las cosas santas han de ser tratadas con mucho respeto y  
puestas a tanta altura que no pueda llegar a ellas el charlatanismo. Dad

a Dios lo que es de Dios, y a la botica lo que a la botica pertenece, y no mezcléis berzas con capachos, o sea santidades con vomitivos.

Más, mucho más hubiera dicho el discreto clérigo, si en lo mejor de su perorata no entrase Tablas, sorprendiendo a todos con los \_buenos días\_ que dio desde la puerta. Detenido en ella estuvo un buen rato mirando el cuadro que las dos mujeres y los dos eclesiásticos ofrecían. Entró al fin; limpióse el sudor que mojaba su frente, y tomando una silla la colocó con fuerte golpe en el punto en que quería sentarse. Después, gesticulando con recia manotada, echó de sí las moscas y dijo:

--Se ha muerto el boticario de la calle de Rodas y el carbonero de la calle de las Velas. En la casa del tío Caro no ha quedado más que el gato. Anoche no había novedad, y esta mañana la casa era un cementerio.

--No exagere usted--dijo amostazado el Padre Gracián, observando el mal efecto que aquellas nuevas hacían en Nazaria--. Defunciones hay; pero no en tal número.

--No se llaman defunciones; se llaman \_casos\_--replicó con estúpida risa Tablas--. Y podrá ser verdad lo que vuestra paternidad dice; pero yo sé que anoche Gregorio Tinajas y yo, bebimos juntos una copa al salir de cierta parte, y sé también que le he visto hace un momento tieso y frío.

--¡Se ha muerto!--exclamó Maricadalso con espanto.

--Como mi abuelo. ¿Lo sientes tú?

--Dígoles porque ya las pagó todas juntas.

--También se ha muerto la \_Fraila\_.

Nazaria cerró los ojos, no pudiendo cerrar los oídos. Pero el atleta se volvió a Maricadalso, y a boca de jarro le disparó estas palabras:

--Y tu hija, Maricadalso, tu hija Ildefonsa, iba ahora con un cántaro de agua por la calle de la Paloma, y se cayó en la calle, diciendo que se moría....

--¡Mi hija!... Tú mientes.... Corro a ver....

Diciendo esto con entrecortados rugidos, Maricadalso saltó de su asiento, como azorado gato, y salió a escape. Oyéronse sus violentos pasos extinguiéndose en la escalera, como se apaga el ruido de la piedra que chocando y rebotando se precipita en el abismo.

--Rumalda--dijo Tablas mirando a la cojuela que acababa de subir después de cerrada la tienda--; baja y tráeme tabaco.

--Romualda bajó, y sus pasos lentos y fatigados resonaron por largo rato en la escalera. Después Tablas siguió enumerando muertos y enfermos, y volvió a limpiarse el sudor. El calor era sofocante. La habitación, no bien templada por la oscuridad, parecía un horno por la proximidad del

tejado, donde caía como lluvia de fuego el ardiente sol de Julio.

Empezaba a caer la tarde, y el calor parecía aumentar en aquella hora a causa de los vapores que del suelo se desprendían. El aire en calma no daba ningún consuelo a los pulmones, y sólo las moscas parecían regocijarse en la pesada y miasmática atmósfera, como sibaritas viviendo en medio de todas las delicias que puede apetecer su naturaleza.

Gracián reprendió con cierta aspereza a Pedro López su afán de dar noticias fúnebres que afligían y apocaban a la pobre enferma. Echóse a reír el bárbaro, diciendo que él no tenía miedo a \_ los cóleras\_ ni a muertes de ninguna clase. Después hablaron de lo que motivó la visita de Gracián.

--Tengo aviso de Cataluña de la remisión de un encargo que me interesa mucho--dijo este sacando una carta--. Me dicen que recoja el bulto.... porque es un costal como de media fanega, Sr. López ... en la posada del Dragón. He pasado varios avisos, y mi encargo no parece. Sr. López, ¿me hará usted el favor de buscar bien en el almacén, de preguntar a los ordinarios y arrieros, de hacer, en fin, cuanto de su parte esté para que parezca ese bulto?

--¿Es fruta?

--No señor.

--¿Jamones?



--Tampoco. Es cosa de poco valor en sí; pero que yo estimo en mucho. Es un saco lleno de tierra. Debe venir perfectamente dispuesto y liado en esteras.

--¡Ah!... Será tierra de limpiar metales.

--Pagaré dos veces el porte si parece y está intacto--dijo el reverendo levantándose.

--¿No recibió vuestra Paternidad el año pasado otro saco como ese por conducto de D. Felicísimo?

--Justamente. Los padres de Manresa lo consignaron a D. Felicísimo. Y usted mismo, Sr. López, me lo llevó a mi casa.

--Pues este lo llevaré también.

--Gracias. Vámonos, Sancho.

Este nombre, aplicado al subdiácono, dio por un momento al padre Gracián cierta apariencia quijotesca. Pero no es aquel nombre capricho del narrador. Llamábase en efecto el subdiácono José Sancho; era natural de Palma de Mallorca, y tenía veinticuatro años de edad y siete de Compañía.

Gracián procuró animar con palabras consoladoras a Nazaria, exhortándola a desechar su infundado temor, y después de reiterar a Tablas la súplica que le hizo poco antes, salió de la casa escoltado por las moscas.

Aproximábase al Colegio Imperial, cuando un vil pillete que rasguñaba una destemplada guitarra se le puso delante, cortándole el paso, y con voz que más tenía de infernal que de humana, cantó esta copla:

¡Muera Cristo,  
viva Luzbel!  
¡Muera D. Carlos,  
viva Isabel!

Apartó suavemente el jesuita al cantor y siguió adelante. Pero Sancho fue más expresivo, y empujó al pillastre, expulsándole con violencia de la acera. Instantáneamente recibió en el hombro un golpe dado con la guitarra. Los dos se hallaron frente a frente mirándose con ojos de ira. Quizás habría seguido adelante la contienda, si Gracián no dijera con voz reposada:--Sancho, ¿qué es eso?

Ambos entraron en el Colegio. En la puerta oíase un rugidillo que no por ser infantil dejaba de ser insolente. Parecía el rumor de un poco de plebe menuda de esa que suele encrespase en las plazuelas de verdura, y que la autoridad sabe contener sin más artillería que las escobas municipales.

-XXVI-

En el claustro halló Gracián al Padre Francisco Sauri, buen sujeto,

catalán, ministro y procurador del seminario. Tenía 39 años y llevaba ya 17 de Compañía. Su celo por el esplendor de la casa era extraordinario. Refiríole Gracián lo que había oído cantar en la puerta, y Saurí le dijo que aquel día había recibido el rector diferentes avisos misteriosos, unos amenazando, otros recomendando precauciones. El profesor de Ética no dio importancia al hecho, porque otras veces habían llegado a la casa anónimos espeluznantes, sin que ocurriese después de ellos nada de particular. En su celda le visitó más tarde el Padre Artigas, bibliotecario, y hablaron de la guerra, leyendo luego muchas cartas y papeles. Después del refectorio se habló mucho de los anónimos, de las voces que corrían, poco lisonjeras para los regulares, del cólera reciente y de otras zarandajas. Algo más tarde los colegiales dormían con la dulce tranquilidad de la infancia, y los Padres o dormían o hacían penitencia en sus celdas.

Sin temor de equivocación se habría podido asegurar que Gracián pasó la noche en austeridades atroces sólo de él acometidas. La inescobata cellula, había perdido cantidad no pequeña del humus manresianus que cubría su suelo; pero Gracián tuvo el gusto de recibir la nueva y abundante remesa de aquel polvo al día siguiente de hacer al Sr. Tablas la recomendación que nuestros lectores conocen. Ocupábase aquella mañana, después de la clase de Ética, en extender por el suelo parte de

la tierra, cuando lo anunciaron la visita de D. Benigno Cordero. Hízole entrar suspendiendo su tarea. El héroe popular y el jesuita se apretaron afectuosamente las manos.

--Vamos--dijo Cordero sonriendo--, que bien podría entrar el arado en la celda de usted.... Esto es un campo.

--Los árboles que nacen aquí no se ven--replicó gravemente el jesuita cortando las bromas--. Vamos a otra cosa. Ya sé a lo que viene usted.... Siento decirle que no hay nada.

--¿No hay noticias?

--Ninguna.

Cordero cerró el pico y apretó los labios.

--Es particular--dijo--. Desde que me mandó el poder para casarse... (y fue con fecha 15 de Abril), no hemos tenido más noticias tuyas.... Aquí me tiene usted en la mayor zozobra. Me he casado por otro.... Soy un marido de fórmula, un marido de procedimientos, y tengo que ocuparme del marido verdadero más de lo que yo quisiera. La esposa de mi amigo... la que me dio su mano, casándose conmigo como se podría casar con un documento.... está también en gran zozobra.

--Pues no hay más noticias--dijo Gracián--, que las del otro día. Zorraquín me escribe con fecha del 14 y dice que se había separado del amigo, porque él (Zorraquín) fue solicitado por el carlismo o militante para

ocupar una plaza que hacía mucha falta en las filas de Zumalacárregui, la plaza de capellán o director espiritual. Es posible que después de separarse Zorraquín, no haya tenido ese señor medio seguro para enviar a Madrid sus cartas, que antes venían por conducto de aquel dignísimo sacerdote. Esperemos.

Cordero dio un suspiro, diciendo:

--Tranquilizaré como pueda a la señora de mi amigo. Y ya que estoy aquí no quiero marcharme sin advertir a usted de ciertos rumores....

--¡Ah! Hemos recibido anónimos y cartas amenazadoras. Es la vigésima vez.

--No creo yo que esto sea cosa de gran importancia--dijo el héroe dándosela a sí mismo en grado sumo--. Con todo, no está de más el prevenirse, porque las bromas populares se sabe donde empiezan... pero no se sabe nunca donde ni como acaban.

El clérigo hizo un mohín desdeñoso, manifestando ocuparse poco de lo que Cordero decía. Este prosiguió así:

--Yo tengo un primo a quien llaman Primitivo Cordero, el cual sí en el tratado de la honradez no tiene pero, en el de la tontería tiene manzanas, quiero decir que es un politicastro de estos que con cuatro palabras pescadas en un mal libro, media idea que se les pegó de cualquiera de nuestros grandes hombres, porción no pequeña de envidia y

algunos granos de patriotismo mal entendido, se entretienen en fabricar castillos de viento, fundando instituciones, dictando leyes, mudando personas. Yo siempre he creído a mi primo tan inofensivo como una paloma; pero los que le rodean no lo son. Como la mariposa es impulsada al fuego por un secreto anhelo de quemarse, mi primo Primitivo es arrastrado a los clubs por un desdichado prurito de bullanga que puede en él más que la razón, si es que razón hay dentro de aquella cabeza. Pues bien, amigo y Padre: por mi bendito primo y por un tal Rufete que sería igual a mi primo si no fuera más exagerado, más vacío de mollera y de peores intenciones, sé que en una reunión semi-secreta que varios patriotas tienen en la plaza de San Javier han acordado dar un susto a Vuestras Paternidades.

Al decir esto, Cordero le miró atentamente, por sorprender en su cara el efecto que aquella declaración le causaba; pero la cara del jesuita no expresó nada. Era una cara de palo.

--Llevaremos el susto con paciencia--dijo el Padre Gracián, ofreciendo al héroe un polvo, que por no ser de Manresa, aceptó gustoso D. Benigno.

--Según mi informe--añadió este--y son informes verdaderos, procedentes del horno mismo donde se cuecen tales pasteles, la bromita, susto o como queramos llamarlo, no pasará a mayores. Los patriotas sólo quieren manifestar su antipatía a Vuestras Reverencias y pr

otestar de la  
protección que Vuestras Reverencias dan al carlismo  
. Es cierto que esa  
protección existe por la misma naturaleza de las co  
sas y los  
antecedentes de las personas. ¡Hecho lógico, impres  
cindible, abrumador!  
Es cierto también que el régimen liberal no puede c  
oexistir con el  
carlismo, de donde resulta un antagonismo imponente  
entro dos hechos,  
entre dos verdades, entre....

--Y usted no cuenta para nada con Dios--dijo Graciá  
n, siempre con desdén.

--Sí, cuento con él, y en él espero que lo que se a  
nuncia no será nada,  
en provecho de todos. Pero algún día, Señor y Padre  
, ha de haber una  
como la de San Quintín, porque o Vuestras Reverenci  
as dejan de amparar a  
los carlistas, o los carlistas absorben al liberali  
smo, o el liberalismo  
se los traga a ellos y a Vuestras reverendísimas Pa  
ternidades.

--Grandes fauces ha menester... pero por falta de a  
petito no lo  
dejará--indicó Gracián dignándose sonreír un poco.

Cordero dio un suspiro y dijo:

--Veremos quien traga a quien.... Repito que las no  
ticias que me han dado  
mi primo y Rufetillo... yo siempre le llamo Rufetil  
lo... no son  
espeluznantes. Gritos y bulla nada más.... Puede se  
r que haya algunos  
palos, pero esos no caerán sobre las costillas de n  
ingún eclesiástico.  
Siempre se los encontrará algún desdichado que no l

o coma ni lo beba. En  
esa reunión secreta no hay hombres de gran empuje,  
ni conspiradores  
temibles, ni jacobinos de tente tieso. El más enred  
ador de todos ellos,  
el viborezno D. Eugenio Aviraneta ha desaparecido m  
isteriosamente,  
cuando más enfrascado parecía en sus intrigas. Y ah  
ora dicen que está  
con los carlistas.

Gracián levantó un pisa-papeles que en la mesa de s  
u escritorio oprimía  
varias cartas. Tenía aquel objeto la forma de un pi  
e de cabrón, y  
habiendo salido ileso de los escombros de la casa d  
e D. Felicísimo,  
Pipaón lo regaló al padre Gracián como recuerdo de  
su amantísimo suegro,  
que era amigo íntimo del jesuita. Este miró la cart  
a que bajo el pie de  
cabrón estaba y dijo:

--Aviraneta llegó a Tolosa de Francia. Me escribe c  
on fecha del 13. Ya ve  
usted que le confío mis secretos.

--Y ya sabe Vuestra Reverencia que soy un sepulcro-  
-replicó Cordero  
levantándose--. Muchas felicidades y pocos sustos.

Despidiose y fue a ver a Genara, esperando hallar e  
n su casa las  
noticias que no pudo o no quiso darle Gracián. La d  
ama estaba preparando  
sus maletas para huir de Madrid y de la epidemia qu  
e empezaba a difundir  
horroroso pánico en los habitantes de la Villa. De  
los informes que  
Cordero buscaba, nada podía darle Genara, porque na  
da había sabido  
después de la salida de su esposo enfermo y demente



del hospital militar  
de Pamplona.

La señora no pensaba más que en huir, huir de aquel  
azote de Dios que  
había empezado hiriendo a los pobres y pronto desca  
rgaría sobre los  
ricos. Ya había casos, sí, ya había casos de gente  
acomodada. Un  
consejero jubilado, la señora de un Alcalde de Cort  
e, un exento de  
guardias, un oficial de correos y un poeta habían c  
aído el día  
anterior.... ¡Bendito Dios! los que no eran pobres  
tenían al menos el  
recurso de la fuga, siempre que el cólera no fuera  
con ellos, invisible,  
en la zaga del coche, como solía acontecer. Genara  
tenía mucho miedo a  
la muerte, señal de turbada conciencia; pero ella s  
e esforzaba en  
aparecer serena y animábase con sus propias sonrisa  
s, como el soldado  
cobarde con sus propias bravatas. Iba, venía, recog  
iendo ropas, llenando  
baúles, haciendo y deshaciendo paquetes, dictando ó  
rdenes; contando su  
dinero y apuntando encargos. Contestaba breve y frí  
amente a D. Benigno;  
pero cuando este le habló de su matrimonio de fórmu  
la, mediante poder de  
un novio ausente, volviose a él con brusco impulso  
y le dijo:

--¿Por qué no me buscó usted para madrina?... No, n  
o guardo yo rencor.  
Deseo perdonar y que me perdonen.... Eso de darse l  
as manos con cien  
leguas de por medio no está en mis libros.... ¡Qué  
matrimonio tan  
desgraciado, D. Benigno! Dios quiera que el cólera  
no separe más a

marido y mujer.

--¡Señora, por amor de Dios!...

--No crea usted que es mala intención. Es lo contrario.... Les deseo toda clase de felicidades. No crea usted que soy mala... . ¡Y ahora que el hallarse en pecado mortal es tan peligroso!... No, no, reconciliación, piedad, perdón, amor a todos, conciencia limpia, es e es mi tema. ¿Es cierto que ha muerto anoche mucha gente?

--Mucha, replicó Cordero observando la palidez que el miedo pintaba en el agraciado rostro de Genara.

No me lo diga usted.... Esta tarde me voy. Me confesaré primero. ¿No creo usted que es buena idea?

--Me parece muy acertada.

--Vivimos casi de milagro.

--Es verdad. Ya que nos coja, que nos coja confesados--dijo Cordero con algo de sorna.

--Sí, sí.... Paz con todo el mundo, paz con Dios... .

Pronunció estas palabras con gran zozobra, y siguió ocupándose con febril actividad en sus preparativos de viaje. Los objetos se le caían de las manos; equivocaba una cosa con otra; empaquetaba ropas que debían quedar en la casa, y ponía bajo llaves lo más indispensable para el viaje.

Fueron llegando unos tras otros los amigos, noticiosos de su viaje. La veían partir con sentimiento, y ella por su parte les abandonaba con tristeza, porque la tertulia era el encanto de su vida, y el charlar de cosas de gobierno la más regalada comidilla de su travieso espíritu.

¿Nombraremos a aquellos señores? Más vale que no, porque algunos han vivido hasta hace poco; la mayor parte han ocupado altísimos puestos, y todos llevaron, cual más cual menos, piedra y casco te al edificio de un partido tan poderoso como impopular. Como nada es duradero en el mundo, el cielo quiso que a aquel edificio le llegase como a la casa de D.

Felicísimo, su día final, y hoy crece en sus rotos muros el \_amarillo jaramago\_, y sus huecos \_son ¡ay! de lagartos vil morada\_.

Entonces, en los tiempos verdes del gran Martínez de la Rosa, daba gozo ver la juventud lozana de un partido que hoy es vejete decrepito con lastimosas pretensiones de andar derecho, de alzar la voz y aun de infundir algo de miedo. Entonces se nutría de hábiles retóricas, de erudición doctrinaria carlista, y hacía esgrima de sable con el brazo valentón y pendenciero de jóvenes oficiales granadinos. En el seno de este partido, que en un tiempo se llamó de \_los sabios\_ y en sus albores se llamó de los \_anilleros\_, había gente de gran mérito, aleccionados los unos en la práctica estéril de liberalismo, otros algo amaestrados

en el arte político que faltaba a los liberales. Ellos fueron los primeros maquiavélicos ante quienes sucumbió la inocencia angélica de aquellos candorosos doceañistas que principiaban a no servir para nada. A falta de principios tenían un sistema, compuesto de engaño y energía. Su credo político fue una comedia de cuarenta años. Su éxito debiose a haber vigorizado el principio de autoridad, y su descrédito o impopularidad a haber impedido el desarrollo progresivo de las ideas. En religión eran volterrianos, y en sus costumbres privadas enemigos de la templanza; pero tenían un *\_coram vobis\_* de santurronería que hacía el efecto de ver la silueta de Satanás en la sombra de un confesonario. Uno de los primeros elementos de fuerza que allegaron fue el clero, a quien adulaban, disponiéndose, no obstante, a comprar por poco dinero sus bienes, cuando los progresistas los arrancaron de las manos que llamaban muertas. A excepción de dos o tres individualidades de intachable pureza, eran gente de economías, y andando el tiempo, con las compras de bienes desamortizados, formaron una aristocracia que poco a poco se hizo respetable, y en la cual hay muchos marqueses y un formidable elemento de orden. En lo militar fueron poco escrupulosos, y se les ha visto pronunciarse con naturalidad y hasta con gracia.

En los días de nuestra narración presentaban el grato aspecto de un ejército joven, lleno de bríos y de valor. Su programa de moderación

contrariaba a mucha gente. Aquel habilidoso sistema de ser y no ser, de equilibrarse entre el absolutismo y los liberales, valiéndose de los unos contra los otros, de prometer y no cumplir, de encubrir con fórmulas, retóricas y dicharachos hoy desacreditados, pero entonces muy en boga, el lazo de la arbitrariedad y el espadón de la fuerza, dio resultados en época de tanta inocencia política, cuando la libertad era como un niño generoso y no exento de mimos, más fácil de engañar que de convencer.

La tertulia de Genara fue el centro donde las aspiraciones de aquella gente lista empezaron a tomar cuerpo. Allí fue precisándose el sistema y haciéndose práctico. Allí se establecieron relaciones que no habían de romperse sino con la muerte y se conocieron y se escogieron, digámoslo así, los hombres. Los jóvenes tomaron de los viejos el saber astuto y estos de aquellos el desenfado y el vigor. Humanamente considerada, aquella gente tenía una superioridad especial que ha sido la causa de su dominio durante un tercio de siglo: era la superioridad de los modales, cosa importantísima en nuestra edad. Había en aquellos tiempos como una línea divisoria clara y precisa que separaba en dos grandes mitades el inmenso personal político, creado por las revoluciones. En el trazado de esta línea tenían alguna parte las tijeras de los sastres. No había término medio, y fue lástima grande que tantas ideas generosas y

salvadoras no pudieran por fatal destino, emancipar  
se de la grosería,  
del mal vestir y peor hablar.

Por esto el advenimiento de la clase media fue labo-  
rioso y pesado.  
Aquella clase, fríamente educada, no supo echar  
de sí ciertas  
asperezas, por lo que sólo prevalecieron en la vida  
pública los pocos  
que supieron ponerse el frac.

Despidieron a Genara aquel día, 16 de Julio de 1834  
, y se retiraron  
todos, los unos a su oficina, pues casi todos eran  
empleados, los otros  
a dormir la siesta. Todavía en aquellos tiempos se  
dormía la siesta, y  
al día siguiente de aquel 16 de Julio fue cuando la  
Providencia dispuso  
que el Gobierno durmiera una siesta célebre.

La dama partió llena de pena y miedo, de miedo porq-  
ue ignoraba si  
alejándose de Madrid se alejaría del aire ponzoñoso  
; de pena, porque  
dejaba su vida dulce y regalada, sus tertulias llen-  
as de amenidad o  
interés, su influencia en el partido dominante, y q-  
uizás, quizás algo  
que más vivamente interesaba a su corazón. Renuncia-  
r al brillo de su  
ingenio y hermosura, a las adulaciones de la pequeñ-  
a corte masculina que  
la festejaba un día y otro día; abdicar esta corona  
y huir de la capital  
de su reino de galanterías para sepultarse en un rú-  
stico lugarón donde  
no había de tener más solaz que lecturas insípidas  
y donde había de  
recibir la noticia del fin tristísimo de su marido,  
era fuerte cosa para

un corazón amigo de impresiones lisonjeras, para un  
a fantasía siempre  
joven y siempre soñadora, para una conciencia alarm  
ada.

Esta mujer acabó ya para nosotros. Dentro de los lí  
mites señalados a  
estas historias, no cabe ya el resto de su vida lle  
na de accidentes, y  
que no tomarán por modelo los cenobitas ni los que  
se propongan ser  
santos o algo que a santos se parezca. Sólo diremos  
, que vivió muchos  
años y que a los sesenta todavía era guapa. Ingenio  
sa, amable y algo  
intrigante, lo fue hasta los setenta, y durante dos  
años más fue un  
modelo de devoción cristiana y de edificante trato  
con clérigos y  
cofradías, hasta que Dios quiso llevársela de este  
mundo. No se le cayó  
la casa encima como a D. Felicísimo, sino que murió  
de repente hacia el  
último tercio del 68, si no están equivocadas las c  
rónicas.

Aquel día (volvemos a nuestro 16 de Julio del 34),  
D. Benigno fue el  
último que le apretó la mano. Después el héroe dio  
una vuelta por la  
calle de Toledo y plazuela de la Cebada, porque oyó  
decir que había  
agitación en aquellos barrios y gustaba de curiosear.  
Un espectáculo  
horrible le detuvo en su excursión. Vio asesinar cr  
uelmente a un chico  
por echar tierra en las cubas de los aguadores. Est  
a travesura frecuente  
entonces, se castigaba comúnmente a pescozones. Las  
cosas habían  
variado, y los ángeles traviesos eran tratados como  
los mis grandes

criminales. Cordero retrocedió para entrar en la calle del Duque de Alba, y en la de los Estudios recibió un testarazo que le hizo saltar de la acera al arroyo. El duro objeto que le embistió era un ataúd. Un hombre le llevaba sobre su cabeza, dando porrazos a cuantos transeúntes hallaba en su camino.

--¡Bestia!--gritó Cordero.

Al punto reconoció a Tablas, y suavizando la voz le preguntó:

--¿Para quién es, hermano?

--Para aquella, para aquella--replicó López sin detener el paso. Cordero vio algunas mujeres que lloraban.

-XXVII-

Desgreñada, lívida, con los ojos chispeando furia, las manos temblorosas, los dedos tiesos y esgrimidos al modo de cuchillos, la boca seca, por ser las voces que de ella salían más bien ascuas que palabras; más parecida a demonio hembra que a mujer, estaba Maricadalso en la puerta de una casa humildísima de la calle del Peñón. Sus gritos pusieron en alarma a la calle toda, como las campanadas de un incendio, y por ventanas y puertas aparecieron los vecinos. ¡Qué caras y qué fachas! El gritar de Maricadalso era por momentos l



astimero y dolorido,  
a veces amenazador y delirante. Sus cláusulas sueltas, saliendo de la boca en chispazos violentos, no entran en la jurisdicción del lenguaje escrito, porque lo característico de ellas dejaría de serlo al separarse de lo grosero. Palabras eran de esas que matizan y salpimentan las disputas populares; equivalen al siniestro brillo de la navaja en el aire y al salpicar de sangre soez entre las inmundicias que de un corazón rudo salen a una boca sedienta de injuria. Entre lo que no puede reproducirse se destacaban estas frases.--¡Mi hija muerta!... ¡Cosas malas en el agua!... ¡Esos pillos!...

Muchas damas de candil, vestigio envilecido de las que inmortalizó D. Ramón de la Cruz, rodearon a Maricadalso. Una harpía que grita en medio de la calle del Peñón o de otra cualquiera de aquellos barrios, tiene la seguridad de llevar el convencimiento más profundo al ánimo de su auditorio, sobre todo si lo que dice es un disparate de esos que no entran jamás en cabeza discreta. Con mágica rapidez, todas las mujeres que rodearon a Maricadalso se asimilaron las opiniones y sentimientos de esta. El pueblo es conductor admirable de las buenas como de las malas ideas, y cuando una de estas cae bien en él, le gana por completo y le invade en masa. Bien pronto la harpía individual fue una harpía colectiva, un monstruo horripilante que ocupaba media calle y tenía cuatrocientas manos para amenazar y doscientas bocas

s para decir: \_¡Cosas  
malas en el agua!\_

Quien no piensa nunca, acepta con júbilo el pensami  
ento extraño,  
mayormente si es un pensamiento grande por lo terro  
rífico, nuevo por lo  
absurdo. Aquel día habían ocurrido muchas defuncion  
es. Varias familias  
tenían en su casa un muerto o agonizante. En presen  
cia de una catástrofe  
o desventura enorme, al pueblo no le ocurren las ra  
zones naturales de lo  
que ve y padece. Su ignorancia no lo permite saber  
lo que es contagio,  
infección morbosa, desarrollo miasmático. ¿Y cómo l  
o ha de saber la  
ignorancia, si aún lo sabe apenas la ciencia? El pu  
eblo se ve morir con  
síntomas y caracteres espantosos, y no puede pensar  
en causas  
patológicas. Cristiano de rutina, tampoco puede pen  
sar en rigores de  
Dios. Bestial y grosero en todo, no sabe decir sino  
: \_¡Cosas malas en el  
agua!\_

Esta idea de las \_cosas malas\_ arrojadas infamement  
e en la riquísima  
agua de Madrid, con el objeto puro y simple de \_mat  
ar a la gente\_, cayó  
en el magín del populacho como la llama en la paja.  
No ha habido idea  
que más pronto se propagase ni que más velozmente c  
orriese, ni que más  
presto fuera elevada a artículo de fe. ¿Cómo no, si  
era el absurdo  
mismo?

Algunas mujeres subieron a ver el cadáver de la hij  
a de Maricadalso,  
cuyo ataúd acababa de traer López. Era una muchacha

bonita, cigarrera,  
con opinión de honrada. Maricadalso subía a su casa  
, lloraba junto al  
cuerpo de su hija, bajaba a gritar de nuevo, blasfe  
mando, volvía a subir  
y a llorar.... Ya no parecía la Muerte sino la Locu  
ra cantando a su modo  
el \_Dies irae\_. En tanto veinte, treinta, cuarenta  
hombres subían hacia  
la plaza de la Cebada propagando aquel satánico eva  
ngelio de las \_cosas  
malas en el agua\_. Encontraron a Timoteo Pelumbres,  
esposo de  
Maricadalso y padre de la muerta. Oyó este el grite  
río y soltando las  
herramientas que llevaba, corrió presuroso a una ta  
berna donde varios  
hombres disputaban.

--¿Veis?--gritó mostrando el puño--. Todo el mundo  
lo dice.... ¡Han  
envenenado las aguas!

Inquieto, feroz y pequeño, Timoteo tenía todas las  
apariencias del  
chacal, la mirada baja y traidora, los músculos ági  
les, el golpe  
certero. Atacaba de salto. Era el mismo a quien vim  
os haciendo buñuelos  
en la tienda inmediata a la gran carnicería de la P  
imentosa, de quien  
era protegido, lo mismo que su mujer. Era el mismo  
a quien vimos hace  
mucho tiempo, acaudillando la fiera cáfila que ases  
inó a martillazos al  
cura Vinuesa 21 en la cárcel de la calle de la Cabe  
za. Aquel tigre  
pequeño vivió mucho. Alcanzó los tiempos de Chico.

En la taberna hacía falta un orador para electrizar  
el selecto concurso.  
Aquél orador fue Pelumbres, que hablaba mostrando e

l puño y frunciendo  
las cejas. Las mujeres pasaron gritando. Entre ella  
s se divulgó una de  
esas noticias que electrizan, que redoblan el entusiasmo y aguzan el  
soez pensamiento. La noticia era esta: De los dos chicos a quienes se  
había sorprendido poco más arriba echando \_unas tierras amarillas\_ en  
las cubas de los aguadores, el uno fue muerto al instante, el otro logró  
escaparse y se refugió.... ¿dónde? en el mismo San Isidro.

--Como que de allí ha salido todo...--dijo una voz que se esforzaba en ser  
autorizada y convincente a pesar de ser la voz de un salvaje.

--¿Qué ha salido de allí?

--Los polvos.

--¡Los polvos!

El que esto aseguraba era un hombrón, un animal de esos que aparecen en  
las tempestades populares, sin que se sepa bien quiénes son, y en  
todas ellas dejan señal sangrienta de su paso. Seguíale una docena de  
individuos de esos que al mirarnos muestran cara humana, si bien es muy  
dudoso que sean hombres.

--Sí, señores, todo está averiguado--añadió el desaliñado orador, que era  
Tablas en persona--. Y si faltase testimonio, aquí estoy yo para darlo.

Dos mujeres se le colgaron de cada brazo. En torno suyo hízose un

corrillo. Formábalo esa curiosidad de lo horrible que reúne gente en derredor de los patíbulos, del charco de sangre, señal de un crimen, o junto a la oscura agonía de un perro. Tablas se enorgulleció de su papel. Aquel día era un día suyo, un día en que iba a mostrar su poder con pretensiones de poder político, ¡oh! ¡qué gran momento! Dos docenas de perdidos le obedecían, como obedece la piedra a la honda. Tablas era la honda; pero distaba mucho de ser la mano.

--Pues, sí señores--añadió López--. ¡Yo mismo les he llevado ayer un saco con media fanega de veneno!

--¡Media fanega de veneno!

--¿Y tú se lo has llevado?

--Sí, porque no sabía lo que era. No es la primera vez que esos malvados reciben remesas de veneno. El saco que les llevé ayer vino de Cataluña para ese.... No le quiero nombrar.

--Di tú, parlanchín--gritó una voz detrás del corrillo--. ¿Se ha muerto también la Pimentosa?

--Para eso va. Esta mañana despertó con el mal.

--¿Ha bebido agua?

--Ha tomado los mismos polvos como medicina.

Una exclamación de horror acogió esta terrorífica a severación.

--¿Quién se los ha dado?

--Curas y frailes que todos son unos. Diéronselos como medicina santa, y tomarlos y empezar a sentir las arcadas del cólera, fue todo una misma cosa.

Esto era demasiado espantoso para que el digno concurso pudiera hacer comentarios. El silencio torvo con que lo oyó probaba su escasez de ideas ante aquel hecho y el alarmante recogimiento de sus pasiones, que se concentraron para brotar en seguida con más fuerza. Tablas puso cara afligida. Deseaba excitar en favor suyo la compasión de la multitud y pasar por una víctima de las malas artes de cierta gente. Pero en su rudeza no acertaba a ingerir la idea política en aquella serie de locos desatinos. Tratándose de difundir un disparate y de darle la inverosimilitud que le hace más asequible a la mente del vulgo, Tablas no carecía de habilidad, porque así como el búho ve en las tinieblas, ciertos entendimientos tienen la aptitud del absurdo. Pero él quería razonar, emitir un fundamento, más que por justificar la asonada, por darse satisfacción a sí mismo, como hombre de opiniones políticas. Necesitaba una fórmula que le diese prestigio entre sus oyentes adjudicándole cierta iniciativa con asomos de jefatura.

Frunció el ceño, bajó la cabeza, recogió su pensamiento para buscar la fórmula que necesitaba. Como en ocasiones parecidas, en aquella su

frente semejaba el duro testuz del toro, previniendo la acometida. La chispa brotó entre las nieblas de aquel caletre, pues no hay cerebro por tenebroso que sea, que no tenga sus rehendijas por donde entre a veces algo de luz.

--¿No sabéis lo que es esto?--dijo con gran animación--, sintiendo vislumbres de genio--. ¿No sabéis lo que esto significa? Envenenar por gusto de envenenar no es....

Buscaba la palabra \_lógico\_, que había oído muchas veces en el club: pero no daba con ella. La palabra se le atarugaba sin querer pasar, como una moneda grande que no puede entrar por la pequeña hendidura de una hucha.

--No es, no es...--añadió forcejeando con el vocablo y echándole fuera al fin, aunque desfigurado, no es \_ilógico\_. ¿Por qué envenenan a la gente? Para acabar con los liberales. Ellos dicen: «No podemos aniquilar a nuestros enemigos uno a uno, pues acabemos con todo el género humano». (Sensación profundísima.)

Comprendió que le vendría muy bien en aquel caso un recuerdo histórico, y volvió a fruncir el ceño. Esto era difícil en extremo y su cerebro no tenía capacidad para contener un suceso histórico. Equivalía a querer meter, no ya una moneda, sino un camello dentro de la hucha. Pensó mucho y se rascó la frente. Había oído en el club multitud de menciones y

referencias de acontecimientos pretéritos; pero a él ninguna se le venía a las mientes. De pronto una mujer, ¡oh genio de la mujer! dijo esto:

--Es como lo de Herodes.

Tablas se estremeció de júbilo. Tenía lo que necesitaba. Ahuecando la voz y marcando con su manaza un compasillo oratorio, prosiguió su discurso así:

--Sí, señores; así como el tirano Herodes, para ver de perder al niño Jesús, mandó matar a todos los niños, según rezan los Evangelistas, estos canallas, para ver de acabar con un partido, con el partido liberal, quieren matar a todos los españoles, a todo el género humano, a todo el globo terráqueo.

Describió con el brazo extendido un vasto y rapidísimo círculo. Sabe Dios hasta donde habrían llegado las retóricas del antiguo tablajero, si en aquel momento no permitiese Dios una repentina tragedia. Era el primer hecho terrible, brotando de la última palabra de López. En el populacho las palabras ardientes tienen una propagación pasmosa, y pasma también la rapidez con que de estas flores de la barbarie salen frutos de sangre. Un lego atravesó por delante de la Latina, dobló la esquina de la plazuela siguiendo en dirección a Puerta de Moros. Iba presuroso y acobardado, llevando un paquete de papel en la mano, algo como dos libras de azúcar, recién compradas en la tienda.



--¡Aquél lleva veneno!--gritaron varias mujeres corriendo hacia él.

El lego fue rodeado por un grupo y desapareció en él. No se vio más que un estremecimiento de brazos y cabezas, un enjambre de cuerpos que forcejearon entre gritos. Algunos ayes lastimeros se deslizaron entre el vocerío. Después sólo se veía una masa de gente en lúgubre cerco silencioso mirando al suelo.

Tablas había tomado otra dirección. Por un momento el populacho se dividió. Los girones de aquella nube negra vagaron un rato por las calles de los Estudios, Toledo, plazuelas de San Millán y de la Cebada. Gran confusión reinaba. El atleta, con su media docena de facinerosos caminó hacia la calle de las Maldonadas. Cerca de la puerta de su casa vio a Romualda que salía presurosa, y la llamó:

--¿Y Názaria?

--Lo mismo.

--¿Hay alguien arriba 22?

--Nadie, yo sola; digo, yo he bajado.

--Sube y tráeme mi navaja grande que está sobre la cómoda.

--Madre Názaria me ha mandado por agua. Tiene sed.

--Ve primero por la navaja.

Romualda subió, mientras Tablas y sus amigos confer

enciaban gravemente  
en la puerta. Era un consejo de guerra de caníbales  
en la expectativa de  
una gran batalla-merienda. Cuando Romualda bajó con  
la navaja, López  
dijo a los amigos:

--El Gobierno mandará tropas a defenderles. Bueno e  
s estar prevenido.  
Mira, Rumalda....

Romualda había pasado ya a la otra acera, y desde a  
llí les miraba con  
espanto. Su cara de hambre y miseria, su aspecto de  
cansancio no  
excitaban la compasión de aquellos caballeros andan  
tes de la plebe.

--Rumalda.

--Señor.

--Sube y tráeme las dos pistolas que están colgadas  
junto a la cama....  
Después llevarás el agua a Nazaria.

--Madre Nazaria no me ha mandado por agua. Ya no ti  
ene sed. Me ha mandado  
por un cura. Dice que se muere.

--¿Por un cura?... ¿Y dónde están los curas, mentec  
ata?... Di a Nazaria  
que no se muera, que volveré pronto.... Corre y trá  
eme las pistolas.

--Voy por el cura.

--Sube y trae las pistolas--gritó López.

La coja entró en el portal, y emprendió su lucha co  
n la escalera. Esto  
empezaba a ser para ella como beberse el mar. Y se

lo bebía.

Poco después el atleta y sus amigos volvían a la calle de los Estudios.

Un reloj dio la hora. Eran las tres de la tarde. Ya en la puerta que el Seminario tiene por la calle del Duque de Alba, los sicarios del lego formaban un grupo imponente, montón de humanidad digno de un basurero, en el cual brillaban aceros de navajas y burbujeaban blasfemias.

Gritaron, golpeando la puerta. Tablas se presentó, quiso mandar; pero no le hicieron caso. Abriose la puerta, o franqueada por dentro o rota desde fuera, que esto no se sabe bien. El populacho entró. Detúvose en el vestíbulo ante una figura que estaba allí sola, imponente, inmóvil, como imagen bajada de los altares. Era el Padre Sauri, joven, flaco, pálido, valiente. La palidez, la energía de las facciones del jesuita, sus ropas negras, su valor quizás contuvieron un instante al populacho. Aquella repentina quietud parecía la perplejidad del arrepentimiento. El jesuita dijo con voz sonora y conmovida: \_¿qué queréis?\_

Difícil era contestar a esta pregunta con palabras.

Los sicarios no sabían bien lo que querían. De entre ellos salió una voz que gritó:

\_Queremos tu sangre, perro\_. No fue preciso más. El Padre Sauri desapareció. No puede describirse su horroroso martirio. De manos de los monstruos pasó a las de unas cuantas harpías que le arrastraron hasta la plazuela de San Millán, mutilando su cadáver en el

sangriento camino.

En tanto los asesinos se difundieron por los inmensos claustros del vasto edificio. Oíanse pasos precipitados y ayes lastimeros en lo alto violentos golpes de puertas que se cerraban. Era jueves, y los colegiales externos estaban en sus casas. Muchos jóvenes internos fueron acometidos. Para saber si eran realmente colegiales o Padres disfrazados de alumnos, los sicarios les quitaban el bonete buscando la corona sacerdotal.

-XXVIII-

Aquella mañana había funcionado con mayor actividad que otros días el aparato de trasmisión, establecido por D. Rodriguín entre su carpeta y la de su amigo.

--Amice, ¿exaudisti hodie susurrations trapisondarum?\_

--Utique; videte carátulam Gratiani. ¡Quantum est ille canguelatus!\_

--Ecce Fernandez, vel a Ferdinando. Ille ahorcabitur cum capillo.\_

¡Quién le había de decir al jugueteón estudiante que a las pocas horas de estas bromas había de ver morir trágicamente al infeliz Fernández, maestro dulce, tolerante amigo de los buenos alumnos

s y docto humanista!

Rodriguín le vio sorprendido por los sicarios al salir de su celda.

Espantado el jesuita ante el horrendo aspecto de la multitud, permaneció

un instante perplejo o inmóvil sin acertar a huir, ni a defenderse, ni

siquiera a traducir su terror en palabras. La plebe aprovechó aquel

momento. Fue devorado en un soplo como seca arista en el fuego.

Rodriguín bajó la escalera. Su temor le daba alas.

En el patio vio matar

al Padre Artigas, bibliotecario, y al hermano Elola, ambos cazados

ferozmente a lo largo de los claustros, y siguiendo la dirección de

algunos escolares que huían, refugiose en la capilla doméstica. Allí

estaba el Padre Carasa con algunos colegiales rezando el rosario.

Rodriguín les vio a todos arrodillados pidiendo a Dios misericordia, y

quiso imitarles; pero sus piernas no podían doblarse y eran incapaces de

todo lo que no fuera correr, huir, desaparecer. Salíó de la capilla. Era

todo pies. Bajó, volvió a subir, y en aquel viaje anheloso, semejante al

de la liebre perseguida, vio morir al Hermano Sanchó, el que acompañaba

a Gracián en sus paseos y excursiones, y al Hermano coadjutor Ostolazo,

que pereció en el patio y fue arrastrado a la calle por las mujeres. El

pánico horrible redoblaba las fuerzas del macarrónico para correr. Subió

a los desvanes, pasó por el sitio a que él y los de su pandilla

nombraban \_chupatorium\_ por ser el escondrijo donde fumaban, y al fin se

encontró solo. Los rugidos de la plebe sonaban lejos abajo. Rodriguín, al sentirse en salvo, perdió súbitamente las milagrosas fuerzas que le habían hecho volar, y cayó sin sentido. La colosal energía contractil que desplegara se concentró en su cerebro, haciéndole delirar. La fiebre reprodujole los mismos peligros de que ya parecía libre, y vio los puñales corriendo tras sí. Imaginose que corría con sobrehumana presteza, sin poder apartarse de los ensangrentados aceros; imaginose que subía a los tejados, seguido tan cerca por los sicarios que sentía su abrasador aliento. Soñaba (pues como sueño eran sus figuraciones) que se arrojaba de cabeza al patio, y que los sayones se arrojaban también detrás de él. Después subía como desesperado gato por la cuerda de las campanas, y por la misma vía subían también los puñales terribles. Luego se lanzaba por el interior angosto y húmedo de las cañerías que recibían el agua de los tejados, y la turba se precipitaba también por el interior del tubo, haciendo un ruido semejante al del agua. Seguido siempre y nunca alcanzado, pero tampoco en salvo, se precipitaba en la iglesia, subía por las paredes, bajaba por los empolvados altares, y la plebe subía y bajaba con él. Se metía al fin entre las hojas de los misales, como una cinta de marcar, y allí, en aquella doblez seguro, le seguían también las manos armadas de puñales. Las navajas brillaban entre las doradas letras.

Refugiábase luego entre los vestidos de la Virgen, en el aceite de la lámpara, en el recinto sagrado del copón; y en los vestidos, en el aceite, en el copón, los tigres no se apartaban de él, siguiéndole sin descanso y tocándolo sin llegar a cogerle.... Al fin acabó este espantoso delirio y quedó el escolar en inacción pa recida a la de la muerte. Cuando terminó aquel estado y cobró el conocimiento, hallose tendido boca abajo en el suelo del oscuro desván. P uso atención a los ruidos de abajo y le pareció que se alejaban. Arras trándose trató de subir al tejado y salió al fin aunque con dificultades, porque le dolía una rodilla y movía muy mal el brazo derecho. Desde el tejado que daba a la calle del Duque de Alba, vio la multitud que parecía abandonar el edificio; pero él ni por todos los tesoros del orbe, fuera capaz de descender al Colegio.... Dos o tres gatos le salieron al encuentro, y con tan buena compañía avanzó un buen trecho. El espacio vacío donde un año antes estuviera la casa de D. Felicísimo, le detuvo en su penoso viaje aéreo; pero dando algunos saltos llegó a una casa que parecía brindar al pobre fugitivo seguro y cómodo asilo. Por una de las ventanas de las bohardillas veíase ropa tendida; en obra había dos chicuelos que se entretenían en izar banderas de toallas 23 y servilletas a un asta de caña, que muy bien amarrada en el antepecho estaba. Alrededor de este cuadro revoloteaban pardas palomas que no lejos de allí tenían su

vivienda. D. Rodriguín indicó por señas a los chicos que iba a entrar por el hueco de la bohardilla, con lo que ambos se asustaron y huyeron adentro. Mas sin arredrarse por esto el atrevido estudiante escurriose tejas abajo. Trepando gatunamente con los cuatro remos, penetró en la casa. Una mujer y un señor mayor le salieron al encuentro; pero D. Rodriguín no supo darse cuenta de lo que le dijeron, porque extenuado de fatiga y perdidas las fuerzas, se arrojó sobre un montón de ropa blanca. Dejémosle allí.

El Padre Gracián estaba tranquilo en su celda escribiendo algunas cartas, cuando sintió el tumulto. Sin creer que este tuviera la importancia que realmente tenía, pensó que la Casa y sus pacíficos habitantes corrían peligro. Saliendo a la galería miró al patio, y lo primero que vieron sus ojos aterrados fue el cadáver del Hermano Artigas, bárbaramente acribillado. Retrocedió con espanto al interior de su celda; sacó precipitadamente cartas y papeles, encendió lumbre, y en poco más tiempo del necesario para contarlos, hizo un auto de fe que redujo a cenizas preciosos documentos, cartas elocuentes fechadas en el Carrascal, en la Amezcuá, en la Borunda y en los Alduides, curiosísimas notas y apuntes. Con el humo que se levantó en la celda llenándola toda, sintió picor en los ojos y salió como quien llora. El santo varón quiso revestir su fisonomía y su persona de las apariencias de severidad y



estoicismo que tan propias eran del momento, y aunque la proximidad y el aullido de los asesinos hicieron palpar de temor su corazón fuerte, se sobrepuso a la angustia del momento y avanzó con paso seguro por la galería. Encomendándose mentalmente a Dios, hizo propósito firme de no perderse con una exhibición imprudente ni envilecerse con cobarde fuga. A su lado pasó despavorido el Hermano Fermín Barba, que huía de los sicarios. Gracián no se animó a seguirle ni se atrevió a detenerle.

Aturdido el infeliz Hermano, que había logrado ponerse a salvo de los primeros perseguidores, cayó en manos de otro grupo no menos feroz, mientras Gracián, sin salir de su paso acertó a encontrarse junto a la puerta que conducía al coro de la Iglesia. Entró... . Dos o tres, estancias oscuras llenas de muebles viejos y de objetos de culto, de esos que bien podrían llamarse decoraciones, tales como cortinas, escalinatas, templetos, pabellones, piezas de monumento, etc., separaban el coro del claustro alto. Los asesinos no habían penetrado aún allí.

Gracián llegó al coro, y arrodillándose junto a la barandilla, oró en silencio, con las manos sobre los hierros y la frente en las coyunturas. ¿Se creía ya salvo y seguro? ¿Daba gracias o le pedía misericordia? ¿Le ofrecía su vida, aceptando gustoso su martirio, que ni buscaba ni rehuía para que fuese más meritorio? Imposible será sondear aquella alma en

momentos de tanta turbación. Pero si la apariencia y el rostro, el gesto reposado y la lengua muda son señales de un espíritu fuerte y sereno, Gracián tenía serenidad y fortaleza. O más bien sofocaba los estímulos de ese instinto invencible que es quizás el sello de la humanidad puesto a las criaturas, instinto que nos encarece con elocuente modo las ventajas de vivir, contrapesando los alientos del espíritu, ansioso a veces de la muerte.

Así, cuando llegaron al coro, donde Gracián estaba solo con su fortaleza, los bramidos de la plebe; cuando se oyó distintamente una voz que dijo por aquí; cuando las pisadas de los asesinos sonaron en las baldosas mismas del coro, Gracián no abandonó su recogida postura. Fue preciso, para hacerlo mover, que una mano descortés y ensangrentada le tocara en el hombro. Volvió la cabeza, vio a Tablas con aires de capitán matón, armado de pistolas y cuchillo.... Entonces el hombre se sobrepuso bruscamente al asceta. Dentro de Gracián estalló una mina de indignación. No supo lo que hacía, y sus fuerzas hercúleas asumieron todas sus facultades, oscureciendo al filósofo, al místico, al clérigo, para revelar el gigante.

En el coro había, junto al facistol grande, otro pequeño, pero suficientemente pesado para que no lo levantase con facilidad un solo hombre. Gracián lo cogió con formidable y rápido movimiento. Parecía que

arrancaba un árbol del suelo, y al levantarlo aseme  
jose a San Cristóbal  
apoyado en su palma. Estrépito de carcajadas acogió  
este movimiento.

Fulminando ira de sus ojos, Gracián gritó: \_¡Canall  
as!... ¡Masones!\_ y  
alzando el mueble apuntó a la cabeza del capitán de  
la vil tropa....

Pero en mitad de su movimiento fue herido en el cos  
tado con golpe

certero, instantáneo. Vaciló en el aire el facistol  
. El mueble y el  
cuerpo enorme del clérigo cayeron de un golpe. Estr  
emeciose el piso.

Inmóviles y espantados los asesinos, contemplaron e  
l cuerpo a la  
distancia del terror.

--Era el peor de todos--murmuró sordamente López, a  
partando sus ojos de a  
víctima.

Salieron. Un instante después reinaba en el coro y  
en la Iglesia, en  
torno a lo que fue Padre Gracián, el silencio del o  
lvido.

-XXIX-

Tan turbado estaba D. Rodriguín, que las primeras p  
alabras salidas de su  
boca fueron un latinajo incomprensible. No acertaba  
a pedir socorro en  
castellano ni a expresarse tampoco en vulgar latín.

--Ya, ya sabemos lo que usted desea--dijo cariñosam  
ente el señor mayor,

poniéndole la mano en el hombro--. Usted viene huyendo de la degollina de San Isidro.... Aquí no hay que temer.... Sola, querida hija, a este caballero le vendrá bien una taza de caldo.

--\_Utique... gratias agere...\_

--O un vasito de vino blanco con bizcochos.

--Mejor vino que caldo--dijo entonces en claro español el estudiante.

Y no se saciaba de mirar al señor de los espejuelos de oro, y a la joven, y a los chicos, que no menos espantados que él le rodeaban.

Sola (pues no era otra la señora de aquella casa) se alió en busca del reconfortante, y D. Rodriguín, ya completamente recuperado el sentido, pudo reconocer a D. Benigno.

--Ya sé donde estoy--dijo--. Ya sé que debo esta hospitalidad a don Benigno Cordero y a su digna esposa.

--No es esta señora mi mujer--replicó el de Boteros algo amostazado--, aunque sí lo fuera nada tendría de particular.... Esta casa, no es mi casa, es de un amigo que está ausente, es del esposo de esa dignísima señora, ¿entiende usted?... Vamos a otra cosa.... Podrían verlo a usted desde el tejado, si a los sicarios se les antoja subir para que no queden vivos ni los gatos.... ¡qué horrible día, Virgen del Sagrario!... Bajemos, señor subdiácono....

--No soy subdiácono, sino colegial--dijo Rodriguín, siguiendo a don Benigno 24 por la escalera abajo--. \_Suum cuique\_.

La casa no era de vecindad. Tenía dos pisos altos, ocupados por un solo inquilino. Demasiado grande para un soltero, era tal que para un casado sin hijos, sobraba más de la mitad. Sola se instaló en ella desde el día de su boda para limpiarla y tenerla en tal disposición que todo lo hallase a punto su marido cuando viniese. Una criada elegida por ella, Juanito Jacobo y el criado que Salvador había dejado en la casa, daban compañía y custodia a Sola por la noche, y por el día D. Benigno, su hermana y sus hijos mayores apenas salían de allí. Todos ayudaban a la grande obra de la limpieza y buena distribución de los muebles, al adorno y arreglo de la casa, que estaba primorosa. No faltaba en ella más que una cosa, el amo. Esperábanle cada semana, cada día, cada hora. Se habían recibido cartas suyas. Su esposa no cesaba de cavilar y de calentarse el cerebro, ya contando horas y minutos, ya imaginando obstáculos, o bien discurrendo el modo de ir al encuentro de su cara mitad, cosa harto difícil ciertamente por no saber qué camino traía.

El cólera había llenado de consternación y luto el alma de la señora, afectando también a sus leales amigos. Más que por sí mismos, temían ella y ellos por el ausente. ¡Santo Dios, si la epidemia le atacara en el camino!... ¿Tendría Dios dispuesto que no llegar

a a disfrutar el bien  
por tanto tiempo esperado?

--Lo peor de todo--decía Cordero, constante en su entrañable afecto--,  
sería que Dios te llevase a ti antes o después de que tu marido viniese,  
porque entonces.... Y... yo pregunto: «¿dónde se encontrará otra Sola?»

Y añadía para sí:

--Si esta idea no implicara la pérdida de un ser tan querido, me  
regocijaría con ella.... ¡Qué chasco para el amiguito! ¿eh?... ¡Pero no,  
Señor Dios Poderoso! ¡Barástolis, no! Antes de matarla a ella, mátame  
tres veces a mí, y que mi salvación me consuele de su felicidad.

El tremendo día 16 fue para todos los que en aquella casa habitaban, día  
de grandísima angustia, por la proximidad de la catástrofe. Reproducir  
aquí los apóstrofes que de su venerable boca echó D. Benigno al ver la  
matanza, las observaciones atinadísimas que hizo acerca de las justicias  
populares y del aborrecido imperio del vulgo, fuera imposible, sin dar a  
este relato dimensiones desproporcionadas. Puede ser que todos estos  
dichos sean recogidos escrupulosamente por algún cachazudo historiador  
que los perpetúe, como sin duda merecen.

Por la noche, cuando el barrio quedó tranquilo y se supo la verdad de lo  
ocurrido, viendo el hecho en todo su horror, el héroe no daba paz a la  
lengua para maldecir a aquel indolente Gobierno, qu

e tales crímenes  
había permitido, si no por expreso consentimiento,  
por pereza y descuido  
casi tan execrables como el consentimiento mismo. Y  
aquí tenía el  
compadecer a la libertad, deplorando que su causa e  
stuviese en tales  
manos, y el sacar a relucir ejemplos de Grecia y de  
Roma para sentar el  
principio de que las manos bárbaras y sucias del vu  
lgo envilecen cuanto  
tocan y destrozan aquello mismo que quieren defende  
r.

D. Rodriguín oía esto y callaba, admirando la elocu  
encia del buen señor;  
pero como las palabras carlista y liberal saliesen  
a relucir, tal vez  
impensadamente, en la perorata de Cordero, encrespo  
se el colegial,  
cambiáronse serias réplicas y reticencias, y trabos  
e al fin una  
disputilla que no se sabe a dónde habría parado, si  
Sola no ordenase el  
silencio para restablecer la paz. Al día siguiente,  
D. Benigno dijo a su  
amiga con mucho misterio:

--Es preciso mandar a su casa a este subdiácono. Es  
un espía carlista....  
¡Barástolis! tan bueno es Juan como Pedro, y entre  
las chaquetas de los  
desalmados y las sotanas de estas culebrillas no se  
sabe qué escoger.

Dicho y hecho. Avisose a la familia del colegial, y  
vestido este de  
seglar abandonó la casa, aunque ningún peligro habí  
a ya de que saliera  
en traje eclesiástico. Despidiose chuscamente hasta  
las \_kalendas  
carolinas\_, a lo que contestó el héroe con disparat

es latini-parlantes,  
que también se le alcanzaba algo de macarronismo.

Al ver Sola que pasaba un día y otro, que arreciaba la epidemia, que se cometían asesinatos horrorosos a ciencia y paciencia de las autoridades, parecióle que el Universo se descuajaba, que la máquina social y física del mundo se hacía pedazos, y que por jamás de los jamases se vería al lado de su legítimo dueño y consorte. Amarga tristeza se apoderó de ella, y no se le ocurría pensamiento alguno que no fuese de muerte o duelo. Pensó salir de Madrid, corriendo a la ventura en busca del esposo que Dios y la ley le habían dado; pero Cordero le quitó de la cabeza esta atrevida idea, impropia de persona tan razonable. Durante tres días el héroe no se ocupaba más que de reunir datos para escribir una memoria sobre el sangriento acontecimiento del día 16, y buscaba referencias, interrogaba a los testigos oculares, bebía en las mismas fuentes de la verdad histórica, perseguía detalles, frases, accidentes mil, y esas pequeñeces de que tanto jugo suele sacar la diligente Clio. Escudriñando tan escandalosos sucesos, vio que a los horrores del colegio Imperial y de Santo Tomás habían excedido los de San Francisco el Grande, donde perecieron a navajazos cincuenta individuos. En la Merced Calzada también fue grande el estrago. De los de San Francisco dio noticias prolijas el menguado Rufete, que estaba de guardia aquel día y adquirió cierta fama no envidiable, por haber dado seguridad



es al general de la Orden de que nada ocurriría en la casa, y haber poco después permitido el libre paso de los viles asesinos. Rufete desfiguraba los hechos para velar su cobardía, que quizás, o sin quizás, más que cobardía, fue complicidad con los infames asesinos. El oficiallete declaraba haber salvado de la muerte a muchos franciscanos; pero los que lograron salir vivos de la infame jornada aseguraban que en el momento del conflicto no se vio al señor oficial por ninguna parte. Había razones sobradas para afirmar que el Sr. Rufete hubo de esconderse en los sótanos del edificio, no dando señales de vida hasta que, muerta ya media comunidad, apareció muy fiero, echando ternos y venablos contra la pillería. Todos estos datos, noticias y versiones las iba recogiendo Cordero de los mismos héroes de la tragedia, para poner luego a cada cual en el lugar que le correspondía. Es indudable que el exaltado Rufete ocupó el que por sí mismo eligiera en lo más crudo del degüello, es a saber, la alcantarilla.

Faltara a todas las exigencias de la Historia el bu en Cordero, si omitiera lo que se dijo de envenenamiento de aguas, y la parte que tuvo en esta brutal creencia la bendita y entonces malhadada tierra de San Ignacio. Este ingrediente desempeñó en aquellos sucesos terribles un papel de primer orden. Fue arma odiosa de la mala fe, de la ignorancia, y absurdo pretexto, ya que no causa, de uno de los

más feos crímenes  
políticos que se han cometido en España. Conocemos  
la víctima y el  
grosero instrumento. La mano, ¿qué mano era y dónde  
estaba? ¿Creeremos  
en el espontáneo error del populacho y en un movimi-  
ento instintivo y  
ciego de su barbarie?... Difícil es creer esto. Per-  
o el aguijón que  
inquietó al bruto, haciéndole morder y cocear, qued-  
ó escondido en el  
misterio. ¿Fue el degüello cosa resuelta y ordenada  
en círculos oscuros,  
ávidos de maldad y escándalo? También es difícil as-  
egurar esto, que por  
su enormidad se resiste a la razón humana. La Fatal-  
idad, causa cómoda de  
los hechos oscuros, y luz mentirosa de lo que no pu-  
ede alumbrarse, se  
presenta aquí reclamando su página, la página a que  
le dan derecho las  
perplejidades del narrador y el convencionalismo de  
la Historia....  
Bienvenida sea esa madrastra Fatalidad, que tan bon-  
dadosamente se presta  
a adoptar todo hijo abandonado, por lo general feo  
y enclenque, a quien  
rechaza la misma Lógica que en las tinieblas lo eng-  
endró.

Rumores corrieron de que el bondadoso Padre Alelí h-  
abía perecido en las  
ferocidades del 16. Esto no resultó cierto por fort-  
una. Hallábase el  
anciano en la enfermería de su convento, ya complet-  
amente perturbado y  
sin juicio, cuando acaecieron los asesinatos. De na-  
da se dio cuenta.  
Cordero le acompañaba un buen rato todos los días,  
hasta el de su  
muerte, la cual fue por lo tranquila y suave, casi  
inadvertida. Una

siesta más larga que las de costumbre ocultó el momento de su tránsito, ocurrido a fines de Julio.

Nazaria murió del colera al siguiente día de la matanza. Heredó Tablas su mal; pero por aquel don de inmunidad que acompaña, según un viejo refrán, a la mala hierba, el animal venció a la epidemia asiática, o esta quizás asustose de él, dejándole libre, aunque muy bien recomendado a un cáncer que le tomó por su cuenta algunos años adelante. Por Romualda, a quien hallamos una mañana subiendo casi a gatas la empinada escalera de una casa de la calle de la Ruda, supimos que López llevaba con poca resignación su desgracia. Romualda subió tanto y tanto, que una noche la hallaron detenida en el peldaño octogésimo. Estaba prosternada, como besando la escalera. Tanto subió que sin pensarlo había llegado al cielo. López fue al hospital. Que murió no puede dudarse, por la índole incurable de su mal, pero nadie sabe cuándo ni cómo se extinguió aquella miserable vida, ni hay noticias del lugar de su sepultura. Acabó en el misterio, enteramente a solas si no le acompañaran el dolor y su conciencia, única compañía que le cuadraba.

-XXX-

Era sábado. Habían pasado seis días desde el nunca bastante execrado 16

de Julio, y Sola, desesperanzada ya y sin sosiego, incapaz de encontrar un consuelo en su propio pensamiento, convocó a los amigos en familiar consejo. Crucita opinó que no debía pensarse ya en que aquel endiablado hombre viniese; los chicos mayores se ofrecieron a salir y recorrer toda la Península para buscarle, y D. Benigno propuso que se fueran todos a los Cigarrales donde le aguardarían más tranquilos, libres de la zozobra que embargaba el espíritu de todos en la Corte y Villa.

Sola se resistió a ir a los Cigarrales mientras no tuviese noticias de su marido o no le viese entrar sano y salvo. Aquel día pasó en soledades y suspiros, en mirar al suelo y al cielo, en interrogarse con los ojos, sin atreverse a formular verbalmente el triste pensamiento. Pero si agitada estaba el alma de la señora, no lo estaba menos la del bendito héroe del Arco famoso, pues al paso que ganaba terreno en ella la idea de que no parecería jamás el \_marido de su mujer\_, se iba apoderando traidoramente de aquel mismo espíritu suyo un sentimiento expansivo, un no sé qué, una cosa semejante a la alegría.... El pobre señor, cuya rectitud, aún sometida a las mayores pruebas, era siempre grande y firme, padeció muchísimo con esto que llamaba \_caricia del Demonio\_, con esta tentación o asomos de pecado grave. Pero como podía tanto en él la voluntad, se sobrepuso a todo, arrojó de su pecho la culebrilla que se deslizara en él furtivamente, o invocando a Dios pr

imero y al Ginebrino  
después, exclamó con enérgico arrebató de cristiano  
y filósofo: «Lejos  
de mí esa infame alegría por la desaparición del qu  
e triunfó de mí. Si  
Dios le mata y paso a heredar su dicha, enhorabuena  
; pero maldito sea yo  
si deseo su muerte, y antes me vea comido de gusano  
s que envidioso. Bien  
dijo aquel gran pensador en el libro V del \_Emilio\_  
, que \_la virtud que  
sólo se funda en las acciones es virtud falsa y pos  
tiza\_».

Por la noche se retiró a su casa lleno de congoja,  
por no poder ya  
aliviar con palabras y ficciones la de su infeliz a  
miga. Esta acostó a  
Juanito Jacobo, que no había querido separarse de e  
lla y dormía junto a  
su cuarto; mandó a los criados que se acostaran tam  
bién, y sola en su  
alcoba estuvo rezando hasta muy avanzada la noche.  
Durmiose al fin en su  
lecho, y en sueños creyó sentir desusado estrépito  
en la calle y en la  
casa. Era una pesadilla. Parecíale que la casa se h  
undía, o que un  
ejército entraba en ella o que un gigante la hacía  
pedazos con su pesado  
pie. Despertose sobresaltada. El corazón le palpita  
ba tanto que por la  
muchacha viveza estuvo a punto de producirse la inerci  
a cardíaca y por  
consiguiente el síncope. Pero al reconocerse bien d  
esperta y al  
observar que continuaba el ruido, se incorporó en e  
l lecho, puso  
atención.... Se oían pasos en la casa... tocaron su  
avemente a la puerta  
de su alcoba... sonó una voz....

Sola saltó instintivamente 25 de su lecho. Empezó a vestirse a toda prisa.... No acertaba a vestirse....

--Soy yo....

--Espera... un momento.... Espera que me vista....

Y a medio vestir corrió a la puerta y abrió a su esposito.

--Pero no te veo...--le dijo dejándose abrazar.

El criado se acercó con luz, a punto que él soltaba capa y sombrero.

Cuando D. Benigno llegó a la mañana siguiente, se quedó pasmado, y absorto en la mitad del pasillo al saber que el \_marido de la señora\_ estaba sano y salvo en Madrid y en su casa. El héroe dio un gran suspiro. Mirando después al cielo, lanzó un piadoso apóstrofe y dijo así:

--¡Barástolis! Por Dios trino y uno, por la Virgen del Sagrario, por Rousseau, por mi vida honrada y por mi conciencia de cristiano juro y rejuro que me alegro con toda el alma.

Cuando Salvador salió de su alcoba, abrazáronse estrechamente ambos señores y juraron ser amigos fieles en lo que les quedara de vida. Muchos conocidos visitaron al recién llegado, y aquel mismo día tuvo éste ocasión de hacer una obra de caridad, mejor dicho, de aprobarla y sancionarla, pues ya estaba hecha condicionalmente por su esposa. Sola

había cedido gratuitamente la bohardilla de la casa a las señoras de Porreño, en quienes la rancia nobleza no fue parte a poner un dique a la invasora miseria. Muerto Fernando VII, faltó la modesta pensión que este les daba. Su dignidad no les permitía implorar la caridad pública. Su arreglo, las distintas aptitudes de Doña María de la Paz les permitían aspirar a sostenerse, aunque mal, de su honrado trabajo. Sola les ayudó en trances tan aflictivos, dándoles la casa y encargándoles no se sabe cuanta obra de ropa blanca. La gratitud de las dos dignísimas cuanto infelices damas era extraordinaria. Doña Salomé bajó de punta en blanco a dar las gracias al generoso dueño de la casa. Presentose envuelta en ajadísimos tafetanes, adornada de podridas pieles y plumas pulverulentas. Con toda la finura y dignidad de su carácter, con toda la cortesía de su educación y toda la tiesura de su embalsamado cuerpo expresó sus sentimientos, diciendo que aquel caso de liberalidad debía agradecerse más en una época funesta ¡ay! en que habían desaparecido, por completo los caballeros.

Partieron a los Cigarrales. Allí trascurrían dulces y lentas las horas. El sosiego era completo, el tiempo delicioso, la salud admirable, en concierto dulcísimo con la paz y alegría de las almas.

Salvador y D. Benigno hablaban de política, cada cual según su criterio, su experiencia y diversos conocimientos; el segundo

inclinado, a las generalidades, a las teorías; el primero más aferrado a los hechos, y deduciendo de la incompatibilidad de estos con la idea, desconsoladoras consecuencias; Cordero dejándose llevar del optimismo y confiando mucho en el entusiasmo, en la virtud de los hombres y en la fuerza de ciertas ideas; Salvador inclinándose al pesimismo, revelándose muy aleccionado por la experiencia, creyendo poco en las personas y menos en las ideas verdes y desazonadas. D. Benigno opinaba que todos los españoles debían abrazar la bandera de la libertad, respetando y enalteciendo siempre la Religión y el Trono: admitir todos los progresos del siglo, y aplicarlos a las leyes, a las costumbres, al vivir y al pensar, evitando las guerras y colisiones. Añadía que si todos los españoles no gustaban de entrar por este camino, los rebeldes debían ser vencidos a palos, para lo cual convenía que los libres se armaran formando una milicia organizada, ni más ni menos que como la famosísima de Julio del 22, émula de los espartanos en el famoso Arco de Boteros.

Salvador no desaprobaba estas ideas, pero fiaba poco en los buenos propósitos de los que pensaban como su amigo; fiaba también poquísimos en la milicia, en los palos de la milicia y en la soñada concordia entre la libertad y la Iglesia. Declarando todo su pensamiento, aseguró que no esperaba ver en toda su vida más que desaciertos, errores, luchas



estériles, ensayos, tentativas, saltos atrás y adel  
ante, corrupciones de  
los nuevos sistemas, que aumentarían los partidario  
s del antiguo, nobles  
ideas bastardeadas por la mala fe, y el progreso ca  
si siempre vencido en  
su lucha con la ignorancia.

--Los días mejores--dijo señalando con su bastón el  
horizonte--, están aún  
tan lejos que seguramente ni usted ni yo los veremo  
s. La reforma es  
lenta, porque el mal es grave y profundo, y sólo se  
ha de curar  
trabajándose a sí mismo. Pienso vivir alejado de to  
da acción política.  
Estoy abrumado de experiencias; he visto mucho; cum  
plí mi misión. Hay  
mil caminos abiertos por donde pueden lanzarse los  
hombres nuevos. Los  
que no lo son, deben quedarse a un lado mirando y v  
iviendo. Mi ideal  
está lejos. El tiempo le tiene tan guardado aún, qu  
e no se le vislumbra  
aquí por ninguna parte. Pero vendrá, y aunque no he  
mos de ver esa  
realidad, digna de ser admirada, desde aquí nos con  
suela el penetrar con  
el pensamiento en un porvenir oscuro, y contemplar  
las hermosas  
novedades de la España de nuestros nietos. En tanto  
, no puedo tener  
entusiasmo como usted, porque no creo en el present  
e. Me parece que  
asisto a una mala comedia. Ni aplaudo ni silbo. Cal  
lo, y quizás me  
duermo en mi luneta. No tengo que soñar en mi felic  
idad doméstica, que  
es ya un hecho positivo; soñaré con ese porvenir le  
jano de nuestra  
patria, con ese tiempo, querido amigo mío, en que l  
a mayoría de los

españoles se reirá de la angelical inocencia política de usted.

-XXXI-

Basta ya.

Aquí concluye el narrador su tarea, seguro de haberla desempeñado muy imperfectamente, pero también de haberla terminado en tiempo oportuno (váyase lo uno por lo otro) y cuando el continuarla habría sido causa de que las imperfecciones y faltas de la obra llegaran a ser imperdonables. Los años que siguen al 34 están demasiado cerca, no s tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes no se puede di secar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con e scalpelo. Quédese, pues, aquí este largo trabajo sobre cuya última página (a la cual suplico que me sirva de Evangelio) hago juramento d e no abusar de la bondad del público, añadiendo más cuartillas a las diez mil de que constan los Episodios Nacionales. Aquí concluyen definitivamente estos. Si algún bien intencionado no lo cree así y quiere continuarlos, hechos históricos y curiosidades políticas y sociales en gran número tiene a su disposición. Pero los personajes novelescos, que han quedado vivos en esta dilatadísima jornada, los guardo, com

o legítima  
pertenencia mía, y los conservará para casta de tipos contemporáneos,  
como verá el lector que no me abandone al abandonar yo para siempre y  
con entera resolución el llamado \_género histórico\_  
.

## FIN DE LA NOVELA Y DE LOS EPISODIOS NACIONALES

Santander.--Noviembre-Diciembre de 1879.

En el breve Prólogo impreso a la cabeza de la presente edición me dejé  
decir que tenía preparado un largo escrito sobre el origen e intención  
de esta obra, los elementos históricos de que dispuse, y los datos y  
anécdotas que recogí, comprendiendo además algunos desahogos \_sobre la  
novela española contemporánea\_. Pronto me arrepentí de esta precipitada  
oferta, y la tuve por grandísima tontería en la parte que se refiere a  
juicios generales de crítica y a opiniones sobre el género literario que  
más se cultiva en España. Y al desempolvar los papeles en que estaba  
el mal pensado y peor escrito \_Ensayo\_, me revolví airado contra mí  
mismo por la pícara maña de ofrecer lo que en manera alguna puedo ahora  
cumplir.

Me desdigo resueltamente, recojo mi palabra, y como en aquella  
espontaneidad pueril no hubo nada de juramento, ni se trata de un caso  
de conducta moral, espero quedar bien con mis lectores.

res y con mi  
conciencia. Y si me apuran, prefiero pasar por poco  
formal a meterme en  
sabidurías y honduras de crítica, investigando las  
recónditas leyes de  
la belleza o las mudanzas que el tiempo y la moda l  
es imprimen, y  
olfateando los caminos que este y el otro autor sig  
uieron para su gloria  
o descrédito. Para cumplir lo prometido sería preci  
so que me saliese de  
las filas de la procesión y me pusiese a repicar. H  
ay escritores  
dichosos que desempeñan admirablemente este doble t  
rabajo, y andan en la  
procesión y repican que se las pelan. Estos tienen  
el don maravilloso de  
practicar el arte y de legislar sobre él, y son mae  
stros en todo cuanto  
cae debajo del fuero de la pluma. Sabe Dios que dar  
ía cualquier cosa por  
que me infundiesen algo de su aptitud, aunque no fu  
era sino para salir  
airoso en la ocasión presente; pero como esto no pu  
ede ser, me resigno,  
y queda circunscrito el compromiso a la primera par  
te tan sólo de lo  
ofrecido, es decir, que no tengo ya más obligación  
que hablar un poco de  
cómo y cuándo se escribieron estas páginas. Esto me  
lo tengo muy sabido,  
no es cosa de ciencia sino de experiencia; pertenece  
a la erudición  
fácil y profunda de las propias acciones, y saldrá  
como una seda, sin  
temor de opiniones adversas ni de que los descontent  
adizos lo tengan por  
más o menos aproximado a la verdad; como que es la  
certeza misma.

A principios de 1873, año de grandes trastornos, fu  
e escrita y publicada

la primera de estas novelas, hallándome tan indeciso respecto al plan, desarrollo y extensión de mi trabajo, que ni aun había fijado los títulos de las novelas que debían componer la serie anunciada y prometida con más entusiasmo que reflexión. Pero el agrado con que el público recibió La Corte de Carlos IV sirviome como de luz o inspiración, sugiriéndome, con el plan completo de los EPISODIOS NACIONALES, el enlace de las diez obritas de que se compone y la distribución graduada, de los asuntos, de modo que resultase toda la unidad posible en la extremada variedad que esta clase de narraciones exige. Cuatro novelas aparecieron puntualmente cada año con regularidad de Almanaque, y en la Primavera de 1875 quedó terminada con La Batalla de los Arapiles la primera serie. Tantos lectores tuvo (dentro de la cifra reducida de lectores españoles), que creí oportuno emprender una segunda serie. Verdaderamente, la pintura de la guerra quedaba manca, incompleta y como descabalada si no se le ponía pareja en el cuadro de las alteraciones y trapisondas que a la campaña siguieron. El furor de los guerreros de 1808 sólo había cambiado de lugar y de forma, porque continuaba en el campo de las Conciencias y de las ideas. Esta segunda guerra, más ardiente tal vez aunque menos brillante que la anterior, pareciome buen asunto para otras diez narraciones, consagradas a la política, a los partidos y a las luchas entre la tradición y la

libertad, soldado veterano la primera, soldado bisoño la segunda; pero ambos tan frenéticos y encarnizados, que aun en nuestros días, y cuando los dos van para viejos, no se nota en sus acometidas síntoma alguno de cansancio.

Con \_Un Faccioso más y algunos frailes menos\_ quedaron terminados los EPISODIOS NACIONALES, y no obstante las excitaciones de algunos aficionados a estas lecturas, me pareció juicioso dejar en aquel punto mi trabajo, porque la excesiva extensión habría mermado su escaso valor, y porque, pasado el año 34, los sucesos son demasiado recientes para tener el hechizo de la historia y no tan cercanos que puedan llevar en sí los elementos de verdad de lo contemporáneo. Abrazan, pues, los EPISODIOS NACIONALES veintinueve años, los cuales, de fijo, dieron de sí más acontecimientos y produjeron más hombres, y, en una palabra, hicieron más historia que todo el siglo precedente. Si damos valor a una ilusión de tiempo, podremos decir que aquellos veintinueve años fueron nuestro siglo décimo octavo, la paternidad verdadera de la civilización presente, o del conjunto de progresos y resabios, de vicios y cualidades que por tal nombre conocemos.

Por más que la generación actual se precie de vivir casi exclusivamente de sus propias ideas, la verdad es que no hay adelanto en nuestros días que no haya tenido su ensayo más o menos feliz, ni error al cual no se

le encuentre fácilmente la veta a poco que se escarbe en la historia para buscarla. Todos los disparates que hacemos hoy los hemos hecho antes en mayor grado. Y si parece que faltan ahora los grandes impulsos que en otro tiempo determinaron hechos inmortales, es porque no se producen las circunstancias que los estimulan; que si se produjeran, aquellos impulsos saldrían. Y si no, que lo prueben de veras.

Es y será siempre un gran placer para toda generación el mirarse en el espejo de la que le ha precedido inmediatamente. De esto, en primer término, y de la circunstancia, feliz para mí, de no existir en la literatura española contemporánea novelas de historia reciente, ha dependido el buen éxito de estos libros y la estimación que por sus condiciones literarias no habrían alcanzado nunca.

Esta obra fue empezada antes de que estuvieran en boga las tendencias en literatura, al menos aquí; pero aunque se hubiera escrito un poco más tarde, seguro que habría nacido limpia de toda intención que no fuera la de presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) a los aficionados a esta clase de lecturas. Ni remotamente se me ocurrió mortificar poco ni mucho a los naturales de un país enemistado con el nuestro en aquellos trágicos días. La demencia patriótica que nuestros vecinos l

laman \_chauvinisme\_  
es tan contraria a mi manera de sentir, que me tengo por libre de tal enfermedad ahora y siempre. Consigno aquí esta declaración como respuesta, tardía sí, pero categórica a lo escrito en una célebre revista de circulación universal por un discretísimo y malogrado publicista francés 26, que al mismo tiempo que favorecía mi obra con apreciaciones lisonjeras, indicaba que el autor de ella se proponía concitar los ánimos de sus compatriotas contra Francia. De que en una o varias novelas aparezcan pintados los sentimientos de los españoles de 1808 con la vehemencia que exige la propiedad histórica, no se puede deducir que los presentes sintamos antipatía hacia una nación a la cual nos unen hoy vínculos más fuertes que todas las alianzas políticas. La proximidad entre ambos países es tan grande a causa del mutuo comercio y de las fáciles comunicaciones; es tan incontrastable la influencia que en nosotros ejercen las ideas, las costumbres, la industria y aun la riqueza de nuestros vecinos, que aunque existiera aquí el \_chauvinisme\_, los hechos lo curarían de golpe. Por lo demás, los franceses mismos, en su literatura patriótica, no han sido nunca tan escrupulosos ni se han parado en barras en lo de molestar con más o menos justicia a naciones que han tenido con ellos algún altercado. Otros dos escritores extranjeros, al ocuparse ligeramente del mismo asunto, han seguido el criterio de Mr. Louis-Lande. A ellos dirijo también



estas observaciones.

Lo que comúnmente se llama Historia, es decir, los abultados libros en que sólo se trata de casamientos de Reyes y Príncipes, de tratados y alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la existencia de los pueblos, no bastaba para fundamento de estas relaciones, que o no son nada, o son el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente. Era forzoso pedir datos a los olvidados anales de las costumbres y aun de los trajes, a todo eso que la tradición no sabe defender de las revoluciones de la moda, y que se pierde en la marejada del tiempo, dejando rastro muy débil en los archivos del Estado. Era indispensable pedir también auxilio a la literatura anecdótica y personal, como Memorias y colecciones epistolares. Pero de estos tesoros están muy pobres nuestras bibliotecas. Son pocos los que han referido los lances verídicos de su vida. Hay en nuestro carácter un fondo de modestia que perjudica a la formación de la verdadera historia, y adolecemos además de falta de sinceridad. Lo que llaman vida pública es una fastidiosa comedia representada por confabulación de todos, amigos y enemigos. La vida efectiva no aparece nunca, y nos apresuramos a hacer desaparecer los documentos de ella, arrebatando a la publicidad las cartas de personajes fenecidos, por ese ridículo miedo a la verdad que es propia de los que

se habitúan a vivir en una atmósfera de artificios.

De aquí la oscuridad  
que envuelve sucesos casi recientes. Las cartas escritas \_para el público\_ no llenan este vacío, y las verdaderas no salen nunca a luz, o por la razón de falsos respetos, o quizás porque el público mismo no manifiesta inclinación a esta literatura de verdad palpitante, y protege con su demanda las cosas sobadas, compuestas y mentirosas. Poco o ningún fruto obtuve, pues, de la literatura familiar.

La prensa periódica ha podido, en algún caso, prestar servicios al novelista, aunque en las épocas de régimen autoritario es difícil hallar en los papeles públicos un reflejo, ni aun siquiera pálido, de la vida común. En cuanto a la \_Gaceta\_ de aquellos tiempos, justo es reconocer que arroja gran luz sobre los sucesos de Turquía, Moscú, Transilvania y Galitzia, observando, respecto a lo que en Madrid pasaba, una discreción tal, que no es posible imaginar papel más estúpido. Pero donde menos se piensa hallamos un tesoro. El \_Diario de Avisos\_, que en estupidez iguala a la \_Gaceta\_ y le supera en garrulería, ha sido para mí de grande utilidad, por los infinitos datos de la vida ordinaria que atesora.... ¿dónde creeréis? en sus anuncios. En esta parte del periódico más antiguo de España he hallado una mina inagotable para sacar noticias del vestir, del comer, de las pequeñas industrias, de las grandes tonterías, de los placeres y diversiones, de la supina inocencia

de aquella generación. Créanlo o no, digo que todo lo que en esta obra es colorido, acento de época y deo nacional, proce de casi exclusivamente de los anuncios del \_Diario de Avisos\_. Para la ensambladura histórica tuve siempre a la vista la historia anónima de Fernando VII, que se atribuye a D. Estanislao de Koska Bayo, y para \_Zaragoza\_ los \_Sitios\_ de Alcaide Ibieca. Con esto, las \_Memorias\_ de algunos generales del Imperio y otras historias menos conocidas y una buena dosis de buena voluntad, que suple a veces la falta de ciertas facultades, salí del paso como Dios me dio a entender.

Gran ventura habría sido para mí tropezar con testigos presenciales; pero no habiendo hallado ninguno que pudiera contar hechos de la primera época, tuve que fiar la empresa a las fatigas del trabajo inductivo y de probabilidades, auxiliado por datos de tercera mano y referencias incompletas o desvirtuadas. Después, al acometer la segunda serie, pude obtener ventajas de la conversación con personas de tanto ingenio, sagacidad y feliz memoria como el Sr. Mesonero Romanos y algún otro. En las obras de este insigne fundador de la literatura de costumbres en España, en las de Larra, Miñano, Gallardo, Quintana, etc., y aun en las comedias, sainetes o articulillos de escritores oscuros, así como en diferentes periódicos no políticos, sin excluir los de modas, he allegado elementos indirectos para sortear las difi

cultades de empresa  
tan ruda.

En la primera serie adopté la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atractivo y favorece la unidad; pero impone cierta rigidez de procedimiento y pone mil trabas a las narraciones largas. Difícil es sostenerla en el género novelesco con base histórica, porque la acción y trama se construyen aquí con multitud de sucesos que no debe alterar la fantasía, unidos a otros de existencia ideal, y por que el autor no puede, las más de las veces, escoger a su albedrío ni el lugar de la escena ni los móviles de la acción. Tales dificultades obligáronme a preferir en casi todas las novelas de la segunda serie la narración libre, y como en ellas la acción pasa de los campos de batalla y de las plazas sitiadas a los palenques políticos y al gran teatro de la vida común, resulta más movimiento, más novela, y por tanto, un interés mayor. La novela histórica viene a confundirse así con la de costumbres. En los tipos presentados en las dos series y que pasan de quinientos, traté de buscar la configuración, los rasgos y aun los mohines de la fisonomía nacional, mirando mucho los semblantes de hoy para aprender en ellos la verdad de los pasados. Y la diferencia entre unos y otros, o no existe, o es muy débil. Si en el orden material las transformaciones de nuestro país han sido tan grandes y rápidas que apenas se conoce ya lo que fue, en el orden espiritual la raza defiende de

l tiempo sus  
acentuados caracteres con la tenacidad que pone siem  
pre en sus defensas,  
ya lo sean de una ciudad, como en Numancia y Zarago  
za, ya de una  
costumbre, como se muestra en la perpetuidad de los  
Toros y de otras  
mañas nacionales. No es difícil, pues, encontrar el  
español de ayer, a  
poco que se observe el que tenemos delante.

Al pensar en la ilustración de esta obra, quise, co  
mo he dicho al  
principio de la edición, que manos de otros artista  
s vinieran a dar a  
las escenas y figuras presentadas por mí la vida, l  
a variedad, el acento  
y relieve que yo no podía darles. Poco tengo que añ  
adir a lo que dije al  
principio de la edición. Bien se ha visto que el pl  
an primitivo ha  
sufrido alguna mudanza. Anuncié que la ilustración  
total estaba a cargo  
de dos artistas eminentes; pero las dificultades qu  
e en la práctica  
ofreció lo excesivo del trabajo en obra tan extensa  
, obligáronme a  
repartir la ilustración entre mayor número de artis  
tas. Tuve la suerte  
de que todos cuantos llamé en mi auxilio respondier  
on con entusiasmo;  
todos han trabajado con fe, encariñados con la obra  
más de lo que esta  
merecía. El resultado ha sido admirable. La habilid  
ad de los insignes  
pintores y dibujantes que han trabajado en esta edi  
ción, su entusiasmo y  
mi constancia (que no quiero renunciar a la parte d  
e gloria que me  
toca), han producido una obra editorial de relevant  
e mérito, un  
verdadero museo de las artes del diseño aplicadas a

la tipografía, y  
marcan un verdadero progreso en el gusto nacional.  
Creo haber acertado  
al preferir los facsímiles ejecutados sobre zinc a  
los antiguos  
procedimientos del boj, pues si la madera bien trab  
ajada da finezas y  
matices, que en el clisé directo se obtienen pocas  
veces, en cambio este  
reproduce fielmente la creación del artista, y tras  
lada el acento, el  
trazo, la personalidad. De aquí la seducción que ej  
erce en el observador  
entendido un relieve de zinc cuando es de manos bie  
n ejercitadas en el  
lápiz o la pluma. Muy grande tiene que ser la destr  
eza de un grabador  
para arrancar de la madera efectos iguales, y sobre  
todo, para imprimir  
con el buril ese sello de espontaneidad y frescura  
que en el clisé  
directo compensa la tosquedad del trazo.

No he de ocultar que la escasez de medios industria  
les en nuestro país  
ha sido parte a mermar los efectos que habrían podi  
do obtenerse en esta  
ilustración, utilizando todos los progresos que la  
zincografía ha  
realizado últimamente en Europa. Pero en la ruda ca  
mpaña que ha sido  
preciso sostener con la carencia de elementos mater  
iales se ha llegado  
hasta donde se ha podido, y sólo han cesado los esf  
uerzos ante el  
convencimiento de no poder avanzar más en esta send  
a de asperezas y  
entorpecimientos de todas clases. Se ha ido hasta e  
l fin del terreno  
conocido en nuestra limitada vida industrial, no re  
trocediendo sino  
cuando era humanamente imposible dar un paso más. L

a tristeza que produce el no haber llegado a la perfección se atenúa con la idea de haber puesto los cinco sentidos y los recursos todos en la empresa, y con la seguridad de que otros llegarían hasta donde hemos llegado: pero no más allá.

Cuatro años y medio ha durado la publicación, plazo relativamente corto y que aún lo parecerá más si se atiende a que la obra consta de \_quinientos veintiocho pliegos\_, a que ha sido preciso obtener de nuestros artistas, algunos de ellos avecindados en Barcelona y en el extranjero, mil doscientos dibujos próximamente, enviarlos fuera de Madrid casi siempre, para la elaboración de los cliés, y estampar al fin estos con la prolijidad y el esmero que exige el trabajo. Los que conozcan de cerca las faenas tipográficas y además hayan visto experimentalmente los horizontes que tiene en España el comercio de libros, se pondrán de mi parte cuando me oigan repetir lo que dije primero el loco de Cervantes y después Pereda en esta forma: \_«no es para todos la tarea de hinchar perros en esta catadura»\_.

Los nombres de los colaboradores artísticos de esta edición, pintores eximios los unos, dibujantes habilísimos los otros, van a la cabeza de los diez tomos. Estos nombres, algunos de los cuales gozan ya de universal fama, y los demás la obtendrán seguramente, son demasiado

conocidos y no necesitan que se les haga aquí un panegírico. Poco añadirían a su reputación mis encarecimientos, que, por otra parte, parecerían quizás interesados. Es ocioso encomiar lo que está a la vista. Ponerse a describir bellezas fácilmente apreciables por cuantos tienen ojos y gusto es más de cicerone que de crítico. Penetrado por la primera página, salid por la última después de haber recorrido esta inmensa galería, y tengo por cierto que haréis justicia, sin necesidad de apuntador, al ingenio, la fuerza de expresión y la gracia con que el arte del dibujo ha hermosado estas pobres letras.

Otros colaboradores ha tenido, en esfera más modesta, la presente edición, los cuales nadie conoce, y que, no obstante, merecen que sus nombres sean sacados de la oscuridad. Yo lo haré como recompensa a los constantes esfuerzos, a la inteligencia y buena voluntad con que han coadyuvado al éxito de este difícil trabajo. Servicios, tan útiles no son los menos importantes, ni la parte de gloria que les corresponde en el resultado total es la más pequeña. Merece, pues, una mención aquí el encargado de los trabajos tipográficos de la edición, D. Guillermo Cano, por cuyas manos han pasado todas mis obras desde La Fontana de Oro hasta la última que he compuesto, y todas las ediciones, grandes y chicas, buenas y malas que de ellas se han hecho. La tirada de los EPISODIOS NACIONALES ilustrados y de sus innumerables grabados ha sido



hecha con el mayor esmero, desde el principio hasta el fin, por el maquinista D. Antonio López.

Creo haber dicho todo lo que tenía que decir, cumpliendo la oferta de marras, y pagando el acostumbrado tributo de cortesía a un público con el cual se ha estado en comunicación no interrumpida durante muchos años. A este público que me admitió la edición primitiva de estos libros, que recibe bien la ilustrada, y que tal vez, andando el tiempo, no ponga mala cara a otra, presentada en forma y condiciones diferentes, debo gratitud eterna. Mientras su favor me dure, yo no he de pecar de ingrato ni de perezoso. Este es el único poderoso de la tierra, cuya munificencia no tiene límites y cuyos dones se pueden admitir siempre sin ofensa del decoro, porque es el único que sabe y puede ser Mecenaz en los tiempos que corren. Cuando el favor desmaye y observe yo en el inmenso semblante asomos de ceño o de cansancio, me dejaré caer poco a poco del lado de la oscuridad, hasta quitarme de en medio completamente, siempre con la debida reverencia.

Madrid.--Noviembre de 1885

\*\*\*END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS\*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 17443-8.txt or 17443-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/dirs/1/7/4/4/17443>

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project

Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you

charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you

do not charge anything for copies of this eBook, complying with the

rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose

such as creation of derivative works, reports, performances and

research. They may be modified and printed and given away--you may do

practically ANYTHING with public domain eBooks. Re

distribution is  
subject to the trademark license, especially commercial  
redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS  
WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free  
distribution of electronic works, by using or distributing this work  
(or any other work associated in any way with the phrase "Project  
Gutenberg"), you agree to comply with all the terms  
of the Full Project  
Gutenberg-tm License (available with this file or online at  
<http://www.gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing  
Project Gutenberg-tm  
electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project  
Gutenberg-tm  
electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to  
and accept all the terms of this license and intellectual property  
(trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all  
the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy  
all copies of Project Gutenberg-tm electronic works  
in your possession.

If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to

o Project Gutenberg

are removed. Of course, we hope that you will support the Project

Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by

freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of

this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with

the work. You can easily comply with the terms of this agreement by

keeping this work in the same format with its attached full Project

Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern

what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in

a constant state of change. If you are outside the United States, check

the laws of your country in addition to the terms of this agreement

before downloading, copying, displaying, performing, distributing or

creating derivative works based on this work or any other Project

Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning

the copyright status of any work in any country outside the United

States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate

access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently

whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (a

ny work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional

terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full P

Project Gutenberg-tm  
License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies



you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he

does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm

License. You must require such a user to return or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium

and discontinue all use of and all access to other copies of

Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any

money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the

electronic work is discovered and reported to you within 90 days

of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free

distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm

electronic work or group of works on different terms than are set

forth in this agreement, you must obtain permission in writing from

both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael

Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the

Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable

effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread

public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limit

ation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunte

ers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.gutenberg.org/fundraising/pglaf>.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered

throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email [business@pglaf.org](mailto:business@pglaf.org). Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://www.gutenberg.org/about/contact>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
[gbnewby@pglaf.org](mailto:gbnewby@pglaf.org)

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donatio

ns in locations  
where we have not received written confirmation of  
compliance. To  
SEND DONATIONS or determine the status of complianc  
e for any  
particular state visit <http://www.gutenberg.org/fundraising/donate>

While we cannot and do not solicit contributions fr  
om states where we  
have not met the solicitation requirements, we know  
of no prohibition  
against accepting unsolicited donations from donors  
in such states who  
approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, bu  
t we cannot make  
any statements concerning tax treatment of donation  
s received from  
outside the United States. U.S. laws alone swamp o  
ur small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for cu  
rrent donation  
methods and addresses. Donations are accepted in a  
number of other  
ways including including checks, online payments an  
d credit card  
donations. To donate, please visit:  
<http://www.gutenberg.org/fundraising/donate>

Section 5. General Information About Project Guten  
berg-tm electronic  
works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the  
Project Gutenberg-tm  
concept of a library of electronic works that could  
be freely shared  
with anyone. For thirty years, he produced and dis

tributed Project

Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S.

unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.